



BIBLIOTECA NACIONAL

DE CHILE

Sección Chilena

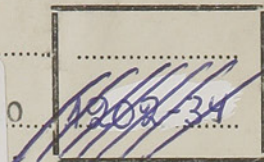
9/15951)

Volúmenes de la obra

BIBLIOTECA NACIONAL



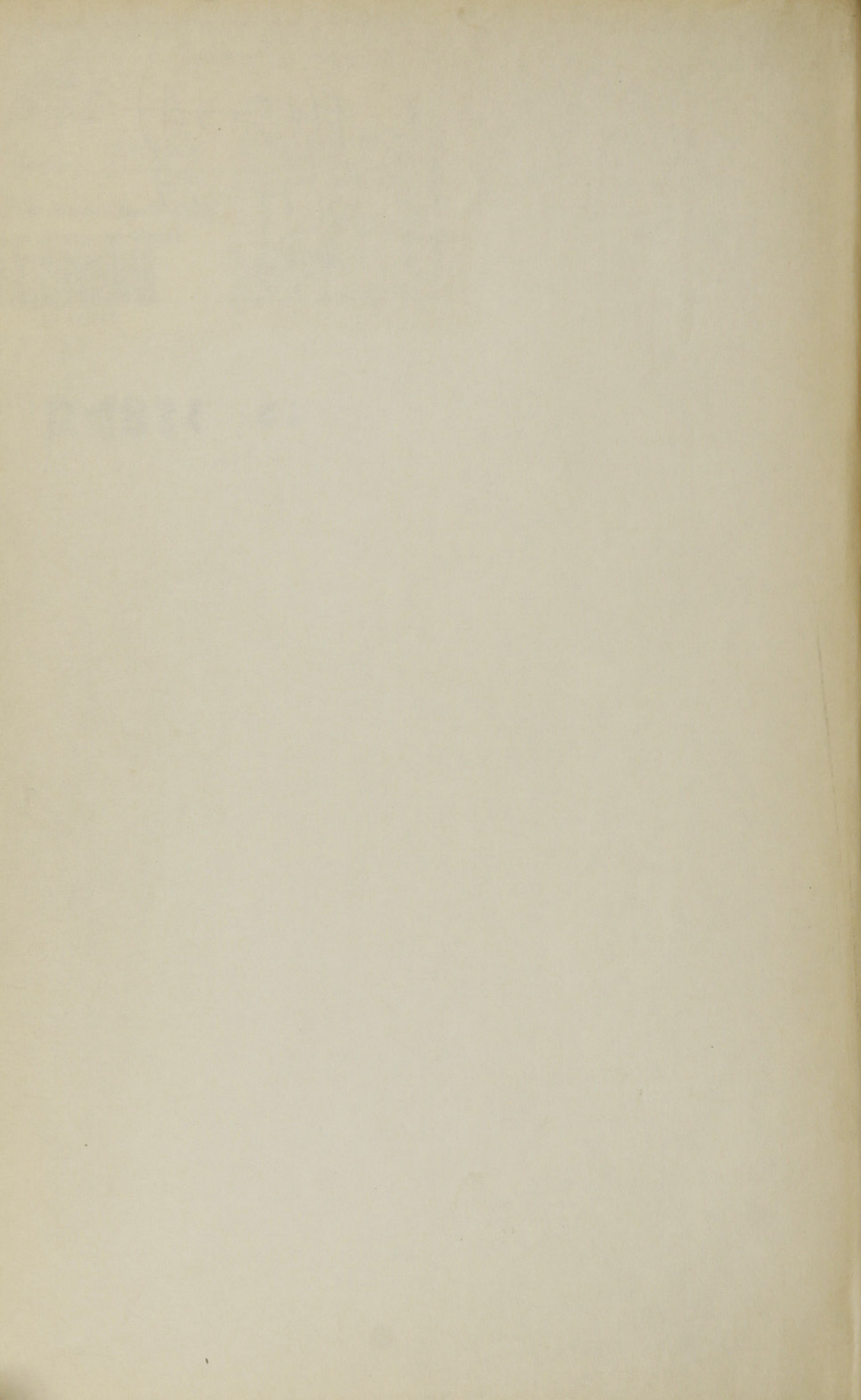
0166083



R-7881 CI

~~9/15-34~~

9(15-5)



BIBLIOTECA NACIONAL

Colección de Historiadores
y de Documentos relativos a la
Independencia de Chile

TOMO XXXIV

**HISTORIA DE LA REVOLUCION Y
GUERRA DE LA
INDEPENDENCIA DEL PERU
DESDE 1818 HASTA 1826**

Por

Don JOSE RODRIGUEZ BALLESTEROS

Coronel de los Reales Ejércitos en las campañas de Ecuador,
Alto Perú, Chile y Chiloé.

TOMO III

La publica con una introducción

GUILLERMO FELIU CRUZ

SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA CULTURA
ARGOMEDO Nº 363-A

1949

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

113-15

COLECCION DE HISTORIADORES

Y DE DOCUMENTOS

RELATIVOS A LA

INDEPENDENCIA DE CHILE

64941

buch, chh

983.03

C691d

1900-1966

v.34-c1

AAA3233

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL

**Colección de Historiadores
y de Documentos relativos a la
Independencia de Chile**

TOMO XXXIV

**HISTORIA DE LA REVOLUCION Y
GUERRA DE LA
INDEPENDENCIA DEL PERU
DESDE 1818 HASTA 1826**

Por

Don JOSE RODRIGUEZ BALLESTEROS

Coronel de los Reales Ejércitos en las campañas de Ecuador,
Alto Perú, Chile y Chiloé.

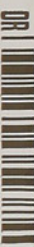
TOMO III

La publica con una introducción
GUILLERMO FELIU CRUZ

**SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA CULTURA
ARGOMEDO Nº 363-A**

1949

*Lonch, chb
973.03
C691d
1900-66
v.34 c.1
ANA 3233*



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA



Historia
de la
Independencia del Perú
Por
Don José Rodríguez Ballesteros

Historia de la Revolución y Guerra de la Independencia del Perú

desde 1818 hasta 1826 y efemérides posteriores

Por

Don JOSE RODRIGUEZ BALLESTEROS

Coronel de los Reales Ejércitos en las campañas del
Ecuador, Alto Perú, Chile y Chiloé.

*Las vidas de los hombres célebres, es la
historia más agradable de leerse.
La curiosidad excita ver de cerca aquellos
cuyas hazañas han sido extraordinarias.*

Quintana, "Vidas de Españoles Céle-
bres".—Tomo I, Pág. 1ª.

Santiago de Chile, 1º de Enero de 1850.

36947

HISTORIA
DE LA
INDEPENDENCIA DEL PERÚ

CAPITULO XLVI

Entrevista del General San Martín con Bolívar.

Delegado el mando político en Torre Tagle con objeto de contraerse más San Martín a la organización y disciplina del ejército y de tener una entrevista con el general Bolívar para combinar con él los medios de poner fin a la guerra y estrechar más las relaciones entre Colombia y el Perú. Aquella entrevista no pudo tener lugar tan pronto como se deseaba en razón de las respectivas operaciones de ambos jefes; pero, al cabo, el 25 de Julio de 1822, vió reunidos en las márgenes del río Guayaquil a los dos genios que, lanzándose desde las riberas del río de La Plata y del Orinoco habían conducido a la libertad en triunfo por la mayor parte de la América meridional.

Cada uno de estos generales (1) tenía la más alta idea de la capacidad militar del otro.

(1) Seguimos esta relación copiada exactamente del discurso histórico de Sarmiento.

“En cuanto a los hechos militares de Bolívar, —ha dicho San Martín en aquella época— puede decirse que le han merecido con razón ser considerado como el hombre más extraordinario que ha producido la América. Lo que sobre todo lo caracteriza y forma en cierto modo su genio especial, es una constancia a toda prueba, la cual, exasperándose contra las dificultades, no se dejaba abatir por ellas por grandes que fuesen los peligros en que su alma ardiente lo había echado”. Pero si la estimación del mérito era igual en ambos, las miras, ideas y proyectos de cada uno eran enteramente distintos. Bolívar abrigaba decididamente designios para el porvenir; tenía un plan de ideas que desenvolver por los acontecimientos; había allí, en aquella cabeza, proyectos en bosquejos, política y ambición de gloria, de mando, de poder. San Martín habría venido muy en mala hora a continuar por su lado la obra de emancipación de la América del Sur que Bolívar se sentía llamado a realizar él solo. San Martín, por el contrario, no queriendo ver más que el buen éxito de las operaciones militares principiadas en el Perú, venía con el ánimo libre de toda idea ulterior a solicitar la cooperación de Bolívar para llevar a buen fin la campaña. General de las provincias unidas; libertado el Perú, debía alejarse necesariamente de aquel país. El porvenir allí no se ligaba a su persona por ningún vínculo duradero. Solicitaba el reemplazo de las bajas que había experimentado la división auxiliar dada a Sucre, por-

que necesitaba soldados para continuar la guerra; pedía la incorporación de Guayaquil al Perú, porque había pertenecido al Virreinato.

Las conferencias participaron de la posición en que se habían puesto ambos jefes. El uno, manifestando abiertamente su pensamiento y el otro, embozándose cuidadosamente, a fin de no dejar traslucir sus proyectos aún no maduros. San Martín, de talla elevada, echaba sobre el libertador de estatura pequeña y que no miraba a la cara nunca para hablar, miradas escrutadoras, a fin de comprender el misterio de sus respuestas evasivas, de los subterfugios de que echaba mano para escudar su conducta, en fin, de cierta afectación de trivialidad en sus discursos, él, que tan bellas proclamas ha dejado, él, que gustaba tanto de pronunciar discursos llenos de elocuencia y de fuego. Cuando se trataba de reemplazar las bajas, Bolívar contestaba que esto debía tratarse de Gobierno a Gobierno; sobre facilitar su ejército para terminar la campaña del Perú, oponía su carácter de Presidente de Colombia que le impedía salir del territorio de la República; él, Dictador, que había salido para libertar la Nueva Granada y Quito, agregándolas a Venezuela.

San Martín creyó haber encontrado la solución de las dificultades y como si contestase el pensamiento íntimo del libertador. "Y bien, General, le dijo, yo combatiré bajo vuestras órdenes. Ni hay rivales, para mí, cuando se trata de la independencia americana. Estad seguro, ge-

neral, venid al Perú; contad con mi sincera cooperación; seré vuestro segundo". Bolívar levantó repentinamente la vista para contemplar el semblante de San Martín, en donde estaba pintada la sinceridad del ofrecimiento. Bolívar pareció vacilar un momento, pero, en seguida, como si su pensamiento hubiese sido traicionado, se encerró en el círculo de imposibilidades constitucionales que levantaba en torno de su persona y se excusó de no poder aceptar aquel ofrecimiento tan generoso.

Torrente (1) atribuye esta conferencia, según opinión de algunos, sobre el modo de fundar para ambos dos monarquías en la América del Sur, cuya forma sostenía ser la más propia para consolidar los respectivos gobiernos independientes en Colombia y en el Perú; pero fuese que Bolívar aspirase al mando general, o que creyese no era tiempo todavía de descubrir sus planes de regia ambición, aquella entrevista, tenida en 26 de Julio, agrió los ánimos de los dos campeones y produjo la retirada de San Martín, a las cuarenta y ocho horas de haber llegado al referido puerto de Guayaquil.

La biografía de San Martín (2) da un resultado muy lisonjero a esta conferencia cordial, de suerte que, al regresar San Martín al Callao, le siguieron 3.000 soldados aguerridos con que el Libertador de Colombia retornaba el auxilio que el del Perú le había facilitado para la cam-

(1) Tom. 3º, cap. 14, pág. 312.

(2) París, Imprinta de Ducessoir, 1844.

paña de Quito. De esta exposición, no hay otro dato que la confirme.

Díaz y Baralt dan el asunto de la conferencia y sus pormenores, como un misterio para la historia (1).

Deposición de Monteagudo.

Durante la ausencia de San Martín, continuó con el mando Torre Tagle, pero el Ministro Monteagudo, tan remarcable por su atroz conducta, dió ocasión a que el 26 de Julio (día mismo de la conferencia de San Martín) se sublevasen los limeños, pidiendo a voces su cabeza, obteniendo su deposición y expatriación a Guayaquil, que no se tuvo en poco. Los papeles de Lima anunciaron al mundo la necesidad en que se habían visto aquellos habitantes desgraciados para pretender la separación; cuando menos de Monteagudo, uno de ellos, titulado "*Lima justificada*", asegura que en el tiempo del Ministerio del filántropo Monteagudo, fueron 800 familias obligadas a abandonar sus hogares y de aquí es fácil inferir la bárbara conducta de este héroe de la revolución.

Torrente (2) opina que en la odiosa persecución de este genio sanguinario, tuvo asimismo parte muy activa la vulgar creencia de que iba preparando los negocios públicos para allanar a su ídolo el camino del trono. Fué, por lo tanto,

(1) Historia de Venezuela.

(2) Tomo 3º, cap. 14, pág. 313.

muy grande el desagrado de éste, cuando al regresar a Lima, en 19 de Agosto, tuvo conocimiento de aquellos excesos populares.

Se creyó en aquella época y, al parecer, no sin fundamento que los realistas habían armado esta acechanza al Protector del Perú para levantar el edificio monárquico sobre la ruina y descrédito de tan formidable enemigo. Se atribuyó, asimismo, a la ingeniosa travesura de uno de los jefes más ilustres de aquel ejército, la invención de tres cartas venenosas que dejaron empapados en su acrimonia todos los parajes por donde circularon. Como todas ellas respiraban el mismo espíritu que guiaba las acciones y miras de San Martín, no fué difícil conmover contra él toda la animosidad y encono de los peruanos. En ellas, hablaba este caudillo con sus confidentes, bajo la más fingida reserva sobre los medios de regenerar al Perú, proscribiendo las formas representativas y ensalzando las monárquicas como las únicas que podían convenir a aquellos pueblos, chocando con la religión y sus ministros, deprimiendo las familias distinguidas y acomodadas, excitando celos y desconfianza entre las tropas de Chile y del mismo Perú y atacando, finalmente, los flancos más sensibles de todos. Si fué éste un lazo tendido por los realistas, difícil es que le pueda igualar otro en la astucia del concepto, en la maestría del manejo y en la felicidad de sus efectos.

Las aspiraciones de Bolívar se hallan bien anotadas en la proclama siguiente:

Proclama de Torre**Tagle.**

“Peruanos: Tiempo es ya que sepáis y salgáis de errores. El tirano Bolívar y sus indecentes satélites han querido esclavizar al Perú y hacer este opulento país súbdito del de Colombia; se engañaron: el Gobierno estaba en manos capaces de resistir a agresiones cobardes y destructoras. Nada le podía hacer variar el plan de vuestra felicidad. Yo he deseado que os uniéseis a los españoles, como único medio de evitar otra ruina; mas he procedido siempre con honor y sin otro objeto que vuestro bien. Bolívar me instó reservadamente a abrir negociaciones de paz con los españoles, para dar tiempo a reforzarse y destruirlos, envolviéndonos en su ruina. Yo aproveché esta ocasión para lograr, ventajosamente, nuestra unión y evitar nuestra pérdida. En el suceso de la plaza del Callao (1), no he tenido parte alguna. Bolívar sacó sus tropas y designó las que debían ocupar las fortalezas. Ninguna relación tenía con los soldados de los Andes. El quería acabar con el Gobierno peruano y era necesario lo hiciese odioso y lo manifestase traidor. Quería sacrificar mil víctimas y el Gobierno no podía consentirlo. Quería destruir vuestras fortunas y yo no era capaz de haceros infelices. Quería abandonar la capital y era imposible que yo os asegurase en la anarquía o amargura. Quiso, en fin, matarme, con otros muchos hombres de bien y amigos vuestros. El cielo nos ha sal-

(1) La historia refiere este hecho en el año que corresponde.

vado de su saña perseguidora. Todo lo manifestaré con documentos auténticos que tengo en mi poder. Peruanos, Bolívar es el mayor monstruo que existe sobre la tierra. Enemigo de todo hombre honrado y de todo el que se opone a sus miras ambiciosas. El ejército nacional español os ofrece una acogida y una constante seguridad. A él se han unido las primeras autoridades y los hombres más respetables del país, por sus virtudes y sus servicios. Soldados del Perú, vosotros habéis hecho bastantes sacrificios por la libertad. Venid a gozar la verdadera en los brazos de vuestros hermanos. Los de Bolívar son sólo para estrecharos y ahogaros. Hombres de todas clases que habitáis el Perú, uníos y venid a salvar un territorio que Bolívar quiso convertir en desierto. Seguid el ejemplo de un honrado ciudadano.— *Torre Tagle.*

Regreso de San Martín a Lima.

San Martín (1) regresó al Perú, dudando un poco de la abnegación de su compañero de armas y resuelto a hacer lo único que, a su juicio, podía salvar la revolución de un escándalo. La noche que siguió a la entrevista de los dos generales, un jefe de Bolívar se introdujo en la habitación de San Martín para revelar la verdadera situación de las cosas y ofrecerle a nombre de muchos otros jefes sus simpatías y adhesión. Bolívar mismo había dicho a San Martín que no tenía confianza en sus jefes y su

(1) Sarmiento.

sistema de organización militar lo hacía más popular entre los soldados y subalternos que entre los oficiales superiores, a quienes trataba de una manera humillante. Sucedió en esto, además, una cosa que es general y que justifica el proverbio: "no hay hombre grande para su ayuda de cámara". La gloria ejerce todos sus prestigios a la distancia. San Martín era, en el ejercicio de Bolívar, un héroe sin rival; Bolívar en el de San Martín, un genio superior.

A su llegada a Lima, San Martín encontró que el pueblo había ensayado en su ausencia las disposiciones a la anarquía, que han caracterizado la historia del Perú durante 20 años. El Gobierno interino había sido trastornado y San Martín tomó de nuevo las riendas del Gobierno para poner orden a los negocios públicos y convocar un Congreso. Mientras tanto, escribió a Bolívar instándole de nuevo que entrase en el Perú con su ejército. San Martín ha dejado ignorar en América durante 20 años el objeto y el resultado de la entrevista de Guayaquil, no obstante las versiones equivocadas y aun injuriosas que sobre ella se han hecho. No hace dos años a que el Comandante Lafond de la marina francesa, publicó en los *Voyages autour du monde*, la carta de San Martín a Bolívar, que retrata todos los puntos cuestionados allí. Esta carta es el clave de los acontecimientos de aquella época y, por otra parte, revela tan a las claras el carácter y posición de los personajes, que vale la pena de copiarla íntegramente.

**Carta de San Martín
a Bolívar.**

Lima, 29 de Agosto de
1822.— Excmo. Señor Li-
bertador de Colombia, Simón Bolívar:

Querido General: Dije a Ud. en mi última del 23 del corriente que, habiendo reasumido el Mando Supremo de esta República, con el fin de separar de él al débil e inepto Torre Tagle, las atenciones que me rodeaban en aquel momento no me permitían escribir a Ud. con la extensión que deseaba; ahora, al verificarlo, no sólo lo haré con la franqueza de mi carácter, sino con la que exigen los grandes intereses de América.

Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra; desgraciadamente yo estoy firmemente convencido, o que Ud. no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes, con las fuerzas de mi mando, o que mi persona le es embarazosa. Las razones que Ud. me expuso de que su delicadeza no le permitiría jamás el mandarme, y aun en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida estaba Ud. seguro que el Congreso de Colombia no consentiría su separación de la República; permítame Ud., General, le diga, no me han parecido bien plausibles: la primera se refuta por sí misma y la segunda, estoy muy persuadido que la menor insinuación de Ud. al Congreso, sería acogida con unánime aprobación, con tanto más motivo, cuando se trata con la cooperación de Ud. y la del ejército de su mando, de finalizar en la presente campaña la lucha en que nos hallamos em-

peñados y el alto honor que tanto Ud. como la República que preside, reportarían en su terminación.

No se haga Ud. ilusión, General; las noticias que Ud. tiene de las fuerzas realistas son equivocadas, ellas montan en el Alto y Bajo Perú a más de 19.000 veteranos, las que se pueden reunir en el término de dos meses. El ejército patriota, diezmado por las enfermedades, no podría poner en línea a más de 8.500 hombres y de éstos son una gran parte reclutas. La división del General Santa Cruz (cuyas bajas, según me escribe este general, no han sido reemplazadas a pesar de sus reclamaciones) en su dilatada marcha por tierra debe experimentar una pérdida considerable y nada podría emprender en la presente campaña; la sola de 1.400 colombianos que Ud. envía, será necesaria para mantener la guarnición del Callao y el orden en Lima; por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la expedición que se prepara para intermedios no podrá conseguir las grandes ventajas por esperarse, si no se llama la atención del enemigo por esta parte con fuerzas imponentes y por consiguiente la lucha continuará por un tiempo indefinido; digo indefinido, porque estoy íntimamente convencido de que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de la América es irrevocable; pero también lo estoy de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus desti-

nos, evitarle la continuación de tamaños males. En fin, General, mi partido está irrevocablemente tomado; para el 20 del mes entrante, he convocado el primer Congreso del Perú y, al siguiente día de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que sólo mi presencia es el solo obstáculo que le impida a Ud. venir al Perú con el ejército de su mando: para mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la Guerra de la Independencia, bajo las órdenes de un general, a quien la América del Sur debe su libertad; el destino lo dispone de otro modo y es preciso conformarse.

No dudando que, después de mi salida del Perú, el Gobierno que se establezca reclamará la activa cooperación de Colombia y que Ud. no podrá negarse a la justa petición, antes de partir, remitiré a Ud. una nota de todos los jefes, cuya conducta militar y privada puede ser a Ud. de utilidad su conocimiento.

El General Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas; su honradez, coraje y conocimientos, estoy seguro lo harán acreedor a que Ud. le dispense toda consideración.

Nada diré a Ud. sobre la reunión de Guayaquil a la República de Colombia; permítame Ud., general, le diga que creo no era a nosotros a quien pertenecía decidir este importante asunto; concluída la guerra, los Gobiernos respectivos lo hubieran transado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos Estados de Sudamérica.

He hablado a Ud. con franqueza, General, pero los sentimientos que exprime esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio; si se traslucieren, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalecerse para perjudicarla y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia.

Con el Comandante Delgado, dador de ésta, remito a Ud. una escopeta, un par de pistolas y el caballo de paso que ofrecí a Ud. en Guayaquil: admita Ud., General, esta memoria del primero de sus admiradores; con estos sentimientos y los de desearle únicamente sea Ud. quien tenga la gloria de terminar la Guerra de la Independencia de la América del Sur, se repite su afectísimo servidor.— *José de San Martín*.

Biografía de Bolívar

(1).

Sólo tres días (dice San Martín) he tratado a este General en la entrevista que tuve con él en Guayaquil; por consiguiente, en tan poco período, es imposible, a lo menos muy difícil, formar una idea exacta e imparcial del carácter de un hombre, con tanto más motivo, cuanto su presencia no predisponía, a primera vista, en su favor; sin embargo, expondré mis observaciones, las que unidas a las que me dieron algunas personas imparciales que lo habían tratado con intimidad, puedo suministrar datos para formar juicio de un General que ha rendido servicios eminentes a

(1) Estos juicios, como la carta que antecede, han sido publicados por el señor Lafond en su obra "Viajes alrededor del mundo".

la Independencia de Sudamérica y que puede asegurarse es el primer hombre que ha producido la revolución.

Los signos más característicos del General Bolívar eran un orgullo muy marcado, lo que presentaba un gran contraste con no mirar de frente a la persona que hablaba, a menos que no fuera muy inferior. Su falta de franqueza me fué demostrada en las conferencias que tuve con él en Guayaquil, en las que jamás contestó a mis propuestas de un modo positivo y siempre en términos evasivos. El tono que empleaba con sus generales era extremadamente altanero y poco digno de conciliarse su afección.

Noté, y él mismo me lo dijo, que su principal confianza la depositaba en los jefes ingleses que tenía en su ejército; por otra parte, sus maneras eran distinguidas y demostraba haber recibido una buena educación y, aunque su lenguaje fuese algunas veces algo grosero, me pareció no le era natural el tenerlo, sino que lo empleaba para darse un aire más militar.

La opinión pública le acusaba de una ambición desmedida de mando y su conducta confirmó esa opinión. La misma lo caracterizaba de un gran desinterés y en mi concepto con justicia; lo que comprueba esta verdad es el haber muerto en la indigencia. Bolívar era muy popular con el soldado, a quien permitía más licencia que las que prescriben las leyes militares; por el contrario, lo era muy poco con los jefes y oficiales, a los que trataba del modo más humillante. En cuan-

to a los hechos militares de este General, puede asegurarse ser el hombre más eminente que ha producido la América del Sur, pero lo que más caracterizaba el alma grande de este hombre extraordinario, fué una constancia a toda prueba en los diferentes contrastes que sufrió en tan dilatada y penosa guerra por el espacio de trece años de trabajo. En conclusión, puede asegurarse que una gran parte de la América del Sur debe a los esfuerzos del General Bolívar su actual independencia.

Continuación.

San Martín, después de la deposición de su favorito y regreso a Lima de la entrevista en Guayaquil con Bolívar, bien poco satisfecho de las miradas de este tipo de monstruosidad que excedía en delitos a todos y convencido de que su opinión respecto de los pueblos y aun de las mismas tropas, había decaído mucho (1) a beneficio de las intrigas de los enemigos de su engrandecimiento y de la inaudita conducta de su más predilecto Ministro, se encargó de nuevo del ejército de la suprema autoridad, decidido a desterrar las ideas republicanas que se habían extendido demasiadamente; mas, advirtiéndole que los cuerpos que se denominaban del Perú y Colombia, no estaban dispuestos a sostener sus medidas y que los que existían, con la denominación de Chile y Río de la Plata no eran suficientes, se ocupó

(1) García Comba.

sólo de la reunión de un Congreso informe e ilegal, para ausentarse después del Perú, como lo verificó.

San Martín aborrecía el gobierno representativo, aun en el caso que las provincias pudieran nombrar libremente sus representantes; lo tenía por perjudicial para un país, donde los intereses de los habitantes, eran comúnmente tan diversos, como las castas de que se componen y en apoyo de su opinión estaban con frecuencia los males que a las provincias de Buenos Aires había ocasionado su Congreso.

Esto no obstante, en 14 de Septiembre expidió un decreto designando los actos preparatorios y las funciones públicas que deberían preceder a la solemne instalación del primer Congreso Nacional del Perú, cuya apertura se verificó seis días después. Se convocaron a los Diputados de la provincia de Trujillo y parte de las de Lima y Tarma, que era el territorio insurreccionado, eligiendo por las que se conservaban fieles, algunos individuos de los que se hallaban en la capital, sin atender, ni que fueran hijos de ella, ni que las hubiesen habitado en tiempo alguno.

Instalación del Congreso.

En 20 de Septiembre se instaló el Congreso y San Martín depositó en sus miembros la autoridad que ejercía con toda la pompa propia de la soberanía en el salón de los Diputados, y despojándose de la investidura suprema, renunció

su autoridad ante aquella corporación en el siguiente pronunciamiento.

El General San Martín. “Presenció la Declaración de la Independencia de los Estados de Chile y el Perú; existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el Imperio de los Incas y he dejado de ser hombre público; he aquí recompensados con usura diez años de revolución y guerra.

Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra, están cumplidas; hacer su independencia y dejar a su voluntad la elección de sus gobiernos.

La presencia de un militar afortunado (por más desprendimiento que tenga), es temible a los Estados que de nuevo se constituyen; por otra parte, ya estoy aburrido de oír decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré pronto a hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular y no más.

En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas (como en lo general de las cosas) dividirán sus opiniones; los hijos de éstos darán su verdadero fallo.

Peruanos: os dejo establecida la representación nacional; si depositáis en ella una entera confianza, contad el triunfo, si no, la anarquía os va a devorar.

Que el acierto presida a vuestros destinos y que éstos os colmen de felicidad y de paz.

Pueblo libre y Septiembre 20 de 1822. —
José de San Martín.

Habiéndose retirado en aquel mismo momento al pueblo de la Magdalena, dos horas después pasó una diputación del referido Congreso a expresarle la gratitud del pueblo peruano y a llevarle el nombramiento de Generalísimo del Ejército. San Martín admitió el título, mas no el ejercicio del mando y se embarcó en la misma noche en el Callao para Chile.

“El Araucano” (1) dice: “La América del Sur independiente posee ya todos los elementos con que ha de elaborar su historia. Sólo es cuestión de tiempo el que la posteridad nos dé la pluma que ha de trazarla. Ella abunda en caracteres elevados, más de lo que creemos con los contemporáneos cegados por la pasión. En la historia, como en la pintura, es necesario la perspectiva para ver las grandes figuras.

Nuestros grandes hombres serán más grandes con el tiempo. En la vida histórica, más que en la vida natural, los hombres aumentan de dimensión a medida que transcurren los años.

La figura de San Martín será tan grande como la de Washington, cuando los pueblos de la América del Sur se levanten a la altura que los llama la Providencia y que los hizo habitantes de la parte más rica y privilegiada del globo.

Su nombre será convertido en símbolo histórico de dos principios que formaron, como los

(1) 30 de noviembre de 1850, N.º 1186.

polos de la prosperidad americana, la libertad y el orden. Ninguno los representa como San Martín.

Su vida, en efecto, consta de dos partes. La primera de actividad y publicidad; la segunda de reposo y aislamiento. Cada una tiene un sentido histórico.

El ha sido tan grande por su retiro, como por los actos de su vida militar.

Por sus triunfos militares a favor de la revolución, él representa el principio de libertad y por su retiro posterior de 30 años, es el símbolo del desinterés, del respeto a lo creado, del principio de disciplina y de orden.

No se podría decir cuál es el más edificante y fecundo, si el ejemplo de su actividad o de su reposo.

Más feliz que Moreno y que Bolívar, él ha podido pasar 30 años de obscuridad y retiro para hacer evidente la pureza y el patriotismo de sus servicios militares. ¡Pobre Bolívar! Tan grande, tan generoso, tan digno, no haber vivido lo bastante para desmentir a los calumniadores de su virtud y de su causa americana con un ejemplo como el de San Martín.

Si San Martín hubiera muerto después de triunfar en Lima, los que no quieren dejar gloria y vida para la América, hubiesen establecido para siempre que sólo peleó por coronarse. Dándole 30 años más, la Providencia le quiso hacer apóstol práctico de otro dogma, tan santo como el de la libertad, el del orden. A él le correspon-

día dar esa lección, por haber sido el más digno de ejercer el poder que siempre desdeñó.

En la época presente, San Martín es más útil a estos pueblos por el ejemplo de su desinterés y reposo, que por el de su gloria militar.

La ambición política es la plaga que marchita a estos países. Es preciso afrentar y confundir esa pasión ridícula y funesta con ejemplos, como el de San Martín. A los miserables aspirantes, que se creen llamados providencialmente a gobernar estos países, por el mérito de oscuros servicios, se les debe hacer ver que el más grande y glorioso militar de la América del Sur, desdeñó el poder y prefirió la obscuridad de la vida privada.

San Martín fué sincero y sistemático en su abnegación.

Al principio de la Guerra de la Independencia, después de triunfar en Chacabuco y Maipo, se le ofreció la presidencia de Chile y la rehusó.

Habiendo sido el fundador de la libertad del Perú, cedió a Bolívar, que nada había hecho hasta entonces por ese país, la gloria fácil de acabar con el poder realista y se retiró de la arena que le ofrecía tanto brillo, sin odio ni rencor por su émulo glorioso.

Buenos Aires le ofreció el Gobierno en 1828 y lo rehusó por no participar de luchas interiores sin fruto ni lustre. Desde la rada de aquella ciudad, se volvió a Europa desazonado por el estallido de la revolución de 1º de Diciembre.

Rosas le ofreció embajadas para Londres, para París, para Lima, no las quiso. Amó la obscuridad entera y sin hipocresías.

El señor Sarratea, Ministro argentino en París, hizo esfuerzos por presentarle al Rey Luis Felipe, que le conocía por su nombre histórico; pero el modesto General que nada tenía que hacer con reyes, ni gustaba de la corte, se opuso tenazmente a visitar las Tullerías.

Sin embargo, sabía ser arrogante a tiempo. El Marqués Aguado obtuvo del Regente Espartero el permiso de que el general San Martín entrase de visita en España, después de 1840, pero San Martín se privó del placer de acompañar a su amigo, porque se le prohibió presentarse a España con las insignias de Maipo y Chacabuco, que se empeñó en llevar nuestro caprichoso guerrero. El tenía razón: la España no había reconocido aún la independencia. ¡Qué alto sentimiento de nacionalidad el que San Martín mostraba por ese rasgo!

Por muchos años, se ha resistido al deseo de su hija de hacerle retratar. Ignoro que haya retrato de San Martín hecho en sus últimos años.

El General Guido le pidió apuntes para refutar a Arenales en provecho de su nombre y los rehusó, dejando a la historia en su completa libertad.

Rehusó también los apuntes que le pidió don Florencio Varela para historiar hechos que le hacían honor.

Dudo haya memorias de su vida, escritas ni mandadas escribir por él.

En "El Araucano" (1) se halla un oficio del Encargado de Negocios de la República residente en París, del tenor siguiente:

Departamento de la Guerra. "París, 12 de Septiembre de 1850.

Señor Ministro: Me cabe la triste obligación de poner en conocimiento de V. S. el fallecimiento del venerable y célebre Capitán General de los Ejércitos de la República, D. José de San Martín, que tuvo lugar en Boulogne Sur-Mer, de Francia (Paso de Calais), el 17 de Agosto último, a las tres de la tarde, después de una larga y aguda enfermedad. Me hallaba, por casualidad, en Boulogne, cuando tuvo lugar este funesto acontecimiento que priva a Chile de uno de sus más ilustres jefes militares y a la América entera de uno de los fundadores más beneméritos de la independencia de todo un continente. Acabó sus días en la calma del justo, en los brazos de su afligida y virtuosa familia. Sus restos mortales se han depositado provisionalmente en las bóvedas de la iglesia de Nuestra Señora, antiguamente catedral de Boulogne.

Los chilenos que tanto deben al General San Martín se unirán espontáneamente (así lo espero) al luto y duelo del Gobierno por la pérdida de tan eminente Capitán y de tan benemérito ciu-

(1) 23 de noviembre, N° 1163,

dadano, recordando la victoriosa campaña de Chacabuco por la cual se restableció el Gobierno patrio; su honroso desprendimiento, no habiendo querido aceptar el mando político de la Nación; la campaña de Maino y la no menos gloriosa y grande en resultados, campaña del Perú, cuya dirección de sus ejércitos de mar y tierra, le confió Chile en 1820.

El General San Martín deja por única heredera a su hija, la señora doña Mercedes San Martín de Balcarce, madre de dos tiernas niñas. El General lega a su hija uno de los nombres más ilustres de Sudamérica y como testimonio de su pureza y desprendimiento en materia de intereses, casi exclusivamente los bienes patrimoniales que cupieron en parte en Buenos Aires a su difunta esposa doña Remedios Escalada: no queda, pues, su familia en la pobreza, pero sí con una mediocre fortuna. Al Gobierno y al pueblo chilenos toca apreciar lo que corresponde hacer a la munificencia nacional en esta circunstancia.

Dios guarde a V. S. muchos años.— *F. J. Rosales*.— Al Ministro de Guerra y Marina.

Santiago, Noviembre 23 de 1850.

Anótese en la Tesorería General.— *Vidal*.

Núm. 530.

Santiago, Noviembre 23
de 1850.

Habiéndose dado aviso al Gobierno por el Encargado de Negocios de la República residente en París, que el 17 de Agosto último fa-

llecio en Boulogne Sur-Mer el Capitán General del Ejército de Chile D. José de San Martín, y considerando:

1º— Que el mencionado Capitán General prestó a varias Repúblicas de la América del Sur y especialmente a Chile, muy distinguidos e importantes servicios en las guerras de su emancipación política;

2º— Que es un deber del Gobierno de la República honrar su memoria y manifestar cuánto deplora su pérdida.

He venido en acordar y decreto:

1º— La guarnición del Ejército que existe en esta capital, vestirá luto por el término de quince días, a consecuencia del fallecimiento del Capitán General D. José de San Martín.

2º— Los Comandantes Generales de Armas de la República impartirán las órdenes convenientes para que los cuerpos del ejército que existan en las provincias de su mando, lleven también luto por igual motivo y en el mismo término.

3º— La misma orden se dará a la Escuadra por el Comandante General de Marina.

Comuníquese y publíquese.— *Bulnes.* —
Pedro Nolasco Vidal.



CAPITULO XLVII

Nuevo Gobierno.— Determinada por decretos anteriores la reunión del
El Congreso.— Primer Congreso Constituyente del Perú, fué instalado el 20 de septiembre con gran solemnidad y aparato. Tomó en consideración los asuntos más urgentes del país y sus primeras tareas se consagraron a declarar al Perú República independiente. Nombró un Gobierno provisorio con el título de Junta Gubernativa, concediendo a San Martín el título de Fundador de la libertad del Perú y Generalísimo de Mar y Tierra. Su Junta Gubernativa fué compuesta del General D. José Lamar como Presidente y vocales D. Felipe Antonio Alvarado y el Conde de Vista Florida.

Preparativos para una fuerte expedición al interior del Perú. Algún tiempo antes de la renuncia del Protector San Martín, se había tratado de embarcar 1.500 hombres a las órdenes del Coronel Miller para que, operando desde Iquique contra la división de

Olañeta, diseminada por la provincia de Potosí, pudiese batirla en detalle con el auxilio de los pueblos, en cuya adhesión fundaban su principal esperanza. Cuando el General en Jefe Alvarado supo por el Protector que se iba a ejecutar el citado plan, creyó que sus resultados habían de ser muy gloriosos para el encargado de él y solicitó, por lo tanto, el honor del mando, así como que la expedición se aumentase hasta 4.000 hombres, a fin de que el golpe fuera decisivo.

Las mayores dificultades que se experimentaban para reunir esta numerosa expedición con todos los requisitos que deberían acompañarla, retardaron su salida por algunos meses, en cuyo tiempo ocurrió el viaje de San Martín a Guayaquil, la deposición de Monteagudo y demás sucesos que ya van anotados. El poder legislativo, o sea, la Junta Gubernativa, instalada a consecuencia de la renuncia de San Martín, trató de llevar a efecto la proyectada expedición de Alvarado, figurándose que, por este medio, mejoraría la situación de la capital, que se hallaba a este tiempo exhausta de todo recurso y sobrecargada de tropas.

Para subvenir a los cuantiosos gastos que irrogaba aquel proyecto, impuso una contribución de 400.000 duros al comercio de Lima, cerca de una mitad de cuya suma gravitaba sobre los comerciantes ingleses, que no admitieron, ofreciendo un empréstito sin interés, con plazos determinados para su reembolso.

Habilitada por este medio la Junta para dar impulso al movimiento de las tropas y pasaron éstas a bordo con el designio de internarse en el Perú, formando un total de 3.859 hombres de tropa, según Miller, que Torrente lo sube a 5 ó 6.000 hombres con el nombre de Legión Peruana. Esta legión se había principiado a crear poco tiempo después de la retirada del General Canterac de los fuertes del Callao en el año anterior y constaba de un regimiento de húsares hasta el completo de 800 plazas, mandado por el francés Bransden, de un regimiento de infantería que ascendía a 1.200 hombres a las órdenes del inglés Miller y de una compañía de artillería a caballo con 5 piezas de a 4, un obús y 120 hombres, dirigida por el Capitán Arenales; el 10 de octubre dió la vela la primera división, el 15 la segunda y el 17 la tercera. El 11 de noviembre anclaron las primeras embarcaciones en el Puerto de Iquique y el 6 de diciembre desembarcó el General en Jefe Alvarado, en Arica, donde encontró reunido todo el ejército.

Coronel Rodil, Comandante General de la División Central.

Mientras estas ocurrencias en Lima, no faltaban agitaciones al ejército nacional español. El Coronel D. José Ramos Rodil, Comandante general de la división central, desde San Pedro de Chupamarca, con fecha 5 de diciembre avisa al General en jefe el brillante encuentro que había tenido en aquellas inmediaciones, la Compañía de Cazadores del 2º del In-

fante, al mando de su Capitán Teniente Coronel graduado D. Pedro Peña, quien, con su bizarra tropa había atacado en una fuerte posición a más de 300 patriotas, logrando deshacerlos completamente, causándoles 40 muertos y 4 prisioneros, dejando en su poder una porción de ganado que llevaba para la exánime capital de Lima. La Guía General de Chile, en sus efemérides americanas (1) cambia esta acción, en fecha y local, a favor del Mayor Sonlanjes del ejército peruano "quien con sólo 27 hombres de caballería, atacó a cuchillo y tomó toda entera, en la hacienda de Cauca-to en 1° de noviembre, la compañía de cazadores españoles del Regimiento del Infante". Cosa que sólo pudo suceder con dificultad, por una sorpresa u otro accidente fuera de lo natural.

El mismo Rodil, con fecha del 7 del mismo mes, tuvo otro encuentro glorioso, en que con 12 caballos de San Carlos y 30 cazadores del 2° del Infante, batió a varias montoneras y tropa veterana en los altos de Pacarán, a pesar de sus fuertes posiciones, destruyendo en breves momentos a sus enemigos con horrorosa mortandad, sin más desgracia que una herida de bala que recibió Rodil en el brazo izquierdo por su arrojo, muerto su caballo y el del sargento 1° Olave en San Carlos.

General Loriga. El Brigadier, General de caballería, D. Juan Loriga, noticia al general en jefe desde los Reyes en 24 de julio, que el 13, con 300 infantes y cuatro

(1) Pág. 127.

mitades de caballería, emprendiendo su marcha sobre el camino de Oyon en la cordillera de los Andes, siguió su movimiento hasta Pasco, donde supo que el caudillo Orrantia, con 90 negros bien armados y una porción de montonera ocupaba a Huayallay, 5 leguas de aquél. Su situación en Pasco había hecho creer a los montoneros que su dirección era al cerro, como repetidas veces lo había verificado y así continuó su marcha hasta las 8 de la noche para encubrir el movimiento que se había propuesto contra aquel caudillo. Puesto en marcha a aquella hora, con las compañías de preferencia del Infante, la de cazadores de Arequipa y tres mitades de caballería de los cuerpos de granaderos de la Patria, Dragones del Perú y de la Unión, dejando en Pisco la de granaderos de Arequipa y una mitad de húsares con la orden de reunírsele en la hacienda de Cono, al día siguiente. El 16 caminó toda la noche, pasando una porción de riachuelos, que siempre el agua llegaba a las rodillas. Aunque, al anochecer, llegó a Huayllay. Al amanecer, fué cercado el pueblo y atacado; el silencio hacía creer se hallaba desamparado, mas Orrantia estaba en el cuartel, donde fué atacado y todos prisioneros; de igual suerte fué invadido el 2º cuartel, tomando prisioneros a 4 oficiales, 49 soldados, 15 muertos, 50 sables, igual número de tercerolas y cananas, una carga de municiones y todos los caballos y mulas. Seguro ya de no hallar enemigos durante sus sucesivas operaciones, dividió las fuerzas a la recolección de ganado. Loriga se fué a la hacienda

de Quisque, como primera posición y depósito y en dos días se reunieron 100.000 cabezas de ganado lanar, dirigiéndose al siguiente día a la hacienda de Caracaraca y esperar órdenes del General.

El General en jefe anunció al ejército la decisiva acción que sostuvo Rodil en el valle de Chíncha, al mando del Comandante Arana, escapando en camisa únicamente el caudillo Huavique, cayendo en poder de Arana 29 prisioneros, todas sus armas y caballos, una porción de ganados, heridos de gravedad y el resto muertos. Rodil recomienda al Comandante Arana y la tropa por tan feliz empresa.

Una división del Independiente avanza sobre Jauja

Para que Alvarado (1) estuviera más expedito en sus operaciones sobre la costa, sin que las tropas

de Canterac, situadas en los valles de Jauja, pudieran moverse contra él, se había determinado que una gran parte de la división, incluso 1.200 colombianos, que poco tiempo antes habían llegado de refuerzo para guarnecer a Lima, a las órdenes del General Arenales, avanzase sobre dicho punto de Jauja y mantuviera en perpetua alarma aquellas tropas. Todo, pues, hacía ver la importancia de los enemigos que los realistas iban a combatir y la necesidad de hacer los más denodados esfuerzos y costosos sacrificios para salir triunfantes de aquella campaña.

(1) Torrente, Tomo III, Cap. 14. Págs. 318, 19 y 20.

General Valdés. Valdés, que se hallaba ocupado en el arreglo y organización de la provincia de la Paz, recibió las órdenes más premurosas para volver a Arequipa, cuya costa era la designada para el desembarco de Alvarado.

El General Ramírez. El General Ramírez, cuya salud se hallaba sumamente extenuada a causa de las duras fatigas e inmensos padecimientos durante trece años de una lucha porfiada y sangrienta, en la que repetidas veces había ceñido su frente de los más ilustres laureles, tenía pedido su pasaporte al Virrey para regresar a la Península mucho antes de que se tratase de la citada expedición. Parece que este bizarro General, del mismo modo que Olañeta y varios de los jefes que mandaban en el Perú antes de la llegada de La Serna, Canterac, Valdés y demás guerreros que habían peleado en Europa contra las huestes imperiales, jamás se reconciliaron de buena fe con ellos, ni depusieron su resentimiento contra la arrogancia con que se habían presentado en aquellos dominios, lastimando más de una vez el amor propio de unos militares, que si bien eran inferiores en conocimientos científicos de la táctica moderna, no sí en valor, en decisión y en la práctica de aquella clase de guerra; se creyó, por lo tanto, que estas no bien curadas llagas habían influido en la determinación tomada por dicho Ramírez, tanto como la extenuación de su salud. Sea co-

mo quiera, el Virrey La Serna accedió a sus deseos, a cuya consecuencia salió para España, dejando el mando al Brigadier Las Heras en el acto de embarcarse. Valdés, que había sido nombrado comandante propietario de las tropas que ocupaban aquella provincia, desplegó toda la energía que era propia de su carácter para prepararse a recibir a los orgullosos expedicionarios.

Canterac.

Dando cumplimiento al mismo tiempo el General Canterac a las órdenes que le había dado el Virrey de reforzar con algunas de sus tropas la división de Arequipa y, teniendo por conveniente ponerse él mismo a la cabeza de ellas, a pesar del mal estado de su salud a resultas de una terrible enfermedad, por la que los insurgentes habían hecho regocijos públicos expresivos del terror que les infundía este bizarro jefe, salió de Huanayo, a principios de noviembre, con 2 batallones y 4 escuadrones, dejando el resto de las tropas en sus cantones de Jauja al mando del General Loriga. Las primeras providencias adoptadas por Valdés, luego que hubo regresado a Arequipa, fueron las de destacar partidas por toda la costa desde Iquique hasta Camaná para que hiciesen internar hasta 30 leguas todos los ganados, acémilas y demás recursos que pudieran ser de alguna utilidad al enemigo. Brilló asimismo un infatigable celo de organizar con increíble presteza su corta división, que no pasaba de 1.000 infantes y 400 caballos disponibles, cuyas armas, ves-

tuarios, pertrechos y cuanto pudiera darle una activa movilidad, fueron puestos en el estado más sobresaliente. Cuando ya hubo completado sus preparativos guerreros y que tuvo noticias exactas de la dirección y punto de desembarco de los expedicionarios, situó en Torata el batallón de Gerona, en Omate al del centro y en el alto de la Villa de Moquegua toda la caballería, excepto el tercer escuadrón de dragones de la Unión que ocupaba el valle de Sama y extendía sus observaciones hasta Arica.

La expedición de Alvarado se componía de los regimientos Legión Peruana y Río de La Plata, de los Batallones números 4, 5, 11, 2 y los 4 Escuadrones de granaderos montados de los Andes, con 10 piezas de artillería de campaña.

Parte de la expedición enemiga había desembarcado en este puerto el día 27 de noviembre y el resto llegó sucesivamente, a excepción de un escuadrón de 450 hombres que lo verificó en Iquique y pasó a Tarapacá con el objeto de completarse, proporcionar recursos y de acechar los movimientos de Olañeta en el Alto Perú.

El 9 de diciembre avanzaron la Legión Peruana, el Regimiento del Río de La Plata y los Granaderos a caballo a 3 leguas de Arica y, sin hacer ulteriores movimientos, se quedaron en aquellas posiciones por el espacio de tres semanas, creciendo el aliento de la división de Valdés con tal inacción y aun más con los avisos de la aproximación de Canterac. Varios jefes y, entre ellos, el Coronel Miller, instaron a Alvarado pa-

ra que atacase a la referida división de Valdés, antes que pudiera ser reforzada por la de Canterac; pero la falta de acémilas, la demasiada circunspección del caudillo insurgente y la creencia de que Valdés tuviera fuerzas muy superiores, dieron a sus operaciones un carácter de lentitud y resolución que aseguró el triunfo de los realistas contra el ejército unido de Buenos Aires, Chile, Perú y Colombia, cuyo Presidente había ofrecido al General San Martín sus auxilios.

**Oficio de Bolívar al
Supremo Gobierno de
Chile.**

República de Colombia.
—Simón Bolívar, Libertador y Presidente de la República, General en Jefe

del Ejército, etc.—“Excmo. señor: Desde el momento que la Providencia concedió la victoria a las armas de Colombia en los campos de Carabobo, mis primeras miradas se dirigieron al sur, al ejército de Chile.

Lleno de los más ardientes deseos de participar de las glorias del ejército libertador del Perú, el de Colombia marcha a quebrantar cuantas cadenas encuentre en los pueblos que gimen esclavos en la América meridional.

En marcha para tan santa misión, dirijo a mi edecán el Coronel Ibarra cerca de S. E. el General San Martín, para que se sirva tener la bondad de facilitar los medios de reunir el ejército de Colombia con el de Chile.

Dondequiera que estos hermanos de armas reciban los primeros ósculos, allí nacerá una fuen-

te de libertad para todos los ángulos de América.

Dígnese V. E. prestar su protección a esta empresa bienhechora y todos nuestros hermanos serán para siempre libres.

Tengo el honor de ofrecer a V. E. el afectuoso homenaje de la profunda consideración con que soy de V. E. su más obediente atento servidor.—Excmo. señor.—*S. Bolívar*".

Ejército Nacional.

Los jefes del ejército nacional no ignoraban paso alguno de cuantos los disidentes daban en Lima; sabían el estado en que la expedición se hacía a la vela; qué fuerzas la componían; cuál era su principal objeto y con certeza los puertos destinados a su desembarco. Así fué que del 7 al 9 de noviembre y, en virtud de órdenes del Virrey, salió de Huancayo, con destino al Cuzco el General Canterac con 2 batallones y 4 escuadrones, dejando el resto de las tropas en el valle de Jauja, al mando del General Loriga.

El General Valdés se hallaba de antemano en la provincia de Arequipa con los batallones de Girona y Centro y los escuadrones terceros de la Unión y granaderos de la Guardia, cazadores montados, dragones de Arequipa y una compañía de zapadores. Cierta de la dirección y punto de desembarco del enemigo, situó en Torata a Girona, en Omate al Centro y en el alto de Moquegua toda la caballería, excepto el tercer escuadrón de Dragones de la Unión que ocupaba el

valle de Sama, extendiendo sus observaciones hasta el puerto de Arica y además impartió órdenes a toda la costa para alejar de la aproximación de ella, toda especie de ganado y cualquier otro recurso que pudiera servir al enemigo.

El 15 de diciembre ya se habían reunido los buques en Arica y seguidamente verificaron su desembarco, habiendo destacado a Tarapacá el número 2 para que se completara; la falta de mulas y caballos no les permitió operar luego, como habrían deseado y así no rompieron su campaña hasta últimos de este mes, ocupando a Tacna el 29.

Instruido el Virrey de cuanto ocurría por aquella parte del Perú, ordenó al General Canterac que se situara en Puno y que el General Carratalá, con un batallón y un escuadrón marchara sobre Arequipa, a fin de poner a cubierto esta ciudad de las correrías de Miller, que con algunos soldados se adelantó hasta Liguas, desembarcando en Quilca y tuvo el atrevimiento de intimar rendición al Gobernador.

El General Valdés, desde Sama, inmediato a Tacna, comunicó al General en Jefe sus operaciones en el orden siguiente:

**Parte del General
Valdés al General en
jefe Canterac.**

“Ayer a las 4 de la tarde entraron los enemigos en Tacna, con infantería, artillería y caballería. Se acamparon a la entrada del pueblo, viniendo de Arica sobre el mismo ca-

mino. El escuadrón de dragones de la Unión, que se hallaba en aquel punto, se situó en la altura que está un tiro de cañón más acá del pueblo de Tacna, en donde permaneció hasta después de anochecer, sin ser incomodado en lo más mínimo, dejando en dicha altura una mitad hasta la madrugada de este día en que emprendió su retirada por no tener agua ni forraje en el punto que ocupaba. El escuadrón llegó a este campo sin novedad hace dos horas y la mitad lo verificará ahora del mismo modo. Uno que salió de Tacna a las 8 de la noche después que habían acampado todos y dejado de llegar, dice que serán como unos 3.000 hombres de todas armas, entre ellos como 4 escuadrones según se explica: uno que tenía a la cabeza de lanzas y casacas coloradas, bien montados y los demás muy mal. Puyol dice que el número de infantería le parece como de 2.000 hombres y unos 150 caballos, bien que confiesa que no los ha visto todos por estar ya algunos dentro de la quebrada, cuando él se puso en pasaje de poder verlos. El oficial de la partida avanzada que los vió de cerca dice que calcula que apenas llegarán a 1.800; que por la división que observó en las columnas de infantería cree que las componían cinco cuerpos; dos la primera vanguardia y 3 la segunda; que la caballería no traía más que 4 mitades a su cabeza, bien montados, de lanza y vestidos de encarnado, otras 4 mitades a retaguardia de la infantería, tirando los caballos 12 hombres por su flanco izquierdo y 20 por su derecho, que creen fuesen partidas

de los dos escuadrones; en lo demás conviene con los otros.

De Quilca y demás puntos, me dicen lo que manifiestan los adjuntos partes. A pesar de lo cual no creo intentar nada por Camaná a donde llegarán, pero no pasarán por no tener objeto por aquella parte. Me persuado que la fuerza que entró ayer en Tacna, es toda la que tienen por esta parte, que con los 300 hombres que se hallan en Tarapacá y los que tengan a bordo de los buques que están sobre Quilca, componen el total de su expedición. Se me asegura por todos los conductos que recibieron 200 caballos de Chile, pero, a no dudarlo, se sabe poco por la dificultad de buenos espías; uno que tenía con esta cualidad he tenido el disgusto de que lo agarraran.

Por el movimiento de los enemigos sobre Tacna, no se puede verificar la marcha del Coronel Espartero sobre la sierra; como había anunciado a V. S., este jefe se me reuniese en este momento con la gente que debía llevar, con lo que formó 900 hombres montados, entre infantería y caballería, con dos piezas de cañón, con lo cual no me dan cuidado los enemigos, aunque esté a la vista de toda su fuerza. Me persuado, por lo dicho, que sobre Quilca en los buques tienen muy poca fuerza y que no hacen más que llamadas falsas, no obstante, por si ocurriese algo, debo manifestar a V. S. que la tropa de la división de mi mando está más lejos de Arequipa que la situada en Puno, además de que me es muy necesaria en los puntos que ocupa.—Dios V.—Sama,

30 de diciembre de 1822.—*Jerónimo Valdés*.—
Señor General en Jefe D. José Canterac.

En el entretanto principian las operaciones de los dos ejércitos y tengan su primer efecto los movimientos de Alvarado en el principio del año entrante, será muy del caso imponernos de las ocurrencias de la escuadra chilena, que la dejamos empleada el anterior año en la persecución de las fragatas de guerra españolas "Prueba" y "Venganza", habiéndose engolfado Cochrane, hasta la altura de Méjico, en busca de ellas.

CAPITULO XLVIII

Operaciones Navales.

Las averías de la "O'Higgins" (1) obligaron a echar el ancla en la bahía de Fonseca o de Amapalla el 25 de enero de este año, de la cual salió hasta llegar a Acapulco, en donde se suponía existiesen los buques españoles que se iban persiguiendo. Al entrar en él, Lord Cochrane notó con la mayor extrañeza que la fortaleza estaba cuidadosamente guarnecida, que se había hecho entrar al pueblo una fuerte columna para su defensa y que, a pesar de las muestras de atención que le dispensaba el gobernador, cierta reserva se dejaba descubrir, manifestando que abrigaba sospechas. Estas precauciones nacían de que había llegado noticia al Gobernador de que Lord Cochrane se había apoderado sediciosamente de la escuadra de Chile, saqueados los bajeles del Perú y cometido innumerables piraterías en el

(1) García Reyes.

mar. Por fortuna, se lograron disipar los temores y el emperador Iturbide mandó felicitar al Vice-Almirante por su arribo.

Mas las fragatas españolas, que eran el objeto de los afanes de la escuadra, no estaban allí y ni siquiera se podía colegir por los rumores el lugar de su paradero. El Vice-Almirante tuvo, pues, que volver al sur y despachando a California la "Independencia" y el "Araucano", para que hiciesen allí los víveres necesarios para su regreso a Valparaíso, él con la "O'Higgins" y la "Valdivia", regresó por el meridiano, tocando varios puertos para adquirir noticias de los buques. Los peligros y padecimientos de esta travesía tienen pocos ejemplos en la historia de sus navegantes. Recias tempestades sacudieron los maltratados buques y la tripulación, postrada por el hambre y la fatiga, se vió más de una vez tentada a dejarse llevar de los consejos de la desesperación. En fin, habiendo arribado el 7 de marzo al puerto de Atacames, correspondiente a la provincia de Esmeraldas, en el Ecuador, se supo que la "Prueba" y la "Venganza", en unión con la corbeta "Emperador Alejandro", habían salido de aquel puerto el 1º de enero con dirección a Guayaquil y, sobre la marcha, Cochrane se dirigió a aquel punto, resuelto a hacer el último sacrificio por conseguir su presa.

En efecto, los buques españoles entraron al río el 15 de febrero, con el objeto de capitular con las autoridades independientes que allí gobernaban. Careciendo Guayaquil de los fondos

necesarios para aceptar la transacción propuesta, el agente del Perú, residente allí, tomó la negociación a su cargo; las principales condiciones eran que la oficialidad y la tripulación recibirían del Gobierno sus sueldos atrasados y que los que quisiesen permanecer en América gozarían de los derechos de ciudadanos, y los que prefiriesen volver a Europa, serían indemnizados del costo del viaje. Después de muchas dificultades, parecía que las negociaciones estaban al romperse por el motín de la tripulación y de algunos oficiales españoles indignados de que los capitanes vendiesen los buques de la nación al enemigo; pero el Gobernador de Guayaquil, astuto, ocurrió al subterfugio de anunciar por señales la aproximación de la escuadra chilena y, por este medio, la oposición cesó, quedando los buques por cuenta del Gobierno peruano. En consecuencia, la "Prueba", Capitán D. José Villegas, salió a ponerse a las órdenes del Protector, mientras que la "Venganza" y la "Corbeta Alejandro", quedaron repasando sus averías.

Cuando Lord Cochrane subió el río y vió que el pabellón peruano tremolaba sobre la "Venganza", todo el resentimiento que le inspiraba su rival, se le encendió en el pecho, e informado de que a favor de su nombre se había logrado por el agente del Perú apoderarse de los buques, ordenó al Capitán Crosbie que pasase a bordo de la fragata y tomase posesión de ella a nombre del Gobierno de Chile. Este acto

excitó un gran tumulto en la ciudad. Las lanchas cañoneras se tripularon al instante, la ribera del río se coronó de cañones y un gran número de gente se veía ocupada en levantar parapetos. Los marineros españoles parecían tomar parte muy activa en estos preparativos de ataque. Mientras tanto Cochrane se reía, en su interior, de sus afanes por una defensa ilusoria y no bien la marea vino a engrosar el canal o caudal de las aguas del surgidero y la "Valdivia" navegando a su favor, se acercó un tanto más a la ciudad, cuando las lanchas abandonaron su puesto y se recogieron a la orilla. El Gobernador de la ciudad, mejor aconsejado, tomó el partido de iniciar una correspondencia diplomática, cuyo resultado fué, que comisionados del Gobierno y de la escuadra, se reuniesen para dar término feliz a aquel desagradable negocio. Ellos convinieron en que la "Venganza" continuase siendo propiedad del Gobierno de Guayaquil, cuyo pabellón enarbolaría y sería salutado por la escuadra y que las cosas permanecieran así hasta que los Gobiernos de Chile y el Perú hubiesen tomado sobre el particular una resolución definitiva. En consecuencia, el pabellón de Guayaquil se izó por los capitanes. Luzurriaga y Crosbie y se hicieron mutuamente por la escuadra, las cañoneras y las baterías de tierra las salvas de ordenanza.

Cochrane dejó a Guayaquil el 25 de marzo y comenzó a navegar sobre las costas peruanas, para él, enemigas. La escasez de algunos víveres

le hizo tocar en Huambacho y supo allí, oficialmente, que había orden expresa del Protector para negar a la escuadra de Chile todo género de recursos. El Alcalde territorial añadió de palabra al oficial que pasó a tierra que tenía instrucciones para impedir se aprovechase el Vice-Almirante de la leña de los montes y del agua de los ríos. Tal era el grado de hostilidad a que, en breve tiempo, habían llegado las cosas.

Lord Cochrane, instado por estos tratamientos, se dirigió el 25 de abril al Callao, en donde su actitud infundió al Gobierno serias alarmas. Desde luego, dirigió al Protector notas terribles, en que se hallan pintadas la energía y la vehemencia de su carácter. En ellas increpaba la conducta que aquel jefe había observado para con la escuadra de Chile, a quien era debida en gran parte su actual elevación y reclamaba para el Gobierno de la República, las fragatas "Prueba" y "Venganza", cuya entrega al Gobierno peruano era efecto de la tenaz persecución que le había hecho la escuadra de Chile en todos los puertos en donde pudieron refugiarse. No satisfecho con esto, comenzó a ejercer actos de violencia en la misma bahía. Desde luego, impidió la salida de la fragata "Monteagudo" que venía a Chile, trayendo un gran número de españoles desterrados, mientras no se satisficiera a la escuadra una cantidad de pesos, por la que estaba hipotecado el buque por razón del rescate que se ofreció a pagar su dueño, cuando, en julio del año anterior, el Capitán Crosbie

lo sacó de la bahía. Poco después, viendo entrar a la "Moctezuma", con bandera peruana, hizo luego fuego sobre ella, obligándola a arriar la bandera y venirse a colocar a su costado. Estos procedimientos pusieron en cuidados al Gobierno peruano, que tomando providencias para la seguridad de los buques, cortó la comunicación de tierra con la escuadra.

Las miras de Cochrane habían sido permanecer en el Callao, hasta que el Gobierno de Chile le ordenase replegar a las costas de Chile, pero, temeroso, llegasen informes siniestros de su conducta que lo expusiesen a un desaire, dió la vela para Valparaíso el 10 de mayo, entrando en Valparaíso el 13 de junio. A su arribo, halló reunidos en aquel puerto la mayor parte de los buques que habían compuesto la escuadra. La "Chacabuco", que había quedado en la costa de Chile, cuando zarpó la Expedición Libertadora, se había ocupado de cruzar en la altura de Chiloé y en otras comisiones de menor importancia. Empero, el "Araucano" y "Aranzaru" habían desaparecido, llevados por la tripulación amotinada a las islas del Pacífico, en donde fueron apresados como piratas. Los votos de Chile y el Almirante estaban cumplidos: el Pacífico había sido barrido completamente de buques españoles. En un solo punto, Chiloé, se veía tremolar el pendón español y merced a sus esfuerzos, las costas del continente que en 1818 estaban en toda su extensión, sujetas a la dominación de España, habían sacudido su letargo y se ostentaban

libres de las cadenas que sobre ellas echara el interés de la metrópoli.

**Lord Cochrane se re-
tira del servicio.**

Cochrane, así que arribó a Chile, pidió licencia para residir en su hacienda de Quintero. Desde allí, dirigía al Gobierno notas llenas de interés por la escuadra de la República, sugiriéndole multitud de providencias que revelan su acendrado criterio e ilustración. La marina mercante, las franquicias debidas al comercio nacional, el establecimiento de fábricas y otras materias semejantes, fueron asuntos que ocuparon indistintamente sus cuidados. El se mostraba empeñado en regularizar la escuadra, purgándola de los vicios que, naturalmente, se habían arraigado en un servicio, irregular e indigesto y no cesaba de recomendar al Gobierno a los jóvenes oficiales, que, haciéndose superiores a los estímulos del interés, se habían conservado fieles a la República. Sin embargo, la situación del Gobierno en aquellos meses no era aparente para aprovecharse de las indicaciones del honorable Lord; antes bien, hacia el mes de diciembre, se decretó el desarme de la escuadra, la marinería se licenció y los oficiales quedaron en tierra, percibiendo la mitad de sus escasos sueldos. Sólo quedó armada la pequeña goleta "Moctezuma". Esta medida destruyó, de un solo golpe, los trabajos acerbos emprendidos hasta entonces para organizar la escuadra y las cosas volvieron a su primitivo caos.

ESCUADRA ESPAÑOLA DEL PACIFICO QUE COMBATIO LA DE CHILE

Buques	Clases	Cañones	Comandantes	Destinos
Prueba.....	Fragata	50	D. José Villegas	Entregado al Perú.
María Isabel.....	Id.	44	Dionisio Capaz	Capturado por la escuadra
Venganza.....	Id.	44	Blanco Cabrera	Entregado al Perú.
Esmeralda.....	Id.	44	Luis Coig	Capturado por la escuadra
Resolución.....	Corbeta	34	"	Capturado por la escuadra
Sebastiana.....	Id.	34	"	Encalló en Callao
Pezuela.....	Bergantín	18	"	Entregado al Perú.
Potrillo.....	Id.	16	"	Capturado por la escuadra
Proserpina.....	Goleta	14	"	Entregado al Perú.
Aranzaru.....	Id.	7	"	Capturado por la escuadra.
Aguila, Regina, Alejandro.				
Mercantes armados, los dos primeros capturados por la escuadra, el tercero entregado al Perú. Lanchas cañoneras 17.				

**Constitución
peruana.**

La Suprema Junta Gubernativa del Perú, establecida en Lima, comisionada por el soberano Congreso Constituyente, promulgó en 17 de diciembre y mandó jurar y publicar las bases de la constitución política de aquella República, decretados el día anterior por el mismo Congreso. Fué presidente de aquel Congreso el señor D. Juan Antonio de Andueza; la Junta Gubernativa la componían D. José Lamar, don Felipe Antonio Alvarado y el Conde Vista Florida. Conforme a aquellas bases se formó y sancionó la Constitución de 12 de noviembre de 1823, reformada por la de 9 de diciembre de 1826, la que, por la ley de 11 de junio de 1827, se declaró nula y se mandó observar la de 1823 con algunas modificaciones. Esta, a su vez, quedó anulada por la de 1828.

**Lambayeque y
Huamachuco**

El Congreso Constituyente del Perú confirmó título provisional de ciudad a la población de Lambayeque el 18 de diciembre, con el renombre de generosa y benemérita que le expidió el 15 de junio del mismo año el Gobierno provisorio en premio de los auxilios que aquella población prestó al Ejército Libertador y de su decisión por la causa de su independencia. En el mismo día, confirmó el decreto de 8 de agosto, referente al título provisional de muy ilustre y

fiel ciudad, acordado a la población de Huamachuco, capital del partido de su nombre.

Decreto del General

La Serna.

Deseando este superior Gobierno evitar los posibles males, no sólo a lo general de los habitantes de estos países, sino aun a los que se hallan en los pueblos que, por desgracia, ocupan en el día los invasores, se previene que todos los géneros y efectos extranjeros que se encuentren en dichos pueblos, cuando entren las armas nacionales, serán confiscados irremisiblemente en beneficio del público, contra las leyes que nos rigen, y para que llegue a noticias de todos, se circulará esta orden e imprimirá en la gaceta de Gobierno.—Cuzco, 20 de enero de 1822.—*José de la Serna* (1).

Arenga que pronunció el Ilustrísimo y Honorable señor D. Juan García del Río, el 12 de febrero próximo pasado, en la Sala Directorial, a presencia de S. S. el Supremo Director y de las demás autoridades y corporaciones.

“Excmo. señor: El pueblo peruano no podrá menos de recordar eternamente, con gratitud, cuanto han contribuido a su emancipación los incesantes esfuerzos de S. E. y los laudables sacrificios de los beneméritos ciudadanos de este Estado. Derrocada en Lima la tiranía, a impulsos de la Expedición Libertadora, se estableció sobre sus ruinas un Gobierno que tenemos el ho-

(1) “Gaceta del Gobierno Legítimo”, 22 de enero de 1822.

nor de representar cerca de la persona de V. E. A su nombre, es que tenemos la satisfacción de felicitar a V. E. por haber lucido sobre este venturoso país el 5º aniversario de la inmortal jornada de Chacabuco y el 4 de la proclamación de independencia del Estado chileno. De aquel acto memorable de intrepidez, de aquel noble desafío hecho por los hijos de la libertad a los secuaces del despotismo, en el momento mismo que éstos aspiraban osados a robarles los bienes que comenzaban a gustar. Desde entonces acá, cada año ha presentado en tributo a V. E. nuevos triunfos; no sólo se ha purgado el suelo de Chile de los enemigos que le infestaban, sino que se ha extendido el beneficio de la libertad a pueblos opulentos y oprimidos. ¡Quiera el cielo continuar derramando sobre este país bienes inmensos! ¡Ojalá se estrechen más y más entre este Gobierno y el del Perú los vínculos de amistad, unión y fraternidad que exigen sus intereses recíprocos, su honor y felicidad! Tales son los sentimientos del Excmo. señor Protector del Perú, y al transmitirlos fielmente a V. E. tenemos la satisfacción de asegurar que no son otros los nuestros y que nos gloriaremos de consagrar una parte de nuestras tareas a la consecución de tan interesante objeto (1).

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

(1) "Gaceta Ministerial de Chile", 2 de marzo de 1822.
Nº 34.

**Oficio de los señores
enviados del Supremo
Gobierno del Perú,
cerca del de Chile,
al señor Ministro
de Estado y de Rela-
ciones Exteriores.**

“Santiago, febrero 26
de 1822. — A consecuen-
cia de la invitación que el
Excmo. señor Supremo
Director del Estado de
Chile, tuvo a bien hacer
a los enviados del Go-
bierno del Perú para que concurriesen a la misa
de acción de gracias que debía celebrarse en la
santa iglesia catedral del 12 del corriente, en
conmemoración de la inmortal jornada de Cha-
cabuco y de la augusta proclamación de la in-
dependencia de este país, tuvimos el honor de
asistir a ella y el primero de los que subscriben
pronunció una arenga, felicitando a S. E. a
nombre del Supremo Gobierno del Perú por el
aniversario de tan felices sucesos. Desgraciada-
mente, enfermó al mismo día siguiente, en que
se le presentó un ordenanza con un papel ema-
nado del Ministerio de Gobierno, en que se so-
licitaba que exhibiesen algunos individuos de-
signados y las arengas que habían pronunciado,
para su impresión. Se habría entregado la copia
de la nuestra, prescindiendo de todo, si no lo
hubiesen impedido el actual estado de enferme-
dad del que la pronunció y se le manifestó esto
mismo al ordenanza. Mas, habiendo observado
después que, en la “Gaceta del Gobierno”, de 16
del corriente, se dice que “es sensible el no dar
a la prensa las arengas, porque sus autores, aun-
que se las pidieron, no las habían remitido, sin
duda que tendrían justos motivos para que no

se publicasen", es un deber nuestro el exponer a V. S. que no hubo más causa que la mencionada ya para no haber entregado la copia de la referida arenga y suplicarle que se inserte en la gaceta próxima este oficio con la misma copia que tenemos el honor de remitir a V. S. para que no se crea nunca que los enviados del Gobierno del Perú se hallaban en el caso que se supone en la gaceta.

Tenemos el honor de asegurar a V. S. los sentimientos de nuestra alta consideración y respeto.—*Juan García del Río*.—*Diego Paroissien*.—Señor Ministro de Estado en el Departamento de Gobierno y Relaciones Exteriores de Chile, Dr. D. Joaquín Echeverría (1).

"Legación Peruana.—Santiago, marzo 22 de 1822.—Al tiempo de retirarnos de esta capital, después de haber cumplido en lo posible con aquella parte de nuestra comisión que se refería inmediatamente a este Supremo Gobierno, suplicamos a V. S. se sirva manifestar al Excmo. señor Supremo Director, cuán agradecidos vamos a los favores y consideraciones que ha tenido a bien dispensarnos. Ellos graban en nuestros corazones nuevos motivos de gratitud y, ciertamente, consideraremos como un honor, no menos que un placer el poder dar una prueba de nuestros sentimientos en favor de Chile y de

(1) "Gaceta Ministerial de Chile", N° 34.

nuestra adhesión a este Supremo Gobierno, desempeñando cualquier encargo que V. S. tenga a bien confiarnos a su nombre.

Tenemos el honor de renovar a V. S. los sentimientos de nuestra más alta consideración y aprecio.—*Juan García del Río*. — *Diego Paroissien*. — Señor Dr. D. Joaquín Echeverría, Ministro de Estado y Relaciones Exteriores de Chile, etc. (1).

**Plenipotenciario del
Perú.**

El 17 del corriente junio, el Ilmo. señor Dr. D. José Caveró y Salazar comunicó oficialmente su llegada a esta capital al señor Ministro Secretario de Relaciones Exteriores. El 18 le contestó el Ministro, felicitándole y diciéndole que, conforme al ceremonial establecido en el país, tendría el honor de recibirle en su Secretaría el 19 a las 11 del día y después participaría al Director Supremo el objeto de su misión para recibir sus órdenes y saber cuándo había de presentarle sus credenciales. Se le comunicó haber señalado S. E. el día 20 a las 12 del día. A dicha hora, el señor Plenipotenciario fué conducido en un coche de S. E. acompañado de su primer Edecán y, en otro coche, su Secretario acompañado del Edecán segundo. El Supremo Director y sus dos Ministros recibieron en pie

(1) "Gaceta Ministerial de Chile", N° 38, 30 de marzo de 1822.

al Plenipotenciario; su Il^{ta}. tomó asiento a la derecha de S. E. y dijo:

“Excmo. Señor: Intérprete de los sentimientos de un Gobierno de cuyo carácter son los rasgos distintivos la filantropía y la justicia, yo vengo a proclamar en el templo de la paz esa dulce simpatía de Chile con el Perú, que, si ha marcado hasta esta época íntimas conexiones de amistad y de política y aun los preciados vínculos de la sangre, de hoy más va a ofrecer al universo la noble y tocante imagen de dos pueblos que se estrechan con el nudo religioso de una devoción común al objeto de un mismo culto que es la santa libertad. ¡Oh! ¡Qué genio de maldición y de crimen ha hecho, por tanto tiempo, desconocer a ambos Estados aquel sublime y misterioso comercio tan digno de los seres en quienes tienen imperio las pasiones generosas, no dejándoles comunicarse de otro modo que por la recíproca compasión de sus comunes desgracias? Pero ya este Arimanes, llevando en sí los anatemas de la posteridad, se ha escondido para siempre en la sombra de esos tres siglos del oprobio y de los sufrimientos de la patria y ha dejado lugar a las nuevas y encantadoras escenas de su exaltación y dicha. Aquí me es preciso seguir los transportes de mi imaginación. Yo no puedo pensar en nuestra adquirida gloria sin que al mismo tiempo se me aviven las ideas del grande y heroico Chile y sin que este nombre célebre se me presente mezclado en los templos a las invocaciones sagradas, en los campos de batalla a los gri-

tos de la victoria, en las ciudades a los himnos de la paz. Apenas he tocado estas regiones encantadoras y felices, cuando un silencio religioso se ha apoderado de mi alma; yo contemplo algún gran suceso conseguido por cada uno de estos puntos y veo a la inmortalidad domiciliada en ellos desde que los genios tutelares de O'Higgins y San Martín, venciendo la obstinación de la guerra y fijando, además, la ligereza de la victoria, han obligado a la fortuna a coronar sus valerosos esfuerzos. ¡Oh, días de nuestra regeneración y nuestra gloria! ¡Oh Chile, objeto perdurable de la admiración y gratitud del Perú! ¡No son Chacabuco y Maipo, esos campos fecundos en el laurel .lozano que, transplantado a mi patria por los hijos intrépidos de Marte que se cegaron, han producido en ella los frutos de la victoria y derramado todos los beneficios? Sí, la pura felicidad descendida de los cielos ha escogido los pechos amigos de los chilenos y peruanos para reposar en ellos como en su digna y deliciosa morada. Todo es preciso que participe de la prosperidad de sus influencias. En lugar de las comunicaciones arteras de nuestros antiguos opresores, cuya política consistía en el maquiavelismo y el perjurio y cuya diplomacia no se enderezaba más que a nuestra miseria y destrucción, aparecerán esos nobles conciertos producidos por la razón y el sentimiento y sostenidos por la más pura fidelidad, cuya suerte habrá de ser fijada por una conformidad perfecta de afectos e intereses. Que se confundan, señor

Excmo. esos rivales obstinados de la gloria americana y que renuncien de una vez la esperanza de cometer esos últimos crímenes que están en su voluntad, pero ya no en su poder. La eterna alianza con que Chile y el Perú consolidan su recíproca fortuna, será el duplicado baluarte en que zozobrarán sin recurso sus bárbaras maquinaciones. Que la fuerza y la indignación pública les persiga y atormente a su existencia, mientras que unidos nosotros con fraternales e indisolubles lazos, mezclando nuestros pabellones y banderas y cubriéndonos de gloria sobre uno y otro elemento, nos hacemos el objeto de la desesperación del enemigo y de la envidia del universo".

S. E. contestó en términos graves y sencillos según su costumbre, diciendo en substancia, que particularmente y como el primer representante de su Nación, sentía la más viva satisfacción al recibir por la primera vez a un Plenipotenciario del Perú y que la elección de su sublime aliado el Gobierno de Lima hubiese recaído en la digna persona de Su Ilma. Añadió: no sólo una misma causa y unos mismos principios unen a mi Nación con los ciudadanos del Perú, sino nuestras antiguas relaciones comerciales, nuestras necesidades e intereses recíprocos, aun los vínculos de la sangre y una amistad tan antigua como la fundación de nuestras poblaciones. Espero, confiadamente, dijo, que esta amistad no se turbará jamás, si no se hará dignamente más cordial y fraternal y que el

Ilmo. Plenipotenciario transmitirá estos sentimientos al Gobierno que representa”.

En seguida, el señor Plenipotenciario presentó a S. E. sus credenciales, quien las pasó al Ministro de Relaciones Exteriores. Concluido este acto, se despidió Su Ilma. El Supremo Director lo acompañó hasta la puerta de la sala de audiencia y los Ministros lo acompañaron hasta el coche. Vuelto el Plenipotenciario a su casa, fué luego visitado por los dos Ministros (1).

Discurso a la instalación de la convención por el Plenipotenciario del Perú.

“Excmo. señor: Por una feliz combinación del destino que vincula para siempre los nombres de Chile y el Perú, estaba señalada una misma época, para que en ambos Estados se representaran las más augustas e interesantes escenas. Si al tiempo mismo en que, con la instalación de un Congreso Constituyente, consagra Lima la memoria de aquel fausto día, en que ofreció el más plácido holocausto en las aras de la patria, proclamando en presencia de los cielos su independencia, Santiago se apresura a reunir dictámenes, los más sabios y moderados que acierten a fijar la opinión sobre los verdaderos intereses de Chile, cuando se trata de organizar los elementos de su Constitución y su Gobierno. A nombre del que yo represento, tengo el honor de congratu-

(1) “Gaceta Ministerial de Chile”, N.º 43, 27 de junio de 1822.

lar a V. E. como a un jefe, que el primer amigo de los pueblos que tan dignamente manda, les ha hecho amanecer este día tan venturoso y que llena los constantes votos de V. E. por la pública felicidad. No menos me complazco en presentir que, cuando el genio de la historia abra, a las generaciones que aun no existen, ese gran libro que revela al ignorante mortal los pasados acaecimientos, deleitándose en hacer reposar su ojo sobre la página en que se registre: Julio, he aquí —dirá— el mes consagrado a glorias comunes a Chile y al Perú (1).

**Discurso pronunciado
por S. M. en la aper-
tura de las Cortes
Extraordinarias**

“Señores Diputados:
Después que manifesté a las Cortes los motivos que me decidían a creer conveniente la convocación de las extraordinarias, nada ha ocupado tanto mi real ánimo, como el deseo de verlas reunidas. Las veo ya con la mayor satisfacción y me entrego todo a la agradable y justa esperanza del bien que a la patria debe resultar de sus trabajos.

Los asuntos que he dispuesto se sometan a la deliberación de estas Cortes, son principalmente aquellos cuyo arreglo se necesita para la más pronta consolidación del sistema constitucional, como la división del territorio y las medidas oportunas para plantear, según ella, el Gobierno po-

(1) “Gaceta Ministerial de Chile”, N° 52, 2 de agosto de 1822.

lítico, los códigos, las ordenanzas militares, el proyecto de decreto orgánico de la Armada Naval y el decreto para la organización de la milicia activa.

Urge sobremanera ponerlo todo en consonancia con la ley fundamental del Estado, dejando así la administración expedita y libre de los graves embarazos que, por falta de esa necesaria armonía, encuentra frecuentemente y que el Gobierno no puede remover.

He creído también que deben resolverse cuanto antes otros puntos que, aunque sin relación tan íntima con la Constitución, influirán conocidamente en la prosperidad general, como las providencias que convenga adoptar para conseguir la tranquilidad y promover el bien de las Américas, el examen y reforma de aranceles, la liquidación de suministros, las medidas necesarias para cortar el gravísimo daño que sufre la Nación con el curso de monedas falsas o defectuosas del extranjero, el expediente sobre los créditos de reemplazos y el proyecto de decreto sobre establecimientos de beneficencia.

Aunque sea tan importante todo lo que va a ser objeto de la deliberación de estas Cortes, lo es todavía más el hecho sólo de que las haya. Esta nueva demostración y garantía de la unión que reina entre los primeros poderes, debe acabar de convencer a todos los enemigos de nuestras instituciones de que serán vanos sus esfuerzos contra ellas.

Yo me aprovecharé del período en que las

Cortes han de continuar reunidas para mandar proponer cualquiera medida o proyecto que a mi Gobierno parezca necesario y urgente, así como para reclamar su cooperación, si lo exigiesen las circunstancias.

Vastísimo es, señores Diputados, el campo que se presenta a vuestro celo y a vuestras luces y estas prendas que tanto os distinguen, reunidas a la prudencia y circunspección con que han sido señaladas todas vuestras deliberaciones, aseguran a la patria el complemento de los bienes de que ya os es deudora.

Tengo la confianza de que, bajo ambos aspectos, os haréis admirar de la Nación y de la Europa, siendo cada vez más acreedores a la particular estimación de vuestro Rey, que considerará siempre a las Cortes como el primer apoyo de su trono constitucional (1).

Comisión de las Cortes de España para tratar de la América.

La comisión de las Cortes, encargada de manifestar a aquella asamblea el estado actual de la antes llamada América Española, ha presentado, ahora poco, un proyecto de pacificación al Ministerio, para que en seguida sea sometido a discusiones legislativas. Las bases propuestas son las siguientes:

1º Será dividido en tres grandes secciones el territorio de la América, antes llamada espa-

(1) "Gaceta Ministerial de Chile", 2 de febrero.

ñola. Nueva España formará la primera sección; Venezuela, Cundinamarca y Quito la segunda y la tercera se compondrá del Perú, de Chile y de las provincias del Río de la Plata.

2º En cada una de las secciones se establecerá una asamblea de Cortes, en imitación de las de España. La primera residirá en Méjico, la segunda en Bogotá y la tercera en Lima.

3º El Rey elegirá un representante suyo para cada una de las tres secciones, que ejercerá el poder ejecutivo. Los miembros de la familia real serán con preferencia colocados en estos destinos.

4º Se crearán cuatro Ministros, uno del Interior, otro de Hacienda, el tercero de Gracia y Justicia y el cuarto de Guerra y Marina.

5º Nueva España debe obligarse, formalmente, de la remisión a la Península de 200 millones de reales en el término de 5 años y, por separado, contribuir al fomento de la marina española con 40 millones. Además, pagará el total de la deuda pública que allí haya contraído el Gobierno español o sus agentes. Luego que verifique la reunión de las Cortes, comenzarán los pagos y las contribuciones se aumentarán en cuanto lo permita el estado de N. E.

6º Las otras dos secciones pagarán a la Península contribuciones proporcionadas a sus recursos.

7º El comercio entre América y España tendrá por principio los intereses recíprocos de ambos países.

8º Se considerarán iguales en derechos los americanos y españoles y podrán, de consiguiente, aspirar indistintamente a los empleos públicos.

9º Los delegados del Rey, revestidos del poder ejecutivo, los Diputados de las respectivas secciones y todos los demás funcionarios públicos, al tiempo de juramento de fidelidad a la Constitución de la Monarquía española, jurarán también de cumplir la presente ley.

Jamás se ha visto (observa el editor del "Times") una afectación tan chocante e imbécil. Ya que les es absolutamente imposible pensar en la recuperación de sus antiguas colonias, conceden, no como era de esperar y lo exige el interés de España, aquéllas, en el día, meras formalidades del reconocimiento de una consolidada independencia, si no el mal encubierto favor de establecer tres secciones de Cortes, presididas por miembros de la familia real. Lo más gracioso es que, por este singular rasgo de generosidad, exigen de la América enormísimos tributos. Una manifestación tan equívoca de la sabiduría legislativa de los españoles, sella para siempre la independencia de sus antiguas colonias y los que conocen los procederes del Gabinete de Madrid y sus agentes, celebrarían, como nosotros, la consistencia que va tomando este cambio político tan útil al mundo entero (1).

Antes de saberse en España los grandes

(1) "New England Palladium". V. de agosto último.

acontecimientos de la ocupación de Lima por San Martín, la de Cartagena por Montilla y la evacuación de Méjico de la guarnición española, congregadas las Cortes extraordinarias en Madrid, el punto principal de sus discusiones fué la América, sobre la que pronunciaron francamente los Ministros: "No había más partido que tomar que reconocer la independencía de América o hacer un esfuerzo nacional" (2).

**Carta del General
Ramírez.**

Carta de 20 de agosto
en Arequipa del primer
Ayudante de Campo del General Ramírez D.,
Eulogio Santa Cruz a Canterac y Valdés.

"Todo se ha perdido ya. No se hace caso de las providencias de los superiores magistrados. Cada cual hace lo que quiere, he aquí que somos perdidos. ¿No hay algunos alféreces o tenientes para poner en La Paz un nuevo Gobernador, otro en Potosí, en Charcas y Cochabamba otro? Se criticó al Gobierno antiguo y el moderno no sólo sigue las mismas huellas, sino que se ratifica en los desatinos y errores. Hemos perdido absolutamente toda la opinión y es necesario volverla a recuperar, o abandonar el prospecto de su restauración; nada de esto se ha hecho ni se trata. Hombres incapaces, déspotas, ladrones (así como suena) escandalosos, llenos de vicios y de crímenes son los que tenemos, rigiendo una

(2) "Miscelánea del Istmo de Panamá. libre, independiente" del domingo 6 de enero de 1822.

porción de pingües provincias, así es que cada cual hace lo que le pide el gusto y que nos hemos desacreditado y porque la providencia que no agrada no se cumple y así se queda. ¡Qué responsabilidad tienen mis amigos! ¡Esto cómo anda? Como Uds. debieron suponer. Uno o dos de Uds. ¿cómo no ha venido aquí? Otro sería nuestro actual estado. A discreción de juramentos nada se piensa, nada se hace, donde se puede hacer tanto. ¡Qué cargo se les puede hacer a mis amigos! En vano nos cansamos, hombres de bien se necesitan, no hombres de grandes condecoraciones. El recelo de que no llegue a sus manos me hace no seguir y si hablase con Ud. 15 minutos, se tiraría Ud. las orejas de rabia, cólera, de ira. ¡A qué la mudanza de un solo hombre, cuando todo no había de ser mudado? Me desengaño que los hombres somos todos capaces de unos mismos vicios. Todo, todo lo han perdido Uds. en Lima (1).

Si estos acontecimientos hacían desmerecer la buena opinión del ejército nacional, no carecía él unido de estas mismas o casi iguales desgracias que, en varias circunstancias, rebajaron su mérito.

Después de la gran batalla de Ayacucho, se publicó en Lima una relación oficial que contenía más de 300 oficiales del ejército patrio, entre ellos Bermúdez y Caparros, ambos españoles

(1) "Gaceta de Lima", N° 37. En 1822, en Arequipa trató el escritor con alguna confianza a este benemérito jefe, Coronel de Ingenieros.

y antiguos oficiales del ejército argentino y, durante los conflictos anteriores, se pasaron al enemigo.

Un día fueron presentadas, al General San Martín, las dimisiones de varios jefes del Ejército de los Andes, entre ellos Las Heras y Alvarado. El Protector aceptó todas menos la del último; como está referido en el bosquejo biográfico de este General en el capítulo 35. Estas altas y bajas son consiguientes en los ejércitos, más que en las guerras de partidos.

La agregación de Guayaquil a Colombia fué a consecuencia de la representación ratificada de aquel pueblo, que manifestó a gritos su voluntad para adherirse a la República, paseando por las calles el pabellón de Colombia bajo el cual querían vivir y protestaban defender. Bolívar tomó este pueblo bajo su protección y bajo el escudo de las armas de Colombia (1).

Varias correspondencias y órdenes respectivas a este año.

Carta del General Canterac al General Rodil. — “Campamento, 26 de junio de 1822.—Mi muy estimado Rodil: No nos conviene que los bandos publicados en Lima corran por Europa, como necesariamente sucederá, si se deja circular el primer semanario y, por lo mismo, que se recojan todos los ejemplares y esta tarde irá Camba a tratar el modo de que se llene dicho primer número; por lo que repito

(1) Cuartel general en Guayaquil, 14 de julio de 1822.

que no debemos, en papeles públicos, hacer mención de los bandos que manifiestan medidas violentas, las contradicen, lo que se dice de la decisión del pueblo (1).

Aun no parecen las mitades de dragones de Lima que espera aquí su afectísimo amigo. — *Caterac.*

**Instrucciones dadas
a Olachea por el Ge-
neral Canterac.**

**Instrucciones para el se-
ñor Coronel D. Juan An-
tonio Olachea, Comandante
militar de la costa de Palpa, Nasca y Acari:**

Art. 1º—Se establecerá alternativamente, según mejor convenga en los puntos de la comprensión de su distrito militar, para vigilar en todo y estar dispuesto a verificar lo que se previene en los artículos siguientes.

2º—De todas las milicias del distrito procurará formar y organizar la fuerza que pueda, que no baje de un escuadrón completo, distribuyendo aquélla como le parezca más conveniente.

3º—Para la formación, elegirá aquellos oficiales que reúnan el mejor concepto en el país, unido a las cualidades de valor y decisión por la justa causa nacional y, a fin de que tenga alguna base de confianza, se le dan un oficial y doce sargentos, cabos y soldados del escuadrón de dragones de Lima.

4º—Se procurará, en todo el distrito, el nú-

(1) Miller, Tomo 2º, Cap. 2º, Pág. 65.

mero necesario de armas de fuego y blancas y, haciendo construir algunas lanzas, o solicitando de los subdelegados de Lucanas y Parinacochas otras armas que hubiesen podido contraerse a la pacificación de estos partidos.

5º—Toda la fuerza será de caballería, para lo cual hará las requisiciones de caballos que le parezcan justas y, si pudiese hacer un depósito de caballos para remonta de la caballería del ejército, lo verificará y mandará noticia, en la inteligencia que es bastante necesaria en el día; a fin de que se practique con equidad, no se harán otras requisiciones en el distrito que las referidas, o las que además el Excmo. señor Virrey, Comandante general de Arequipa o yo, tuviésemos por conveniente prevenir.

6º—Si los enemigos ocupasen alguna vez a Ica con fuerzas considerables que no pudiesen contrarrestar las que tenemos en dicha ciudad y sobre sus cabeceras, inmediatamente, procurará alarmar todos los habitantes y formando montoneras que hostilizasen al enemigo del modo posible.

7º—Será, en este caso, la principal medida alejar, indispensablemente, de la costa y cabeceras inmediatas todos los ganados y caballerías y lo que pueda ser útil al enemigo para detener sus progresos.

8º—Si, al fin, los enemigos se internasen a aquellos puntos, se pondrá en retirada, con toda cuanta fuerza pueda, para Córdoba, Chuquibambilla o Arequipa, hostilizando a aquéllos cuanto

fuera dable, habiendo procurado antes llenar cumplidamente lo prevenido en los dos artículos anteriores.

9º.—Tendrá siempre partida de observación en los puntos de su costa que ofrezcan alguna posibilidad de desembarco, aunque sean, únicamente, dos o tres hombres de confianza para comunicarle los avisos en tiempo oportuno.

10.—Mantendrá su comunicación con los señores Comandante general de la división central, Comandante militar de Ica y el de Córdoba, dándose, recíprocamente, cuantos avisos y conocimientos puedan interesar y conservando la más completa armonía.

11.—Si los enemigos ocupasen a Ica, enviará continuamente espías en aquella dirección y hasta la misma ciudad, donde es conveniente tenga de antemano acordados avisos con algunas personas para un caso de esta naturaleza; lo mismo verificará en los pueblos de su distrito militar, si los enemigos hiciesen desembarco en su costa o la intermedia hasta Arequipa.

12.—De cualquiera novedad que merezca atención, dará parte por duplicado al Excmo. señor Virrey, directamente, al señor Comandante general de Arequipa y a mí, debiendo sostener su comunicación, directamente, conmigo y con el expresado señor Comandante general de Arequipa.

13.—Para los gastos indispensables que ocasionen sus milicias, promoverá el celo y entusiasmo de los habitantes de su distrito militar, quie-

nes, no dudo, se esmerarán en obsequio de la tropa a quien deben su tranquilidad y pertenecer a una de las principales naciones del mundo civilizado.—Cuartel General de Jauja y septiembre 17 de 1822.—*José Canterac*.

Carta del General Valdés a D. José Leiva, Cura Párroco de Caraveli. “Arequipa, 14 de octubre de 1822. (Reservada).
Mi más estimado amigo:

Sé que el 26 de septiembre entraron en Chinca 400 caballos enemigos mandados por Raulet, no será extraño que su intento sea correrse costa arriba a sublevar los pueblos; o tal vez, en comunicación con alguna fuerza que venga embarcada a auxiliarlos con cabalgaduras y gente montada en el punto que tengan convenido; en uno y otro caso, especialmente en el segundo, deben estar Uds. con mucho cuidado y vigilancia, pues sería de temer que los hiciesen a Uds. una visita; así es preciso que procure Ud. averiguar cuanto pasa desde Ica para acá, dejando aviso de cuantas noticias adquiera al subdelegado de Parinacochas, al Comandante militar y a mí, sin olvidarse de Ocoña. Debe Ud. aconsejar, si llega el caso, a esos vecinos que retiren de las lomas y valle todos sus ganados y cabalgaduras, advirtiéndoles que no se dejen alucinar y no se expongan a ser tratados en otra ocasión con más rigor que en la pasada, pues no todos tienen los sentimientos humanos que tengo yo, aunque parece que me como los niños crudos. Espero me acuse el recibo de esta carta.

Es de Ud. afectísimo amigo y S. M. B.—
Jerónimo Valdés.—Señor don José Leiva, Cura
párroco de Caraveli.

**Carta de Barandalla
al General Valdés.** A una legua de Ica en
la Selva, 25 de diciembre,
1822.—“Mi querido General: Nada ocurre por aquí de particular, me parece que nada piensan los enemigos de Lima, Lurín y Cañete hacia la costa arriba, pues ni tienen fuerza para ello, ni quieren exponerse de un modo tan positivo.

Tres buques ingleses y uno francés se hallan en Pisco con el objeto de negociar, en aguardientes, doscientos caballos sobre Chíncha y Chunchanga para proteger el embarque de los húsares de Brandsen y Raulet; en este momento, sale de mi campo una partida para Pisco, en donde, de mi orden, debe hacer pedazos cuatrocientas botijas de aguardiente que se aprontan en la playa para Lima y se hallan sin guarnición, e igualmente pegar fuego a todos los efectos que haya en aquel punto permutados por dicho aguardiente.

El 28 salgo con toda la división (que consta de doscientos infantes y doscientos caballos) para Chunchanga a ver si consigo hacer algo; dirija Ud. mis cartas al señor Marqués de Campo Ameno para que lo haga a Humay, adonde voy a situarme para hostilizar de algún modo a los enemigos, impedir sus correrías y cubrir el flanco

izquierdo del ejército, que es el principal objeto de esta división.

Nada me ha contestado Ud. a varios oficios y cartas que he mandado desde que me he hecho cargo de esto; en ellos decía a Ud. consistía la fuerza que obra por ahora contra mí, en trescientos cincuenta caballos de línea, húsares todos mandados por tres jefes franceses: Brandsen, Raulet y Solanje y, realmente, están en mejor pie que los demás, cien infantes montados a mula y unos montoneros. Arenales con Numancia, Pichincha y cazadores con un escuadrón que no sé cuál es, (pero sí que no hay más caballería en ninguna parte), se halla unas veces en Lurín y otras en Lima; dicen mucho, mienten más y yo creo se quedan en esto todas sus operaciones.

También tengo a Ud. dicho se cortó la raíz lo de Nasca, pues fusilé cuatro cabecillas, entre ellos un europeo.

Deseo a Ud. gloria y felicidad y que no se olvide de su buen amigo Q. S. B.—*Tomás Barandalla.*

Se asegura que han desertado tres fragatas de guerra de la escolta del convoy que se dirigía sobre Ud. y que, por cobrar lo que la patria o berenjena les debía, andan al corso o piratería por la mar del sur.—Señor General D. Jerónimo Valdés.

Oficio del General **Oficio del General**
Canterac. **Canterac** que manifiesta la im-
 portancia que los jefes realistas dieron a la ex-


pedición de Miller y medidas que adoptaron para contener sus progresos.

Los enemigos, ya desesperados de poder conseguir ventaja alguna con su descabellada expedición, permanecen en la mayor miseria y con una horrorosa mortandad en Arica con parte de sus fuerzas, habiendo destacado al Coronel Miller con 800 hombres, sin duda con el objeto de reunir recursos a un debilitado ejército, al frente del cual se halla el señor Brigadier Valdés, ocupando Tacna y quebradas inmediatas v. como el expresado jefe no les dejó en toda la costa nada que pudiesen utilizar, los ha reducido al estado más impotente y miserable; por estas causas es de presumir abandonen a Arica y se vayan costa abajo, así que vea Miller si logra proporcionarles algunos recursos; de la fuerza de aquél, desembarcaron en Quilca y pasaron a Camaná 200 hombres y se decía que otros más iban a verificar lo mismo en la planchada de Ocoña y tanto si esto sucediese, como si los de Camaná bajasen por la costa, es de todo interés dejarles toda ella sin el menor recurso y así es indispensable que todos los ganados, caballerías y víveres, Ud. los reúna en unos puntos y al momento de avistarse los buques en la costa, o que tal vez intenten bajar por tierra desde Ocoña, haga V. S. retirar todo hasta este lado de la cordillera, pues tal vez proyectan los enemigos internarse por esa parte hacia la sierra, en cuyo caso sería inevitable su ruina. Al señor Comandante del batallón de cazadores, prevengo en el

adjunto oficio, que se ha de servir V. S. dirigirle inmediatamente, venga sobre Arica con el cuerpo de su mando para que ayude a la retirada de todo e impida progresar al enemigo ni adelantar, a cuyo efecto le proporcionará V. S. caballos, mulas, yeguas, según se proporcione en esos puntos para montar dos compañías que hagan el servicio mucho más activo.

Mucha vigilancia es necesario tenga V. S. en todos los puntos de la costa y una actividad extraordinaria, teniendo presente que el triste estado e impotencia de los enemigos se debe todo a las enérgicas y eficaces disposiciones tomadas por el señor Brigadier Valdés en toda la extensión de la costa de Arequipa y así me prometo igual resultado por esa parte.

Avisos por duplicado o triplicado si fuese preciso, de todo y principalmente de la avistada de los buques, desembarco de tropas y movimiento de éstas debe dar V. S. continuamente y por personas de entera confianza y bien tratadoras, al Excmo. señor Virrey, directamente, al señor Brigadier Loriga por Córdoba, al Comandante general de la división Central y a mí por conducto del Comandante militar de Chuquibamba, no descuidando el acreditado celo y constante decisión de V. S. tan interesantes objetos, pues de sus avisos ha de depender el feliz éxito de nuestras combinaciones. Dios guarde a V. S. muchos años.—Cuartel general en Puno, Diciembre 31 de 1822.—*José Canterac.*



CAPITULO XLIX

Año de 1823.

A consecuencia de un solemne tratado con el Perú, en abril, se comprometió Chile auxiliar al Perú por los grandes apuros a que los tenían reducidos los gloriosos triunfos del ejército nacional, obligándose el Perú a pagar a Chile los gastos de la expedición.

Freire quiso distinguirse en el principio de su administración. A este efecto, organizó un ejército de 3.000 hombres (1), 2.000 de los batallones de infantería número 7 al mando del Coronel Rondizzoni; número 8 a las órdenes del de igual clase Beauchef; de 500 cazadores a cargo del Coronel Viel con 500 de caballería y un depósito competente, para la organización de dos batallones que debían formarse en el Perú, al mando de los Coroneles Aldunate y Sánchez. El Coronel D. José María Benavente fué nombrado jefe general de esta famosa expedición, que zarpó de Valparaíso a fines de sep-

(1) Tom. toda la fuerza de 2.500. Tom. 3º, Cap. 19.

tiembre con destino al puerto de Arica. Las órdenes que llevaba el General Benavente, eran de reunirse al General Santa Cruz, que ocupaba entonces el Alto Perú, para obrar en unión, contra el ejército nacional español. Pero esta infortunada expedición no llegó a tiempo oportuno, pues días antes a su arribo, había sido ya derrotado Santa Cruz, por las tropas del General Valdés (1) que se había replegado a Arica con el resto de su ejército.

Valdés.

Dejamos en el antecedente año ocupado el ejército nacional, en los preparativos y disposiciones, para atacar al ejército peruano a las órdenes del General Alvarado. El infatigable General Valdés, ocupado por las instrucciones del Virrey, en la sola idea de obligar a los enemigos, a internarse, se dirigió a este efecto sobre ellos y los reconoció en Calama el 1º de enero, del modo más maestro, operando después, sin perder lance en los límites del plan prescrito. En este reconocimiento, es de una instrucción completa su relación al general en jefe.

Reconocimiento de los enemigos en Calama.

Noticioso que los enemigos habían ocupado a Tacna el 29 del pasado, pero incierto de su número y demás circunstancias capaces de dar alguna idea de sus ulteriores operaciones y, habién-

(1) Las operaciones del ejército nacional instruirán extensivamente de estos acontecimientos que se expresarán en adelante.

doseme incorporado el 30 del mismo mes, el Coronel primer Comandante del Centro D. Baldomero Espartero con tres compañías de su batallón, resolví hacer un reconocimiento sobre aquel pueblo con 400 caballos de los escuadrones tercero de la Unión y granaderos de la Guardia, dragones de Arequipa y cazadores montados, mandados por sus jefes, 400 infantes del centro y cazadores de Terona y dos piezas de campaña. Al efecto, salí de Samá a las 4 de la tarde del 31 y, sin embargo, hasta las 6 y media del 1º de enero corriente, no me fué posible llegar a los altos de entre Calama y Pachia, distante de Tacna dos leguas, aunque en la misma quebrada, a causa de haber perdido el guía el camino con la obscuridad al principio de la noche, desde los altos indicados, reconocí el campo enemigo situado al sur del pueblo y en las inmediaciones de las chacras; mas, por la distancia y huertas de su fuerte, no podía juzgar su fuerza; en seguida, dispuse bajar a la quebrada, lo que era impracticable sin ser visto y ocupé la posición de Calama, desde donde al paso que podía con ventaja llenar el objeto de mi marcha, tenía proporción de que los caballos refrescaran y comieran algo, auxilio sin el que no era fácil retroceder sin pérdida de animales. Los enemigos, según supe, fueron informados con anticipación de mi movimiento, por lo tanto amanecieron sobre las armas. Serían las ocho de la mañana, cuando tomé posición en el punto señalado, adelantando pequeñas partidas sobre los caminos que conducen a Tacna.

A las 10 del día, avisaron las partidas que los enemigos se movían en dirección del campo que ocupaba. Después de disponer que una mitad de caballería de cazadores, con el Teniente don Juan de Dios Arteaga y a las órdenes del Capitán Blanco, reforzara una partida de 11 hombres del mismo cuerpo que al mando del Ayudante D. Casimiro Peralta observaba el camino principal y, después de tomar las demás precauciones que conceptué necesarias en aquel caso, esperé hasta reconocer por mí mismo su fuerza, acompañado del jefe de C. M. de la división D. Andrés García Camba, del coronel agregado a la plana mayor D. Pedro Antonio Rolando y mis Ayudantes de órdenes. A las 12 un poco más o menos fué atacado el Ayudante Peralta por una gruesa guerrilla de caballería, sostenida por un escuadrón de lanceros que sólo consiguieron obligar a este bravo oficial a unirse a la mitad que mandaba Blanco y, desde este momento, a pesar de que los enemigos reforzaron su guerrilla de caballería con una compañía de infantería sostenidas ambas por un batallón, tres escuadrones y dos piezas de artillería, no han conseguido más que ocupar el terreno que el bizarro Blanco dejaba en virtud de órdenes mías. Viendo los enemigos que yo permanecía, sin indicar movimiento alguno, ocuparon con un fuerte destacamento de infantería, un cerro que se hallaba a mi flanco derecho y se extiende desde la cordillera a Tacna, persuadidos acaso de que mi repliegue sería a Sama y abocaron el resto de su fuerza que no

bajaba de 1.800 hombres, de todas armas sobre la posición de Calama; entonces y, logrado el objeto de reconocerlos, emprendí la retirada a Pachia, empleando toda la tarde en andar las dos leguas que median, sin que los enemigos se atrevieran a un esfuerzo decidido, no obstante su extraordinaria superioridad en número. El campo presentaba una vista verdaderamente teatral y, al emprender yo la retirada, hicieron los enemigos sobre los escalones en que marchaba mi tropa, varios tiros de bala rasa y metralla acompañados de una algazara inmensa y de continuos toques de trote a su infantería que no fueron, ni por una sola vez obedecidos, a pesar de la eficacia que se advertía en uno u otro oficial. En este momento creí oportuno hacer uso de las dos piezas, con algunos muy pocos tiros, a que el Teniente Martínez dió tan buena dirección que según el desorden que se notó en sus primeras columnas, no han podido menos de causarles estrago, atendiendo también que desde este instante, dejaron de acercarse al alcance de la artillería y guardaron un profundo silencio, que libremente dejaba percibir nuestras voces de mando y las suyas interrumpidas antes por su acostumbrada gritería.

Los señores jefes y oficiales que me acompañaban han manifestado bien en esta ocasión de lo que son capaces, cuando decididamente se les ocupe. Desde este suceso, marcharon los enemigos con una pausa que manifestaba evidentemente el respeto que les imponía el corto número

de soldados que tenían a su frente, y yo, dirigiéndome a Pachia, acampé y pasé la noche sin la menor novedad. Al día siguiente, después de haber observado a los enemigos en el campo de Calama, sin hacer movimiento alguno y a donde se habían retirado al anochecer del anterior, me dirigí sobre este punto, con el fin de retirar los ganados y bestias, cubrir el flanco de las quebradas de la costa de Sama, o Moquegua y facilitarme pronta comunicación con V. S.—Dios V.—Torata, 3 de enero de 1823.—*Jerónimo Valdés*.—Señor y General en Jefe, Mariscal de Campo, D. José Canterac.

Coronel Ameller.

El Coronel Comandante de Terona, D. Cayetano

Ameller, fué destinado por Valdés, con tres compañías de su batallón y 5 mitades caballería sobre Locumba, para obligar al Independiente a rendirse sobre aquel valle y Moquegua, punto que ocupaba Valdés con el resto de su división, a traerlo al mismo tiempo a un punto más ventajoso y de pronta reunión con las tropas del General en Jefe; todo le salió a medida de sus deseos y el enemigo, inadvertidamente, marchaba a su perdición.

Ameller salió de la Rinconada a las 4 de la tarde del 13 de enero con las compañías 1.ª 2.ª y 4.ª del batallón de su mando y 5 mitades de los escuadrones de cazadores montados, 3.º dragones de la Unión, granaderos de la Guardia y Dragones de Arequipa al mando del Comandan-

te D. Francisco Solé. A las 3 y media de la mañana, fué informado que el contrario en número de 600 hombres, pernoctaba en la pampa que domina el pueblo de Locumba, camino de Sama, excepto que los 600 enemigos no eran bastantes a detener la marcha de los 400 valientes que le acompañaban, se situó a retaguardia de aquéllos para obligarles a batirse en aquel caso, o retirarse a las sierras si reconocía superioridad. A las 7 de la mañana, ocupó la altura inmediata a Locumba en la orilla izquierda del río, sin la menor novedad. El Independiente se hallaba en la ribera opuesta, tomando los caminos, por donde, probablemente, podría intentar Ameller replegarse sobre la Rinconada, cuya disposición le impedía comunicarse con el General Valdés.

Capitán Henrique.

El valiente Capitán Henrique, del tercer escuadrón de la guardia, se ofreció a vencer cuantos peligros presentaba el campo, hasta pasar a verse con Valdés, e instruirle de la localidad de la tropa de Ameller y la del enemigo, que en número de 400 hombres esperaba a Ameller en todas las desembocaduras del valle. El Capitán Henrique, poco después de separarse de su comandante, los patriotas le obligaron a tomar la dirección del mar, perseguido por una partida de caballería, cerca de 12 leguas, pero se volvió a reunir después de haber dado vuelta por Ilo. Ameller dispuso que una mitad de cazadores monta-

dos, quedase en observación, ínterin él con el resto, flanqueaba rápidamente el expresado valle. Esta operación, peligrosa, era la única para que su tropa sedienta llenase sus cantimploras de agua del río y arrollando emboscadas y obligando a la vanguardia enemiga a replegarse, lograr colocarse delante de ella y asegurar la ruta que debía tomar. En este momento, la loma que sigue a Locumba se coronó de tropa. El número 4 intentó atacar a viva fuerza y mientras que el capitán don Manuel Sebastián, con 40 hombres de su guerrilla, impedía por el flanco izquierdo, los progresos del enemigo, el Capitán Lacarta, con 80 hombres, contenía la mayor parte de su fuerza que intentaba forzar el derecho y el Teniente Coronel Miranda que sostenía el centro, dió lugar al audaz Arteaga, con la mitad de cazadores montados, se uniese a la columna de Ameller, de un modo maravilloso.

Los ataques del patriota sostenidos por fuerzas tan superiores, fueron repetidas veces detenidos, para facilitar a la caballería el desfiladero que presentaba el camino, nada a propósito para usar con ventaja esta arma; sin embargo, el bizarro Capitán Vásquez del 3º dragones de la Unión, cargó con 5 dragones, a 50 enemigos de los más avanzados, que volvieron caras inmediatamente y se incorporaron a sus filas. En este orden, siguió Ameller su retirada hasta el valle de Cinto y el contrario que notó no conseguir nada se replegó, después de 5 horas de un vivísimo fuego

La penetración de todo militar graduará el mérito que contrajeron aquellos individuos, después de una marcha de 331 leguas por muertos arenales. Aquí descansó 2 horas la tropa a Ilabaya, para continuar el repliegue con el General Valdés. Su pérdida consistió en tres soldados heridos y dos prisioneros.

**El enemigo en
Moquegua.**

El 17 de enero, pasó el enemigo a Moquegua, pues, ufano Alvarado con su superioridad, emprendió esta marcha. El General Canterac, con esta noticia, tomó desde Puno, a marchas forzadas, la misma dirección. Alvarado llegó a las 5 de la tarde a Moquegua; un escuadrón de éste cargó a 20 hombres de caballería que se hallaban de gran guardia sobre el camino de la Rinconada, que se retiró en virtud de las prevenciones del General Valdés. Los Alvarinos la siguieron hasta la plaza del pueblo, sin empeñarse y retrocedieron a situarse fuera, sobre el camino que traían. El ejército patrio tomó posición en el Portillo, avanzando, hasta las costas del pueblo, sus guerrillas, sostenidas por un batallón y un escuadrón. Valdés mantuvo las suyas en las casas y lado opuesto del pueblo, adelantando para sostenerlas una compañía del batallón de Terona y los escuadrones 3º de la Unión y cazadores montados. En esta actitud, anochecieron unos y otros, siendo la línea divisionaria la villa de Moquegua. Anochecido, se replegó Valdés sobre Torata, a cuyo efecto mandó inmediatamente que el Coro-

nel Jefe del Es. M. de la división, con la división de la caballería, artillería, cargas y ganados, marcharse a Iacango y Valdés con 5 compañías de Terona, y el batallón del centro, cubrió la retaguardia hasta Iscango, donde aprovechando una fuerte posición que cubre el largo desfiladero que ofrece el camino desde el río, resolvió esperar el día.

Amanecido y, después de haber reconocido Valdés, que los enemigos trasladaban su campo al mismo punto que él acababa de dejar, acampó la infantería en Iacango, situada la caballería, artillería y bagajes con la tropa que había acompañado al Coronel Ameller, cubriendo siempre el camino de Puno.


Alvarado.

El 19 buscó Alvarado al General Valdés en Torata. Este jefe, seguro de la aproximación de Canterac, se propuso disputar el terreno con obstinación, a pesar que no contaba más que con 1.000 infantes y 400 caballos, en terreno tan quebrado que poca utilidad ofrecían éstos; a las 9 y media de la mañana de este día, se empezaron las tropas a batir y, después de tomar y perder posiciones, cesó el fuego a las 6 y media de la tarde, habiendo sido rechazados los revolucionarios con pérdida de más de 100 muertos, incluso 27 oficiales y 400 heridos. En esta batalla, dieron pruebas de gran valor, por parte de los independientes, el batallón número 4 de Chile y la Legión Peruana. Estando a tiro de fusil de la línea nacional, gritó La Roza.

Arrogancia de La Roza y Tarragona. “Aquí están La Roza (1) y Tarragona, cadetes que fueron en el Ejército Real, pero que en el día sirven a la Legión Peruana y que nada desean con más ansia como batirse por su Patria”. Se retiraron ilesos, en medio de un diluvio de balas de fusil y el Teniente Coronel La Roza, condujo con destreza y la mayor serenidad, los cortos restos de su legión; pero fueron muertos después, en seguida, en Iquique, él y su amigo Tarragona, a un mismo tiempo, los dos en la temprana edad de 22 años y ambos fueron enterrados en un mismo sepulcro.

Canterac. El General Canterac, con un oficial del E. M. y uno de sus Ayudantes, llegó al campo de batalla como a las 4 de la tarde, cuando la acción estaba más empeñada; desde este momento dirigió las tropas que, a esfuerzos de un valor desconocido, vencieron a más de 5.000 contrarios, de sus mejores soldados. El con el General Monet se incorporaron los cuerpos que conducía el General en Jefe. El parte de esta gloriosa batalla desnuzará más las operaciones que brillaron en ella.

(1). “Guía Gen. de Chile”, año de 1847, Pág. 42.



CAPITULO L

Victoria de Torata.

Parte del General Canterac al Virrey.—“Excmo. señor: En mis oficios anteriores, he manifestado a V. E. que las activas y bien calculadas disposiciones del Brigadier D. Jerónimo Valdés, Comandante General de la división de la Costa y provincia de Arequipa y la privación que por ellas sufrió el enemigo de recursos, pero su movimiento y subsistencias habían paralizado sus operaciones y como el repliegue del indicado jefe hasta Torata, perdiendo a palmos el terreno, le persuadió, tenía interés de sostenerse en la costa, tomó con empeño su seguimiento, luego que se procuró las caballerías necesarias en gran parte de Chile y algunas de las inmediaciones de estos puntos. Puesto yo en marcha desde Puno, donde me había situado en virtud de las órdenes de V. E. con los Batallones de Burgos y Cantabria y los escuadrones 1º y 2º de la Unión, primero de granaderos de la Guardia y 2 piezas de artillería, creí conveniente adelantarme sobre Torata, para to-

mar algunas disposiciones, e instruirme, personalmente, de la situación del enemigo contra el que, desde el amanecer, hallé que el Brigadier Valdés con su división tenía empeñada una viva acción, cuyo pormenor especifica el parte de este digno jefe que a la letra dice:

Parte de Valdés al General Canterac. “Al amanecer de este día, avisaron los puestos avanzados que los enemigos habían levantado su campo y que se dirigían sobre nosotros con toda su fuerza, en consecuencia y, después de haber tomado las providencias que juzgué necesarias a fin de desembarazarme del tráfico que ofrecían las cargas de los almacenes de los cuerpos, equipajes y ganados, resolví esperar a los enemigos en Tacango y defender, proporcionalmente, las posiciones que ofrecían alguna ventaja sobre el camino; a las 9 y media ya se había roto el fuego por ambas partes y los enemigos hubiesen pagado bien caro el terreno que ganaron, si un aviso falso por retaguardia, en que se me comunicaba que los enemigos ocupaban también lo más elevado del alto de Valdivia, no me obligara a acelerar el repliegue como lo hice, mandando al jefe del E. M. que con las tres compañías de Terona que se hallaban en Zabaya y la caballería marchase inmediatamente sobre aquel alto, a fin de ocuparlo y franquear el paso si era necesario; dicho jefe cumplió como deseaba su encargo y se me incorporó en Zabaya, asegurándome que no había la menor novedad por aquel punto. Por es-

te motivo, y con la certeza de que V. S. ya se hallaba cerca, no trepidé en disputarles el terreno con más empeño. Los enemigos adelantaron sus batallones en dos direcciones sostenidos por el número 5 en reserva; el fuego se extendió por todas partes, de un modo horroroso y ya muy poco adelantaron hasta las tres y media de la tarde, en que llegó V. S. tomó el mando y fueron batidos". Sigue una recomendación general y concluye: Dios V.—Alto de Valdivia, 19 de enero de 1823.—*Jerónimo Valdés*.—Señor General en Jefe del Ejército de operaciones del Perú.

Sigue el parte del
General Canterac al
Virrey.

Desde la quebrada de Iacango, hasta los altos de Valdivia, el terreno forma una serie de alturas sucesivas que el Brigadier Valdés supo aprovechar, pues hizo pagar caro al enemigo cada paso que le cedió y, cuando a las tres y media de la tarde me reuní a él, hallé que nuestras tropas estaban ocupando las penúltimas alturas de Valdivia. La izquierda estaba guarnecida por el batallón del centro, en seguida parte de Terona; 2 mitades de cazadores montados y en la derecha 3 compañías de Terona; el resto de la caballería estaba a retaguardia. Los enemigos mandados por el General en Jefe Alvarado, tenían su derecha delante del pueblo de Torata, formada por la Legión Peruana. El centro situado en una altura accesible por el frente y separado a derecha e izquierda por profundos barrancos, se halla-

ba guarnecido por los dos batallones del Río de La Plata y la izquierda separada también del centro por otros barrancos la cubría el N° 4 y sostenido por el 11 y a retaguardia de éste el N° 5, a cuya derecha y retaguardia tenían la caballería. Nuestra posición era muy fuerte y a buen seguro que defendida por los valientes que la guarnecían, jamás hubieran logrado forzarla las tropas rebeldes; con todo, fiadas éstas en tal desproporcional número, lo intentaron subiendo los batallones 4 y 11, a la altura de nuestra derecha, que mandé sucesivamente reforzar, con 3 compañías de Terona, previniendo al Coronel don Cayetano Ameller, que atacase sobre la marcha: este valiente así lo verificó y los bizarros de Terona no se contentaron con rechazar al enemigo, lo arrollaron a la bayoneta, cubriendo de cadáveres el terreno del que huye despavorido. Conociendo que debíamos aprovecharnos de esta ventaja, convine con el Brigadier Valdés atacar al enemigo en todo su frente y, al efecto, bajaron los escuadrones de cazadores montados, tanto para entretener los batallones del Río de La Plata, e impedirles que tomasen en flanco con sus fuegos al batallón de Terona, como para aprovechar un momento oportuno. El mismo señor Valdés bajó con 2 compañías de Terona mandadas por el 2° Comandante D. Domingo Echezárraga, el centro también lo efectuó por su frente y los escuadrones dragones de Arequipa y 3° dragones de la Unión a las órdenes de sus comandantes D. Manuel Horna y D. Francisco

Puyol, por el camino real, quedando en reserva el 3º granaderos de la guardia al mando de su jefe D. Domingo Vidart.

Los valientes cazadores conducidos por su digno Teniente Coronel D. Feliciano Asín y Gamarra, Comandante del 2º escuadrón, D. Francisco Solé y supernumerario D. Joaquín Lira, marcharon sobre la Legión Peruana y, a pesar del terrible fuego que sufrieron de este batallón y de los dos del Río de La Plata, varios de nuestros bravos, dando la vida, murieron sobre las filas enemigas. Gamarra, llevado de su valor, llegó a ocupar la derecha del enemigo entre el horroroso fuego que hacían sobre él y murió cubierto de gloria, quedando con el mando del cuerpo, el Comandante Solé. El Brigadier Valdés atacó con denuedo al Río de La Plata, al mismo tiempo que otras dos compañías de Terona enfilaron sus fuegos, la izquierda de dichos batallones. El Coronel Ameller, con el resto de Terona, tuvo orden de forzar y forzó la posición que ocupaban los batallones 4 y 11, en cuyo fuerte ataque tuvo este bizarro jefe 3 caballos muertos. Durante esta operación, mandé al Coronel D. Baldomero Espartero, que con el centro, batallón de su mando, atacase la derecha de la Legión Peruana y, a pesar de no haber salido aún del desfiladero por donde marchaba, más que 2 compañías, con el acreditado 2º Comandante D. Felipe Rivero, el arrojado Espartero marchó sobre el enemigo; sus soldados sólo una descarga hicieron y cargaron a la bayoneta.

El Teniente Coronel graduado de capitán de la 1ª compañía, de preferencia, D. José Brabon, cuyos granaderos habían sido, en gran parte, por la mañana muertos y heridos, sostuvo el flanco con el resto de ellos en el ataque. En el mismo momento, mandé al escuadrón de dragones de Arequipa, conducido por su esforzado Comandante Horna, que cargase a la legión, lo efectuaron tan oportunamente que las lanzas y sables de nuestros dragones, llegaron sobre el enemigo al tiempo que las bayonetas del centro sembraban en sus filas la muerte y el espanto, imitando a sus jefes.

Espartero da muerte, en medio del batallón enemigo, a un jefe de él, cae muerto su caballo y recibe casi simultáneamente tres gloriosas heridas. La derrota completa de la derecha enemiga contribuyó, en extremo, a la victoria.

El ataque del intrépido Valdés, en el que fué levemente herido y muertos, sucesivamente, dos caballos que montaba, tuvo el más glorioso éxito: era dirigido por un general diestro y ejecutado por un jefe (Echazárraga) y tropas valientes y así el Río de La Plata tuvo que abandonar al valor, un terreno que, atacado por un puñado de bravos, no pudo defender su inmensa superioridad en número.

En fin, Excmo. señor, 2 batallones y 3 escuadrones batieron completamente a todo el ejército libertador del sur, cuyas tropas huyeron casi a un mismo tiempo de todos los puntos y las nuestras ocuparon sus posiciones cu-

biertas de muertos, heridos y fusiles y regados también por la sangre de jefes, oficiales y soldados nacionales. La artillería sostuvo el ataque de nuestras tropas, haciendo un acertado fuego, a las columnas enemigas. Sigue la recomendación de los que se comportaron y concluye: Dios V.— Cuartel General de Torata, 19 de enero de 1823.— *José Canterac*.— Excmo. señor Virrey del Perú.

El 21 fueron alcanzados los enemigos en los altos de Moquegua y destrozados enteramente en menos de una hora de combate; muy pocos lograron llegar a Ilo, donde tenían sus transportes; otros con la caballada se dirigieron por la costa a Iquique a incorporarse con el número 2.

Canterac regresa a Huancayo. El General Canterac emprendió, sin demora, su regreso a Huancayo con los cuerpos que le acompañaban y fué seguido también de Gerona y centro, el 3.er escuadrón de dragones de la Unión y el General Valdés.

Loriga en Jauja. El General Loriga, en este tiempo, conservó el interesante valle de Jauja, a pesar de los esfuerzos que los enemigos hicieron por desalojarlo, ya por medio de sus numerosas montoneras y ya por movimientos por la costa que indicaban flanquear su posición, sin que lograsen conseguir la menor ventaja, cosa que realza infinitamente el mérito de esta gloriosa campaña. Antes de partir, Canterac puso en noticia del Virrey des-

de Moquegua el feliz resultado de esta batalla el 21 de enero, logrando fugar únicamente el general enemigo, su Estado Mayor y algunas partidas de caballería; sin poderlos alcanzar, promete dirigir el parte al siguiente día de las dos brillantes acciones, anticipando este aviso para su satisfacción.

El 13 de febrero fueron batidos, en Iquique, por el General Olañeta, los restos fugados, tomándoles todas sus bestias, más de 100 individuos de tropa prisioneros, con 10 oficiales y jefes; así concluyó el famoso ejército combinado, que llamaba su general "compuesto de viejos guerreros a quienes agobiaba el peso de tantos laureles" y el Congreso miraba por tan invencible que decretó la construcción de un obelisco en Arica en memoria de su feliz desembarco y próxima conquista del Reino. Después de circunscribir el parte de la batalla de Moquegua, se expresará la derrota de otros restos en Tarapacá.

CAPITULO LI

Parte del General “Excmo. señor: El parte **Canterac al Virrey.** de la brillante victoria de Torata habrá manifestado a V. E. que, después de una marcha de más de 260 leguas sin descansar, apenas; llenas las tropas de celo para combatir, atravesando 30 leguas de los Andes, conseguimos incorporarnos a nuestros valientes compañeros de armas el día 20. El 21, al amanecer, las tropas nacionales se pusieron en marcha, en dirección a Moquegua; el señor Brigadier Valdés tomó la vanguardia con los batallones de Gerona y centro; 3.er escuadrón de dragones de la Unión y 2 piezas de artillería; a éstos seguían los escuadrones 1º y 2º de la Unión; 1º y 2º de granaderos de la Guardia, cazadores montados y dragones de Arequipa y, a retaguardia, los batallones de Cantabria y Burgos mandados por el brigadier D. Juan Antonio Monet. Llegado a legua y media de Moquegua, me adelanté con el brigadier Valdés para reconocer el ejército combi-

nado; éste ocupaba una posición extraordinariamente fuerte: su derecha en dirección de unas alturas escarpadas, cuya cúspide formaba un desfiladero de más de una legua, su centro cubierto por un profundo y doble barranco, tan ancho y escarpado que puede compararse al foso de una plaza de guerra, por la seguridad que daba a la posición que el General enemigo Alvarado creía inexpugnable; la izquierda enemiga apoyaba a las alturas formadas en anfiteatro, que cubren la villa de Moquegua sobre las que tenían 3 piezas de artillería.

Repito, Excmo. señor, que la posición era en extremo fuerte, e impusiera a tropas que no fuesen españolas; mas como a éstas nada arredra, no dudé que la victoria tendría siempre por guía el pabellón nacional; así es que previne al brigadier Valdés, que con los cuerpos que conducía, variase a la izquierda y, marchando por terreno cubierto lo más que fuese dable, se apoderaran de las alturas que estaban en dirección de la derecha enemiga. Pasé personalmente a disponer el orden de marcha de las demás tropas que formé en 4 columnas paralelas, las dos de la derecha de caballería y las otras dos de los batallones de Cantabria y Burgos; éstas al cargo del brigadier Monet, acompañado de su Ayudante el Teniente Coronel graduado D. José Brizuela. Marché con pausa por el camino real, dando tiempo al movimiento de nuestra izquierda y llegando a tiro de cañón de los enemigos, varié a la izquierda, cubriendo del fuego de artillería 4 columnas hasta que vi que Valdés se

ocupaba de las alturas que se han indicado y entonces, acompañándome y comunicando siempre mis órdenes en la acción, el jefe del E. M. de la división, Coronel D. Andrés García Comba, Ayudante del E.M.I. Teniente Coroneles D. Miguel Ardoz, D. Vicente Garín, secretario mío y Capitán D. Luis Baceti, mis Ayudantes de Campo Coronel D. Pablo Echeverría, Tenientes Coroneles D. Ramón Nadal, D. Manuel Sanjuanena y Capitán D. José Cid, me dirigí de frente al centro del enemigo. En esta marcha, fueron vivamente cañoneadas las columnas y, a pesar de haber dado el enemigo buena dirección a sus fuegos, éstos nos causaron muy poco daño y los claros que abrían, eran en el momento cubiertos por nuestras tropas, tan serenas como valientes. Nuestras 4 piezas fueron colocadas sobre la derecha y dispararon muy acertados tiros, aunque pocos por el vigoroso ataque.

Valdés a cuya inmediación seguían sus Ayudantes de órdenes y oficiales, agregados al E.M. de la división de su mando, Coronel D. Pedro Rolando, capitanes D. Domingo Espinosa, D. Tiburcio Ortega, el adicto al E.M. D. Francisco María Valle y Teniente D. José Carrillo, quienes se ocuparon dignamente en su deber durante la acción, condujo sus tropas como acostumbraba y no obstante las dificultades del terreno que los enemigos hicieron defender primeramente por una compañía de cazadores y, en seguida, por un batallón, todos los obstáculos desaparecieron delante de nuestros bravos; sostenido el centro por Gerona y mandado por su coronel

Espartero, que tanto se había distinguido en la victoria de Torata y que, a pesar de sus heridas, quiso tener parte en la de Moquegua, arrolló sobre la marcha la compañía y batallón. Nada resistió a nuestros soldados que, habiéndose apoderado del desfiladero, facilitaron al brigadier Valdés el que pudiese formar sobre la derecha del enemigo en columnas al centro y Gerona, mandado éste por el valiente coronel Ameller, el 3.er escuadrón de la Unión, conducido por su arrojado comandante D. Francisco Puyol, bajó por despeñaderos, pero ansioso de gloria, con celeridad estuvo reunido a los 2 batallones. En este instante, destaqué en guerrillas las compañías de cazadores de Burgos y Cantabria, que pasaron el barranco y atacaron de frente al enemigo. El primer escuadrón de guardia marchó al trote por el camino real, guiado por su digno Comandante D. Manuel Fernández para proteger los cazadores y atacar la infantería que apoyaba a la artillería enemiga. El valiente batallón de Cantabria, mandado por su bizarro Comandante D. Antonio Tur y conducido por el esforzado brigadier Monet, atravesó al paso de carga los dos barrancos para atacar el centro del enemigo; el batallón de Burgos mandó marchar a la izquierda de Cantabria, a las órdenes de su benemérito Coronel D. Juan Antonio Pardo, para el mismo objeto y ligar el ataque del frente con el de la división de Valdés. El 1º y 2º escuadrón de la Unión, mandados por su intrépido Coronel D. Ramón Gómez Vedoya pasaron los barrancos para sostener el 1º escuadrón

de la Guardia y el resto de la caballería marchó detrás de Cantabria. Difícil es, Excmo. señor, hallar expresiones para revelar el ataque general, que, en un mismo instante, sufrió el enemigo; todos los individuos del ejército nacional se disputaban a porfía el honor de ser los primeros en llegar y así la hermosa gloria no pudo un instante mostrarse indecisa. El insigne Valdés, cuyo caballo fué muerto en este ataque, con su tropa arrollaba toda la derecha; Burgos sostiene, efectúa y participa de las glorias de los ataques; Cantabria (cuyo Comandante tuvo también su caballo muerto), aunque caen muchos de sus oficiales y soldados, despreciando la muerte, derrota los dos batallones del centro del enemigo; el 1º de granaderos de la Guardia, a pesar que Fernández pierde la vida, sigue el ejemplo que antes de morir le dió este valiente y, debajo del fuego de la metralla, carga a la infantería y caballería enemiga; a éste escuadrón se unió el 3º de dragones de la Unión y las primeras mitades de uno y otro, mandados por los Capitanes D. Antonio Aguado y D. Juan Vásquez, tomaron la artillería enemiga, añadiendo muchos triunfos a los que siempre sigue nuestra caballería; los escuadrones 1º y 2º de la Unión, 3º de la Guardia, cazadores y Arequipa al mando de los tres últimos de sus dignos jefes, D. José Domingo Vidart, D. Francisco Solé y D. Manuel Horna, marchan en medio del peligro como en una parada; todo es terror, todo es espanto en los contrarios, huyen de un campo que tan fatal les ha sido y los laureles que creían les daría su

número y posición le son arrancados y ciñen las sienes de nuestros valientes. Siguen éstos al enemigo fugitivo que, en total desorden, pasa por el pueblo de Moquegua y trata, abandonando artillería y municiones, cajas de guerra y todos sus fusiles, de buscar una guarida en la espesura de las viñas y los bosques que llegan de Moquegua a la orilla del mar. Los escuadrones 1º de la Guardia y 3º de la Unión, acuchillaron en la entrada del pueblo al enemigo, cuyo desorden hubiera aumentado los 4 batallones, si la derrota y huida no hubiera sido tan completa. El brigadier Monet, que en ataque del centro enemigo dió tantas pruebas de su extraordinario valor y tino militar, quedó sobre Moquegua, con Burgos y Cantabria, para hacer prisioneros y reunir los despojos del enemigo. El brigadier Valdés siguió por el camino de la Rinconada con los batallones Terona y centro y los escuadrones 3º de la Unión y 1º de la Guardia y con el resto de la caballería, dando la vuelta fuera del pueblo, procuré cortar la retirada de la caballería enemiga, lo que, a pesar de marchar siempre a galope, no pude conseguir y como vi que, siguiendo la nuestra reunida no sería muy difícil darle alcance, destaqué sobre aquélla a los cazadores montados, mandados por el comandante Solé. Se me reunió el coronel Valdés con el 3º escuadrón de la Unión y poco después, viendo la caballería enemiga sobre ella, los cazadores, aprovechó un instante que éstas pasaban un desfiladero, para dar media vuelta y cargarlos; pero recibidos por nuestros soldados pronto volvieron a ponerse en

huída y, con el tiempo que perdieron en el alto, ya sólo los mejores nombrados pudieron escapar, siendo los demás acuchillados, o prisioneros, de modo que, de cerca de 500 hombres de caballería, sólo han llegado 180 a embarcarse. La infantería sufrió una pérdida horrorosa, pues en Torata tenían los enemigos más de 4.800 hombres y me consta que no han llegado a las playas 1.000, de todas armas y esto ha sido porque el cansancio de nuestros soldados y caballos no me permitió seguir el día 21 a Ilo.

El resultado de tan brillante victoria, Excmo. señor, ha sido quedar en nuestro poder 3 piezas de artillería, únicas que existían el 21, cantidad de municiones, todas las cajas de guerra, una bandera, la sola que se halló en la acción y era la general del ejército, una porción de carabinas, sables, lanzas y caballerías, sobre 3.000 fusiles, el campo sembrado de cadáveres, se han recogido como 1.000 prisioneros y muchos heridos, incluso en los primeros unos 60 oficiales y es tal su pérdida, que por todas las direcciones de las quebradas de la sierra y arenales se van encontrando dispersos desarmados.

Y, por último, destruída completamente la expedición que tanto decantaban los enemigos, con el impropio, pero pomposo nombre de Ejército Libertador del Sur, en la que fundaban los siniestros designios de apoderarse de las provincias del Alto Perú y sepultarlas en las mismas miserias y estado deplorable que experimentan los pueblos que aun gimen bajo el tiránico yugo de una horda de parricidas del suelo en que na-

cieron y del cual los soldados nacionales bien pronto los harán desaparecer, logrando ver coronados sus trabajos y fatigas, con volver al Perú la paz y tranquilidad. Sólo disminuye, Excmo. señor, el goce de tan repetidos triunfos la pérdida de las dos jornadas del 19 y 21, de 150 compañeros de armas, que gloriosamente han muerto en el campo de honor y de unos 250 heridos, cuyas horroríficas cicatrices atestiguarán fueron de los vencedores de Torata y Moquegua. He hecho mención de los señores generales de división, de los jefes de los cuerpos, oficiales de E.M. y Ayudantes de Campo y sería hacer un agravio el particularizar a ninguno, pues Excmo. señor, en todos los individuos del ejército de operaciones, brilló el más invicto valor. Todos se distinguieron de un modo tan heroico, que su fama pasará a la posteridad.— Cuartel General en Moquegua. 22 de enero de 1823.— Excmo. señor *José Canterac*.— Excmo. señor Virrey del Perú, *D. José La Serna*.

**Conducta de los
independientes.**

La acción de Torata fué sangrienta y reñida y, aunque el regimiento del Río de La Plata, manifestó gran falta de disciplina, no por eso desmereció el N° 4 de Chile y la legión que se condujeron brillantemente a las órdenes esta última del Teniente Coronel La Roza, que mereció los mejores elogios de los oficiales españoles. El General Alvarado se retiró durante la noche sobre Moquegua 5 leguas a retaguardia, allí hizo alto con su natural indecisión hasta el 21, mien-

tras que reunidos a la división de Valdés, los batallones de Cantabria y Burgos y la caballería y artillería de Canterac, adelantaron a Moquegua, donde hallaron a Alvarado fuertemente colocado y ocurrió la batalla predicha. Los patriotas tenían la ventaja de la posición y quizás no eran inferiores en número; pero se habían originado, desgraciadamente, disensiones entre los jefes; los soldados estaban desalentados, la desorganización se percibía en todas las clases y una derrota completa fué la consecuencia como se ha visto. El General Valdés, a pesar de haber sido herido y haberle muerto dos caballos, como al bizarro Coronel Ameller, se les vió constantemente al frente de la línea.

Alvarado, Martínez, Correa y Pinto huyeron a Ilo y se embarcaron con menos de 1.000 fugitivos. Alvarado pudo únicamente alcanzar de esta gente, que unos 300 le acompañasen a Iquique (sesenta leguas al sur de Arica), donde había quedado el cuadro del batallón N° 2 y hacia donde se habían dirigido algunos soldados dispersos. Al llegar Alvarado a Iquique, supo que las tropas de Olañeta habían obligado al batallón a embarcarse el 13 de febrero, cuyas fuerzas habían marchado desde el Potosí a la costa. Alvarado envió a tierra la mayor parte de la gente que le acompañaba, en la suposición de que Olañeta se había retirado de Iquique, pero éste había dado la vuelta y había escondido su tropa en el pueblo. Al llegar los patriotas, salieron de su emboscada y todos fueron muertos o prisioneros. Desgraciado en todas partes y en

cuanto emprendía, Alvarado dió después la vela para Lima.

Al trazar estos hechos, será permitido al escritor dar una noticia que conviene a los intereses de la historia que nos ocupa, recordando la disposición del Doctor D. Casimiro Albano (1). Hablando de los sucesos del General O'Higgins, expresa lo siguiente: "Que depuesto este jefe del mando general de Chile, a los 5 días de tan notables sucesos, escoltado por su guardia, emprende el General O'Higgins su marcha a Valparaíso, para ponerse a la cabeza de la expedición de 5.000 hombres que la Junta Gubernativa destinaba en auxilio del Gobierno del Perú, consternado por las recientes desgracias de Moquegua y de Torata. Expedición que, al haberse verificado, hubiera ahorrado al Perú mucha sangre y a Chile cubierto de laureles. Hubiera completado por sí sola la gran obra de la independencia peruana. Chile no solamente hubiera adquirido esta gloria, sino que el Perú habría quedado en estado de pagar con gratitud todos los gastos que se hubieren invertido en cuestión tan sagrada; habría ahorrado al Perú por 20 millones de pesos a lo menos. Porque desde febrero de 1823, hasta la entrega de los castillos del Callao en enero de 1826, el Perú tenía que mantener dos ejércitos. Uno de ellos a la época de 1823 a 1824, constaba de 20.000 hombres cuando menos, el de los independientes no debía de constar de menos fuerza; por consiguiente, el cálculo

(1) "Mem. de don Bernardo O'Higgins" año de 1844. Pág. 68.

de 20 millones no debe reputarse exagerado ni excesivo.

Cuando fijamos esta suma, nuestra mira no se extendió sino a gastos positivos. Mas ¡quién podrá avaluar y apreciar debidamente los daños y perjuicios que sufrió la agricultura, minería y comercio, en el período funesto de estos tres años! Extendemos ahora la vista a los veinte años que este desgraciado país que, por todas sus relaciones políticas y naturales es llamado a ser nuestro mejor amigo y hermano, se ha visto envuelto en guerras civiles y extranjeras, no vacilamos en decir, que juzgando de la pericia, decisión y coraje militar que distinguieron a O'Higgins en tantas ocasiones, como igualmente su extraordinaria prudencia, juicio y experiencia, sobre todo su desinterés y verdadero patriotismo, hay razón para esperar que si O'Higgins hubiera llegado al Perú en febrero de 1823, con este ejército de veteranos, que tantas veces condujo a la victoria, habría concluído la guerra de la independencia del Perú y constituído un Gobierno capaz de contener el orden y protección de las vidas y propiedades de los ciudadanos, cuya administración y orden no dudamos tampoco en asegurar que habría sido sostenida con sólo sus entradas ordinarias.

Para apreciar debidamente las suposiciones de que antes hemos hecho mérito, no necesitamos más que el volver nuestros ojos sobre Chile en los últimos años de tranquilidad. La vista de este modelo nos dará la idea de lo que hubiera sido el Perú desde el año 1823, amparado por un

Gobierno limítrofe: sus relaciones aseguradas por tratados de comercio, habrían sido impenetrables a la anarquía y al desorden”.

Destrozo del Regimiento de Los Andes.

En la batalla de Moquegua dejó de existir el regimiento de los Andes que formaba el principal nervio de la caballería enemiga y que tanto se había hecho respetar en Chile, en el Perú y en Quito, por su buena disciplina y por su extraordinario valor, especialmente el primer batallón que para formarlo costó tanto trabajo a Miller, por el término de un año, hecho pedazos en un momento por la acción de Torata; es innegable haberse batido bizarramente; todo el resto del ejército admiró su conducta; todos lamentaron su pérdida y no había uno que no conviniese en que había adquirido fama en medio de las desgracias. La firmeza con que rechazó dos cargas de caballería después de haber cedido el resto del ejército y la precisión y sangre fría con que maniobró bajo un fuego horroroso y arrancaron públicas alabanzas del mismo Canterac.

Este fué el fin de aquella orgullosa expedición, con la que daban los enemigos por tan segura la conquista del reino, que había sido decretada por el Congreso la construcción de un obelisco en Arica para perpetuar un acontecimiento tan importante. Las tropas realistas adquirieron, en esta jornada, los más justos títulos a la gloria militar: jefes, oficiales y soldados compitieron en bizarría y decisión, siendo, en

consecuencia, quedar libre de los independentes las costas del sur.

El General Carratalá que había sido dirigido desde Puno con 120 caballos al mando del Coronel Ferraz y con 400 infantes a las órdenes inmediatas del Coronel Somocurcio, contra el activo y emprendedor Coronel Miller, que, desde Arica, se había destacado a llamar la atención de los realistas, al norte de Arequipa, se hizo acreedor del mismo modo que los citados jefes a los públicos elogios por la rapidez de su marcha, por el acierto de sus maniobras, a las que debió la salvación de la citada ciudad de Arequipa y por su celo desplegado para neutralizar los efectos de la seducción, que el atrevido Miller había derramado por el país.

Teniente Coronel D.

Joaquín Bolívar.

Acción Parcial.

Satisfecho el Virrey de que el caudillo enemigo, cholo, fuerte, se aproximaba varias veces a la hacienda de Tucle e inmediatas dispuso que el 25 del pasado saliese el Teniente Coronel D. Joaquín Bolívar, Capitán de Cazadores del 2º del Imperial, con un pequeño destacamento y una mitad dragones del Perú a hacer pagar caro al cholo, sus correrías; lo que se logró, pues, habiéndolo hallado con toda su montonera en la entrada de la quebrada del río Virgen, lo cargó, lo dispersó completamente, consiguiendo en su persecución hacerle 8 muertos, incluso el Capitán Márquez y el secretario del cholo, una porción de caballos, sables, tercerolas y 400 cabezas de ganado vacuno con 4.000

lanar que, a pretexto de retirar hacia la exánime Lima, sólo hubieran resultado a utilidad de él, como otras partidas.

Para deshacer la reunión de varios Comandantes de montoneras enemigas en **Comandante Rubin de Celis. Otra parcial.** Tomas y extraer de aquella parte el ganado posible, dispuso el General en Jefe marchase el 30 de enero, una expedición al mando del Comandante D. Joaquín Rubin de Celis, del 2º Imperial compuesta de varios destacamentos de los batallones 1º del Infante, 1º y 2º del Imperial, compañías de cazadores de instrucción de Tarma y 3 mitades de dragones del Perú, la que después de 7 días de penosas marchas, por la rígida cordillera de los Andes, que pasaron 6 veces, consiguió deshacer dicha reunión, formadas por los caudillos Vivas, Libera, Lozano y Aliaga en los puntos de Atunguasi y Tomas; el fuego se avivó en una angostura como de 15 varas, donde se hicieron firmes, de lo que resultó herido del brazo derecho el valiente Subteniente D. Nicolás García. El resultado de esta operación fué: varios muertos enemigos, haberle tomado 10.000 cabezas de ganado lanar, 600 vacunos, 27 prisioneros que fueron pasados por las armas, en represalia de 3 soldados, que, atrasados de la expedición, se hallaron en una casa del pueblo de Tomas, cosidos a puñaladas y sacados los ojos, cuyo horroroso suceso habría sido un inicuo proceder de aquellos jefes y tropas, expuestas a lo mismo, pues esos excesos jamás dejan de ser vengados, porque, aunque semejante conducta es

detestable, los españoles nacionales, no la temían y exigían con la represalia el derecho de la guerra.

**Derrota de los restos
de Alvarado en
Tarapacá.**

La división de D. Gaspar Claver, según avisa desde Arequipa el 22 de febrero al Virrey, emprendió la marcha el 21 de enero desde el punto Catagasta, con noticia de aproximarse a los enemigos a Oruro, en número de 60 hombres de tropa y hasta 300 reclutados en la marcha, poniéndose en retirada al saber la dirección de Claver. Con marchas redobladas, se enderrotó este Comandante, a Tarapacá, a fin de darles alcance. A su llegada al pueblo de Guachacaya, halló allí a los prisiones que habían tomado los enemigos en Oruro y eran de aquella guarnición, que los habían abandonado en el pueblo de Zabaya, dejando con ellos el armamento, para precipitar más la fuga, que contenía 80 fusiles ingleses. Un oficial de granaderos del enemigo, persuadido hallarse allí aun los fugitivos, en su llegada fué hecho prisionero con 6 hombres dispersos de Moquegua. En la Ciénaga de Pisunga tomaron 19 prisioneros, que con algunos presentados formaban el número de 40. El Comandante del batallón de Chinchas, D. José María Valdés, fué destinado con su batallón y 2º de Fernando VII a los pozos de Almonte, donde tuvo noticia saltaban diariamente a tierra varios oficiales y el General Alvarado, con ellos, el cual hacía 6 días que con 4 buques se hallaba fondea-

do en el puerto, adonde llegó Claver al amanecer del siguiente y, ocultando en el pueblo su tropa, vestidos algunos oficiales de pescadores y abiertas todas las puertas de las casas para que no se notase novedad. A las 8 de la mañana, se dirigía un bote de la goleta "Macedonia" a la playa, pero antes de atracar a tierra, una mujer le hizo señas de haber tropa emboscada en el pueblo; persuadidos, serían 20 ó 25 hombres, volvieron a bordo y el General Alvarado mandó a los Comandantes La Roza, Llanos y Acosta, con 160 hombres por 3 diferentes puntos, los que avanzados sobre el pueblo, saliendo los nacionales a recibirlos, se hallaron los enemigos sorprendidos, por el número que habían formado en su imaginación; rompieron el fuego unos y otros, dirigiéndolos también a las lanchas y botes, los que teniendo algunos muertos y heridos, separados de la costa, dejaron abandonada la tropa que habían conducido, sin la menor esperanza de poderse embarcar; se tiraron al agua la mayor parte, sacando del mar 80 prisioneros, 5 oficiales ahogados y, entre éstos, La Roza y Llanos. La pérdida de Claver fué un sargento 1º muerto y 4 soldados heridos. En estas circunstancias, llegó el Comandante General del norte, brigadier Loriga y ofició a Alvarado, por si tenían algunos prisioneros y quería canjearlos; pero contestó no tener ninguno, pidiendo Alvarado una entrevista con Loriga, que, en virtud de haberle sido concedida, saltó a tierra al día siguiente, a las 9 de la mañana, que sostuvieron una conferencia hasta las 11, sin que se trasluciese el contenido .

CAPITULO LII

Situación de Lima. Los independientes aterrados en Lima, con el fin de Alvarado, trabajaron en desconceptuar a la Junta Gubernativa que presidía La Mar y, aprovechándose de esta coyuntura, Riva-Agüero se hizo nombrar Presidente de la República por la fuerza. Este nuevo jefe puso en movimiento cuantos resortes fueron imaginables para evitar que el ejército nacional marchara sobre Lima; pidiéronse refuerzos a Chile y Colombia y llegaron tropas de Bolívar en socorro de la capital.

Canterac sobre Lima. Sin embargo, reunido el ejército nacional en el valle de Jauja, emprende su movimiento sobre Lima el 2 de junio (1), a pesar de tener ya algunos indicios de una nueva expedición a las costas de Arequipa. Los enemigos, ponderando la bravura de los colombianos que les habían lle-

(1) Compuesto de 8 a 9.000 hombres y ocupó la capital el 18 de dicho mes.

gado en auxilio, publicaban que nada lisonjearía más sus intereses que la aproximación de los nacionales a la capital, pero no se atrevieron a disparar un fusil al ejército, que ocupó la ciudad el 18 de junio, después de haber batido en su marcha las partidas de Hudvique, Minavilcas y Vivas en Chíncha y Juramagse (1), donde fueron destrozados.

**Donde fueron
destrozados.**

El entusiasmo de la población de Lima, perseguida y ultrajada por los revolucionarios, ofrecía al resto corto de pueblos sublevados, el más seguro y maestro ejemplo. El General en Jefe se vió obligado a indicar providencias severas, que tenían por objeto el alivio del pueblo, si los guardados en el Callao, tuvieran algún interés en su conservación. En las inmediaciones de Lima, se supo, evidentemente, que había zarpado del Callao, una fuerte expedición para intermedios, a las órdenes del patriota D. Andrés Santa Cruz; que de Chile debía de llegar un considerable refuerzo al mismo punto, para obrar de concierto con Santa Cruz, aprovechando la gran distancia, a que contemplaban al guerrero de las fuerzas nacionales y que, además de los 5 batallones de Colombia, que guarnecían la plaza del Callao, se esperaban nuevas tropas de esta República con el mismo Bolívar que, según publicaron los papeles de aquel mes (junio), había ya obtenido de su Congreso el permiso de trasladarse al Perú para concluir de una vez la guerra.

(1) Así en el original.

El ejército se situó el 19, en la hacienda de Concha, distante del Callao una legua y, conforme a las disposiciones del Virrey, se pusieron en marcha para el interior, 3 batallones y 2 escuadrones, con el General Valdés. El número que comandaba Santa Cruz podía dar mayor cuidado, en atención a los puntos distantes entre sí, que ocupaban los nacionales. Pero, comúnmente, se aseguró en Lima la mala calidad que componían aquella expedición. Santa Cruz, a su arribo a Arica, logró sorprender al escuadrón dragones de Arequipa y tomar toda su caballada, con cuya ventaja creyó, sin duda, segura la campaña y trató, desde luego, de pasar los Andes y cruzar el Desaguadero.

**Canterac reconoce
las fortalezas del
Callao.**

El General Canterac reconoció el 26 de junio las fortalezas del Callao, en donde los cuerpos nacionales hicieron ostentación de un valor jamás desmentido; desde las 12 del día, estuvieron las columnas bajo los fuegos de la plaza, sin que se advirtiese en ellas el menor desorden, no obstante el continuo granizo de balas y granadas que se les dirigía; a las cuatro, se replegaron las columnas a Concha y, aunque los enemigos pretendieron, en diferentes ocasiones, alarmar el campo, tiroteándolo de noche, jamás lograron su intento, siendo siempre rechazados con pérdida.

Bien quisiera el General Canterac aliviar los padecimientos que le manifestaron, en la mayor parte, los habitantes de Lima, por su disposición

a conservar siempre pueblos españoles; pero esperaba, con las operaciones que practicase en aquella campaña, ocasiones de manifestar a aquella benemérita ciudad, el particular afecto con que siempre la había mirado el Gobierno legítimo. Los disidentes fiaban y contaban con prosperidades de la división que había zarpado del Callao, para el sur, pero no sabían, o no habían querido creer que el Virrey tenía prevista esta ocurrencia y, al efecto, tomadas las medidas necesarias, para que Santa Cruz tuviese si no mejor, al menos igual recibimiento, del que había tenido dispuesto a Alvarado.

Al presentarse Canterac, a las inmediaciones del Callao, no faltaron sus escaramuzas de consideración. Advertidos por los independientes los movimientos de Canterac, retiraron a la plaza todas las bestias y ganados que tenían en sus inmediaciones; mas no por estas diligencias dejaron de caer en poder de los nacionales 210 mulas y 50 reses vacunas. El General en Jefe Canterac, acompañado del Brigadier Loriga, algunos de sus ayudantes y oficiales de E. M. recorrió todo el frente de los Castillos Real Felipe y San Miguel, sosteniendo esta operación una compañía del batallón del centro avanzada en guerrilla, hasta la cruz situada entre Bellavista y la plaza, a la izquierda del camino real y, a la derecha, los cazadores de Gerona y Cantabria, sostenidos también por dos mitades de la compañía de granaderos de Dragones de la Unión. Por el castillo de San Miguel y en dirección a la chacra de Barbosa, adelantaron los

enemigos medio batallón y con 60 hombres de su poca y mala caballería, extendieron una compañía en guerrilla, que sostenida avanzó sobre la de cazadores de Cantabria y rompió el fuego; pero los españoles esperaron a los decantados colombianos con la serenidad de que tenían dadas tantas pruebas y, marchando al mismo tiempo por el flanco derecho los cazadores del 2º del Imperial, cuya columna dirigía el Brigadier Monet, vieron de nuevo y, en muy pocos minutos, correr a sus contrarios, no obstante hallarse éstos protegidos por un vivo fuego de cañón. Los colombianos, al momento de dirigirse sobre ellos los cazadores, se retiraron precipitadamente a las fortalezas y no pensaron en más tentativas, quedando bien persuadidos los nacionales de lo que podrían ser aquellos hombres, admirados y bravos en el concepto de Riva-Agüero y compañía. La plaza desde las 12 del día, que estuvieron los españoles a distancia de punto en blanco, hizo sus fuegos, hasta las 4 y media de la tarde, que el General en Jefe ordenó regresar al campamento, no cesó el cañonear, con bala y granada, pero sin más pérdida en los realistas que 2 soldados muertos, un oficial y 6 heridos. La del contrario no sería inferior, a pesar de la diferencia de armas y de situación, pues la compañía que hizo fuego y corrió la primera, dejaba ver con claridad los hombres que retiraba muertos o heridos. El ejército nacional probó, a la vista de la plaza del Callao, que no hay posición por más que la naturaleza, o el arte la favorez-

ca, en donde su presencia no llene de pavor a su enemigo: la evidencia así lo manifiesta.

El General dispuso que el 1º de julio, antes de amanecer, se embarcasen en El Carrizal y La Legua, dos compañías del Imperial Alejandro y 75 caballos de Dragones de la Unión al mando de su Coronel don Ramón Bedoya. Los enemigos, por el camino real, marchaban en la confianza que acostumbraban y al acercarse a La Legua, fueron cargados por los dragones y recibidos en su fuga, por una acertada descarga de los valientes del Imperial. La sorpresa fué inexplicable, perseguidos hasta Bellavista, con la pérdida de 11 muertos, 4 prisioneros y una porción de heridos, entre éstos dos oficiales y el Comandante herido, que murió en el Callao.

**Disolución del
Congreso.**

Con motivo de la ocupación de Lima, el Congreso se disolvió, se puede decir; muchos de sus individuos quedaron en la ciudad confiados en la generosidad del ejército nacional, a pesar que tuvieron expresas órdenes para trasladarse al Callao. Su confianza fué justa, pues jamás se les preguntó cuál había sido su conducta anterior; los que se refugiaron al Callao siguieron allí sus secciones como si nada faltara en el Congreso. Quejoso Sucre del estado en que se hallaban los negocios, que las faltas se le atribuían a él, como delegado de Bolívar y que en la plaza se daban varias disposiciones de las cuales no tenía el menor conocimiento, representó la necesidad que había de contener estos abusos y que

la plaza reconociera un solo jefe que cuidara exclusivamente de su defensa.

**Sucre encargado del
mando supremo
militar.**

En consecuencia, fué encargado Sucre del mando supremo militar y Riva-Agüero exonerado de la Presidencia de la República, fué mandado trasladar a Trujillo con los individuos del Congreso existente en el Callao, que fué disuelto el 19 de julio a mano armada por Riva-Agüero.

Declarado Sucre jefe militar y deseoso de obligar al ejército nacional a levantar el bloqueo de la plaza, empezó a embarcar tropas con destino al sur, y él mismo se hizo a la vela con 3 batallones y 3 escuadrones para Quilca, tocando antes en Chala.

Canterac se retira.

Estas noticias, la falta de provisiones y la internación de Santa Cruz a las provincias de la Sierra, obligaron al General Canterac a retirarse sobre las antiguas posiciones, levantando el bloqueo del Callao, al amanecer del 16 de julio, después de extraer de Lima las máquinas de la casa de moneda y de ofrecer convoy y raciones de carne a las familias que quisieran transportarse a los pueblos tranquilos del Perú. Fué de pública notoriedad que más de 5.000 personas de todos sexos y edades abandonaron la capital, en medio de las mayores necesidades, prefiriendo acabar su existencia de cualquier modo, con los nacionales, que permanecer con los patriotas, y la ciudad probablemente habría quedado desierta, si hu-

biese habido número suficiente de caballería, para tantas familias que lo deseaban. De esta naturaleza, era entonces el entusiasmo revolucionario en Lima.

El General Canterac se dirigió a Huancauélica, mandando a Córdoba al General Monet, con una división y al General Loriga con otra al valle de Jauja. Los disidentes no se movieron a incomodar, a los españoles en la retirada, a pesar de saber la subdivisión de tropas que principió a hacerse desde Lurín. A los pocos días de marcha, recibió el General oficialmente la derrota de la división enemiga de Huánuco el 12 de julio en las inmediaciones de Tarma, por los valientes tarmeños, sin un soldado de línea y sin consideración al excesivo número del enemigo y se supo también que Santa Cruz, pasando el Desaguadero, había invadido la provincia de La Paz.

Olañeta al Virrey.

El General don Pedro Antonio Olañeta, con fecha 11 de agosto, desde Calamarca, instruye al Virrey que el 8 del corriente, se reunió con el Gobernador de La Paz y marchó el 9 a este pueblo para tomar mejores conocimientos del enemigo, sin poder descubrir el número que se hallaba acampado en Viacha, para donde se dirigió. Pero, a las 4 leguas de su marcha, se resolvió a hostilizarlos, haciendo este encargo al Coronel Sanjuanena. Arrolló 3 escuadrones, que cargaron sobre sus guerrillas, sostenidas por los escuadrones de dragones americanos y los de la Constitución, que a no acercarse la noche, ha-

brían concluído con el primer escuadrón de húsares y los dos de lanceros, que sobre el de sus masas de infantería fueron acuchillados, dejando una porción de muertos, un prisionero, con 4 sables, 4 carabinas y varias lanzas. La expedición invasora se inclinaba a aquella provincia, con el objeto de apoderarse de las del río de La Plata, que se hallaban sujetas al Rey y su General Santa Cruz se mantenía en este mismo tiempo en La Paz, exigiendo recursos para sus operaciones. Su expedición se componía de los principales cuerpos, hallándose otros en el Desaguadero, en actitud de reunirse. Esperaba ver la dirección de sus marchas, para batirlos, sosteniendo hasta el último extremo, la interesante plaza de Potosí, no teniendo ningún contraste, por las precauciones con que dirigía sus marchas, siendo su ánimo hostilizarlos constantemente y pender terreno, si acaso, disputándolo a palmos.

El Virrey toma el mando del ejército. El Virrey dejó la capital del Cuzco, para mandar personalmente las tropas, que tenía a sus inmediaciones. Sucre después de tocar en Chala se dirigió sobre Arequipa, mandando parte de su caballería con ganados por tierra. El General Valdés, por el camino del Cuzco, forzaba las marchas cuanto le era posible, para incorporarse al ejército del Virrey, que tenía ya su cuartel en Sicuani; en consecuencia, el General en Jefe marchó a Huamanga, con 2 batallones y un escuadrón a fin de tomar, desde esta capital, la dirección que

más le conviniera. Desde Huamanga, instruído de que el Virrey, después de habersele reunido Valdés, marchaba a buscar a Santa Cruz, decididamente, al Desaguadero, resolvió tomar la dirección de Arequipa, ordenando al General Monnet, se le incorporara en Puquio con su división, dejando sobre Ica los restos de dragones de Lima y de la Constitución dispersados en Pisco al amanecer del 11, por un notable descuido.

Valdés en Puno.

El General Valdés, desde Sicuani, marchó a Puno, a tomar la vanguardia, que se componía de 2 batallones y 3 escuadrones, dirigiéndose al Desaguadero, que ocupaba Santa Cruz, reconoció las fuerzas enemigas que allí había, a costa de un pequeño tiroteo, pero instruído el General enemigo, de la poca fuerza de Valdés, marchó rápidamente sobre él con 4 batallones y 3 escuadrones el 25 de agosto. El General nacional se retiró en todo orden, hasta los altos de Zepita, donde aprovechando las ventajas que ofrecía el terreno, se decidió a contener los enemigos, que se persuadían victoriosos por su superioridad. El choque tardó poco en hacerse general. La valiente infantería nacional arrolló a la bayoneta a la enemiga, pero esta caballería, oportunamente dirigida sobre los realistas, acaso no bien situada por la calidad del terreno, la cargó y la dispersó, con la circunstancia de que los franceses Brandsen y Soulangé, no dieron cuartel a los pocos soldados nacionales, que alcanzaron a los cazadores y dragones. La dispersión

de la caballería española, obligó a Valdés a replegarse después de anochecido al grueso del ejército. En Zepita se hubiera terminado la campaña, si la caballería nacional hubiera podido cumplir, como la bizarra infantería. El parte del General Valdés instruye más menudamente sus operaciones.

Parte de Valdés al Virrey. **División de Vanguardia.**
—“Exemo. señor: Hubié-

ramos gloriosamente concluído ayer la actual campaña, si la caballería de esta división hubiera podido cumplir como la bizarra infantería; el caudillo Santa Cruz, con 4 batallones, 2 escuadrones y 2 piezas de campaña, vino desde el Desaguadero sobre mis fuerzas y reconocida con tiempo hice con todo orden mi repliegue, hasta la cuesta de Zepita, en donde me situé como a las 5 de la tarde, sin otro compromiso que el de algunos tiros de guerrillas y artillería. Creídos los enemigos de sacar ventajas de mi inferior fuerza en número, dispusieron un ataque sobre mi posición, ocupando con su batallón de cazadores la altura de mi izquierda y viniendo los demás por mi frente, dispuse que el señor Brigadier Carratalá, atacase dicha izquierda con 300 hombres de Victoria (1) y dos mitades de caballería y, a pesar de la gran escabrosidad del terreno, este Jefe logró desalojar al enemigo al anochecer de unas fuertes cercas que ocupaba. Allí murió el Coronel Zerdeña (2), con algunos oficiales y 80 sol-

(1) Antes Talavera.

(2) Fué de los apóstatas.

dados. Entretanto, hice un vigoroso ataque contra las columnas de mi fuerte, en el que el valiente Capitán Olivares con su compañía de cazadores de Victoria, se arrojó a la bayoneta y dispersó al batallón N° 4. Siguió apoyado de la 2ª del de cazadores del mando del Capitán Archondo y ambos obligaron a retirarse en desorden al batallón enemigo N° 2, causándole mucha pérdida. Al mismo tiempo, la compañía de granaderos de dicho cuerpo al mando del brillante Capitán Manrique, arrolló al batallón de la legión, ínterin contenían, con vivo fuego a un escuadrón enemigo. Las compañías de tiradores y 3ª del de cazadores mandadas por sus capitanes Herrera y Puente y cerrada en esto la noche, se retiraron precipitadamente los enemigos, dejando en el campo y en poder del nacional, 200 cadáveres, incluso dos jefes y varios oficiales, 30 prisioneros y algunas armas. Excede a toda comparación, el mérito que ha contraído esta infantería, los jefes y oficiales. El brillante resultado de esta jornada, es debido, en la mayor parte, al digno Brigadier Carratalá y todos han llenado completamente sus deberes. Yo, en consecuencia, al plan acordado por V. E. me retiré de dicha posición en la misma noche para atraer más al enemigo, entretanto lleguen las respetables tropas que trae V. E. a esa inmediación. Dios V.—Pomata, agosto 26 de 1823.—*Jerónimo Valdés*. — Exemo. señor Virrey del Perú.

El General Valdés se reunió de nuevo este General al Virrey en Poma-
mata, marcharon al Desaguadero. Santa Cruz,
temiendo la fuerza que le amenazaba, más que
su calidad que por su número, cortó el puente
y se situó al sur de este río y el Virrey marchó
a Calacoto, vadeó el Desaguadero con inmensi-
dad de riesgos que vencieron con entusiasmo y
continuó sobre los pasos de Santa Cruz, que in-
mediatamente se dirigió a Oruro, marchando a
su frente el General Olañeta, en virtud de las
instrucciones que había recibido del Virrey.

Al poco tiempo de hallarse O'Higgins en
el Perú (1), llegó con respetables fuerzas el hé-
roe de Colombia, Simón Bolívar y el Gobierno
del Perú le nombró Generalísimo del ejército
unido. Aquí se conocieron y trataron estos dos
hombres célebres, que han hecho tanto ruido en
el mundo y que harán más adelante, cuando las
pequeñas secciones de América reciban aquella
expansión y desarrollo a que les llama el desti-
no y que sólo es obra del tiempo. La historia im-
parcial decidirá algún día cuál de estos dos hé-
roes obtenga el primer lugar en la revolución
del nuevo mundo. Para mí, la cuestión no es du-
dosa, pero del héroe chileno soy su amigo.

Cuando tuvo lugar la primera entrevista
de estos dos grandes caudillos, fué notable la
sorpresa de los jefes colombianos que le presen-
ciaron. Al ver que su General prodigaba al chi-
leno los sentimientos de su más alta considera-

(1) Mem. de Albano.

ción y de respeto, cuando no era pasado mucho tiempo que, en iguales circunstancias con otro General de gran prestigio, no tuvo a bien expresarse en esa forma; por este sólo hecho formaron el más alto concepto de la opinión de O'Higgins y su jefe, el Libertador, le dispensó, en lo sucesivo, una confianza sin límites, a la manera que le dispensó el General San Martín, en su primera entrevista que tuvo lugar en la ciudad de Mendoza.

Habiendo llegado algunos refuerzos de Colombia y puesto el General La Mar a la cabeza del ejército peruano, que se hallaba en un pie respetable, O'Higgins calculaba que el General Bolívar abriría la campaña en tres o cuatro meses más. En esta suposición, en mayo de 1824, escribió al Libertador desde Trujillo, ofreciendo sus servicios en el carácter de simple voluntario, como lo había hecho antes con el presidente Torre Tagle; insinuándose asimismo sobre el tiempo en que probablemente tuviese lugar esta campaña. Bolívar aceptó con gratitud tal ofrecimiento, manifestándole en su contestación que el ejército se honraría teniéndolo a la cabeza de una división escogida del ejército libertador; que se compondría del batallón Rifles y de los cuerpos más distinguidos de él. Y que sobre el día en que debía abrirse la campaña, creía no tener lugar sino hasta el 1º de septiembre.

Este pensamiento es enteramente opuesto a su resolución en 1823 en que fijaba gozar la tranquilidad que ofrece una vida privada y separada de todo bullicio; tal parece, si se tiene

presente, la carta escrita de su puño y letra, del tenor siguiente:

“Señor D. Joaquín Echeverría. — Lima, agosto 23 de 1823. Mi apreciable amigo: La favorable oportunidad que me prestó la corbeta de S. M. B. Fly para mi embarque, fué tan presta que no me dejó lugar para anunciarla a mis amigos; así fué también el viaje, en 7 días nos pusimos en el puerto del Callao. El amigo Zañartu habrá dicho a Ud. la favorable acogida que merecí de este Gobierno que continúa en los mismos términos, aunque yo me he propuesto llevar una vida privada e independiente. La experiencia de 14 años de revolución es la mejor guía para esta resolución; además de una forzosa economía en países de tan costosa subsistencia. Los papeles públicos instruirán a Ud. de la marcha de esta República en sus negocios políticos y militares; éstos se retardarán cada vez más con grave perjuicio y peligro de la causa común de América, a no ser que fuerzas combinadas de ese país cooperen inmediatamente con los beligerantes del Perú. Aquí se teme una segunda invasión de los Matuchos, yo no la considero probable; pero si se efectuase, será el mejor anuncio de la victoria y, aunque esta capital sufrirá todo el peso de un ejército agonizante, al cabo será redimida por los pueblos del interior. Reciba Ud. mil expresiones de mi señora madre y Rosita y todo el afecto de su invariable amigo.—S. S.—*B. O'Higgins*”.

Canterac marcha al Cuzco.

Por extraordinario, comunicó el suceso de Zepita el Virrey a Canterac, ordenándole que marchase al Cuzco a la mayor brevedad posible para asegurar esta provincia y aun la de Puno, amenazadas por la división de Sucre que, desde el 1º al 8 de septiembre, había ocupado la ciudad de Arequipa; Canterac, reunido con la división de Monet y, a consecuencia de la disposición del Virrey, se dirigió desde Puquio al Cuzco, operación que se tuvo por menos militar, que si continuara a Chuquibamba, flanqueando en esta marcha la provincia del Cuzco; continuó Canterac en la dirección de Puno, con motivo de asegurarse que Sucre avanzaba desde Arequipa, sobre aquella provincia y, en atención a que desde el 6 de septiembre, que el Virrey ocupó los altos de La Paz, no se habían vuelto a oír más que noticias funestísimas de su marcha.

El Virrey en Viacha.

El Virrey desde Viacha operó con el intento de tomar la vanguardia a Santa Cruz, a fin de abrir la comunicación con el General Olañeta y como los pueblos del tránsito, quedaron conmovidos por la invasión de los enemigos, quedó también obstruido el paso y así es que sólo se recibían las nuevas que los disidentes tenían interés en comunicar.

Olañeta y el Virrey.

El 14 de septiembre se reunió el General Olañeta con el Virrey y el 15, marchó el ejército sobre Santa Cruz, que ya había emprendido de nuevo

su repliegue sobre el Desaguadero, dando las órdenes necesarias para el establecimiento del puente fácil de colocar por ser en todos tiempos de tablas de totora (1). Las tropas nacionales, no obstante las extraordinarias marchas que hacía y las pequeñas ventajas que diariamente lograba, no pudieron impedir que Santa Cruz pasase el Desaguadero en buen orden aun, pero habiéndose presentado el Capitán don Juan Martín, que defendía el puente, con la tropa y artillería de su mando, sus operaciones facilitaron fácilmente al Virrey el paso del río, pues en la noche del 19, a las 11, alcanzando al enemigo con 50 hombres de los escuadrones 1º y 3º del Regimiento caballería de granaderos de la Guardia, llegó al pueblo de Viacha, a la una de la mañana, donde supo que el tren, artillería y parque habían salido la tarde del día anterior, con dirección a Tiahuanaco, escoltados por 50 artilleros a caballo y el 2º escuadrón de húsares.

Inmediatamente, continuó por el mismo camino y, como a la legua y media de Viacha, observó hacia la izquierda del que él llevaba algunas candeladas, que le persuadieron fuesen hechas por los enemigos, con cuya idea se dirigió a reconocerla con una pequeña partida. Encontrando en efecto un escuadrón enemigo en columna, compuesta de 5 mitades que se disponía a recibirlo, continuó en igual formación, hasta ponerse inmediatamente y desplegando las dos primeras mitades al frente en batalla y destinada la 3ª a

(1) Paja con que, en Chile y el Perú, se techan los ranchos de los pobres.

flanquearlos, se ejercitó este movimiento con tanta exactitud que, a pesar de la superioridad del enemigo en fuerza y de la decisión con que cargaron, fueron envueltos de un modo, que el que no murió salió herido, salvando sólo el jefe, algunos oficiales y muy pocos soldados. El escuadrón batido fué el de lanceros, que se hallaba en aquel punto para reforzar al de húsares que marchaba escoltando la artillería; continuó su marcha Martín, hallando al paso 50 muertos, incluso un oficial, 18 prisioneros, 20 lanzas, 20 sables, 24 carabinas y 12 caballos ensillados; su pérdida se reputó con 7 soldados levemente heridos, uno de gravedad y 5 caballos heridos; esta acción parcial, sostenida por el Capitán Martín, fué dada en Santa Ana.

**Desaguadero.—El
General La Hera.**

Del Desaguadero en 21 de septiembre, asegura D. José Santos de La Hera, que a las 7 de la mañana de este día, rompieron los enemigos un fuego bien sostenido de fusil y cañón contra la tropa de su mando en el Desaguadero, pero tomó al momento activas disposiciones para repararlos, no obstante la superioridad que les daba su ventajosa posición, siendo el mismo General Santa Cruz, quien, con 2 piezas de artillería, dirigía y animaba a sus tropas en la acción, pero no era circunstancia para arrancar el triunfo más completo a las armas nacionales. Después de 4 horas de un constante fuego, propuso capitulación el Capitán que mandaba el punto del Desaguadero y, creyendo un deber aceptarla, tuvo efecto por

economizar la efusión de sangre, consiguiente a la prolongación del choque. Entre los muertos de los enemigos, tuvo un oficial y La Hera tuvo un muerto y 3 heridos. La ocupación del Desaguadero era tanto más interesante, cuanto que no sólo concurría a dar impulso a las ulteriores operaciones del ejército, sino que, abriendo de un modo seguro la comunicación con la provincia de Puno, prestaba también todos los elementos que conducían a la reorganización de las provincias que oprimían los invasores.

Olivares.

Ameller, Comandante del batallón de Gerona, también recibió una comunicación del Comandante D. Julián Olivares desde Tiquina en 21 de septiembre, en que le anuncia el feliz resultado de su expedición, que fué haberse tomado todas las balsas del estrecho, remitiendo 3 oficiales prisioneros que marchaban a reunirse al caudillo Lanza. El enemigo, a la otra banda, lo recibió en batalla, permitiéndole aproximarse, pero, cuando reconoció la fuerza, trató de la defensa; cargados, se disipó aquel grupo, buscando el asilo del cerro, siendo víctimas 6 hombres, 10 heridos y en poder de Olivares 4 sables, 6 fusiles, todo el equipaje, 30 mulas y caballos, el Comandante Oblitas, caudillo de aquel punto, con 29 individuos de su partida, rescatando 3 nobles ciudadanos que se hallaban prisioneros.

**Comunicación de
Olañeta al Virrey.**

El General Olañeta anuncia al Virrey desde La Paz, en 24 de septiembre que, posesionados los enemigos de la ciudad de Viacha, desocupada, hacía poco, por estos jefes, mandó una partida a cargo del Comandante D. Pedro Antonio de Azna que, a su ingreso en la ciudad, fugaron los disidentes dispersos, por diferentes direcciones, quedando 53 prisioneros con sus armas y en los hospitales 131; se rindieron también 78 hombres armados, siendo 3 muertos en la resistencia. De una reunión de indios seducidos, batidos se llenó aquel campo de muertos y 37 prisioneros. La ciudad y sus contornos fueron tranquilos por esta operación, solicitando los habitantes la protección de las armas nacionales.

**Santa Cruz y
Gamarra.**

El ejército de Santa Cruz y Gamarra se había internado a las provincias de La Paz y Oruro y así fué reducido a la nada, sin llegar a batirse más que en algunos encuentros pequeños, todos favorables a las armas nacionales: 25 oficiales prisioneros y varios pasados, más de 1.000 individuos de tropa, con otros tantos fusiles, la bandera general del ejército y la del N° 3, dos cañones, las cureñas y municiones de su artillería, 100.000 cartuchos de fusil, botiquines, equipajes de oficiales y tropa y la mayor parte de su imprenta, era lo que hasta aquella fecha del 27 de septiembre, se hallaba en poder de los nacionales. Las cortas reliquias del ejército patrio marcharon despavoridas en dispersión, con dirección

a Moquegua, abandonadas de sus generales y de la mayor parte de sus oficiales y jefes. El General Carratalá persiguió de cerca, finalizando con la mayor parte de aquel desgraciado resto. Por partes posteriores, se supo ascendían los prisioneros a más de 1.500, 10 oficiales prisioneros y 5 piezas de artillería, asegurando Carratalá que no llegarían a 800 los que marchaban hacia Moquegua. El General Olañeta quedó estableciendo el orden en las provincias del otro lado del Desaguadero, libres de enemigos y el ejército triunfante a las órdenes del Virrey, caminó aceleradamente sobre Puno. Esta plausible noticia fué dada por el General Valdés, parte desde Pomata el 23 de septiembre y parte desde Chucuito, el expresado 27.

Desorganización del Ejército Unido El General Canterac con fecha del 29, desde Chacacupi, anuncia al General Loriga la disipación del Ejército Libertador del sur del Perú, batido completamente por el Virrey, habiendo perdido Santa Cruz 4.000 hombres de los 5.000 de que se componía su ejército, marchando en fuga en busca de un asilo en sus buques. Que el Virrey, con parte del ejército, se hallaba el 25 de septiembre en Chucuito, en cuyo día se le había reunido el General Valdés. Le avisaba aquellas brillantes ocurrencias, para que las comunicara en forma solemne a las tropas de su división y a los fieles habitantes del valle de Jauja, como Comandante general de aquel partido.

Carratalá en Ilave. El General Carratalá expuso al Virrey desde Ilave el 29 de septiembre que el 25 había dado alcance a la retaguardia enemiga, sobre Santa Rosa, tomando sin resistencia 9 oficiales, 200 infantes y 30 de caballería, con su armamento y algunas monturas. Sus partidas avanzaron hasta el pie de la cordillera, hallando en aquel espacio una inmensidad de cargas de todas clases, inutilizadas y lo más horroroso, una porción de cadáveres de sus enemigos, que, por cansados, habían sido asesinados de orden de sus jefes, privando a estos infelices de la hospitalidad de los nacionales. Por denuncia, descubrió un entierro que había hecho el enemigo en su precipitada fuga en la quebrada de Callasa de 3 cañones de montaña, un número de fusiles y otros útiles de parques. Es admirable, ciertamente, haber desaparecido el más poderoso ejército que los enemigos habían presentado en el Perú, sin disparar casi, en la última ocasión, un tiro.

El Virrey, desde Lampa, marchó a Arequipa ocupada aun por la división de Sucre, ordenando al General Canterac que, desde Santa Rosa, tomara la misma dirección, por el despojado. El 7 de octubre llegó a Apo, desde donde hizo marchar al brigadier Ferraz, con una corta división de infantería y caballería a Arequipa, con el objeto de alcanzar a la caballería de Sucre que se hallaba en la ciudad, según noticias recibidas. El resultado de esta operación bien dirigida y bien ejecutada, fué destruir tres escuadrones de Sucre, logrando escapar sólo

muy pocos. El parte de Ferraz al Virrey fué el siguiente, extractando de él únicamente lo más esencial.


Excmo. señor. — En Ferraz al Virrey. cumplimiento de las órdenes de V. E. salí de la posta de Apo a las 7 de la noche del día de ayer, con la división que dispuso a mis órdenes, compuesta de 3 mitades de granaderos de la Guardia, una de la escolta de V. E. y otra de cazadores dragones y dragones Americanos a cargo del Comandante de escuadrón de granaderos D. Cirilo Echezárraga, más 250 infantes de los cuerpos de Gerona, Victoria, cazadores, centro y Cantabria al mando del Coronel, este último D. Antonio de Tur, con el objeto de sorprender la caballería enemiga del ejército colombiano, que se hallaba en la ciudad de Arequipa, mandada por el General de brigada Miller y Coronel Raulet. A las 12 de la misma noche, llegué a la división de los caminos que dirigen a la ciudad, por Cangallo y el Botadero, tomando el último con la idea de no ser sentido por las avanzadas que los enemigos tenían en el 1º, pero, desgraciadamente, el guía se extravió en las faldas del volcán y 4 leguas antes de llegar a la población, de un modo que tuve que esperar en este punto el día y, por consiguiente, creí frustradas mis esperanzas. Sin embargo, supe que los enemigos eran en número de 320 caballos de los escuadrones de Chile y el de guías de Riva-Agüero situados en la población, hallándose con ellos los Generales Pinto de la división de Chile y Sucre. No vacilé un

momento en atacarlos, disponiendo que D. Francisco Valle marchase por una de las calles de la izquierda que dirige al puente, al mismo tiempo que yo, protegido por el Coronel Tur, marchaba sobre su mayor fuerza, que se retiraba por el frente, para alcanzar su retaguardia en las calles de la ciudad. Una mitad de cazadores y dragones que salió a la plaza antes de tiempo, fué cargada por 3 enemigas, que la obligaron a retroceder, a tiempo que yo con las cuatro que dirigía bajaba paralela a aquélla. Previne al comandante Echezárraga siguiese la dirección que llevaba, con las dos primeras, que variando a la izquierda, entrase a la calle del Comercio por el Chilcal, a tomar la retaguardia a los enemigos, mientras yo con las dos últimas, varié también sobre la izquierda y me dirigí por la del Sauce, donde cargué con decisión a los que venían de frente. La mitad de cazadores fueron completamente batidos por nuestros granaderos, perseguidos hasta el puente, donde se reunieron a las últimas mitades enemigas, haciendo entonces frente, cargando a las nuestras, que no tardaron en batirlas, siguiendo esta 2ª carga hasta la chacra del Arenal. Perseguidos con orden y empeño, fueron alcanzados y las dos mitades de granaderos cargaron su retaguardia, que fué deshecha según costumbre. Siguieron varias operaciones. Los enemigos acabaron de perder en la última carga después de perseguidos legua y media, casi toda su tropa y oficiales, pues apenas salvaron 25, a 30 de los primeros, 4 de los segundos que eran los únicos que se vieron correr

dispersos. Las ocurrencias se hacían difíciles numerarlas, pues fueron tantas y tan consecutivas, que se sucedían unas a otras, sin intermisión. Ello es que los colombianos han perdido casi toda su caballería, mandada por Miller y Coronel Raulet, presidida por Sucre y el de la división de Chile, Pinto. La decisión de los habitantes del pueblo y su campaña llegó al extremo de contentarse con la comunicación mutua y reservada de nuestra venida, sin haber uno que la noticiase al enemigo. Quedaron en nuestro poder el Comandante de los escuadrones dragones de Chile, un Capitán, 4 subalternos, 160 individuos de tropas prisioneros, 5 oficiales y 47 oficiales muertos en las calles de Arequipa, 142 caballos ensillados, 98 carabinas, 120 cartucheras, 100 y más sables, 60 lanzas y 3 clarines, sin contar con las armas, caballos y monturas que pudieron recoger los vecinos, que probablemente los entregarán, habiéndose publicado bando al efecto. El comportamiento de los señores jefes, oficiales y tropa ha sido tan igual que apenas hay uno que no se haya hecho acreedor a la consideración nacional. Baste decir que todavía se hallaban los generales y tropa enemiga formados en la plaza principal, cuando el retrato de nuestro monarca fué colocado en los corredores del Cabildo, al mismo tiempo que empezaron los repiques en la catedral que, a más del entusiasmo de los nacionales, se manifestó el del pueblo, tan heroicamente.— Dios V.— Arequipa y octubre 8 de 1823.— Excmo. señor.— *Valentín Ferraz*.—

Excmo. señor D. José de la Serna, Virrey del Perú.

Canterac se reúne al Virrey. El General Canterac alcanzó al Virrey en Cangallo, e hicieron su entrada en Arequipa el 10 de octubre. Las demostraciones de los habitantes de esta ciudad, al verse libres de los independientes, exceden a toda ponderación; las voces de vivas a sus libertadores era sin cesar y hasta el bello sexo se precipitaba, entre los caballos, para auxiliar a los heridos vencedores. Sucre marchó precipitadamente al puerto de Quilca, donde se embarcó con sus tropas antes que los Generales Valdés y Canterac pudiesen darle alcance. Seguidamente continuó el General Canterac la marcha para el valle de Jauja, con los batallones de Burgos, Cantabria y 1º del Infante y Castro y con dragones del Perú y un escuadrón de dragones de la Unión, cambiada la denominación del ejército de Lima, en la del ejército del Norte, respecto a que el Virrey dispuso la formación de otro ejército al sur, cuyo mando en jefe fué confiado al Mariscal de Campo D. Jerónimo Valdés.



CAPITULO LIII

Ingreso de Bolívar en Lima.

Durante todas estas operaciones, había llegado a Lima el 1º de septiembre, el llamado entonces Presidente de Colombia, Bolívar, a quien el Congreso concedió el título de Libertador del Perú, dándole todo el mando que podía apetecer. Riva-Agüero, celoso de este nombramiento y justamente disgustado del comportamiento de Bolívar y sus tropas, cuyas miras no desconocía (1), deshizo en Trujillo el Congreso, nombró un senado de los individuos de más confianza y se hizo conocer en la provincia de Trujillo y parte de las de Lima, por legítimo Presidente de la República del Perú, declarando a la capital en estado de bloqueo y dando por nulos todos los actos del Congreso instalado de nuevo en Lima. Este Congreso y el nombramiento de Riva-Agüero en Trujillo por Presidente de la Repú-

(1) Recuérdese la proclama de Torre Tagle.

blica, es preciso decir que este paso ilegal, produjo, sin embargo, un cambio favorable a la causa de los independientes. Este nuevo Gobierno fué el que arrojó los esfuerzos de Colombia y el que preparó la total ruina del ejército real. Bolívar, fuese con deseo de buscar a Riva-Agüero, o con el de desalojar al General Loriga del valle de Jauja, salió de Lima hasta Santa Inés con las tropas que allí existían; mas, noticioso de la derrota de Santa Cruz con las tropas, e incierto también de la suerte de Sucre, retrocedió a Lima. En su entrada pública en esta capital, fué recibido con el mayor entusiasmo imaginable, e investido inmediatamente con la suprema autoridad militar y política. El Marqués de Torre Tagle, nombrado con anterioridad Presidente del Perú por el Congreso, retuvo aún el título, pero tal era su manifiesta admiración por Bolívar y tales sus temores a Riva-Agüero, que los poderes y facultades de la presidencia quedaron reducidos, con su propio consentimiento, a un mero fantasma de autoridad.

El país no perdió nada por la separación virtual de Torre Tagle, porque su administración había sido imprudentemente venal, dando sumas considerables a individuos para que le sostuviesen contra Riva-Agüero; informado Bolívar de muchas de estas transacciones, separó de los puestos importantes que ocupaban a algunos de los que las recibieron.

Las fuerzas patriotas existentes en Lima y sus inmediaciones ascendían a 7.000 hombres, de los cuales eran colombianos los dos tercios y

esperaban refuerzos diariamente de Guayaquil y Panamá.

Loriga en Jauja. El General Loriga y su división, conservando también en esta campaña el valle de Jauja hasta Tarma, contrajo un merecimiento singular que eleva al de la campaña del Sur a un grado considerable. La ocupación de Ica por los enemigos, la marcha de Bolívar a Santa Inés con dirección al valle y la separación de las principales fuerzas, empleadas en destruir a Santa Cruz y Sucre, no impidieron la conservación de todas las primitivas posiciones del ejército nacional por aquella parte. Un palmo de terreno no se perdió en el norte interior, triunfaron las armas españolas a 300 leguas de distancia en el Sur.

Disposición del Congreso. El 13 de noviembre de 1823, dió el Congreso una Constitución a la República, la cual fué proclamada y jurada con las ceremonias de costumbre pocos días después, medida que parecía inoportuna, estando los realistas tan inmediatos y la capital en tanto peligro.

Las extraordinarias escaseces que se experimentaban en la Ciudad de los Reyes, por efecto de las órdenes de Riva-Agüero, obligaron al Congreso a decretar que el nuevo libertador dirigiera con preferencia todos sus cuidados a extinguir la anarquía que fomentaba Riva-Agüero.

Bolívar salió de Lima en la 2ª semana de noviembre de 1823 y llegó a Pativilca el 17 del

mismo mes. Este General entró en correspondencia con Riva-Agüero, para inducirle a reconocer el Gobierno de que nominalmente era cabeza Torre Tagle. Riva-Agüero no se convino con los términos que le proponía y se dice que Bolívar pensó seriamente en abandonar a su suerte al Perú; pero, posteriormente, lo que no pudo conseguir Bolívar por medio de negociaciones, lo ejecutaron las mismas tropas de Riva-Agüero, dirigidas por el Coronel La Fuente, desertor del ejército nacional, sorprendiendo con su cuerpo a Riva-Agüero, poniendo preso a este jefe el 25 de noviembre, siendo de su mismo partido. Torre Tagle, con consentimiento del Congreso, le sentenció a ser pasado por las armas como traidor, alegando que Riva-Agüero había convenido reunirse a los realistas y obrar contra Bolívar y Torre Tagle; pero este cargo no se probó debidamente y la sentencia de muerte se conmutó en destierro, pasando, a su vez, Riva-Agüero a Chile, con lo que terminó la guerra civil, haciéndose reconocer en Trujillo a Torre Tagle por legítimo Presidente de la República, a quien dió cuenta Bolívar en oficio de 25 de noviembre (1).

De lo dicho, se infiere que, en ese tiempo, tuvo el Perú dos presidentes y un dictador por parte de los patriotas y, por la de los realistas, no menos divididos poco después, puede decirse que había en el sur dos Virreyes.

(1) "Gaceta Extraordinaria de Lima", 1º de diciembre,

Riva-Agüero, cuando pasó a Trujillo, su primera medida fué levantar tropas y, en poco tiempo, armó y equipó en aquel departamento más de 3.000 reclutas, sacados de las provincias del norte, con el objeto de disolver el Congreso y desterrar sus miembros refractarios, resolución que le atrajo la odiosidad de los mismos que habían sido sus más elocuentes panegiristas en Trujillo y que, en su regreso a Lima, en cuya ciudad se reunieron la mayor parte de los diputados, eran sus mayores y más públicos detractores.

A más, habían entablado negociaciones con la República de Chile, la que esperaba un refuerzo de 3.000 hombres que debían reunírsele.

En estas circunstancias, la República contaba únicamente con un ejército de 3.000 hombres peruanos, 600 de Chile y 300 de los prófugos de Torata, pertenecientes a Buenos Aires, totalmente destruídos y sin bases para su organización; faltaban los fondos, faltaba el crédito y el espíritu de libertad estaba casi extinguido y las fuerzas de Trujillo continuaban aún declaradas contra Torre Tagle, contra los colombianos auxiliares y, sobre todo, contra el libertador. Con su virtud, adoptaron medidas para reemplazar las bajas que habían ocurrido en los regimientos peruanos y mandaron hacer levás en las provincias ocupadas por los patriotas. Este sistema de reemplazar el ejército era en general sumamente arbitrario y difícilmente puede justificarse con la urgencia de las circunstancias;

éste y otros abusos eran la consecuencia natural de un estado de cosas mal asegurado, que debían desaparecer necesariamente a proporción de que los nuevos gobiernos adquiriesen consistencia.

Riva-Agüero abre comunicaciones con el Virrey.

Riva - Agüero, sin embargo de haber conseguido que le obedecieran los pueblos, hasta Pativilca y Reyes, no desconoció los perjuicios que habían de seguir de la unión de Torre Tagle, el nuevo Congreso y Bolívar y así es que, además de contar con el ejército de Santa Cruz, que suponía equivocadamente dueño de las provincias del Alto Perú, ofició al Virrey en fines de septiembre, comunicándole el tratado hecho en Buenos Aires, en junio, entre aquel Gobierno y los comisionados de S. M.C., a fin de que tuviera efecto en el Perú, anunciándose al mismo tiempo, por legítimo Presidente de la República peruana.

A fines de septiembre, recibió el General Loriga, en el valle del Jauja, estos pliegos que, sin demora, remitió por extraordinario al General en jefe para que llegasen a manos del Virrey. Como Riva-Agüero decía que, en calidad de comisionado por su parte, enviaba al Coronel Silva plenamente autorizado, el que esperaba en Huánuco la contestación, no trepidó el General Loriga en ofrecerle un asilo seguro en Tarma, ínterin se recibían órdenes de S.C., indicándole, además, el deseo que tenía por adelantar un tratado de alianza ofensiva y defensiva contra To-

rre Tagle y Bolívar, cosas que positivamente ofrecía ventajas a Riva-Agüero respecto a no existir ya el ejército de Santa Cruz, como el mismo General Loriga le comunicaba, acompañando los partes oficiales. Silva contestó del Cerro de Pasco, no aceptando su traslación a Tarma, asegurando que, si el señor Loriga tenía datos ciertos de la destrucción de Santa Cruz, él los tenía irrefragables de lo contrario.

El General Loriga le impartió todos los pormenores de la última campaña del sur, creyéralos o no los creyera, para que le sirvieran de gobierno respecto a que no le quedaba a Santa Cruz otro recurso que unirse a Sucre y abandonar el partido de Riva-Agüero, como efectivamente sucedió, repitiéndole, por último, el deseo que, por su parte, le animaba a negociar aquella alianza de que hemos hablado y que tan luego como el Virrey contestara, le mandaría en toda diligencia los pliegos, que desgraciadamente cayeron en poder de los partidarios de Bolívar y fueron remitidos a Lima, cosa que indudablemente aceleró la marcha del jefe de Colombia, contra Riva-Agüero que, establecido impolítica y antimilitarmente en Trujillo, fué presa de su necia confianza, de la perfidia e inconstancia de los suyos y de la intriga sagaz de sus rivales. Si Riva-Agüero atiende a las ofertas del General Loriga y se repliega sobre Huánuco o el cerro, aun sin tratados, hubiese hallado en las líneas españolas un asilo seguro y ninguna violencia, pidiendo así imponer al momento a

Bolívar, a Tagle y al Congreso de Lima, del modo más conveniente a su situación.

Una prueba de la sinceridad en que procedían los jefes del ejército nacional, es que después del arribo del General en jefe a Huancaayo y con noticia de la pérdida de los pliegos del Virrey para Riva-Agüero, salió el 7 de diciembre el General Loriga para el Cerro de Pasco con su división, para desde allí remitir a Riva Agüero el duplicado, pero todo era en vano por la mala situación de los pueblos en armas, ya unos contra otros y por la del mismo Riva Agüero en Trujillo; no obstante, noticioso de que Guzmán, partidario de Riva-Agüero, se hallaba a tres leguas del cerro con 300 hombres, le envió los pliegos con encargo particular de que les diera segura dirección; al arbitrio del expresado General estuvo sorprender y batir a Guzmán, como había sido su ánimo, antes de saber a qué partido pertenecía, mas, así que fué informado que dependía de Riva-Agüero, desistió de su empresa por esta consideración y Guzmán y su partida no fueron incomodados por Loriga.



CAPITULO LIV

Expedición de Chile. Queda anunciada, en el anterior capítulo, la disposición del Gobierno de Chile sobre esta expedición que se empleó durante su estada en Arica en la instrucción de sus tropas, donde tuvo noticia que Valdés se acercaba con 3.000 hombres y que su vanguardia ocupaba a Tacna, 12 leguas camino de costa. De Arica, formóse inmediatamente una junta por el General Santa Cruz, con concurrencia de los jefes chilenos, para deliberar, con prontitud, el plan que debía adoptarse. Satisfecho Santa Cruz, no eran sus fuerzas para resistir a los españoles vencedores. El resultado de la junta fué la de embarcarse a la mayor brevedad y dirigirse con aquellas tropas a la isla de San Lorenzo, inmediata al Callao, bajo la protección de la fragata "Prueba", a las órdenes del Vicealmirante Guise, lo que se efectuó con tanta actividad que, no teniendo tiempo para hacer aguada para los buques, sólo la tuvieron para degollar y echar a la mar la hermosa

caballada que habían llevado de Chile, para no dejarla en poder de los nacionales realistas. A los dos días de navegación, se encontraron con la goleta "Moctezuma", en la cual se hallaba a su bordo el General Pinto, a quien el Coronel Benavente debía entregar el mando de la división. Al momento de reunirse y, después de una conferencia entre ambos jefes, el General Pinto, de vastos conocimientos e ilustración, determinó: Que toda la división regresase a Chile, en cuya virtud, el N° 7 y 8 se dirigieron con rumbo a Coquimbo en la "Moctezuma" y el regimiento de caballería a Valparaíso con su Coronel Viel y el Coronel Benavente.

Los Coroneles D. José Santiago Aldunate y Sánchez que se hallaban con sus transportes a distancia considerable del convoy, no alcanzaron a ver las señales hechas por la "Capitana" y siguieron su rumbo para San Lorenzo como punto de reunión. Así se desvanecieron todas las quiméricas glorias de la expedición chilena, a la salida del puerto, sin haber tenido ocasión de operar en nada.

La fragata chilena la "Makena", que conducía 300 hombres de caballería, varios jefes y oficiales del ejército de Santa Cruz derrotados por Valdés, en la campaña del sur, fueron prisioneros a la salida de la caleta de Quilca por el bergantín español, corsario, "Valdés" que fué armado en Chiloé y de regreso a la recalada de este puerto, habiendo avistado un buque que venía al parecer del Cabo de Hornos, su Capitán Milches mandó a su 2° al reconocimiento. Per-

diéndose de vista los tres buques por un recio temporal a la entrada de Chiloé, la "Maquena" se enderrotó a Valdivia. El corsario "General Valdés", a cuyo bordo se hallaban los jefes más distinguidos de los prisioneros, el armamento tomado, las monturas, dinero y muchos ricos equipajes y particulares pudientes, sin duda, naufragó, sin haber librado un solo hombre, pues no se supo más de él. La "Maquena", aprovechando esta ocasión dirigió su rumbo a Valdivia, a entregarse a los disidentes, pero perseguida por la "Gencesa" que mandaba el Capitán Estoc, segundo de Milches, dándole caza, fué conducida al surgidero de Chiloé. De esta ocurrencia, dió parte el Gobierno de aquella provincia al Virrey del Perú, como se manifiesta.

Bolívar para obligar a los chilenos a seguir su plan de devastación, remitió a Arica la fragata "Moctezuma", con órdenes al Comandante de la "Prueba", para en caso que los jefes y tropas de Chile desobedecieran sus providencias, echara a pique sus transportes. Afortunadamente, la "Prueba" hacía 6 días que había dejado aquel puerto, circunstancias que, inutilizando las crueles disposiciones de Bolívar y Santa Cruz, facilitó a los chilenos su regreso a Chile sin embarazo alguno.

Oficio del Comandante General de Chiloé al Virrey del Perú.

"Excmo. señor.— En el mes de octubre pasado, se aprontó en este puerto, mediante los auxilios de Marina, armamentos y pertrechos que franqueé,

el bergantín corsario "General Valdés", de 14 cañones y de un excelente andar. Dió la vela el 14 del mismo, con patente que le di para hacer el corso en estos mares, hasta la latitud del Callao. Su Capitán Milches ha correspondido gloriosamente en servicio de la Nación. Con él escribí a V. E., pero considero no habrá llegado a sus manos aquella correspondencia. El día 25 del pasado, entraron en este puerto las fragatas "Maquena" y "Colombiana". La primera era transporte de los enemigos y fué tomada por Milches a la salida de Ilo con 300 hombres de tropa enemiga, cantidad de fusiles, sables, resto de caballería enemiga al mando de Santa Cruz, que se salvó y se consideraba seguro por haber escapado en su retirada desde Oruro, del valiente ejército nacional. El teniente de dicho bergantín, D. N. Estoc, me ha entregado 2 mayores, 4 capitanes, 3 tenientes, 13 subtenientes, 4 cadetes y 234 hombres de tropa prisioneros, los cuales en esta clase se hallan depositados en islas de lo interior de la provincia. El resto hasta el completo, compuesto de gentes y algunos otros individuos, entre ellos el Marqués de San Miguel, existen prisioneros a bordo del corsario. La fragata "Genovesa" que venía de Europa, habiendo tocado en Montevideo y aun no puedo asegurar a V. E., si será buena presa por estarse siguiendo la causa. El bergantín "Corsario" fué separado de éstas por un fuerte temporal en la latitud de este puerto y aun no ha llegado; es regular haya vuelto a seguir su corso. En 23 de noviembre, salió de este puerto el

bergantín, goleta nacional de guerra, "Quintanilla". Por él, escribí a V. E. y considero haya llegado a manos de V. E. esa correspondencia. Este buque tripulado con 120 hombres y armado en este puerto al mando del capitán D. Mateo Mayner, con buena artillería, en nada es menos que el corsario "General Valdés", porque su andar y demás circunstancias lo hacen respetable. A dicho Mayner, di instrucciones de las cuales incluí a V. E. una copia en la misma correspondencia que llevó. El debió cruzar algunos días en la boca de Valparaíso y, en la fecha, lo considero en esos puertos de intermedios. Tal vez se le proporcione tomar a los enemigos, algún otro transporte con tropas; a lo menos, les hará todo el perjuicio que se pueda.

Yo me glorío, desde esta distancia, en contribuir de algún modo y tener parte en las glorias que ha conseguido V. E., los distinguidos generales y todo el ejército sobre los enemigos en ese territorio y no perderé ocasión que se me proporcione para ayudar a la total destrucción de éstos.— Dios V.— San Carlos de Chiloé, diciembre 8 de 1823.— Excmo. señor.— *Antonio Quintanilla*.— Excmo. señor Virrey del Perú".

Omitiremos (dice el Instruído) lo que tuvo que sufrir esta expedición de 2.500 hombres de todas armas en los 39 días de su navegación a Coquimbo, por la suma escasez de agua. El transporte "Sesostris" que llegó a Valparaíso el 19 de diciembre, conduciendo la caballería y al Coronel Benavente. Este se presentó en Santiago al Director, a los 23 días de haberse

hecho a la vela, poniendo en manos del ministro una nota del General Pinto datada en el mar de Arica el 30 de noviembre anterior, como lo expuso el mismo Director al Congreso Constituyente, con fecha de 23 de diciembre, acompañando una copia del escrito satisfactorio, que había dirigido al General Bolívar sobre el mal resultado de la expedición auxiliar y los motivos que habían obligado a regresar a Chile a los generales Pinto y Benavente.

El General Valdés al Virrey. “Excmo. señor: Por los

oficios que acompaño, se impondrá V. E. de haberse dado a la vela el día 6 del corriente, los últimos buques de la expedición chilena que se hallaban en Arica, los cuales según el rumbo y la voz general, regresan a Chile desengañados ya del ningún partido que pueden sacar de los fieles pueblos del Perú. A pesar del extremado cuidado de sus jefes, se me han presentado algunos pasados, de los pocos que desembarcaron, a proteger el acopio de leña y agua para su regreso; 8 oficiales, entre ellos, uno de la secretaría del General en jefe y un teniente coronel Ayudante del E. M. que por conseguir su intento se echaron al agua, éstos y 23 de tropa aseguran que, en el valle de Yuta y Azapa, quedaban ocultos otros 7 de los primeros y más de 50 de los segundos. Por esta razón, por haber sido necesario echar al agua su hermosa caballada, por la multitud de enfermos, por escasez de víveres, por haberlos quemado en Arica el Comandante de la “Prueba”,

porque no regresasen me creo con derecho para anunciar a V. E. que la división expedicionaria de Chile ha sido completamente destruída, sin haber visto al enemigo.— Dios V.— Moquegua, 10 de diciembre de 1823.— Excmo. señor.— *Jerónimo Valdés*.— Excmo. señor D. José La Serna, Virrey del Perú.

Así terminó esta campaña que los enemigos contaban por decisiva en su favor, porque, a la verdad, parecía imposible que tropas que habían marchado de Huancayo a Moquegua y de Moquegua a Lima, pudiesen luego caminar hasta Sorasora y contribuir al exterminio del ejército de Santa Cruz, como sucedió. El Virrey volvió a situarse en el Cuzco a principio de noviembre y aunque después llegó a Arica la expedición de Chile, instruído de los resultados de Santa Cruz y Sucre y que ningún cuidado podían dar sus esfuerzos de estos campeones, mas, ocupando aquella costa, parte del ejército del sur con el General Valdés regresó sin cuidado.

Disposición del
Virrey.

Desde el Desaguadero, mandó el Virrey al General Olañeta que, con su división, se ocupara en consolidar el orden de las provincias de La Paz y Cochabamba y persiguiera al caudillo Lanza que, con razón, se suponía fuerte, con el aumento que había recibido con los dispersos de Santa Cruz; el General Olañeta cumplió con tanta felicidad las disposiciones del Virrey que, en sus partes, da cuenta, había dispersado aquellas hor-

das destructoras de aquellos países hacia las cordilleras, como se manifiesta a continuación.

**Parte del General
Olañeta al Virrey.**

Los campos de Cochabamba son, sin duda, los señalados por la Providencia a la victoria de las armas españolas. Después de una penosa expedición de las Yungas y valles de Sicasica, arribé a este punto a las 8 de la noche de ayer, en alcance del Coronel D. Tadeo Lezama que marchaba de vanguardia con la mejor tropa, persiguiendo a Lanza y éste reunido con los pérfidos Velasco y Blanco, salieron de la plaza de Cochabamba a buscarme por la superioridad de número que formaron. Avisado de su aproximación, marché a atacarlos, en cuanto se puso a tiro de fusil su línea compuesta de 3 columnas de infantería y 2 trozos de caballería con el número total de 1.600 hombres; rompió el fuego con 800 de que se componía mi fuerza. Duró la acción media hora, con la obstinación más infernal que puede imaginarse hasta el término de cesar los fuegos y atacarse a la bayoneta; mas el valor de los señores jefes, oficiales y tropa, arrolló con la turba de desesperados traidores y a no ser que el escuadrón de Tarija estaba desmontado, con dificultad hubiera escapado uno. Se han tomado 500 prisioneros, incluso 31 oficiales y un capellón; quedó el campo cubierto de cadáveres; dejaron en mi poder 600 fusiles, igual número de correajes, 30 lanzas, todo su parque y los pocos que se salvaron, se dispersaron por las cordilleras. Los batallones se

hallan en su persecución, a pesar de su cansancio. Mi pérdida consiste en 20 muertos y 25 heridos, incluso un oficial de la Unión y otro de la Reina. No hay un individuo de la división que no merezca su premio particular, porque todos se han distinguido y han hecho prodigios de valor.— Dios V.— Alzuri, 16 de octubre de 1823.— Excmo. señor.— Pedro Antonio Olañeta.— Excmo. señor Virrey del Perú.

En la época de este año, había recibido Lima un refuerzo de 3.000 colombianos remitidos por Bolívar y a cuya solicitud había sido despachado el Coronel Portocarrero que había pasado al independiente del ejército realista (1).

A consecuencia de tanto suceso desgraciado a los independientes, salió Arenales para Chile, dejando el mando en jefe del ejército peruano, del que fué investido Santa Cruz; el Coronel Gamarra fué nombrado jefe del E.M. y el Coronel D. Ramón Herrera, Ministro de la guerra. Los independientes exaltados murmuraron al ver el Gobierno del país en poder de 4 personas que no habían pasado del servicio del Rey a las filas rebeldes hasta algún tiempo después de haber desembarcado San Martín en el Perú, pero lo general de la población vió con agrado aquella variación gubernativa.

Parte de Olañeta al
Virrey.

“Las instrucciones que
V. E. me comunicó con
fecha de 22 de septiembre, se han observado re-

(1) El escritor trató y conoció a este Jefe en 1815. en Tacna, siendo Gobernador de Arica.

ligiosamente. Para llenarlas del modo más cabal, dispuse la salida del escuadrón de la Constitución para Yungas. Los pueblos estaban ocupados por diferentes grupos y yo quería verlos reunidos para decidir el choque. En Luribay y Araca, se juntaron todos: éstos son los puntos que ocupaba Lanza. Allí organizaba su ejército que Santa Cruz le dió en Calamanca. No debiendo dejar enemigo alguno a retaguardia, bajé hasta la Puerta de la Espía, tránsito indispensable de Yungas para el partido de Ayopaya. Desataqué al mismo tiempo una división para Araca; el señor Coronel Lezama cumplió mis órdenes con el celo que acostumbra; esta diligencia logró el efecto que me propuse; los enemigos marchaban doblemente por las buenas bestias que se proporcionaron con tiempo. Mi división, haciendo marchas excesivas por caminos escabrosos, despreciando el sueño, hambre, cansancio y las terribles lluvias, consiguió dar alcance al enemigo, o por mejor decir, al caudillo Lanza. El día 15 estuvo sobre él la vanguardia que puse a las órdenes de Lezama, con tropas, las más disponibles. No era entonces posible comprometernos; llevaba adelante dos trasnochadas, yo no me había reunido todavía y era muy peligroso aventurar un lance del cual dependía la tranquilidad de estas provincias y el honor nacional. Sin embargo, Lezama consiguió que Lanza se retirase a esta ciudad y tuvo aquel jefe por conveniente situarse en la quinta de Anacoraire, punto bastante ventajoso; está el pie de una cordillera inaccesible.

Reunidos los caudillos de esta provincia, ciertos de la poca fuerza que podía oponerles, resolvieron batirme. Sus batallones N° 3 y 4 y aguerridos con 2 escuadrones al mando del ingrato y perjuro Blanco, salieron la noche del 15 para amanecer al frente de la división y estar prontos a la batalla. Tenía noticias positivas por su uniformidad de las fuerzas del enemigo. Lanza conservaba 1.000 hombres del ejército de Santa Cruz, 4 que atrajo Blanco, 200 del antiguo grupo de Lanza con el nombre de aguerridos. Velasco, por su parte, organizó una división compuesta de 80 hombres de infantería veteranos, 300 reclutas disciplinas y 100 de caballería de los dispersos de Santa Cruz. 150 de Astete que se replegó de Chayanta y de los caudillos Vargas y Ansaldo; con estas noticias, resolví reunirme a toda costa con Lezama aquella misma noche para evitar un suceso funesto. La necesidad de juntarnos por una marcha forzada, el cansancio de la infantería en razón de la mucha distancia que hay desde Santa Rosa a los llanos de Quillacollo, hallarse desmontado el escuadrón de Tarija que dejó sus animales en el camino, a pesar de marchar pie a tierra sin esperanza de montarlo y otras circunstancias, llenaron mi alma de la mayor amargura. Creí, por la vez primera, que no había de vencer y que la victoria iba a decidirse por los injustos. No obstante, entre mis agitaciones resolví triunfar de los enemigos, o dejar de ser, puesto que había de vivir con infamia.

A las 8 de la noche, estuve en el campo del Coronel Lezama. En el acto, tomé cuanta precaución estuvo a mi alcance para eludir un golpe de sorpresas que bien podía suceder, por la inmediación en que nos hallábamos. Amaneció el 16 y el enemigo se aproximaba en una gruesa columna de infantería y otra de caballería. En el momento, marché en columnas parciales y paralelas hasta el campo de Motecato. A nuestra vista, el enemigo hizo alto para formar la mía.

Tan presto como nos avistamos, se llenaron de pavor, sin recordar su mayor número, ni las ventajas que tenían sobre mi división. El crimen espanta. Mas, como el perverso es infatigable en consumarlo, resolvieron chocar. Con este objeto, vacilando sobre la colocación de sus batallones, hicieron vacilar el de aguerridos, con 2 compañías de preferencia en columnas por su derecha para ocupar la cima de una colina que dominaba mi posición. Esta operación les era ventajosa, me flanqueaban, yo debía impedirlo. Mientras el Comandante Valdés con su batallón disputaba fuertemente la indicada altura, formé en batalla los cuerpos Fernando VII, la Reina y Chichas, con el escuadrón de Tarija, que formaba la reserva, era el todo de nuestra línea.

Los batallones números 3 y 4 formaron en batalla, apoyados por el de aguerridos, de derecha a izquierda. Se colocó Blanco con su escuadrón en columna por mitades, cubriendo la izquierda y en actitud de dar una carga y otro escuadrón de reserva la retaguardia, que según creo era de sus peores tropas. Al poco que la

Unión disputaba con los aguerridos, ambas líneas marcharon hasta medio tiro de fusil. Se rompió el fuego que fué sostenido de un modo increíble y con una firmeza poco común en los enemigos. Mi apuro aumentaba, porque no cedían el campo ni tenía tropas de qué disponer. De la línea, saqué medio batallón de Chichas y, en persona, flanqueé la enemiga que se sostuvo hasta el extremo de verse generalmente atacada a la bayoneta. En vano Blanco dió una carga desesperada sobre la derecha. Una compañía de Fernando VII la dispersó, haciendo fuego a retaguardia. A larga distancia, reunió la caballería para un 2º ataque. La infantería le impuso, se dirigió contra el escuadrón de Tarija por verlo indefenso y, siendo recibido del mismo modo, sufrió una total derrota con pérdida de 3 oficiales acreditados entre ellos y mucha tropa. En este instante, la victoria coronó a mi división con los laureles del triunfo. Venció y las provincias del interior aseguraron su quietud. La acción duraría poco más de una hora desde que se rompió el fuego. A los enemigos, se les persiguió en diferentes direcciones hasta las 4 de la tarde. A más de lo que manifesté a V. E. en mi anterior, fueron prisioneros 3 oficiales, 30 soldados mal heridos, todas las bandas de tambores con sus instrumentos y 50 caballos. El caudillo Lanza, lleno de terror, fugó por los altos de Calomi, Blanco por Vitoma y Velasco por Sacabaya. Todos los jefes, oficiales y tropas han hecho ver que pertenecen a la heroica Nación española, cada uno es digno del mejor premio

por su valor, disciplina y constancia; han hecho más de lo que debían y espero de V. E. los premie según la propuesta de la relación adjunta que incluyo.— Dios V.— Cochabamba, 28 de octubre de 1823.— Excmo. señor *Pedro Antonio Olañeta*.— Excmo. señor D. José La Serna, Virrey del Perú.

Teniente Coronel D. Cayetano A valle (1). En oficio 3 de diciembre, desde la Nasca, instruye al General en jefe, habían sido derrotados el 1º del mismo mes en las inmediaciones de Cahuachi los caudillos Castañeda y Abarca, con pérdida de 13 muertos, 16 prisioneros incluso el cabeza Abarca, 19 carabinas, 14 fusiles, 13 sables, 16 monturas útiles, una caja de guerra y todos los caballos que no estaban en estado de servicio alguno.

Comandante Bolívar. El Comandante del batallón de guías D. Joaquín Bolívar con fecha 14 de diciembre anuncia, desde la hacienda de Huánca, que a las siete y media de la noche del 16 fueron atacadas las 3 compañías de su cuerpo y 30 húsares de Fernando VII que le acompañaban, por una fuerza muy superior, dirigiendo sus fuegos desde una altura tan perjudicial a sus tropas como ventajosa al enemigo. La altura fué tomada a la bayoneta, recibiendo dos balazos Bolívar que

(1) En el año de 1812, era Sargento de Brigada en el Regimiento Real de Lima, siendo abanderado del mismo cuerpo el escritor.

le impidieron seguir en el ataque, subrogándole el Ayudante general del E.M. A las 8 de la noche, desistieron los invasores, dejando en el campo 13 muertos y en poder del Ayudante general D. Ramón Gascón, 2 prisioneros, 12 fusiles, 2 tercerolas y 7 cananas. Los prisioneros aseguraron ser la fuerza enemiga, 600 infantería y 180 caballos. Ni Bolívar ni Gascón nombran al jefe que mandaba aquella fuerza atacadora.

Narváez.

Narváez avisa, desde Ica, el 16 de diciembre haber batido al amanecer del 13 a la partida de Negro Polo, que se componía de 40 hombres en el vado de Trapiche, la que perseguida hasta la hacienda de Belén, pasaron por el Carmen Alto sólo 10 hombres reunidos, habiendo sido los demás dispersados en los montes, de los cuales los dignos habitantes de aquel valle habían presentado algunos, incluso el cabecilla Alejo Pérez que, en clase de oficial, servía a las órdenes de Polo.

Canterac.

El General Canterac, así que regresó de nuevo al valle de Jauja, no sólo dispuso la expedición al cerro de Pasco, sino que envió, sobre Chincha y Pisco, otra fuerte columna con objeto de alejar las partidas enemigas que, durante todas las operaciones del sur, había ocupado aquellos valles hasta Ica.

Rodil.

El Coronel Rodil ofició al General en jefe, haber entrado el 18 de diciembre en Pisco, en medio de las aclamaciones de los habitantes y el Teniente Coronel Narváez hace igual relación. El Coronel Rodil, con fecha del 18, dice haber ocupado a Chíncha Alta el 15 después de haberse dirigido a Cañete el traidor Pardo Zela (1); pero alcanzada en retaguardia compuesta de 80 húsares y cargados por una mitad de dragones de la Unión mandada por el Teniente Coronel D. Manuel La Canal, fueron enteramente dispersados, dejando en su poder 100 reses vacunas, 50 fusiles y carabinas, 30 vainas de sables y 12 hombres; el 16 noticioso de que Polo y Huavaque ocupaban a Pisco, marchó sobre ellos en dos columnas, una dirigida por el Teniente Coronel Villagra que logró también dispersar estas partidas de facciosos, tomándole 60 caballos, llenándole de aclamaciones los habitantes.

Mariscal de Campo
D. Juan Antonio
Manet.

Con fecha del 23 de diciembre, anuncia desde Jauja que una montonera enemiga había llegado el 22 de marzo en la noche, preguntando dónde pastaba el ganado destinado a aquel cantón; se puso en marcha con 70 granaderos acompañados del Coronel Tur y Ayudante del E.M. Raseti, al llegar el General a Lloollapampa, ya los montoneros pasaban el guano, que ya fué contado, por el Coronel Tur,

(1) Después General en el ejército patrio.

Teniente Yáñez y cazador Manuel Aguilar, sin que les perturbara el vivo fuego que hacían sobre ellos los enemigos parapetados al otro lado del río. El ganado robado fué recuperado con algún aumento y dispersados los montoneros a costa de un contuso.

Situación del Ejército Nacional. La situación del ejército nacional, a fin de este año, era preponderante en todos sentidos; el ejército, a pesar de recibir sus reemplazos de las provincias de retaguardia, hasta las de Potosí y Santa Cruz de la Sierra, ambas inclusive, es decir, de 200 a 600 leguas de distancia, había tomado un incremento extraordinario y venciendo siempre desde la feliz jornada de Ica, se elevó a un grado de superioridad sobre el enemigo que, sin consultar jamás el número, ni calidad de terreno, marcharon siempre sus tropas seguras de la victoria. Los enemigos, persuadidos de que conservando a Lima, daban a la Europa una idea inconcusa de su poder, dedicaron sus conatos a este solo objeto, pero su conducta, entonces, incivil y aun sangui-naria, afianzaba diariamente y más convenciendo a los pueblos de los daños y extorsiones que experimentaban por los caudillos que habían logrado sorprenderlos como libertadores. Algunos habitantes de Cangallo, Castro, Virreina, Huanca-vélica, Iscuchaca, Vilca Moya, Cuenca, Chongos, Chupaca, Sicaya, Tarma, Acobamba, Palcamayo y Huasahuari, solicitaron armarse bajo el título de legiones y montoneras nacionales y el General en Jefe, accediendo a sus pretensiones, con-

siguieron que estos pueblos prestasen continuamente servicios de la mayor importancia. Tal fué la derrota de la división de Huánuco, en las inmediaciones de Tarma, el 13 de julio último que está referida.

Miller (1), hablando del Ejército Unido, dice: "Durante una guerra activa y desastrosa, las circunstancias reclamaban imperiosamente el ascenso de aquéllos que más se distinguían por su valor y encargarles con frecuencia mandos de importancia, pero muchas veces sucedió que oficiales sumamente bizarros y acreditadísimos por su intrepidez, no eran a propósito para establecer la disciplina y que eran los más útiles en campaña al frente del enemigo. Tomando en consideración todas estas circunstancias, junto con el modo cruel de reemplazar el ejército y la idea desconsoladora de que no siempre el merecimiento era el único medio de llegar al mando y obtener los destinos, no debe extrañarse que los yerrores fuesen tan frecuentes. Al contrario, debe también admirarse que hubiesen desempeñado tan bien las obligaciones militares, como generalmente lo hicieron y que llegasen al grado de perfección en que estaban los ejércitos sudamericanos al fin glorioso de una revolución que tuvo que lidiar contra tantos obstáculos, con tan considerables desventajas (2). Lo admirable es no notarse en ninguno de los partes de los generales y jefes y oficiales chilenos que se comportaron por pública voz con el honor que les era pro-

(1) Tomo 2º. Cap. 21. Pág. 96.

(2) Tomo 3º. Cap. 9. Pág. 406.

pio, desempeñando deberes en las batallas más riesgosas y cuyos cuerpos se llenaron de gloria en aquella campaña, no se note recomendado ninguno de ellos, cuando los argentinos, extranjeros, disfrutaron de los mejores elogios y recomendaciones. Pero más admirable se hace la escasa generosidad del Director O'Higgins con sus paisanos, cuando a la salida de la expedición de San Martín de Valparaíso, condecoró y llenó de gracias con grados y otras distinciones a aquéllos, sin recordar ni tener presentes los méritos y servicios de sus compatriotas, que cubiertos de honor miraron con indiferencia aquellas distinciones, para obrar con el carácter que les era propio.

Antes de concluir este capítulo, dice Torrente (1) daremos una idea de las negociaciones abiertas por el Gobierno constitucional, con los revolucionarios de América, principiando por sus primeras operaciones practicadas en la capital de Buenos Aires.

Parecerá extraño que se hable, en este lugar, de sucesos correspondientes a las provincias del Río de La Plata; pero no lo es en realidad, si se considera que aquéllos estuvieron íntimamente enlazados con los del Perú. La historia de Buenos Aires, por otra parte, ofrece tan poco interés desde el año 1821 que damos por concluída ya nuestra tarea con respecto a aquel punto en el capítulo del año 1820, en el que hemos redactado cuanto puede empeñar la atención pública; desde aquella época, no se ha visto más que la por-

(1) Tomo 3º, cap. 9, pág. 406.

fiada guerra con el Brasil terminada en 1828, acalorados debates entre los gobernantes, interminables discordias, disgusto general y anarquía. Se ven repetidas, en este desgraciado país, casi todos los meses las tiránicas escenas de las antiguas legiones pretorianas.

Después de varios debates en las Cortes, en las que se notó que preponderaba el partido americano, al que nuestros diputados peninsulares prestaban una ciega deferencia con el bien conocido designio de asegurarse de sus votos para que fueran aprobadas las proposiciones que lisonjeaban más sus intereses, su ambición y sus caprichos, se dieron varios decretos en 13 de febrero y en 28 de junio de 1822 sobre el nombramiento de comisionados para dichos dominios de ultramar. D. Juan Ramón Osés, magistrado honorario del Supremo Tribunal de Justicia y D. Santiago de Irisarri, brigadier de marina, fueron nombrados para Nueva España; el brigadier D. Francisco del Pino lo fué para Guatemala; el brigadier de marina D. José Sartorio y el Capitán de fragata D. Juan Barri, lo fueron para Costa Firme y salieron para Buenos Aires el Magistrado de la Audiencia de Chile, D. Antonio Luis Pereira y el Teniente Coronel D. Luis de la Robla.

Apenas llegaron estos dos últimos a Buenos Aires, que fué a principios de 1823, empezaron a tratar con los insurgentes sobre los preliminares que debían producir el reconocimiento sucesivo de su independencia y firmaron en 4 de julio una especie de convenio o armisticio que debía

durar por el espacio de 18 meses, durante cuyo tiempo se resolvería la gran cuestión americana y, en el entretanto, reconocían dichos comisionados la independencia en la parte comercial, puesto que se había estipulado una perfecta armonía en aquella clase de relaciones, y la admisión en los puertos de España de la bandera insurgente de dicho puerto de Buenos Aires.

Difícil es atinar si verdaderamente llevaron aquellos negociadores facultades tan extensas del Gobierno constitucional, y tan repugnantes al sentido común y al honor español, o si se dejaron alucinar por las pomposas y quiméricas promesas que les hicieron los republicanos de Buenos Aires, de auxiliar a la España para sostener su efímera libertad con la misma suma de 20 millones de duros, que había sido decretada por las Cámaras de Francia para reponer a S. M. C. en la plenitud de sus derechos.

Si fué grande el desvarío de parte de los unos, en ofrecer lo que ni en sueños jamás podrían realizar, lo fué todavía mayor de parte de los que creyeron en su posibilidad. No contentos dichos comisionados con el resultado de sus insulsas negociaciones en Buenos Aires, se dirigieron al respetable Virrey La Serna para que se conformase con la titulada Convención preliminar en lo concerniente a su Virreinato y los republicanos, en este punto, quisieron hacerla extensiva a todo el continente de América, con cuyo motivo fué nombrado el General Las Heras, como Plenipotenciario cerca de dicho Virrey.

Empero, este ilustre General, que acababa de ceñir sus sienes de los más ilustres laureles, no sólo en las batallas de Ica, Torata y Moquegua, sino también en la reciente campaña contra Santa Cruz, que había mandado en persona, no quiso acceder al armisticio o suspensión de armas con el Gobierno rebelde de Buenos Aires, si no se establecía como base principal el reconocimiento de la autoridad real en el Perú y la retirada de la división titulada de los Andes, que había sido enviada en auxilio de los disidentes de aquel virreinato.

El Brigadier don Baldomero Espartero fué encargado por el referido Virrey para oír las proposiciones de Las Heras, con cuyo jefe tuvo sus secciones en la ciudad de Salta, sin que hubieran podido avenirse en sus respectivas pretensiones. Espartero manejó su comisión con todo el pulso y acierto que la misma requería y adquirió, por lo tanto, nuevos grados al aprecio y consideración de la suprema autoridad que se la había confiado. Las Heras se empeñó, pero infructuosamente, en presentarse a conferenciar en el Cuzco con el mismo Virrey y hubo de regresar, por lo tanto, a Buenos Aires a aumentar con tal malogro el desaire de los enviados constitucionales, reducidos al mayor abatimiento y miseria, no sólo por la nulidad de sus poderes, sino por falta de los medios más precisos para su subsistencia, como resultado de la protesta de letras libradas sobre el banquero de Londres.

Así, pues, terminaron aquellas necias negociaciones, inventadas por la mala fe, dirigidas por la ceguedad de los partidos y sancionadas por la estúpida credulidad y torpe compromiso. Tal debe ser siempre el éxito de toda operación que no esté fundada en razón y justicia, en leyes fundamentales de los estados y en la opinión de los pueblos. Las bayonetas podrán hacer que enmudezca por un momento el derecho y la legitimidad, pero el mismo silencio producido por la sorpresa, es el signo más positivo de la fuerza con que se prepara el huracán político a destruir las obras que no tienen sólidos cimientos.

Territorio que ocupaban las tropas combinadas independientes en el Perú, a fines de este año.

De la provincia de Lima hasta Yauyos y Cañete al O. de la cordillera de los Andes; de la de Tarma, hasta Reyes al Este de la misma cordillera y toda la provincia de Trujillo.

Territorio español.

Parte de la provincia de Lima, parte de la de Tarma, las provincias de Huancavélica, Cuzco, Arequipa, Puno, La Paz, Cochabamba, Potosí, Charcas, Santa Cruz y Tarija.

Posiciones del ejército nacional del norte del Perú.


El cuartel general en Huancayo y los cuerpos de que se componía, acantonados, de Tarma a Huancavélica, con una división en Ica.

**División de reserva de
este ejército.**

En Huamanga.— Posiciones del ejército nacional del sur del Perú.— El cuartel general en Arequipa y los cuerpos de que se componía, guarneciendo la costa hasta Arica y las provincias, hasta Tapira y Tarija.

**División de reserva
de este ejército.**

En Oruro. — División central. — En el Cuzco, Residencia del Virrey.



CAPITULO LV

**Ultimas ocurrencias
de Lord Cochrane en
su despedida de Chile,** “Señor: Tengo el honor
(1) de remitir a V. S. la
insignia de mi mando y su-
plicarle que, cuando la
presente a S. E. el Supremo Director, le ase-
gure, como yo lo hago a V. S. que mis senti-
mientos, en el momento de arriarla quedan para
que la penetración de V. S. los contemple. Mi
pluma carece de palabras para expresarlos. Sí,
señores, esa es la insignia que ha vencido o des-
trozado a todos los enemigos del Pacífico, de-
biendo su lustre al infatigable celo del Alto
Almirante de Chile y a los indecibles sacrificios
del pueblo chileno. Quiera el cielo que repose
esa insignia de las victorias de Chile en las ma-
nos de su digno Jefe Supremo, como un emble-
ma de la seguridad que ha dado a Sudamérica.
Empero, si ha de volver a desarrollarse, que
tremole siempre sobre enemigos vencidos y ren-
didos a jefes que sepan ser centellas en la gue-

(1) García Reyes.

rra e iris en la paz. Hasta hoy, esa bandera ha sido apreciada de los amigos, respetada de los naturales y temida de los enemigos. Asegure, V. S. también a S. E. que si en algún tiempo las vicisitudes que visitan las naciones se acercasen a mi país adoptivo, que yo estaré tan pronto a ofrecerme a la lid en su defensa, como cuando tuve el honor de recibir sus primeras órdenes y que nunca esquivaré mi brazo en la justa defensa de Chile y sus sagrados derechos. Acepte, V. S. la más alta consideración y respeto con que soy S.M.A.S. — *Cochrane*.— Quintero, enero 18 de 1823.

Al cerrar aquí (1) este bosquejo de la historia de las primeras campañas de la marina nacional, un sentimiento de justicia debe impulsar a Chile a tributar a Lord Cochrane un homenaje de rendido agradecimiento; pues a él debe la República muy importantes y señalados servicios. El dió consistencia a la escuadra nacional y con ella puso el complemento a la emancipación política; profesó al país una adhesión sincera y de corazón le consagró su persona. Al frente de la escuadra, no excusó la fatiga, ni privación ni peligro, que no arrostrase con voluntad decidida, ni dejó jamás de procurar con todo el celo, los intereses de Chile, así en las difíciles circunstancias que pusieron a prueba su lealtad en el Perú, como en los lances en que con frecuencia tuvo que empeñarse, contra las naves de su misma patria, por sostener el pabellón

(1) García Reyes.

chileno. Se le ha acusado de dejarse llevar de una ávida codicia y de haber molestado, con incesantes reclamaciones al Gobierno, pero es de advertirse que para conservar la escuadra, tenía que cuidar de los intereses de sus subalternos, que prestaban a la República un servicio gratuito. Un General, a la cabeza de un ejército de naturales, puede tomar las medidas coercitivas que las circunstancias requieran y explotar el sufrimiento y el patriotismo de sus soldados; Cochrane no se hallaba en este caso; él debía abrir a sus oficiales un campo de gloria, pero asegurarles al mismo tiempo un porvenir en que pudieran descansar de sus fatigas. Su intento de hacer fortuna fué sólo a costa de sus enemigos, sin tocar los bienes de ningún chileno, antes bien, en varios casos, atestiguó su desprendimiento, cediendo su parte de presa para auxiliar al erario en los aprestos de la escuadra, renunciando con el mismo objeto, la donación que se le hizo de una hacienda en el sur y suspendiendo el ajuste de sus cuentas en todo el tiempo en que la Hacienda nacional estaba en decadencia. Cochrane consagró su espada a Chile y su memoria deben perpetuarla sus habitantes.

Varios documentos Manzanedo al Ayunta-
respectivos a este año. miento Constitucional de
Caraveli. Batallón de Ca-
zadores. "En este momento, llega a mis manos
el oficio de V.V. S.S., de 29 del pasado, en que

me transcriben el remitido al subdelegado del partido de Parinacochas con motivo del desembarque de los enemigos en el puerto de Quilca. habiéndose avanzado una división como de 600 hombres en dirección de la villa de Camaná. En su consecuencia y para entorpecer sus movimientos, estoy activando la salida de este punto con toda la fuerza que tengo a mis órdenes y es muy respetable, para dirigirme con ella y abundancia de municiones, hacia esos lugares.

Para que mis operaciones tengan todo el conocimiento y acierto necesarios, intereso al celo de V.V. S.S. a fin de que, redoblando su vigilancia sobre las miras de los enemigos y fuerza efectiva poco más o menos que tengan, me la transmitan, multiplicando extraordinarios por la vía de Coracora hasta encontrarme, pues, de este modo, al paso que serán acertadas mis providencias; pondré a cubierto a su leal vecindario de toda invasión enemiga, siendo de la obligación de V.V. S.S. a efecto de destruir todos los recursos para que el enemigo no pueda ganar terreno, dictar las más eficaces órdenes para internar, al pueblo más inmediato de la sierra, todo ganado, mulas, caballos y bagajes de toda especie. Conviene que adelanten V.V. S.S. espías de toda confianza que observen individualmente la fuerza y planes del enemigo, impartíendome a toda diligencia cuantas noticias fidedignas adquieran, practicando lo mismo con el subdelegado de Parinacochas para que ambos procedamos de acuerdo en muchas operaciones.

JEFES QUE HUBO EN LA PRIMERA ESCUADRA HASTA 1º DE ENERO DE 1823.

Nombres	Mayor grado en esta época	Nación	Fecha de su incorporación en la Escuadra	Destinos
Lord Tomás Cochrane	Vice-Almirante	Inglés	Diciembre 11 de 1818	Conde de Dondonald.
D. Manuel Blanco Encalada	Contra-Almirante	Americano	Junio 25 de 1818	Vice-Almirante de Chile.
Roberto Forster	Capitán de Navío	Inglés	Diciembre 28 de 1818	Retirado en Inglaterra.
Martín Jorge Guise	Id.	Id.	Noviembre 25 de 1818	Murió en Guay, en acción, siendo Almirante del Perú.
Guillermo Wilgir	Id.	Id.	Agosto 22 de 1818	Murió en Valparaíso en 1823.
Carlos G. Woster	Capitán de Frag.	Nort. amer.	Septiembre 16 de 1818	Retirado en Chile.
Juan Higginson	Id.	Inglés	Junio 1º de 1818	Retirado en Abril de 1819.
Juan José Tortel	Id.	Francés	Junio 1º de 1813	Murió en Chile.
Tomás Crosbie	Id.	Inglés	Diciembre 28 de 1818	Murió en Inglaterra en 1826.
Juan Stooe Spry	Id.	Id.	Noviembre de 1818	Murió en Guayaquil en 1825.
Pablo Délano	Id.	Nort. amer.	Junio de 1819	Residente en Chile.
Tomás Cáster	Id.	Inglés	Febrero de 1820	Murió en Lima, pobremente, en 1829.
Enrique Cobbett	Cap. de Corbeta	Id.	" " 1818	Naufragó en la O'Higgins, 1826.
Jorge Esmond	Id.	Id.	" " 1818	Ahogado en el servicio del Perú, 1824.
Roberto Simpson	Id.	Id.	" " 1820	Residente en Chile.
Claudio Charles	Id.	Id.	" " 1819	En Inglaterra.
Santiago Ramsay	Id.	Id.	" " 1818	Asesinado en Lima.
Guillermo Winter	Id.	Id.	" " 1818	Se ignora.
Guillermo Morgell	Id.	Id.	" " 1818	Murió en el servicio de Portugal.
Jaime Charles	Capitán batería marina	Id.	" " 1819	Murió en el combate de Pisco, 1819.
Guillermo Miller	Mayor batería marina	Id.	" " 1818	Todos o la mayor parte ya no existen.

Si, entretanto, me aproximo a ese pueblo, se presentasen en él algunos personajes desconocidos, estarán V.V. S.S. muy a la mira de su conducta y manejos y recelando seduzcan al pueblo y se altere la tranquilidad pública, ordenarán su aprehensión sin estrépito, remitiéndolos a mi disposición. Reencargo a V.V. S.S. el más exacto desempeño de mis prevenciones y su resultado será un comprobante de buena fe, interés que tomen por la causa nacional y alivio de su vecindario.— Dios guarde a V.V. S.S. muchos años.— Puquio y enero 4 de 1823.— *Manuel Manzanedo*.— S.S. del I. Ayuntamiento Constitucional de Caraveli.

Circular de Carratalá al encargado de la jurisdicción de Caraveli.

La pequeña división enemiga que, al mando del aventurero Miller, desembarcó el 27 último en Quilca, ha sido obligada por las bizarras tropas de mi mando a reembarcarse en la Planchada.

Lo comunico a Ud. para su publicación y para que, de mi orden, lo transcriba al jefe de la tropa de Puquio y a los de los partidos de Parinacochas y Lucanas.— Dios guarde a Ud. muchos años.— Ocaña y enero 12 de 1823.— *José Carratalá*.— Señor Encargado de la jurisdicción de Caraveli.

Manzanedo a Olachea.

Batallón de Cazadores. El señor General en jefe, en oficio de 31 del pasado, dice lo que a la letra copia:

PRIMERA ESCUADRA DE CHILE

Nombres de buques	Clases	Lugar de construcción	Toneladas	Cañones	Antiguos nombres	Fecha en que entraron al servicio	Precio de compra	Destino que tuvieron
San Martín	Navío	India	1.300	64	Cumberton	Agosto 22, 1818	200.000	Naufragó C. Hornos, 1821.
O'Higgins	Fragata	Rusia	1.220	44	M. Isabel	Octubre 29, 1818	Presa	Vendida a B. A., en 1826. Naufragó C. Hornos.
Lautaro	Id.	India	850	46	Windhen	Junio 3, 1818	150.000	Pontón en Valparaíso.
Valdivia	Id.	España	950	44	Esmeralda	Noviembre 5, 1820	180.000	Naufragó en Valparaíso.
Independencia	Id.	Estados Unidos	830	28	Curacio	Junio 23, 1819	190.000	Vendida a B. A., en 1826. Naufragó Talcahuano.
Chacabuco	Corbeta	Id.	450	20	Coquimbo	Junio 20, 1818	30.000	Vendida a B. A. en 1826.
Galvarino	Bergantín	Inglaterra	395	18	Lucía	Octubre 20, 1818	70.000	Pontón. Naufragó.
Araucano	Id.	Estados Unidos	270	16	Colombia	Agosto 6, 1818	33.000	Sublevado en 1822.
Pueyrredón	Id.	Sud-América	220	16	Aguila	Marzo 9, 1817	Presa	Naufragó en Ancón, 1821.
Potrillo	Id.	Id.	260	16	Potrillo	Enero 4, 1820	Id.	Se ignora.
Moctezuma	Goleta	Estados Unidos	200	7	Moctezuma	Marzo 24, 1819	Id.	Vendida al comercio, 1830.
Aranzasu	Id.	Sud-América	120	5	Aranzasu	———, 1821	Id.	Sublevado en 1822.
Variás lanchas cañoneras								

NOTAS

Antes de la disolución completa de la Escuadra, ocurrida en el año 1825, se agregaron la Corbeta Voltaire, de construcción francesa, capaz de 350 toneladas y 16 cañones, que naufragó en la primera expedición a Chiloé en el canal de Chacao y el Bergantín Aquiles, también de construcción francesa y capaz de 400 toneladas y 20 cañones, entregado a Chile por la tripulación y guarnición, estando al servicio naval de la España, en 1825.

“Si V.S. hubiese recibido orden del Excmo. señor Virrey para pasar a la división central, la suspenderá y se dirigirá V.S. sobre Acari con el batallón de su mando para verificar cuanto prevengo al Coronel D. Juan Antonio Olachea en la adjunta copia; sólo si la división central se hallase amenazada y atacada por fuerzas muy superiores, que necesitase el auxilio de ese batallón, dejará V.S. de dar cumplimiento a este oficio y seguirá a incorporarse a aquella división, en cuyo caso, a fin de que el expresado Coronel tenga alguna fuerza de qué disponer para sus interesantes comisiones, enviaría V. S. una compañía a lo menos a disposición de dicho jefe, dándole el respectivo aviso y traslado de éste.— Dios guarde a V.S. U.— *José Canterac.*

Lo transcribo a V.S. para su conocimiento, pero como las operaciones varían según las circunstancias, especialmente por la noticia que, en este momento, recibo y transcribo a V. S. en oficio separado, a lo que se agrega hallarme escasísimo de municiones y absolutamente de dinero para la subsistencia de la tropa de mi mando, dirigiré mi marcha en dirección de Caraveli en observación de los movimientos de la división de Miller y, según las ocurrencias, perseguirlo por aquellos puntos, o volver a tomar los altos para dirigirme, si conviene, por las cabeceras sobre Acari, como se me previene en dicho oficio, cuya prevención servirá a V.S. para dirigirme su correspondencia con personas seguras, bien sea por el subdelegado de Lucanas o por las cabeceras de la costa y, de todos modos, por dupli-

cados, para que, nivelando mis operaciones según las noticias que me comunicare, procedamos de acuerdo, activando V.S. de todos modos la reunión de ganados y bestias de toda especie, e internarlos a la sierra, por ser, por ahora, impracticable desprenderme de un solo hombre de la fuerza que está a mis órdenes; igualmente será de toda importancia que me remita todo el dinero que pueda recoger de los censos e impuesto de esos valles para sacarme de los apuros en que me hallo, pues la falta de tan preciso recurso puede atrasar el servicio, entorpeciendo mis movimientos, especialmente por lugares que carecen de carne y otros auxilios, exponiendo la tropa a desórdenes que relajen la disciplina militar.— Dios guarde a V.S. muchos años.— Chumpi y enero 17 de 1823.— *Manuel de Manzanedo*.— Señor Coronel D. Juan Antonio Olachea, Comandante de los valles de la costa.

Circular.

Aviso a V.S. que la expedición de Miller ha sido reforzada con 600 negros del batallón N° 4. por tanto, prevengo a V.S. tome todas las medidas conducentes a evitar un desastre.

Advierto a V.S., igualmente, que en mi noticia que dicho jefe trata de seducir los soldados de esas partidas y que aun ha tenido comunicaciones secretas con algunos de sus oficiales. Vele V.S. sobre esto y castigue con el último rigor a los delincuentes.— Dios guarde a V.S. muchos años.— Arequipa, 20 de enero de 1823.—

José Carratalá.— Señor Coronel D. Juan Antonio Olachea.

Manzanedo a los Al- Batallón de Cazadores.
caldes de Pallos y Es del mayor interés que
Chaipí. el que no se verifique la
feria establecida en Chaipí, como es de costum-
bre el día de la Candelaria por los inconvenien-
tes que representa la reunión de muchos intere-
ses, especialmente de cabalgaduras de toda espe-
cie, recurso de que carecen los enemigos y que
anhelan a toda costa hacerse de él. Estos tengo
noticia que han desembarcado en Atico y, siendo
consiguiente su internación hacia Caraveli, Cha-
parra, Chala y Yauca y de éste hasta esos altos,
por lo que conviene que en el momento de reci-
bir esta orden, intime a todos los comerciantes
que han pasado a Chaipí se retiren sin la menor
excusa ni pretexto con todos sus intereses y ca-
balgaduras, cuando menos, hasta la parroquia de
Pullo y ésta; igualmente, que a los que fueren
llegando, sin permitir bajo la más severa respon-
sabilidad, el que den un paso para adelante, ha-
ciéndole a Ud. responsable de la menor falta en
el cumplimiento de esta disposición, cuyo resul-
tado acreditará el celo de Ud. por el mejor des-
empeño de este encargo; asegurándole que, si
por omisión permitiese el paso de algunos co-
merciantes y hubiese la menor desgracia de ser
sorprendidos por alguna partida enemiga, sufri-
rá esa doctoría todo el rigor de las leyes de la
guerra; me avisará Ud., sin pérdida de momen-

to, de quedar enterado de esta orden y de darla todo el lleno que me prometo de su decisión a la causa nacional en lo que resulta un bien general a todos los habitantes de este partido.— Dios guarde a Ud. muchos años.— Caracora y enero 29 de 1823.— *Manuel Manzanedo*.— Señor Bernardino Chávez, Alcalde constitucional de la Parroquia de Pullo. Transcribo un parte que me pasa el señor Coronel D. Manuel Manzanedo en el momento que lo he recibido y Ud. inteligenciado en él, practicará lo que ordena, acusándome el recibo de estilo para dar cuenta a nuestro jefe.— Dios guarde a Ud. muchos años.— Pullo y enero 30 de 1823 y camina a las 9 del día de esta fecha.— *Bernardo Chávez*.— Señor Alcalde constitucional de Chaipí, D. Bernardo Rodríguez. P. D. Para la más pronta y rápida ejecución de cuanto prevengo, invitará Ud. a efecto de que le ayuden, al Ayuntamiento y vecinos honrados de esa parroquia.

Carta de Miller.

Carta enviada por Miller para que fuese interceptada por Manzanedo para corroborar la idea que contiene el oficio fingido que se substituyó al verdadero de Carratalá y que uno y otro van marcados con la letra S.

“Arequipa, enero 31 de 1823.— Muy señor mío y mi distinguido amigo: No es para esta vez manifestar el gusto con que he recibido su muy apreciable en que me descubre francamente sus sentimientos patrióticos y disposición de reu-

nirse conmigo en reunión de los demás compañeros de armas, a quienes igualmente saludo. Prometo a Ud. como a ellos, en nombre del señor General en Jefe y del Supremo Gobierno de la República, que la heroica acción meditada, será recompensada religiosamente, como he ofrecido. Además de la estimación que Uds. se granjearán con el público, deberán también contar con mi perpetuo reconocimiento y amistad particular que deseo podrá valer.

Apruebo, en todas sus partes, el primer plan que Ud. me propone en su citada y sólo agrego que se haga mejor el movimiento a prima noche. De este modo, logramos hacernos de casi todos esos beneméritos soldados, a quienes asegura Ud. a mi nombre una buena gratificación y se evita también la efusión de sangre. El segundo plan tiene el riesgo de que morirían muchos y seguramente perecerían esos jefes de quienes me aseguran ser hombres por sí solos nada perjudiciales. Por otra parte, yo aborrezco naturalmente y por sistema todo lo que se puede atribuir a asesinato. La causa que defendemos es justa. Seámoslo también nosotros. Así, pues, encargo a Ud. y demás amigos que traten a los individuos opuestos a nuestras miras con toda la consideración que dicta la humanidad. Solamente, en caso de una resistencia decidida, usarán Uds. de las armas. Ya entonces no hay que vacilar. Una vez que resuene el dulce grito de ¡viva la patria!, muera, muera el atrevido que se oponga a nuestra santa combinación, amigo

mío, valor, humanidad, firmeza y, sobre todo, serenidad debe ser la orden del día.

Persuádase Ud. que desea con ansia el momento de abrazar a Ud. y demás compañeros, Su afectísimo S.S. Q.S.B.— *G. Miller.*— P.D. En el acto, he mandado pasar la de Ud. a mi substituto. Ya está a la vista la fragata y espero que tome el puerto esta noche o mañana. Esté Ud. pronto, ánimo.

Oficio del Coronel Manzanedo al Comandante de la división central realista, que manifestaba haber creído las noticias fingidas que Miller hizo escribir desde Arequipa al español Marcos que prendieron en Yauca.

Batallón de Cazadores. Con esta fecha, he dado al Excmo. señor Virrey del reino, el parte siguiente.— “Excmo. Señor: Un espía de toda mi confianza, con fecha 27 del pasado me dice lo siguiente: Pongo a la noticia de V.E. que el inglés Miller ha desembarcado en este puerto y trae dos buques. Que mañana desembarca el batallón de negros en número de 600, con la intención, según me aseguran, de pasar a ese punto de Caracora. De Ica, dicen que ha entrado allí el jefe Brandsen, después de haberse retirado nuestras tropas. Por Acarí, dicen que tienen ya 250 caballos de los húsares y que llegarán aquí pasado mañana. La Legión Peruana, que es el batallón de este inglés, se halla repartida en guarniciones desde Ocoña hasta Atico, donde hay como 600 dispuestos para ir también sobre Caracora. Lo transcribo a V.E. para su superior conocimiento y, aunque me parecen es-

tas noticias muy abultadas, he redoblado los espías para adquirir una relación exacta de la efectiva fuerza de los enemigos y he prevenido al subdelegado de este partido observe el flanco desde su capital a Caraveli, retirando, con la mayor actividad, cuanto ganado y bestias de toda especie que aun existan sobre los altos de aquel frente, así como lo estoy haciendo yo hacia el norte de los puntos de Chaipí, Pullo y toda su campiña, en cuya comisión tengo 60 hombres con oficiales de confianza. Anteayer regresó mi 2º de los altos de Caraveli con las 3 compañías que tenía a su cargo, después de haber examinado que, en Caraveli, sólo existía una partida de un capitán y 25 hombres montados, que fugó en el momento que supo la aproximación de nuestra tropa, la que volvió a ocupar aquel punto así que se impuso de la retirada de las 3 compañías. Como el subdelegado de Lucanas nada me ha dicho de haberse retirado la división central que ocupaba Ica, tengo por falsa esta noticia, en razón a que por Palpa o Nasca la hubieran sabido por su inmediación, sin perjuicio de los avisos que, sin duda, hubiera dado el señor Comandante general de aquella, al verse precisado a emprender algún movimiento retrógrado. En este momento, se me presenta un espía que se asegura haberse internado los enemigos desde Arequipa a la quebrada de Chala en número de 450, fuera de diferentes partidas que han dispersado por distintas direcciones y por hoy debían caer al pueblo de Chaipí, en cuyas inmediaciones se hallan los 60 hombres de mi bata-

llón y respecto a que dicho espía habló con el capitán imponiéndole de estas ocurrencias, espero, de un momento a otro, nuevos avisos que impartiré a V. E. si mereciesen consideración; adelantando este parte por duplicado por conducto del comandante militar de Andaguailas y subdelegado Luna, transmitiéndole a éste y Comandante militar de Chuquibamba; igual diligencia practico con el subdelegado de Lucanas y señores Comandante general de la división central, brigadier Loriga y jefes de Huancavelica y Huamanga, advirtiéndole a V.E. que, hasta la fecha, no han llegado los cartuchos y demás especies remitidas por Andaguailas al subdelegado de Lucanas y sólo he recibido 3 cajones de cartuchos españoles, bien estropeados que me ha remitido el subdelegado Luna.

Lo transcribo a V.S. para que con este conocimiento nivele sus operaciones, sin perjuicio de que repetiré los avisos conforme los resultados.— Dios guarde a V.S. muchos años.— Caracora y febrero 1º de 1823.— *Manuel de Manzanedo*. —Señor don Tomás de Barandalla, Comandante general de la división central. P.D. Se confirma haber sido reforzada la división de Miller, con 600 negros del regimiento N° 4 y de permanecer todo el grueso en el puerto de Arequipa y sus inmediaciones, fuera de varias partidas que han dispersado.

Oficio del Coronel Olachea al Comandante militar y Alcalde interino del valle de Acari que prueba el sentido patriótico en que se hallaban los habitantes.

Comandancia militar de los valles de la costa. He llegado a este pueblo el día de ayer y, mientras me dirijo a ese valle, espero se sirva Ud. comunicarme todos los avisos que adquiriera y son consiguientes a las circunstancias del día. Excuso decir nada sobre ganados y bestias, porque creo todo a distancia del pueblo según varias veces se ha ordenado y me lisonjeo que, en esa parte, no haya para qué reconvenir ni hacer el menor cargo.

Los buques procedentes de la expedición enemiga, de Arica el uno, la Trujillana y el otro del sobrino D. Vicente Algorta, se fueron a pique a las inmediaciones de Pisco y sólo pudieron salvar 22 hombres y el día 3 del presente mes llegaron al puerto 5 velas y desembarcaron como 300 hombres, de las gloriosas acciones que se atribuyen a su favor los enemigos (como lo tienen de costumbre), según previno a Ud. el coronel Miller, lo comunicase a D. José Manuel Meza. Sé que, en ese pueblo, se ha tenido por falso el parte que transcribí del señor Manzanedo, a pretexto de que este jefe siempre circunspecto, como procedente de nuestro Gobierno militar y nacional, que no tiene otro lenguaje que el de la sinceridad, no dice el conducto por donde adquirió la noticia de la ocupación de Camaná del señor Carratalá en los términos que

se relacionan en el referido parte. Yo sentiré mucho que esos valles que tanta consideración me han merecido siempre, se pongan en el caso de sufrir los severos castigos que exigen imperiosamente unos procederes tan criminales y que penetrados mejor de sus deberes, manifiesten los sentimientos de su subordinación y de obediencia, propios de cuantos individuos tienen la gloria de depender de un Gobierno, vuelvo a repetir, tan generoso y justo como el nacional.— Dios guarde a Ud. muchos años. Palpa, febrero 6 de 1823.— *Juan Antonio de Olachea*.— Señor Comandante militar y Alcalde interino del valle de Acarí, D. Juan Navarro González.

Si, en este año y el anterior, se han referido tantas acciones parciales y batallas dadas por el ejército nacional en el Perú y todas victoriosas, no son de menor consideración las del año siguiente por decisivas. Parece que el dios Marte estuvo decididamente declarado por los nacionales españoles, bien que habiendo sido todas gloriosas, debían haber sido aquellas premisas que asegurasen esa misma felicidad en Ayacucho, donde desgraciadamente se perdió el óptimo fruto de las anteriores.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

CAPITULO LVI

**Año de 1824.— Situa-
ción del Ejército
Realista.**

El ejército del norte (1) se hallaba, a principios de este año, situado en el valle de Jauja con el cuartel general en Huancaayo; parte de la caballería y un batallón a las órdenes del General Loriga ocupaban la provincia de Tarma; el Regimiento de Dragones de la Unión, a las órdenes del Brigadier Bedoya, estaba acantonado en el distrito de Pampas y el de igual clase, Rodil, se hallaba situado en la costa, cubriendo con una columna de infantería de 300 hombres, el valle de Ica y dominando el país hasta más allá de Cañete.

Se componía, a esta sazón, de 18.000 hombres, constituidos bajo el pie más brillante de arreglo y disciplina y poseídos de todo el orgullo propio de sus repetidos y gloriosos triunfos. De dicho número, correspondían 4.000 a la división de Olañeta con las guarniciones de Santa Cruz de la Sierra y Charcas; 3.000 al ejército

(1) Torr. Tomo 3º, Cap. 22, Pág. 445.

del sur, situado en Puno y Arequipa; 8.000 al del norte; 1.000 a la guarnición del Cuzco y 2.000 se hallaban empleados en cubrir otras atenciones. Así, pues, esperaba el Virrey abrir con 12.000 hombres la campaña contra Bolívar, refugiado, a aquella sazón, en Trujillo, dejando los 6.000 restantes para cubrir el frente de Salta, mantener la tranquilidad en el Alto Perú y en otros puntos de la costa del sur.

Bolívar era el único que sobrevivía aislado por las catástrofes pasadas que, si bien conservaba de 4 a 6 mil colombianos y 4.000 peruanos, estaban muy desalentados y desprovistos de recursos.

Los asuntos públicos se presentaban a los realistas del modo más halagüeño; el prestigio de dos años de victoria había variado, considerablemente, la opinión a su favor y su generoso y noble comportamiento, especialmente durante su mansión en la capital en el mes de julio anterior y en cuantas ocasiones habían podido hacer alarde de su filantropía y grandeza de alma, formaban un visible contraste con los modales ásperos y desabridos de los colombianos y de las tropelías y extorsiones causadas por los mismos jefes peruanos.

El mismo Torre Tagle, primer jefe de la República y Berindoaga, Ministro de la Guerra, abrieron negociaciones con el General Canterac para reponer en Lima la autoridad real en todo su esplendor y, deseoso el primero de borrar completamente la mancha de su desleal conducta, ofrecía entregar las fortalezas del Ca-

lao y prestar a la causa del Rey cuantos servicios estuvieran a su alcance, arrostrando, con tan noble objeto, toda clase de peligros y sacrificios; así es que la República peruana iba caminando a pasos agigantados hacia su total ruina. Lo conoció el Congreso y bien penetrado que, en aquella grave crisis, se necesitaban remedios violentos, concedió a Bolívar la dictadura absoluta para que sostuviera su moribunda causa.

**El Brigadier Rodil
sobre Chíncha.**

Después de desbaratadas completamente, a fines del anterior año, las partidas de los caudillos Abarca, del negro Polo y Pardo de Cela, avisó el Brigadier Rodil al General en jefe desde Pisco en 1º de febrero de este año que, en cumplimiento de sus órdenes, pasó con la división de su mando sobre Chíncha, donde amaneció el 2 forzando las marchas y, cruzando con dificultad los ríos de Pisco y Chíncha, que habían crecido extraordinariamente. En Chíncha, adquirió la noticia de que el Coronel Soler se había retirado a Cañete, con el 1º y 2º escuadrón de granaderos montados en la fuerza de 250 hombres, dejando los montones Pola y Guavique 40 veteranos que huyeron al avistar sus guerrillas y las que, por primer ensayo, dispersaron aquellos caudillos, siendo Gregorio Martínez de esta clase, muerto por los igueños. La primera y segunda guerrilla, la primera de 45 hombres y la otra de 36, tomaron 30 prisioneros, 80 vacas pertenecientes a los enemigos y la yeguada de Guavique hasta 40 animales, 100 burros, varias ar-

mas y 50 caballos que sirvieron para remudar las guerrillas, no habiendo tenido en su marcha desde Ica ningún desertor y sí algunos pasados.

**Sublevación del
Callao.**

El 7 de febrero (1), las tropas que guarnecían los castillos del Callao se sublevaron, capitaneados por un sargento mulato llamado Moyano y prendieron a su Gobernador el General Alvarado y a los oficiales de la guarnición. Los amotinados declararon que no tenían otras miras que las de obtener sus pagas atrasadas y que se les facilitasen los medios de transportes para Chile y Buenos Aires, sus países nativos.

El General Correa, de Buenos Aires, tuvo una entrevista con los amotinados en los castillos, pero las moderadas proposiciones que transcribieron por su conducto, fueron tan equivocadamente recibidas por el Congreso y los esfuerzos del General Correa tan débilmente secundados por el Gobierno, que cuantas tentativas hicieron para someterlos resultaron inútiles. El pago de 50.000 duros habría evitado aquella catástrofe, pero la tesorería no tenía a su disposición esta suma y los miembros del Gobierno no tuvieron el patriotismo de anticiparla, ni la energía de extraerla por medio de una contribución general.

El plan primitivo de la conspiración, nunca pensaron en hacer traición a la causa de la independencia y los amotinados se condujeron

(1) Miller. Tomo 2º, Cap. 22, Pág. 98.

con más moderación de lo que generalmente sucede en tales casos, pero tal fué la falta de tino y táctica política del Gobierno y del Congreso que no les quedó, al fin, otra alternativa a los conspiradores, que renunciar a sus reclamaciones, o por su propia conservación, llamar a los realistas y enarbolar la bandera española.

El día 10 sacaron de las casamatas al Coronel realista Casariego que se hallaba prisionero de guerra y le encargaron del mando de la fortaleza. A pesar de haber tomado el mando este jefe, no enarbolaron la bandera española hasta el 18, en cuyo acto escribieron al General Canterac que se hallaba en el valle de Jauja, llamándole a ir a tomar posesión de los castillos en nombre del Rey. Este retardo prueba, que si el Gobierno de Lima hubiese tenido el más leve grado de energía, podían haber conservado los castillos a la República.

Como el alzamiento de los negros no había tenido por objeto la reposición de la autoridad real y, sí, el saqueo y el libertinaje y, como había sido preparado aquel feliz suceso tan sólo por la buena disposición de su jefe Moyano y por la firme elocuencia de Casariego, por medio de la cual supo persuadirles de que iban a ser todos sacrificados por el Gobierno disidente si no se acogían bajo la protección de los españoles, se hallaba muy vacilante el nuevo dominio establecido por dichos Casariego y Moyano, cuando se presentó Alaix.

Los independientes de Lima, aunque muy descuidados en sus principios, se dedicaron fi-

nalmente a poner en uso todos los recursos del halago, de las promesas y del oro para volver a los sublevados a sus banderas. Alaix debía hacer frente con sólo 10.000 pesos (que había llevado) a las intrigas de sus contrarios, que podían disponer de inmensas sumas. Se veía precisado, por lo tanto, a condescender con los caprichos y aun excesos de aquella soldadesca desenfrenada hasta que llegasen las tropas del Rey. Las mujeres y deudos de los oficiales presos agotaban todos los medios del cohecho y seducción para hacerse un partido que contrarrestar las miras de los españoles.

Influyó no poco en el malogro de las intrigas revolucionarias, la acertada providencia de haber sido enviado Alvarado a Ica por disposición de Alaix en el mismo día de su llegada a los fuertes, así como su precaución en haber separado de los demás presos a los dos sujetos más influyentes, que lo eran, el desleal marino español Vivero y el bullicioso abogado López Aldana y aun, más particularmente, la feliz ocurrencia de dicho Alaix en haber intimado la rendición a la ciudad de Lima, a tiempo que los congresistas se hallaban discutiendo los planes de defensa, cuyos débiles individuos se llenaron de asombro y se entregaron a una precipitada fuga, luego que supieron que un jefe español estaba ya mandando en el Callao.

El Vicealmirante Guisse declaró, en estado de bloqueo, todas las costas entre el Callao y Cobija en el desierto de Atacama, el cual se negó a reconocer el Capitán William Fansharve

Martín, durante la ausencia del Capitán Brown, Comandante de las fuerzas navales inglesas en el mar Pacífico, respecto a que la escuadra de bloqueo no tenía fuerzas suficientes para llevarlo a efecto.

Por esta época, el Congreso nombró dictador al General Bolívar y se disolvió, terminando sus secciones y su existencia política con un acto de conocida sabiduría. Sólo una dictadura militar podía salvar la patria y, por lo tanto, hizo ver el Congreso su sabiduría y rectas intenciones, aboliendo un sistema que, conservando únicamente las fórmulas de la libertad, era incapaz de cortar el ejercicio de la tiranía. Por segunda vez, fué abandonada a la proximidad de los realistas.

El Libertador se hallaba, en este tiempo, con su ejército entre las inmediaciones de Rativilca y Huarás. Dos o tres escuadrones de caballería acantonados en Cañete y otro en Huacho con su jefe Navajas, se pasaron al servicio de los realistas; este Navajas cambió de partido durante la guerra de la independencia nada menos que cuatro veces. Casi al mismo tiempo, el Presidente Marqués de Torre Tagle, el Ministro de la Guerra, el General Conde de San Donas, el General Portocarrero y otros muchos oficiales de todos grados, se pasaron a los realistas.

Moyano fué condecorado por el Virrey con el empleo de Coronel de ejército, abandonó la causa de la patria, puso presos a todos los oficiales y, entre ellos, al General Alvarado, entregándolos a los españoles nacionales. Pasados

algunos años, fueron varios de los culpables remitidos a Buenos Aires y el Presidente Rivadavia los mandó fusilar, en la Plaza del Retiro, a la vista de un pueblo inmenso.

El Coronel Casariego. Da parte de esta gran ocurrencia del Callao, al General en Jefe Canterac en la forma siguiente: "No hallo expresiones para manifestar a V. E. lo grande, heroico y extraordinario de los acontecimientos en este punto. Sólo estaba reservado para unas almas de fuego, como las del digno sargento D. Dámaso Moyano y sus compañeros. El resultado de una combinación muy meditada y pulsada con un talento inconcebible, fué el tremolar el pabellón español en todas sus fortalezas. Mil y quinientos hombres, dispuestos a perecer bajo sus ruinas, las defienden. Me hallo encargado en el mando político y militar, en unión del indicado Moyano. Las providencias todas son dirigidas a su conservación y defensa, esperando en la pronto aproximación de la fuerza que V. E. disponga, por lo interesante de su objeto. La perspicaz penetración de V. E. graduará el impulso que ofrece en la opinión general, por cuyo motivo conviene se precipiten los movimientos en dirección de esta parte, pues, sin embargo de la gran confianza que se tiene en la tropa, a V. E. no se oculta de qué medios no se valdrán para pretender por todos recursos, ocasionarnos algún disgusto. Toda meditada conservación y seguridad está tomada y cada día se activa en el cielo; de esto puede estar

V.E. seguro; V.E. me disculpará no detalle por menores, porque las precipitadas circunstancias de poder este memorable suceso ir al superior conocimiento de V.E. no lo permiten, además del sistema de Gobierno en todo ramo; espero de la bondad de V.E. apruebe cuantas gracias son debidas al relevante mérito del expresado Moyano y demás individuos que la imperiosa ley de las circunstancias y, conforme a las cosas que estas prescriben, les he concedido a nombre de S.M. y el de V.E. Suplico a V.E. se active su aproximación a sostener la operación practicada y una prueba que inspire toda su confianza serán sus efectos y contestación.— Dios V.— Castillo del Callao, 7 de febrero de 1824. — *El Coronel José Casariego*.— Excmo. señor General en Jefe, D. José Canterac. (Es copia. *Garín*).

El Brigadier Rodil
testifica lo que expre-
sa al General en Jefe.

“Excmo. señor: Consi-
guiente a mi número 26,
ha pasado al Callao el Je-
fe de E. M. Comandante D. Isidro Alais y el
Capitán D. Sebastián Riera, a fin de imponerse
la certeza de su contenido y copias que tuve el
honor de elevar a V.E. el 11 de éste; el último
regresó hoy a la una del día, condición que le
había marcado para mi mejor régimen y con la
precisión de que obtendría el grado de Teniente
Coronel, si me conducía al General Alvarado,
sin reparar en peligros ni dificultades; así lo ha
hecho, pasando bajo los fuegos de la “Prueba”
y no dudé un momento en concederle a nombre

de V.E. las insignias de tal Teniente Coronel, que espero apruebe, como cuantas gracias me son y me fueron indispensables conceder en mi posición; la campaña es grande, Excmo. señor y la generosidad de V.E. debe ser mayor. El jefe E.M. Alais se me explica en los términos siguientes y omito las comunicaciones de los señores Coroneles, D. Dámaso Moyano y D. José María Casariego, porque dilataría este extraordinario; ambos coinciden en lo mismo que el primero”.

**Guarnición del
Callao.**

El Coronel Alais al
Brigadier Rodil. Guarni-

ción del Callao.

El momento más feliz, desde que tengo el honor de vestir el uniforme militar, ha sido el de ayer a las diez de la noche, hora en que llegué a estas fortalezas, después de haber vencido algunos obstáculos en la navegación, reunido en la playa y abrazando a los beneméritos Coroneles, D. José María Casariego y D. Dámaso Moyano, con los dignos compañeros que tan heroicamente la defienden. Fué anunciada con una salva general el júbilo y alegría con que toda la guarnición manifestaba su heroísmo, instante placentero para todos sus individuos y aciago para los enemigos. El arrojo de la toma del Callao el 5 del presente, un gran tren que sus castillos encierra, quedando prisioneros 105 oficiales, entre ellos el General Alvarado y muchos de graduación, una escuadrilla en su puesto; pasarse a esta plaza el 14 dos escuadrones de

granaderos a caballo, brillantísimos, diseminar y hacer ahuyentar el Gobierno de Lima, incluso su decantado Congreso; he aquí, mi Brigadier, coronados los desvelos de los genios Casariego y Moyano. Acompaña al Capitán Riera, que regresa y sale de este punto a las diez de la noche el General enemigo Alvarado, que he juzgado muy del caso, en unión de los señores Casariego y Moyano, pasase a disposición de V.S. Los señores jefes, oficiales y tropas de la guarnición son dignos del mayor elogio por su decisión, interés y bravura con que hacen el servicio y no dudo de V.S. que derramarán su última gota de sangre en favor de la causa española. Dios V. Callao y febrero 17 de 1824.— *Isidro Alaix*.— Señor Brigadier D. José Ramón Rodil. Dios V. Campamento de Topara, 20 de febrero de 1824. A las tres de la tarde.— Excmo. señor General en Jefe del ejército del norte, D. José Canterac.

Triunfo del Callao.

La Providencia, insondable en sus designios, había dispuesto que la guarnición de la fortaleza del Callao se compusiera de militares incapaces de soportar por más tiempo las desgracias del Perú; dirigidos estos valientes por genios dignos de la magnánima Nación española y capitaneados todos por el memorable Coronel Moyano, restituyeron a su legítima posesión la única plaza fuerte de aquel virreinato el 5 de febrero, nombrando, en seguida, por Gobernador al benemérito Coronel Casariego. La noticia de

tan fausto, como interesante suceso, salió de los castillos el 7 del mismo mes y llegó al cuartel general de Huancayo el 15. Inmediatamente, el General en jefe dispuso que una fuerte división, capaz de superar cuantos obstáculos se ofreciesen, se pudiese en marcha sobre la capital, en combinación de la que mandaba en la costa el Brigadier Rodil; ambas verificaron su reunión en Lurín el 27 y conducidas, desde este punto, por el Mariscal de Campo D. Juan Antonio Monet, ocuparon la plaza del Callao el 29, en medio de las más expresivas aclamaciones de los habitantes de Lima y de sus contornos y de repetidas salvas de artillería.

Antes del arribo a Lurín, fué el General instruído de la heroica determinación de la mayor parte de los granaderos montados de los Andes, que no quisieron ser menos acreedores a la gratitud de todo buen español que la bizarra guarnición a quien se habían unido, deponiendo a sus oficiales en la tablada de Lurín; dos mitades de estos granaderos esperaron las divisiones en la chacra Tebes y, puestos a su cabeza, continuaron la marcha a la plaza; el resto salió también a encontrarlos a las inmediaciones de la capital, con la compañía de cazadores del antiguo Río de la Plata y un destacamento de húsares. Incesantes vivas al Rey, eran los saludos que las divisiones recibieron hasta dentro de la plaza del Real Felipe y los vencedores de Ica, Torata, Moquegua, Zepita y los campos del otro lado del Desaguadero, los contestaban con vivas alternados a los granaderos montados y

a los húsares y a la decidida guarnición del Callao.

Artículos de Oficio.
Canterac al Virrey.

“Excmo. señor: En mi oficio número 72, anuncié a V.E. que había dispuesto la marcha combinada de los señores Generales Monet y Rodil sobre el Callao, saliendo el primero de este valle y el último de Ica, para asegurar la recuperación de aquellas fortalezas, en las que, desde el 5 del próximo pasado, tremolaba el pabellón español por el denuedo del valiente Coronel D. Dámaso Moyano y sus dignos compañeros. En efecto, las dos divisiones indicadas verificaron sus marchas con una exactitud extraordinaria y que sólo puede tener lugar ejecutadas por tropas que no conocen obstáculos. Así es, Excmo. señor, que ríos caudalosísimos, arenales despoblados y abrasadores, los Andes cubiertos de nieve, en los que, en cuatro días, no pudo la tropa encender fuego para guisar sus ranchos, nada, nada detuvo a nuestros bravos; tanto que, habiendo salido las dos divisiones de puntos distantes más de 80 leguas entre sí, efectuaron su reunión el día 27 prefijado en Lurín, como me lo anuncia en papel de aquella fecha el señor Mariscal de Campo D. Juan Antonio Monet, quien también me dice que, al amanecer del 28, estarían en el Callao, donde reinaba el mayor entusiasmo. El General Necochea huyó la noche del 26 de Lima, con algunos corifeos de la revolución. En el puerto de Callao, se cuentan, en la escuadrilla que está en nuestro poder, siete buques de gue-

rra, entre ellos las fragatas "Venganza" y "Rosa de los Andes" y el bergantín "Pezuela". V.E. está ya instruído de la reunión a nuestras filas el día 14 en el Real Felipe, de dos brillantísimos escuadrones de granaderos de a caballo, de los Andes, de modo, Excmo. señor, que en esta parte todas son prosperidades, éstas todas debidas a la opinión que nos han asegurado los laureles que en tres años no han cesado de coronar las armas españolas y la justicia y buena fe que han dirigido las operaciones del Gobierno de V. E.— Dios V. Cuartel general en Huancayo, marzo 10 de 1824.— Excmo. señor *José Cante-rac*.— Excmo. señor Virrey del Perú".

Otro del mismo.

"Excmo. señor: Las comisiones comandadas por los señores Generales D. Juan Antonio Monet y D. José Ramón Rodil que se reunieron el 27 de febrero en Lurín, de lo que he dado conocimiento a V. E. en mi número 70. El 20 verificaron su majestuosa entrada en la plaza del Callao, entre las aclamaciones del más puro gozo y entusiasmo nacional, que brillaba en su decidida guarnición compuesta del regimiento Río de la Plata, batallón número 11 y varios destacamentos, según se impondrá V. E. por la copia que tengo la satisfacción de incluir, del parte del General Monet, fecha 3 del corriente, en aquella plaza. El señor Brigadier Rodil recibió el mando de mano de los muy dignos coroneles D. Dámaso Moyano y D. José María Casariego, quienes, con bravo esfuerzo y el heroísmo de

las tropas, lo habían arrancado a los enemigos, que creyeron tener en sus fortalezas el único apoyo de su débil importancia en el Perú. Es inmenso, Excmo. señor, el material que encerraban los almacenes de la plaza, excediendo sobremanera el estado en que ha sido recuperada al que tenía, cuando la perdimos en 1821. Al propio tiempo, los señores marqueses de Torre Tagle, Aliaga, Berindoaga y otros muchos de los que componían el Gobierno disidente de Lima, se han unido nuevamente y con sinceridad, al Gobierno español, convencidos de que la felicidad del Perú no puede asegurarse de otro modo que formando con la España una misma monarquía; se han arrojado en los brazos de sus legítimos defensores y empleado su cooperación para la tranquilidad de los partidos convulsos, a cuyo intento han dirigido, desde Lima, las comunicaciones necesarias y la proclama de que tengo la satisfacción de acompañar a V.E. varios ejemplares. Huarochiri, Yauyos, Viñac y otros puntos han ofrecido también aquietarse. En fin, en breve se extenderá, por el norte, el territorio pacífico y sus habitantes desengañados de un error que les ha sido tan funesto, serán, de aquí en adelante, el más maestro ejemplo a los pocos pueblos que aun permanecen ilusos. Sobre todo, lo que ha preparado principalmente las glorias que hoy celebramos y la particular decisión de los pueblos, ha sido la noble conducta observada por el ejército español en Lima y demás puntos, adonde había hecho la rebelión sus estragos. Han visto sus habitan-

tes por experiencia que nuestras armas sólo se emplean contra los obstinados que, turbando la armonía que debe reinar entre individuos de una familia, no pretendían más que el logro de sus criminales proyectos, a costa del sacrificio y exasperación de los buenos ciudadanos. La campaña, Excmo. señor, va a terminar en el Perú y, tanto los militares expertos, como los políticos calculadores, harán el justo elogio que merecen los acertados planes de V. E. y la diestra ejecución de ellos, por las dignas tropas españolas de ambos hemisferios.— Dios V.— Huancayo, marzo 14 de 1824.— Excmo. señor *José Canterac*.— Excmo. señor Virrey del Perú”.

El General Monet, al General en jefe Canterac.

“Excmo. señor: Aunque en mi oficio duplicado del 27, dije a V. E. que, en aquella noche, me ponía en marcha para el Callao, me fué preciso atender a las representaciones de los jefes, en que, exponiéndome el estado de cansancio de sus tropas, me pedían algunas horas más de descanso; hube de acceder y seguro de la tranquilidad y fidelidad de la guarnición, no salí hasta las cuatro de la tarde; el 28 entré en la plaza; el 29 entré a aclamaciones más vivas de la multitud, que se agolpaba a vitorear a las tropas españolas. Los fuertes saludaron a la división, al Excmo. señor Virrey y a V. E. con tres salvas y, en consideración a la fatiga que había sufrido, con tanta constancia, la heroica guarnición, se entregó de los puestos el

nuevo refuerzo que se unió a ella, que fueron los batallones del Infante y Arequipa. Los dos escuadrones de Granaderos montados, que se nos incorporaron, sirven con la demás caballería a las órdenes de su Comandante general el señor Coronel D. Ramón Gómez de Bedoya. La plaza está apertrechada abundantemente y puede surtir al ejército de armas y municiones por mucho tiempo; aun no han podido concluirse los inventarios para pasárselos a V. E., pero lo haré muy pronto. Hay en ella víveres como para dos meses y se han tomado medidas seguras para surtirles con abundancia por el tiempo que V. E. me ha prevenido y espero sea sin desembolso y, sí, a cuenta de derechos. Están empacados 1.700 cañones de fusil y 2.000 llaves, más 600 sables, además de cambiar la caballería los que tenía deteriorados y, si hubiera mulas, duplicaría el número en todo. Supongo el ejército de Bolívar bien escaso de estos elementos, pues todo apresto militar estaba depositado en la plaza, asegurándome el comandante de su artillería que los cañones de fusil ascienden a 6.000, la pólvora que hay es mucha y de la más fina. Mañana, con un ayudante mío, dirigiré a V. E. correspondencias interesantísimas al extremo. En el ínterin, he creído anticiparle estas cortas noticias por una lancha que sale esta noche, aprovechando la ocasión de haberse separado el riguroso bloqueo de la "Prueba", la que se ha hecho a la vela para el norte, dejando libre la salida y entrada del puerto. Remitiré a V. E. mañana

un estado exacto de fuerzas de Bolívar, que me han franqueado los señores Tagle y Berindoaga; el primero no tomó el mando de la ciudad y lo conferí a nombre de V. E. al señor Coronel de Ejército, Conde de Villar de Fuente, que empezará a desempeñarlo desde la salida del señor Coronel D. Andrés García Camba. Como el camino de Chancay estaba regado de armas y dispersos, habiendo un resto de 200 enemigos reunidos, esperando buque y, por otra parte, necesitándose ganado, dirigí al Coronel Bedoya con dos escuadrones y 300 cazadores con estos objetos y el de animar a la decisión a 100 granaderos montados, que me consta siguen con disgusto, de ellos se han escapado dos oficiales y se me han presentado. Yo juzgo que D. Mariano Necochea llegue sin tropa a incorporarse con Bolívar que, según las noticias más positivas, parece salió el 26 de Pativilca, con dirección a Trujillo. Por un religioso español, Capellán del istmo, he sabido que éste se embarcó en Panamá, con la fuerza de 1.100 hombres débiles, que murieron 60 en el camino o navegación y que los transportes "San Juan Bautista" y "Zodiaco" cayeron en poder de nuestros corsarios. Llegando a estas costas sólo 450 hombres y él con ellos hasta que se despidió. El espíritu público ha cambiado y el desengaño ha convencido a estos naturales al extremo. El Cabildo y principales vecinos, han clamado por una protección a sus vidas y haciendas, pidiendo que con tropas se guarniciese a Lima y creí-

do deben acceder a ello, ínterin se forma la guardia nacional. El deseo de aprovechar estos instantes del puerto libre, me obliga a no extenderme más y economizar tiempo, mezclando contra el orden acostumbrado los diferentes asuntos de que trato.— Dios V.— Callao, 3 de Marzo de 1824.— Excmo. señor.— *El General Juan Antonio Monet*.— Excmo. señor General en Jefe del Ejército del Norte, D. José Cantelarac. (Es copia). Secretario, Vicente Garín.— Segundo Ayudante de E. M.”.

El Brigadier Rodil al Gobierno político y mi-
General en Jefe. litar del Callao. “Excmo. señor: Este oficio congratulará a V. E. El se dirige a incluirle el número 4 del extraordinario del triunfo del Callao y su suplemento a que él contiene el parte del Teniente Coronel D. Casto José Navajas, que es como sigue: Tengo el honor de comunicar a V. S. que, en la mañana del 16 del corriente, de acuerdo con el Teniente Coronel Comandante del Escuadrón de lanceros de la Guardia D. Juan Ezeta y el sargento mayor D. Juan Gutiérrez, proyectamos los medios de facilitar el deseado pase al ejército nacional de aquel escuadrón con el piquete del de lanceros del Perú de mi mando, que se hallaba situado en Supe. Consecuente desde aquel momento, se empezaron a tomar las medidas y, a su tiempo, los señores oficiales y tropa se decidieron y comportaron como corresponde. Con este motivo, fué conseguida la em-


presa a la una y media de esta noche, puesto en prisión a la cabeza de la columna el Comandante general de la Costa, jefe de E.M.I. del ejército colombiano, Carlos María Ortega, quien se aprehendió por el Capitán graduado D. José María Prado, Ayudante mayor de mi cuerpo y Teniente de la primera compañía del mismo D. Angel Costa, e igualmente el Gobernador político del pueblo, D. Felipe Silva, por el Teniente del otro escuadrón D. Manuel de la Raza; siéndome de la mayor complacencia en este ligero parte, manifestar a V. E. el decidido interés con que se han desplegado nuestros sentimientos, prosperidad nacional, a quien dirigimos y ofrecemos este servicio, continuando la marcha para ese punto, con el número de 80 hombres y 11 oficiales de las partidas de montoneros que han sido tomados y puestos en captura y algunos paisanos de los emigrados, que en el tránsito se nos han presentado. También se conducen algunas reses, que únicamente se han tomado en el tránsito, de cuyo número daré oportuno aviso, luego que el tiempo me lo permita.— Dios, etc.— Chancay y en marcha para Lima, Marzo 18 de 1824.— *Casto José Navajas.*

Monet.

El 13 de Marzo marchó el Mariscal de Campo, D. Juan Antonio Monet y hasta esta fecha, que son las ocho de la noche, no ha habido otra ocurrencia que merezca oficialmente participarla a V. E.— Dios V.— *Real Felipe del Callao, Mar-*

zo 22 de 1824.— Excmo. señor.— José Ramón Rodil.— Excmo. señor D. José Canterac, General del ejército de operaciones del norte.

Pase de los Lanceros. El pase del Escuadrón de Lanceros de la Guardia y piquete de los del ejército, fué de bastante trascendencia, por esta circunstancia, a nombre del General en jefe, les confirió el empleo inmediato desde Teniente Coronel hasta Cabo 2º inclusive, a todos los que pasó revista al entrar en Lima y a más de una medalla a los oficiales y dos pagas con un escudo de ventaja y 20 pesos a cada individuo de tropa, que recibieron inmediatamente, siguiendo en esto la generosa conducta del General en jefe con la guarnición que entregaron aquellas fortalezas.



CAPITULO LVII

Coronel Puyol.

El 5 de Marzo el Coronel D. Francisco Puyol, Teniente Coronel Mayor de húsares de Fernando VII, alcanzó en Corhuamaya al Teniente Coronel enemigo Fresco que, posesionado en un cerro con más de 1.000 hombres, le cargó Puyol con 25 húsares, dispersándolo completamente; le mató 12 hombres, tomándole 4 carabinas, algunos chuzos en figura de lanza, un sable y varios caballos, entre ellos, el de Fresco, con sus armas. Puyol, por su demasiado arrojo, fué herido por una bala de fusil en el pie izquierdo. El adquirió noticias en esta marcha, de hallarse Pasco libre de enemigos y que los que estaban en Huánuco, con el colombiano Sucre, se habían retirado a Huarás, sin quedar, en aquel punto, un solo hombre.

Ramírez.

El Coronel D. Mateo Ramírez, con fecha 19 de Marzo en la noche, noticia que el capitán D. Manuel Canal, del 4º escuadrón Dragones de la

Unión, antes granaderos de San Carlos, que destinados 18 individuos de su escuadrón a cubrir la retaguardia del escuadrón y piquete nuevamente pasados, lanceros de la escolta y ejército, encontró al facineroso Huavique, a quien se le mandó se le cargase, rompió sus filas y dió fin con la vida de 25, respetando a los que quisieron rendirse, dándoles el cuartel que el desgraciado merece.

El mismo Ramírez, Comandante en jefe de la columna móvil de Lima, dice que el propio Coronel del 4º escuadrón de la Unión, Capitán D. Manuel de la Canal con 18 hombres, unido al Comandante a escuadrón de Carabrillo D. Francisco Naranjo, pasó a batir 100 hombres que se hallaban al mando de Huavique, que corrió a 20 hasta la hacienda de Caballero y de éstos, dos prisioneros. En las haciendas de Concón, o Caudivilla, se le presentaron 60 hombres en batalla, dándole el quien vive; mandó sable en mano a los suyos y cargados, les rompió sus filas; le mató 25 con algunos heridos y 4 prisioneros, tomando toda la caballada de 78 entre mulas y caballos, 17 tercerolas, 12 sables, 9 lanzas, dos cajones de cartuchos, algunas cargas y, en fin, todo cuanto poseía aquella partida enemiga que, a no aproximarse la noche, habían finalizado todos al filo de la espada del valiente Canal, siendo en esos momentos, pero frustrada por esa causa, una completa victoria; después del ataque tuvo el auxilio del Teniente

Coronel D. Casto Novajas, remitido por Rodil para reforzarlo.

Eran muchos los cabecillas amotinados, no casi por sistema a la patria, sino por el sistema del robo, sacándolos de aquélla que se hallaban desparramados por todas las provincias y sus pueblos. Entre éstos, una montonera enemiga, al mando de un caudillo compuesta sólo de 10 hombres, entró el 18 de Marzo en el pueblo de Lurín, ponderando gran número a retaguardia, pero varios vecinos y, entre ellos, D. Zenón Godínez y D. Luis Lizalde, con cuatro carabinas y palos, mas sin municiones, únicamente para las primeras descargas, mataron 3, siendo suficientes a dispersar el resto, sin volver a ser molestados. Este incidente obligó a los defensores a reclamar al Comandante general por armas y municiones, formando una gruesa guerrilla, siendo nombrado primer comandante de ella Godínez y segundo Lizalde.

Bergantín Moyano.

El 17 de Marzo dió la vela el Bergantín Moyano.

(alias) Real Felipe, armado en guerra para la seguridad de las costas y no tardó mucho en manifestar la utilidad a su dueño D. Mariano Merino, pues, a los dos días de haber salido, hizo presa a la fragata Terezana, navegando con ella al puerto de Chilca, donde fondeó por entonces a esperar las disposiciones del dueño y órdenes del Gobernador del Callao. La Terezana, propiedad chilena, navegaba de Huacho a Paita; su

cargamento era reducido a 2.000 qq. de leña; su patente firmada por el Supremo Director de Chile, O'Higgins, en Santiago de Chile, en 25 de Mayo de 1821 y fué presa frente a las bocas del Ferrol; buque bien acondicionado y de buen porte.

En seguida, se dispuso, para perseguir todo buque enemigo, el Bergantín Constante (alias). El ejército del norte, a las órdenes de su Comandante D. José Martínez, a cuyo efecto y para el completo de su tripulación, se expidió una orden el 25 de Marzo, para que se presentase, en la capitanía del puerto, todo individuo de mar, fuese de la clase que fuese para ser alistado en su rol.

El 28 de Septiembre, cruzando la fragata "Prueba" con el nuevo nombre de la "Protectora Peruana", mandada por el intrépido Guise delante del Callao, se presentaron procedentes de Chiloé, el navío Asia, de 64 cañones y el Bergantín Aquiles, españoles y, aunque Guise trató de provocarlos a un combate, siguieron su navegación hasta ponerse bajo el fuego de las baterías del Callao.


Se halla, en este año, una carta escrita por el General O'Higgins a D. Joaquín Echeverría, residente en Chile, que se copia a la letra:

"Señor D. Joaquín Echeverría. Trujillo, Mayo 8 de 1824. Mi apreciable amigo: ¿Por qué tanto silencio con un amigo sin aspiraciones, ni pretensiones? Si no hay libertad de pensar, escribir ni comunicar las ideas de individuos, me

conformo con el silencio de Ud. Pero, como yo lo ignoro, me atrevo a saludarlo y decirle que en gran consejo de generales se ha resuelto marchar al enemigo para atacarlo y, en el término de cuarenta días, se habrá dado alguna batalla sangrienta. Doce mil hombres se reunirán en Huaras de los dos ejércitos, colombiano y peruano; el segundo tendrá poco más de tres mil hombres. Qué oportunidad tan preciosa para que el ejército de Chiloé, que considero victorioso en Chiloé y tal vez de regreso a su patria, se apoderease de Arica, Arequipa, puertos de intermedio y de lo interior. Así cooperaría eficazmente en los esfuerzos que se hacen para arrojar a los matuchos del Perú y asegurar nuestra independencia.

Yo he suplicado al Libertador no se me deje sin parte en la gran batalla que va a decidir de la libertad de nuestra patria y estoy cierto me concederá esta justa ambición. Hasta pocos días hace que he estado sufriendo fiebre continuada y otros males, lo mismo que la familia que desea a Ud. mil expresiones y salud, del mismo modo que su invariable amigo S. S.— *Bernardo O'Higgins*.— P. D. Hacen seis meses que no veo un solo papel público de Chile.

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTO DOMINGO CHILENA



CAPITULO LVIII

Proyecto del año. Todo presenta ya este año un duro contraste a la acendrada fidelidad y patriotismo de los nacionales, en medio de los repetidos rasgos de valentía, decisión, sufrimiento y heroísmo, pues, a pesar de las desgracias, resalta muy recomendablemente el mérito de aquellas tropas que constantemente hicieron fuerte a un enemigo siempre orgulloso y entusiasmado en su sistema. Parece que el bizarro comportamiento de los nacionales, debía de haber sido premiado con los halagos de la fortuna y de ningún modo con los estrechos abrazos de la muerte. El nombre de aquellas tropas de ambos hemisferios, será siempre recordado con entusiasmo por los españoles y tan glorioso empeño en defender los derechos de la Nación y del Rey, será transmitido a la más remota posteridad, pues es indudable la parte activa que tomaron en la conservación fiel y leal del Perú, donde se cubrieron de gloria por

su valor y comportación, a diferencia de los peninsulares en Chile por una conducta atroz, que los llenó de ignominia y de un aborrecimiento público y general; es un acertado principio, consiste la mejor disciplina del soldado en el ejemplo de sus superiores; pero como en el guarismo de jefes y oficiales que concurrieron a la conservación de las colonias americanas españolas, no fué igual la comportación, siendo mayor el número de los que poseían pésimos sentimientos y el despotismo de los que obtenían mandos caracterizados, nos sostenemos en haber sido causa primordial a las catástrofes acaecidas.

La guerra civil que se encendió por el Alto Perú fué causa de la trascendencia en la suerte de aquel virreinato, así que, antes de proseguir las ocurrencias últimas de este año, nos vemos comprometidos a detenernos para referirlas con la extensión que merecen estos acaecimientos, que relata prolijamente el señor Torrente (1).

El General Olañeta. La armonía que se había notado entre Olañeta y los jefes que reemplazaron la administración del Virrey, había sido aparente, mas nunca franca y cordial; acostumbrados éstos, según se ha dicho en otro lugar, a la táctica europea y a hacer la guerra con todos los elementos científicos que constituyen la fuerza de los ejércitos en Europa, parece que no pudieron ocultar aquella prevención que llevaron al Nuevo

(1) Tom. 3º, Cap. 22, págs. 450 a 464.

Mundo, contra los jefes y oficiales guerrilleros, en cuyo número se hallaba el citado Olañeta y, aunque los ilustres hechos e importantes servicios que prestó a la causa del Rey le hubieran reconciliado con los citados gobernantes, había quedado siempre resentido de la falta de aprecio y consideración con que pretendía haber sido tratado y dispuesto, por lo tanto, a aprovecharse de la primera coyuntura favorable que se le presentase para desfogar su refrenado despecho.

Había conservado asimismo Olañeta todo el tráfico y giro mercantil, cuya profesión ejercía, cuando sonó la trompa guerrera en el Alto Perú en 1810; todos los que habían mandado en aquellas provincias habían condescendido con esta inclinación, tan ajena de la carrera militar, con la esperanza de que por medio de los muchos agentes comerciales del referido Olañeta se tendrían, como en efecto se tuvieron, comunicaciones y avisos muy útiles a la causa que defendían. El Virrey La Serna lo toleró asimismo, si bien mostró mayor desagrado que sus antecesores y trató de ponerle algunas trabas que agriaron considerablemente el ánimo de dicho jefe.

Conocía, sin embargo, la necesidad de sus servicios y procuró suavizar lo amargo de algunas de sus medidas con particulares rasgos de generosidad y consideración, con cuyo motivo le había conferido el empleo de Mariscal de Campo en Septiembre de 1823 y le había confiado el

encargo de pacificar las provincias de La Paz y Cochabamba.

Hasta el mes de Diciembre de dicho año, no había marcado Olañeta con ningún acto positivo su obediencia e insubordinación, pero, desde este momento, parece se lanzó a obrar por sí solo y tal vez ignorando él mismo el piélago de males en que iba a sumirse. Sin consultar al Virrey que se hallaba en el Cuzco y sin ponerse de acuerdo con el General en Jefe del ejército llamado del sur, situado en Arequipa, de quien dependía, salió de Cochabamba para Oruro y continuó en marcha hacia Potosí, en cuya ciudad hizo su entrada el 4 de Enero de 1824.

Aunque después de haber verificado este movimiento lo comunicó a la primera autoridad del Reino, pintándolo con todos los colores de urgentemente necesario, para salvar dicho punto de Potosí de respetables fuerzas disidentes que lo amenazaban; estuvo muy lejos el Virrey de creer semejantes asertos, cuando tenía por imposible la existencia de enemigos por aquella parte, en un momento en que los comisionados La Robla y Pereira habían firmado la convención preliminar con los disidentes de Buenos Aires y, cuando el Brigadier Espartero estaba conferenciando en Salta con el general argentino Las Heras sobre la accesión del Perú a aquellos tratados.

Se hizo asimismo sospechosa la conducta de Olañeta, cuando se supo que se había llevado el fuerte de Oruro cuanto había hallado útil en

armas y provisiones, dejando escasísimas guarniciones en La Paz y Cochabamba, e interceptando la correspondencia, los auxilios metálicos y los reclutas que iban destinados al Cuzco.

Dando el Virrey por segura la defección de dicho General Olañeta, ordenó directamente, con fecha de 10 de Enero, a los jefes de los cuerpos de aquella división se pusieran en marcha para ciertos puntos designados y, al mismo Olañeta, que saliera para Chichas con el batallón de este nombre y 200 dragones. Conoció, entonces, lo crítico de su posición y ya no titubeó en tomar una hostil iniciativa, viendo a la mayor parte de los jefes de dicha su división, dispuestos a obedecer las órdenes superiores; temió ser víctima del odio que atribuía a sus émulos y que iba a perder el mando que él deseaba conservar con tanto empeño, como suponía que sus contrarios lo tuviesen para despojarle de él.

Para salir con honor de un lance tan apurado, le suministraron los acontecimientos políticos los medios más oportunos, con los que esperaba quedar relevado de todo cargo. Se había publicado en todos los dominios de América, en el año 1820, el ominoso sistema constitucional, a virtud de órdenes terminantes enviadas por el gobierno de la Península; seguía, en esta época, dicho sistema y se obedecían sus fórmulas, en cuanto no podían perjudicar a la pública tranquilidad. Así fué que ni se llevó a efecto la supresión de monacales, ni se permitió a las diputaciones provinciales, el libre ejercicio que

marcaba dicha Constitución, sin que sus providencias recibiesen la sanción del representante del soberano.

Se notaron otras muchas relajaciones y, entre ellas, la más descarada, la de haber conservado en su destino de Intendente de la provincia de Puno, el muy digno americano D. Tadeo Gárate, que tantos servicios había prestado a la monarquía. Había sido este benemérito realista uno de los 69 diputados que firmaron el 4 de Mayo de 1814, la representación contra el Gobierno constitucional, por cuya razón y, por principiar dicho escrito con la palabra *persas*, les fué dada esta calificación a todos ellos por los corifeos liberales.

Eran terminantes las órdenes en aquella época para que dichos individuos fueran perseguidos con el mayor rigor; lejos, pues, de proceder contra el referido Gárate, fué conservado en su empleo y tratado con la misma consideración y aprecio que bajo el Gobierno legítimo, formando este individuo y el Obispo de la Puebla de los Angeles en México, las dos únicas excepciones a la terrible ley de proscripción, en la que se hallaban comprendidos.

No es nuestro ánimo entrar en pormenores minuciosos sobre las opiniones políticas de los que defendían la autoridad real en América y, si nos detenemos en dar algunas aclaraciones concernientes a los jefes del Perú, es con el objeto de arrojar mayor claridad sobre las discordias suscitadas entre La Serna y Olañeta.

Estamos, pues, muy distantes de dar una calificación absoluta a los referidos jefes, si bien la conducta observada por los mismos, los informes que hemos podido recoger por varios conductos, y aun el mero hecho de haberse presentado todos con ciega confianza a los pies del trono, son otros tantos comprobantes de que sus acciones han sido irreprochables. No podemos, por lo tanto, disimular que nuestra opinión les es favorable y aun nos atreveremos a sentar, como principio fijo de verdad, que el liberal más exaltado, trasladado a cualquiera de los puntos de América, dejaría de serlo si tenía un regular entendimiento y deseos de sostener el dominio español.

Si los mismos que dictaban las leyes constitucionales y que se mostraban los más ardientes sostenedores de lo que consideraban como fruto de su extraordinaria sabiduría, hubieran podido examinar por sí mismos el estado de los negocios en América y enterarse bien de los intereses locales, es bien cierto que habrían dado un giro muy diverso a su espíritu de innovación y habrían detestado la precipitación con que promulgaron sus primeros decretos que fueron los rayos abrasadores de la paz y prosperidad americanas. Nos abstendremos, pues, de extender nuestras reflexiones en este capítulo, porque ya hemos tenido ocasión de manifestar en otros las mismas ideas.

Sea como quiera, el General Olañeta se figuró que los jefes del Perú, especialmente los

que habían llegado a América después de la guerra de la independencia, eran adictos a la Constitución, y aun llegó a figurarse que no reconocían al monarca legítimo, restituído a la plenitud de sus derechos. Arrebatado, pues, de un celo inconsiderado, bien informado asimismo por algunos de sus agentes que residían en las provincias del Río de la Plata, de la próxima ruina de los revolucionarios de la Península y, halagado al parecer con las noticias publicadas por los periodistas de Buenos Aires, de que la regencia española le había conferido el título de Virrey de Buenos Aires, confirmada por una falsa correspondencia que introdujo furtivamente en la costa el aventurero Miller, en su viaje desde Valparaíso a reunirse en Trujillo con Bolívar y, finalmente, seducido el ánimo del referido General Olañeta por algunos individuos de su misma familia y por falsos amigos, cuya adhesión al sistema de la independencia se vió acreditada con haber recibido sucesivamente toda clase de honores y distinciones de aquel Gobierno legítimo, se atrevió a dar el golpe fatal de abierta escisión.

Aunque hemos sido unos constantes panegiristas del distinguido mérito de Olañeta y justos apreciadores de los importantes servicios que prestó a la monarquía desde el año 1810, nos vemos, sin embargo, precisados por el espinoso deber que nos hemos impuesto de ser justos e imparciales, sin más consideración que nuestro íntimo y leal convencimiento, formado

por el profundo estudio sobre esta controversia, tan agitada y sostenida por robustos campeones de una y otra parte; nos vemos, pues, precisados a desaprobare esta escisión, las causas que fueron alegadas para empezarla y los medios de que se valieron ambos partidos para sostenerla.

Repetimos lo que ya tenemos dicho en otro lugar, de que la opinión del historiador no pasa de ser la de un particular; quien, por más laudables que sean sus fines y, por grande que sea su esmero en inquirir la verdad, jamás podrá aspirar a establecer un grado de creencia exclusiva; esta idea y la de que nuestros asertos no puedan irrogar perjuicio aun a las personas más quisquillosas que reciban, como ofensa las señales de nuestra desaprobación en el desarrollo de este complicado caos, nos animan a explicarnos con mayor claridad y franqueza.

Si bien hemos indicado nuestra oposición a los primeros movimientos de Olañeta, debemos manifestar asimismo que tal vez una conducta más circunspecta de parte de los nuevos jefes del Perú habría podido evitarlos. Es innegable que éstos, desde que arribaron a las playas de aquel virreinato, empezaron a chocar con los oficiales y soldados del país, que estaban cubiertos de cicatrices adquiridas en el campo del honor. La arrogancia con que se presentaron a ejercer las funciones a que habían sido destinados desde la Península, el desprecio con que miraron a dichas tropas, que suplían con una inimitable

bizarría la falta de aire marcial y la escasez de conocimientos científicos; las reformas y variaciones que hicieron en todos los ramos de la administración y régimen militar, aunque fueran en sí arregladas al arte de la guerra, crearon, sin embargo, una acedia en los ánimos, que se perpetuó hasta que unos y otros fueron víctimas de su recíproco resentimiento.

Más de una vez hemos indicado estas tristes verdades. La salida del General Ramírez del Perú, debe ser atribuída más bien a estas causas que a la debilidad de su salud. No dejaron de influir las mismas en la deposición del Virrey Pezuela, porque tal vez con mayor armonía y con menos elementos de oposición y discordia, no habría progresado tanto el espíritu de insurrección y los negocios del Perú no habrían presentado un aspecto tan triste a fines de 1820.

Empero, concretándose a la cuestión de Olañeta, no podemos aprobar su arbitrariedad en emanciparse de la autoridad suprema, reconocida por el Gobierno que entonces regía en la Península y respetada por el mismo y por todas las corporaciones y por todos los pueblos que no habían sido contaminados por el pestífero aliento de los sediciosos. Un crimen, un vicio, un defecto, aunque tenga todos los caracteres de odioso y reprensible, nunca podrá servir de pretexto para que se cometa otro a su nombre, ni le presta género alguno de autorización.

Aunque Olañeta reconociese al Virrey La Serna por un intruso, nunca tenía derecho para revelarse contra él, desde el momento que aquél fué reconocido por todas las corporaciones, a menos que no estuviera escudado con órdenes superiores. El simple recelo de que el soberano español no fuera proclamado en el Perú con todos los atributos de su alto poder, no era suficiente motivo para haber suscitado una guerra civil, cuyos efectos, lejos de ser útiles al designado objeto de su admiración y respeto, habían de ser indudablemente, los de desprender de su corona una de sus perlas más valiosas.

Si el General Olañeta no se hubiera ofuscado por sus ardientes sentimientos de entusiasmo y de vehemente adhesión a nuestro augusto monarca, habría podido convencerse de la imposibilidad de que los gobernantes del Perú dejasen de reconocer con la más sumisa voluntad sus reales mandatos, aun en el caso de suponer en dichos individuos un espíritu de contrariedad, que estamos muy distantes de conceder y cuya idea han desvanecido ellos mismos completamente con su arreglada conducta. ¿Podía haber alguno de ellos tan insensato, que creyese de posible ejecución crear un Gobierno independiente de la Península y estar, al mismo tiempo, en lucha con todos los disidentes americanos? ¿Podía ocultarse, aun al hombre de raciocinio más obscuro, que un poder de esta especie había de ser destruído a los pocos días por las mismas tropas y pueblos para los que el único es-

tímulo que los había conducido por la carrera de la fidelidad era el prestigio de un brillante trono? Creemos, por lo tanto, totalmente desprovistos de fundamentos los temores que aparentó el General Olañeta y no menos inconsistentes y descabelladas las acriminaciones que se hicieron sucesivamente al Virrey La Serna sobre exigir un imperio desde Tumbes a Tupiza, copiando los mal meditados planes que tan injustamente se habían atribuido a los beneméritos Generales Abascal y Goyeneche.

Olañeta, sin embargo, se obsecó en su opinión respecto a los ambiciosos fines de sus rivales y determinó romper abiertamente con ellos. Los primeros con quienes llegó a las manos fueron los Generales Las Heras, Gobernador de Potosí y D. Rafael Maroto, Comandante General de la provincia de Charcas. La escisión con Las Heras fué tanto más sensible, cuanto que hasta aquella época habían vivido ambos en la mayor armonía y aun, en la reciente campaña, había servido éste de segundo del referido Olañeta con la mayor aceptación del mismo. Parece que llegó a persuadirse de que dicho Las Heras y el General Maroto se habían combinado para derribarle del mando, cuya aprensión adquirió nuevos grados de fuerza, cuando se recibieron las órdenes del Virrey para desmembrarle sus tropas.

En cumplimiento de las mismas, había formado Las Heras, en 22 de Enero, las dos únicas compañías que tenía de guarnición en Po-

tosí para emprender su marcha en dirección de Oruro, cuando se pusieron sobre las armas los dos cuerpos de Olañeta, titulados de la Unión y Chichas, que tenían situados sus cuarteles en aquellos alrededores; se suscitaron algunas contestaciones que llegaron a tomar un carácter serio a causa de la viveza y fogosidad de ambos contendientes. Las Heras se encerró con su tropa en la Casa de Moneda, cuyo recinto fué asaltado por las de Olañeta y rendido a las muy superiores fuerzas que éste conducía, mediante una capitulación ajustada en el mismo día, por la que se permitía al primero su salida para Oruro con las armas y municiones correspondientes a sus soldados, con 10.000 pesos en metálicos y 100 mulas para conducir sus efectos.

Este primer rompimiento que, causando una baja muy considerable en las tropas de Las Heras y tan sólo un hombre herido en las de su competidor, probó que había sido más decidido y furioso el ataque que la resistencia; fué el anuncio fatal de la guerra civil que iba a devorar aquellas provincias.

A consecuencia de este funesto triunfo conseguido por Olañeta, se dirigió contra el General Maroto, quien, reconociéndose muy inferior para sostener el combate, juzgó más prudente retirar y ceder aquella provincia sin efusión de sangre. Entre Olañeta y Maroto, existía un inveterado encono y animosidad, cuyos elementos habrían producido escenas muy sangrientas, si el segundo se hubiera obstinado en defender la

ciudad de La Plata; fué, por esta parte, muy laudable aquella resolución; así pudo su contrario colocar sin oposición alguna a la cabeza de la provincia a su cuñado el Coronel retirado D. Guillermo Marquiagui. Su hermano D. Gaspar había sido nombrado poco antes Gobernador de Tarifa; su sobrino D. Casimiro que era Agente fiscal de aquella Audiencia, obtuvo el empleo de Secretario privado; el Doctor Usin fué elegido para Auditor; el Dr. Orcullo fué colocado en dicha Audiencia y fueron concedidos los destinos de mayor importancia a otros sujetos que, del mismo modo que los tres últimos, no gozaban de la mayor confianza en la carrera de la lealtad.

A pesar de estas apariencias tan poco favorables al General Olañeta, estamos distantes de creer que tales alteraciones fueron dirigidas por otro espíritu que el de asegurar su triunfo sobre los que suponía que fuesen enemigos del Rey, sin calcular que, huyendo de Escila, iba a estrellarse en Caribdis. Comprometido ya este General y sus tropas, era preciso llevar adelante su arrojada empresa, valiéndose de toda clase de arbitrios para constituirse en un pie respetable y burlar todos los esfuerzos que temía de parte del Virrey.

El depósito de oficiales prisioneros que halló en la referida ciudad de La Plata, le ofreció considerables refuerzos, incorporando a sus filas una porción de ellos y dando libertad a los demás. La adhesión a los nuevos planes de Ola-

ñeta, de parte del Gobernador de Santa Cruz de la Sierra, D. Francisco Aguilera, era un objeto de suma importancia para que dejase éste de solicitarlo con todo el empeño que era propio de las circunstancias en que se hallaba y no fué, por lo tanto, menos la satisfacción y alegría, cuando lo hubo conseguido.

Una vez lanzado en esta poco honrosa palestra, era preciso desplegar todo su genio y actividad para sostenerla; fué, en su consecuencia, uno de sus preferentes cuidados colocar a la cabeza de los cuerpos, sujetos de toda su confianza y granjearse nuevos amigos y partidarios, con la prodigación de grados y distinciones.

Habiendo recibido a este tiempo, por la vía de Buenos Aires, noticias positivas sobre la restauración de nuestro augusto Monarca a la plenitud de sus derechos y el decreto de 1º de Octubre, firmado por S. M. en el puerto de Santa María, resolvió desenvolver libremente sus planes de oposición contra las tropas del Virrey y publicar tan plausibles sucesos, proscribiendo en el acto la aciaga constitución y jurando sostener los imprescriptibles derechos de tan augusto Soberano. Se celebró, en la ciudad de Charcas, en 21 de Febrero este acto solemne, que justificaba aparentemente aquella escisión, si bien había principiado mucho antes que hubiera podido tener conocimiento de la importante variación gubernativa que se había hecho en la Península.

El General Valdés que había sido encargado por el Virrey de sofocar aquella insurrección y que había ya emprendido su marcha contra Olañeta, supo en Caracolo la abolición que acababa de hacer dicho jefe del sistema constitucional en Charcas y no siéndole de modo alguno repugnantes estas disposiciones, escribió al citado Olañeta, manifestando que, si su amor al Gobierno absoluto de S. M. le había inducido a tomar una hostil iniciativa contra los ejefes del Perú y no sus discordias con Las Heras y Maroto como él se había figurado, expresaba que muy pronto quedaría dirimida aquella contienda, pues que, tanto las tropas que conducía dicho Valdés, como todas las que defendían los reales derechos en todo aquel vasto virreinato, estaban prontas a proscribir la Constitución, ofreciéndose el primero a ejecutar aquel acto tan conforme a sus ideas en el término de nueve días que eran necesarios para someterlo a la aprobación del Virrey.

Pero, como los momentos fueron preciosos y más ardiente todavía el anhelo de Valdés en estrechar cordialmente, en sus brazos, a sus antiguos compañeros de armas, arrebatados por el inconsiderado celo de los unos y por la malignidad e intriga de otros, abrevió los términos del plazo fijado y se resolvió a proclamar, por sí mismo, la autoridad ilimitada de nuestro amado Soberano en el día 29 del mismo Febrero y a los ocho de haberlo ejecutado Olañeta.

Aprobada esta disposición por el Virrey que, habiéndola hecho extensiva a todas las tropas de su mando, se figuró ya que iba a quedar despejado de nubes el horizonte político y a verificarse una perfecta reconciliación entre todos los amantes del rey para dar nuevos días de gloria a sus armas; pero lo que había encendido el fuego de la discordia había tomado demasiado incremento para que pudieran cortarse sus estragos por los medios de la dulzura y de la política.

Valdés propuso una entrevista a Olañeta, a la que éste accedió, fijando el punto de Tarpaya para celebrarla; mas, cuando se hallaba a una jornada del punto citado, recibió comunicaciones relativas a manifestar su desconfianza de que pudiera producir resultado alguno la conferencia proyectada, puesto que él estaba resuelto a no ceder al Virrey el mando de las provincias y tropas que se hallaban al sur del Desaguadero. No se desanimó, sin embargo, Valdés por este inesperado contraste, ni desistió de su intento de hacer efectiva la deseada entrevista, la que obtuvo finalmente a fuerza de instancias y por mediación del Coronel Pacheco que se hallaba al lado del citado Olañeta.

Apoyado este jefe en el ya mencionado decreto de 1° de Octubre, sostenía que, quedando abolido todo cuanto se había hecho en tiempo del Gobierno constitucional, cesaba de ser Virrey el General La Serna y Generales de los ejércitos del norte y sur, Canterac y el mismo

Valdés, pues que todos habían recibido tal investidura en aquella época; que, por lo tanto, se erigía dicho Olañeta en jefe principal de todas las provincias del Alto Perú, ofreciendo, sin embargo, reconocer provisionalmente la autoridad de La Serna en el Virreinato de Lima, siempre que éste reconociese la suya en el territorio designado.

He aquí una de las muchas discordias, en que repetidas veces han estado envueltos los jefes realistas, con visible detrimento de los intereses del Soberano, en cuyo obsequio debieran haber sacrificado todos sus resentimientos y privadas pasiones. Más noble parece, a nuestro entender, la primera parte de esta desunión que la segunda; aquélla pudo tener origen en los vehementes sentimientos de destruir un sistema de Gobierno tan odioso que, atropellando los sagrados derechos del Soberano, sumía la Nación en un abismo de males y desgracias; en ésta, se traslucen algunos impulsos de ambición, al favor de los cuales se reconocía un poder que, sin ellos, se consideraba como nulo e ilegal.

Si aun el mismo pronunciamiento fué impolítico y mal calculado, así como lo hubiera sido si los verdaderos realistas peninsulares de los años 1812 y 1813, hubieran vuelto, contra las constitucionales, las armas destinadas a asegurar su independencia contra el ambicioso dominador de Europa, todavía presenta un flanco más descubierto la continuación de aquel empeño desde bases tan poco sólidas, en las que se consultaba

más la seguridad personal que el verdadero pun-donor e interés por la buena causa.

Aunque no debieron ocultarse estas mismas reflexiones a los jefes del Perú, eran, sin embargo, tan ardientes sus deseos de cortar la guerra civil, que accedieron a dicha transacción, esperando recibir muy pronto órdenes e instrucciones del Gobierno legítimo, que disipasen completamente las negras y densas nubes que ofuscaban el firmamento político.

Manifestó, en el entretanto, el General La Serna sus deseos de despojarse del mando, luego que supo el referido decreto del Puerto de Santa María; mas, como fuese el General más antiguo el designado por el pliego de providencia para ocupar aquel puesto, a falta de su antecesor y el único que reunía la opinión general, recibió de todas las corporaciones eclesiásticas, civiles, militares y políticas, representaciones las más enérgicas y expresivas del voto general, pronunciado por la conveniencia y necesidad de que continuase al frente del Gobierno hasta que llegasen las órdenes de la Corte de España. En virtud, pues, de este espontáneo pronunciamiento, adquirió toda la legitimidad que era dable en tales circunstancias.

Reposando Valdés sobre las garantías del referido tratado de Tarapaya, hizo retroceder las tropas que marchaban sobre Potosí y mandó que su caballería regresara a Arequipa, dirigiéndose él, en persona, hacia los valles de La Paz, para restablecer en ellos la tranquilidad

turbada por algunos caudillos, en cuya expedición contrajo una aguda enfermedad que puso en el mayor riesgo su vida.

Cuando ya se creía que Valdés y Olañeta hubieran depuesto todos sus resentimientos en obsequio de la causa realista que requería la más cordial y activa cooperación para destruir al osado emprendedor colombiano que, fortalecido con nuevos auxilios recibidos de su país y con tropas levantadas en la provincia de Trujillo, amenazaba al ejército de Canterac, situado en los valles de Jauja, se vieron, de nuevo, en agitación y desorden las furias infernales sobre la antigua frontera de ambos virreinos.

Algunas arbitrariedades de Olañeta, poco conformes con el ya citado convenio; los preparativos que hacía para abrir una nueva campaña, aumentados tal vez por hombres mal avenidos con el sosiego que hacen del chisme y de las delaciones la materia de su mérito, crearon la mayor alarma en el ánimo del todavía convaleciente Valdés y, por consiguiente, en el del Virrey a quien fueron transmitidas.

Instó de nuevo este celoso jefe para desarmar con la dulzura y el exhorto el brazo de Olañeta; comisionó, en 4 de Junio, al Intendente Gárate para que, empleando cerca del mismo su antiguo influjo y ascendiente, le hiciera ceder a la intimación de que debía ser portador, dividida en cinco artículos, cuyo sentido principal se reducía a mandarle comparecer en el Cuzco, del mismo modo que a los Generales

Maroto y Las Heras, para ser juzgados por sus disensiones, o pasar a la Península a dar cuenta de su persona con todos los individuos que quisieran seguirles o que no gustasen continuar en el servicio, entregando el mando de aquellas provincias y ejército al General en jefe D. Jerónimo Valdés, o a quien éste delegare, prometiendo asimismo que nadie sería molestado por sus opiniones y conducta anterior y, amenazándole con la fuerza que dicho Valdés tenía a su mando, si se obstinaba en una criminal resistencia a estas órdenes terminantes.

Parece que el circunspecto La Serna trató de quedar relevado de todo cargo, si la fuerza de los sucesos le obligaba a desenvainar la espada contra sus propios hijos y, a este fin, consultó al fiscal y al asesor del virreinato sobre si marcaban las leyes de Indias los casos en que podía adoptarse aquella violenta medida y si, en el presente, podía hacerse justificable para someter la voluntad de Olañeta y, como ambos letrados hubieron contestado afirmativamente, con citación de las leyes en que se apoyaban, dió al expresado Valdés las instrucciones para que no fueran ilusorias sus intimaciones; apenas supo que el Intendente Gárate se había excusado a admitir tan espinosa comisión, ya fuese por verdadera falta de salud e inhabilidad para hacer aquella marcha, o porque creyese no sacar fruto alguno de su oficiosidad y celo, exaltada, al último grado, la irritación del citado Olañeta con estos despachos, escribió al expre-

sado Valdés con fecha de 20 del mismo mes de Junio en los términos más picantes e injuriosos que indicaban su invariable resolución de rechazar la fuerza con la fuerza.

Ya, desde este momento, se hizo inevitable la guerra civil; las tropas de Valdés trataban a las contrarias de sediciosas y rebeldes; las de Olañeta designaban a sus competidores con otros dictados igualmente afrentosos. Ambos ejércitos, sin embargo, proclamaban a nuestro augusto Soberano; ambos estaban resueltos a derramar su sangre en su servicio, pero la obsecación y el error les habían hecho equivocar el camino y conducían la nave del Estado al precipicio.

Habiéndose, pues, agotado todos los recursos del ingenio y de la política para que Olañeta desistiera de su furioso empeño, salió Valdés de Óruro con dos batallones de Terona, el segundo del Imperial y el primero del primer regimiento, tres escuadrones de granaderos de la Guardia y el de granaderos de Cochabamba y dos piezas de montaña. Al llegar a las inmediaciones de Vilcapugio, sobre el camino de Potosí, supo que Olañeta se hallaba con una parte de sus tropas en esta villa, el Coronel Marquiegui con otra en la ciudad de La Plata, teniendo a su lado, en clase de segundo, al Comandante D. Francisco Valdés (alias el Barbarucho) y que las demás, hasta el completo de 4.000 hombres, se habían adelantado desde Santa Cruz de la Sierra hasta las fronteras de Co-

chabamba, al mando del Brigadier Aguilera y ocupaban parte de aquella provincia.

Dejando Valdés el camino de Potosí a un lado, se dirigió sobre el partido de Chayanta, cuya operación le ofrecía la doble ventaja de batir separadas las tropas de Chuquisaca y de cortar por su centro la línea de Olañeta, con cuya maniobra no podía éste permanecer en Potosí. Los resultados hicieron ver el acierto con que fué concebida y ejecutada la indicada combinación. Esta campaña, que fué una de las más activas, penosas y sangrientas, hace, por la parte militar, el mayor elogio del General que la dirigió, si bien la circunstancia de haber sido desempeñada contra soldados que tenían la misma divisa, hizo que se considerase más bien como una calamidad y de ningún modo, como un título de gloria, para los que vertieron en ella tanta sangre y emplearon tantas penalidades y sacrificios.

Viendo el General Olañeta amenazado su flanco derecho y retaguardia, por el indicado movimiento de Valdés, abandonó la villa de Potosí, llevándose los fondos del Banco de rescate, e inutilizando las máquinas de la Casa de Moneda para que sus enemigos no pudieran sacar ningún fruto de estos establecimientos. El General Carratalá que había sido destacado sobre dicha villa, tomó posesión de ella, al mismo tiempo que Valdés ocupaba la ciudad de Chuquisaca, que había sido abandonada cuarenta y ocho horas antes. Dejando este General por Presi-

dente de la Audiencia al Brigadier Vigil con unos 100 hombres, emprendió de nuevo sus movimientos sobre una de las columnas de Olañeta que se retiraba, en dirección del partido de la Laguna, al mando del Barbarucho y logró alcanzarla a los cuatro días. Marquiegui corrió mucho riesgo de caer en poder de las tropas de Valdés, por haberse pasado a ellas el escuadrón denominado Dragones de La Laguna, al mando del Teniente Coronel Rivas, al que trataba de incorporarse.

Continuando Valdés su movimiento, alcanzó a Tarabuquillo a la retaguardia de la columna del citado Comandante Barbarucho; deseoso de evitar la efusión de sangre, se adelantó con un Ayudante y dos ordenanzas a arengar a los soldados del bando opuesto, esperando arrancarlos de las manos, con su militar elocuencia. el cuchillo fraticida. La impresión que empezaba a hacer esta arrojada resolución en el ánimo de aquellas tropas, de las que una compañía de infantería de 25 caballos se habían rendido ya al exhorto de Valdés, llenó de alarma y furor a su antagonista el Barbarucho, quien, puesto a la cabeza de una compañía de granaderos, se dirigió contra dicho General, sobre el que mandó hacer una descarga de la que debieron haber muerto los citados cuatro individuos, si los soldados no hubieran dirigido muy bajos sus fuegos con todo estudio, cuyos inevitables resultados fueron los de quedar muertos en el

acto, los caballos de Valdés y de su Ayudante y heridos los de los ordenanzas y uno de éstos.

Al ver la ingrata recompensa que recibía dicho Valdés de sus esfuerzos por cortar la guerra civil, voló, en su auxilio, una de sus compañías de caballería, que se hallaba la más inmediata, a cuya consecuencia se retiraron los contrarios a la cima de un cerro que tenían a la espalda. En tanto que llegaba el resto de las tropas de Valdés, se dedicó este General a escaramucear con algunas de sus partidas y, apenas se vió reforzado por las compañías de granaderos y cazadores de los batallones de Girona, trabó una acción de las más sangrientas que duró, desde mediodía hasta la noche y que costó la sensible pérdida de 500 a 600 hombres de uno y otro partido y, si bien fué menor la de Valdés, no dejó de ser sensible, en extremo, por haber perdido en ella una porción de valientes europeos que formaban el nervio de sus cuerpos.

Viendo el Barbarucho el descalabro de sus soldados, se aprovechó de la obscuridad de la noche para retirarse en busca de Olañeta, con el que se reunió en el río de San Juan. El resultado de esta refriega fué quedar cortada la comunicación entre estas tropas y las de Aguilera; ambos jefes temían sucumbir al esforzado brazo de Valdés y estaban, por lo tanto, en la más ansiosa expectativa. Conociendo este General la apurada situación de dichas divisiones, esperó sacar más partido de sus negociadores que de sus movimientos hostiles; a este objeto, co-

misionó al campo del citado Aguilera a su Ayudante D. Diego Pacheco y al Canónigo de Chuquisaca, D. Julián Ureta. La política de estos dos sujetos había principiado a conmover el ánimo del referido jefe, cuando, noticioso de que las tropas de Valdés se dirigían contra Olañeta y que sólo dejaba a su frente un escuadrón y un batallón, fuerza muy inferior a la de que él podía disponer, rompió la negociación y despidió a los comisionados.

Marchaba, en el entretanto, Valdés por Pomabamba, Culpina y Tarija, del mismo modo que sus habitantes, se declararon por el referido Valdés; igual partido abrazó un destacamento de caballería al mando del Capitán Rivera, a cuyo cargo se hallaba el General Carratalá que había sido hecho prisionero, en Potosí, por un escuadrón de caballería destacado por Olañeta contra dicha villa, mientras que Valdés estaba empeñado en el partido de la Laguna con las tropas del Barbarucho.

Luego que dicho Olañeta supo la ocupación de Tarija, temió no poder contener el furioso torrente de su victorioso rival y trató de replegarse, haciendo marchar por delante todas sus cargas, intereses y efectos que podían embarazar su retirada, situándose, en el entretanto, en el pueblo de Livilivi en observación de Valdés y, apenas tuvo aviso de la aproximación de este General, emprendió, de nuevo, su movimiento sobre los valles de Santa Victoria.

Al llegar Valdés al citado punto de Livilivi, formó el proyecto de destruir completamente a su contrario con la actividad y energía de sus movimientos. Confiando, con estas miras, todos sus repuestos y equipajes al General Carratalá para que, con cerca de 600 hombres, incluso los enfermos, pasara a encargarse del mando de Potosí, continuó la persecución de Olañeta, al que dió alcance, al anochecer del día siguiente, en las inmediaciones del Abra de Queta; pero, suspendiendo el ataque hasta el día siguiente, a fin de dar, en aquella noche, el descanso de que tanto necesitaba su división, se aprovechó Olañeta de esta dilación para dividir sus tropas en tres columnas, la primera de las cuales, dirigida por él mismo, tomó el camino de la provincia de Tarija; la segunda, compuesta de la mayor parte de la infantería, marchó al mando del Barbarucho en seguimiento de Carratalá y la tercera continuó su retirada sobre las montañas de Jujuy a las órdenes de Marquiegui con todas las cargas y efectos pesados.

Este inesperado plan sumió, en la mayor perplejidad, al General Valdés; pero, observando la huella más trillada en dirección de Santa Victoria o montañas de Jujuy, creyó que aquel era el camino que llevaba la fuerza principal, en cuyo error persistió hasta el segundo día de su precipitada marcha. Conociendo entonces que Marquiegui era el único jefe a quien iba a combatir, activó la persecución y, a los tres días, estaba en su poder aquel inmenso convoy, D. Gas-

par Olañeta, hermano del General, el mismo Marquiegui, su hermano y otra porción de jefes y oficiales que fueron tratados con el mayor decoro y consideración.

En el entretanto, había alcanzado el Barbarucho al General Carratalá en la posta de Salo, apoderándose de su persona, de toda su columna y de cuantos efectos conducía Aguilera había batido parte de las tropas que habían quedado a su frente y divulgada la noticia de que hubiera sido mayor el descalabro de las tropas del Virrey, se creía que después de haber ocupado a Chuquisaca, caería sobre Oruro o Potosí.

Así, pues, el triunfo que Valdés había conseguido sobre Marquiegui, fué acibarado por estos dos contrastes, los que cambiaron completamente el aspecto de los negocios. En el momento mismo en que creía haber desconcertado completamente las tropas de Olañeta, se vió envuelto en tan graves peligros, de que sólo su serenidad y firmeza pudo libertarle. Situadas las fuerzas del Barbarucho a su retaguardia, falto de artillería, municiones y demás pertrechos, aconsejaba la prudencia un corto repliegue para no ser víctima de tantas arbitrariedades; pero su ánimo emprendedor y resuelto y la mengua que temía pudiera recaer sobre su carrera militar, le hicieron acometer nuevas y arriesgadas empresas, aunque tenía en su contra todas las probabilidades del triunfo.

Ufano el Barbarucho con la victoria conseguida sobre el General Carratalá, se había si-

tuado sobre la fuerte posición de Santiago de Catagaita; habría sido un temerario arrojo atacar a su enemigo en aquel punto y resolvió, por lo tanto, flanquearlo con un rápido movimiento sobre la derecha en dirección de Catagaitilla.

El General Las Heras fué encargado de cubrir este movimiento con 25 caballos de los granaderos de la Guardia y dos compañías de cazadores de Gerona y del Imperial y desempeñó su comisión con el mayor lucimiento, si bien en el reñido combate que hubo de sostener sufrió la pérdida del capitán Herrera, de varios soldados muertos y muchos heridos y, entre estos últimos, se contó el mismo Las Heras, de bastante gravedad.

Necesitaba ahora más que nunca el General Valdés suplir con sagacidad y pericia militar la ventaja que le llevaban los contrarios y, a estos recursos guerreros, debió la felicidad de sus resultados. Habiendo emprendido su marcha sobre el despoblado para ocultar su verdadero movimiento, volvió a caer muy pronto sobre el camino real de Potosí, por el que ocultó su retirada, esperando que sería evacuada por Aguilera dicha ciudad y que podría proveerse en ella de artillería y municiones de que escaseaba. Al llegar el día 6 de Agosto a la Lava, distante nueve leguas de la indicada capital, con certeza que las ventajas del citado Aguilera se habían limitado a destruir un escuadrón de caballería que había quedado a su frente, pero que la infantería se mantenía ilesa, ocupando la ciu-

dad de Chuquisaca a las órdenes del Brigadier Vigil.

Con tan lisonjeras noticias, varió notablemente la posición de Valdés; creyéndose bastante fuerte para sostener el campo contra sus adversarios, suspendió su retirada y se estacionó en la Lava, desde cuya fuerte posición podía cubrir las provincias de Charcas y de Potosí y disponer operaciones concertadas en ambos puntos. La persecución del Barbarucho había sufrido la demora consiguiente al error en que había sido inducido por la figurada marcha de Valdés sobre el despoblado de que se ha hecho mención: mas, sin embargo de este tropiezo, se hallaba ya al día siguiente a las cercanías de dicho punto de Lava y se trabó una escaramuza entre las partidas de uno y otro partido. Este pequeño encuentro frustró los planes de Barbarucho, dirigidos a sorprender a su rival; alarmados los realistas se pusieron en defensa y su activo jefe adoptó las más enérgicas medidas para sacar el partido que le ofrecía su posición.

Se figuraba el Barbarucho que las tropas de Valdés habrían sido alojadas, para libertarse del frío, en un ingenio de la plata que se hallaba en la parte más baja del terreno, perteneciente a los herederos del benemérito Conde de Casa Real de Moneda y esperaba que, arrojándose sobre ellas antes del amanecer, obtendría un triunfo decisivo. Animado con esta halagüeña creencia, rompió el ataque al rayar el alba, amagando la derecha del campamento, pero diri-

giendo el nervio de sus fuerzas a sus inmediatas órdenes por el centro, que se hallaba defendido por el mismo General Valdés. Fué este combate de los más reñidos y sangrientos que se hubieran visto en aquellos países; ambos jefes pelearon con la mayor obstinación y furor; ambos acreditaron en este día su bien merecida fama de valientes; ambos buscaban la muerte con ciego entusiasmo, sin que la identidad de sus hombres, de su patria y de divisa. aflojasen su terrible empeño en asegurar la victoria con su recíproca destrucción.

Si el ataque del Barbarucho se hubiera dirigido real y no fingidamente sobre la derecha, tal vez no habría salido desairado en su atrevida empresa; en aquel caso no le habría cargado tan oportunamente la caballería, que al mando del Brigadier Ferraz ocupaba la izquierda, a cuyo esfuerzo sucumbió toda aquella división, menos 40 ó 50 individuos bien montados, que fueron los únicos que pudieron salvarse de tan mortífera refriega. El General Valdés obtuvo, pues, la victoria más completa, aunque con la pérdida de muchos valientes y, entre ellos, la del Brigadier Ammeler, Coronel del batallón de Gerona, del Capitán del mismo cuerpo D. Francisco Casanova y de otros varios oficiales de los más brillantes del ejército.

Entre el gran número de prisioneros que fué presentado al General Valdés, se hallaba el humillado y herido Barbarucho, quien no dudaba de que las primeras palabras que salieran de la

boca de su competidor, habían de ser la fatal sentencia de su muerte; mas cual fué su sorpresa y la de todos los circunstantes, cuando oyeron en su vez, de este jefe, tan fiero en los combates como clemente y generoso con los vencidos, las más cariñosas expresiones para que fuera curado inmediatamente, excitándole a reponer todo recelo, protestándole que sus principios eran muy diferentes de los que profesaba el General Olañeta y ofreciéndole cuanto dinero pudiera necesitar.

Creció la admiración de todos, cuando vieron correr los raudales de lágrimas de los ojos del citado Valdés, producidos por el tropel de ideas que, en aquel momento, se agolparon a su imaginación: el apellido, la patria, la estimación que antes había dispensado a este furioso enemigo, la idea que tenía de su valor, su conducta en Tarabuquillo, en donde salvó prodigiosamente la vida de sus terribles órdenes para que hicieran fuego sus soldados sobre él a quemarropa, mientras que los estaba arengando; el gozo de tener en su poder al jefe más atrevido y temible, a quien Olañeta había debido la funesta ventaja de sostener con variedad de éxitos aquella campaña; la lisonjera idea de creer terminada la guerra civil con tan brillante golpe y de ver rendidos a sus pies a los que pocas horas antes se figuraban ya árbitros de esta misma división; todo este conjunto de ideas, en el que las dulces emociones de la victoria contrastaban con los punzantes estímulos del dolor, cau-

sado por la muerte de tanto valiente y con especialidad del Brigadier Ameller, íntimo amigo e inseparable compañero de Valdés, que tanta gloria había adquirido en los combates y que por sus ilustres hechos era reputado por uno de los más distinguidos jefes del Perú; la lucha en que el referido Valdés se vió envuelto consigo mismo para resolver sobre el uso que debía hacer de su ilustre triunfo; todo concurrió a formar una de las escenas más tiernas y contrastadas de su carrera.

Resuelto, finalmente, a sofocar los sentimientos del rigor y de la venganza con el objeto de que transmitido a la posteridad este rasgo de sublime generosidad, adquiriese su memoria un nuevo título de gratitud y aprecio, mandó que fueran curados los heridos y enfermos del bando opuesto con el mismo esmero, como si fueran sus propios soldados, a pesar de que las órdenes que le habían sido comunicadas prescribían la pronta imposición de la pena capital sobre cuantos rebeldes cayesen en sus manos. Aunque lo brillante de estos hechos desaparece en la funesta clase de guerra que dió lugar a ellos, no deben, sin embargo, pasarse por alto para que pueda juzgarse con acierto del carácter de los sujetos que tuvieron parte en ellos.

Habiendo enviado Valdés los heridos y prisioneros a Potosí, dejando sus tropas en Puno a las órdenes del Brigadier Ferraz, marchó sobre Chuquisaca con sólo 300 infantes y un escuadrón de caballería, cuya fuerza reunida con

la que mandaba Vigil en aquel punto, la creía suficiente para hacer entrar en el orden al Brigadier Aguilera. Los jefes que se hallaban con Olañata en el río Cinti, adonde había regresado después de haberse hecho dueño de la provincia de Tarija, ofrecieron la entrega de su General, luego que supieron los desastres de la Lava; pero como el Brigadier Ferraz, que fué quien recibió estas comunicaciones, no se creyese autorizado para acercar sus tropas según indicaban los citados jefes, sin que antes lo hubiera consultado con su General, se perdió un tiempo muy precioso y se malogró aquel proyectó que habría puesto término a estas porfiadas desavenencias, que fueron tan fatales a la causa del Rey.

Mientras que Valdés se hallaba ocupado en esta sangrienta campaña, se abrió la muy importante de Bolívar contra el General Canterac por la parte del norte, según se dirá con alguna extensión más adelante. La derrota que sufrieron las tropas realistas en Junín, hicieron sumamente crítica la situación del Virrey, quien ordenó a Valdés que volara, inmediatamente, en su auxilio con cuantas fuerzas tuviera a su disposición, abandonando las provincias del Alto Perú a discreción de Olañeta, dejó sin fruto todos los sudores empleados y la sangre derramada por la división de dicho Valdés para refrenar y asegurar la obediencia de aquellas tropas al jefe legítimo.

El desenlace que tuvo esta furiosa lucha nos confirma en nuestra opinión de que no debió jamás emprenderse. Se dirá que Olañeta fué un insubordinado, un rebelde; se dirá que el mismo decoro del Gobierno exigía que no fuera hollada su autoridad; se dirá que no convenía separar al llamado ejército del sur, dejando en poder de un partido contrario las ricas provincias del Alto Perú, de las que se extraían los principales recursos para sostener la guerra; se dirá también que, creyéndose de fácil ejecución el proyecto de destruir la influencia de Olañeta, convenía quitar este tropiezo antes de emprender operaciones en grande contra el enemigo común; se dirá que no habiendo surtido efecto alguno los exhortos y cuantos medios de conciliación se adoptaron para evitar este rompimiento, se vió ya justificado por las mismas circunstancias y se dirá, por último, que era sumamente arriesgado reconcentrar todas las fuerzas sobre el norte del Perú, porque, de dejar abandonadas las costas de Arequipa, podían tocarse los mismos inconvenientes que, por un movimiento igual sobre la capital en el año anterior, pusieron aquellos países al borde del precipicio. Sin embargo, de estas objeciones y, aun reconocida la insubordinación de dicho Olañeta con todo el carácter de reprensible, debieron en nuestro concepto las tropas del Virrey La Serna, más bien que entretenerse en esta funesta pugna, haberse dirigido a reforzar el ejército de Canterac para que éste hubiera podido avanzar por el


norte sobre el de Bolívar antes que hubiera concluido su organización y aumento.

Si así lo hubieran practicado, habrían agregado sus jefes nuevos títulos a su gloria. El desagravio de sus insultos podrían haberlo recibido con más seguridad y conveniencia después que hubieran arrojado del Perú a los colombianos. La razón alegada por aquéllos, de que dichas provincias del Alto Perú debían estar sujetas al Virrey, porque, sin sus auxilios, no podía sostener su ejército, pierde en gran modo su fuerza, si se considera que quedaron las mismas en el libre poder de su competidor, cuando las empleadas en su persecución habían sufrido los más terribles quebrantos en medio de sus pomposos triunfos.

Si calificamos, pues, de criminal la conducta de Olañeta, no podemos tampoco abonar la de las tropas del referido Virrey La Serna; aquél obró ilegal e injustamente, éstas con derecho y razón, pero con poca política. No cesaremos, por lo tanto, de lamentarnos de este espíritu de discordia entre los jefes realistas, que tantos estragos ha hecho en sus filas; los enemigos han ganado más terreno con su seducción e intriga que con el esfuerzo de su brazo. Daremos mayores aclaraciones sobre lo fundado de estos asertos por lo que respecta al General Olañeta, cuando hayamos descrito los importantes sucesos del ejército de Bolívar.

La extensa relación hecha a la letra de lo que expone el hispano, ha sido imprescindible,

pues ella forma una interesante parte de la historia. Cuando se detallen las dos últimas batallas que dieron la absoluta libertad de la América, se proseguirán las ocurrencias del General Olañeta hasta su conclusión.



CAPITULO LIX

Preparativos y movimiento de ambos ejércitos.

El hermoso, grande y muy poblado valle de Huairas se había hecho el centro de los activos preparativos necesarios para la próxima campaña, la cual creían principiaria con la marcha del ejército en el término de seis semanas.

Las divisiones del ejército de Bolívar emprendieron su marcha sobre Pasco en el mes de julio, distancia de más de 50 leguas de desfiladeros y montañas. Los Generales Lara y Córdoba mandaban la primera y segunda divisiones de infantería, como tropas colombianas; La Mar, la tercera compuesta de peruanos. La caballería del Perú a las órdenes de Miller; la de Colombia, el Coronel Caravajal; los granaderos a caballo de Buenos Aires, el Coronel Bruiz; el todo de esta arma, como el jefe más antiguo de ella, el

General Necochea. Cada división tenía su jefe del Estado Mayor y jefes de este Estado de todo el ejército, el General Sucre, el Doctor Sánchez Carrión al lado del Dictador, como ministro principal para los negocios del Perú. Se hace inconcebible, cómo en tan poco tiempo, hubieron logrado los independientes poner en campaña una fuerza tan numerosa y bajo un pie tan respetable de arreglo y buena dirección. Abundaban las provisiones de guerra y boca, el armamento, vestuario, medios de transporte y cuantos elementos guerreros se necesitan para abrir una importante campaña, para un ejército compuesto de 9.000 y más hombres, entre ellos 6.000 colombianos y darle una asombrosa movilidad. Los montoneros o guerrillas de la laguna de Lauricocha o de Reyes, cuyos habitantes han sido de los más obstinados y animosos contra los realistas, llamaban la atención de éstos por varias partes, formando una especie de cuerpo de vanguardia, desde que el inglés Miller pasó del cuartel general a ponerse a su cabeza. Los montoneros, en el Perú eran semejantes a las guerrillas en la guerra de la Península; ellos prestaron incalculables servicios, considerados como una fuerza auxiliar.

General Canterac. El haber permanecido en inacción este General en sus acantonamientos de Jauja, mientras que los patriotas se esparcían en una inmensa extensión

del país, parece inexplicable, permitiendo hacer grandes depósitos al enemigo en la parte oriental de los Andes y dejar pasar libremente el ejército patrio por horribles desfiladeros de las montañas; esta frialdad de Canterac sólo puede atribuirse a una confianza propia o equivocado cálculo de la fuerza enemiga, puesto que, en la opinión de los realistas, Bolívar era considerado muy inferior en capacidad militar a San Martín. Los puestos avanzados de los españoles estaban en Cacas, pueblecito tres leguas de Reyes.

El ejército del General Canterac, aunque compuesto a principios de este año de 9.000 hombres, no tenía a esta sazón sino 6.500 para llevar al frente de Bolívar; la guarnición del Callao le había distraído 1.500; los 1.000 restantes estaban dados de baja por enfermedades y otros objetos. Sin embargo, pues, de la inferioridad de su número, trató Canterac de obstruir la marcha de su enemigo y aun de arriesgar alguna batalla, si podía contar con todas las probabilidades de la victoria.

El hispano atribuye a la poca confianza que Canterac tenía de su infantería, por lo que no salió al encuentro hasta que no hubiese salido Bolívar al llano entre Rancas y Pasco, donde Bolívar dió una enérgica proclama a su ejército. No dejó de influir en el mayor aliento de los independientes el recuerdo de haber obtenido, cuatro años antes en aquel mismo sitio, una importante victoria sobre el Brigadier O'Reilly.

Proclama.

“Simón Bolívar, Libertador. Soldados: Vais a completar la obra más grande que el cielo ha encargado a los hombres, la de salvar un mundo entero a la esclavitud.

“Soldados: Los enemigos que debéis destruir se jactan de catorce años de triunfos; ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras que han brillado en mil combates.

“Soldados: El Perú y la América toda aguarda de vosotros la paz, hija de la victoria y, aun la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del nuevo mundo es la esperanza del universo. ¿La buscaréis? ¡No! ¡No! Vosotros sois invencibles. *Bolívar.*

El General Canterac, persuadiéndose invencible por su caballería, pensó dar una muestra positiva de su poder, llegando a Reyes la noche del 4 de agosto de la mañana del 5; avanzó a Carhuamayo y adelantó su caballería a Pasco; en aquella misma noche se retiró sobre su infantería y el 6 siguió su retirada. Los independientes continuaron su marcha en prolongación en extremidad sur del lago, para cortar a los realistas que, después de una marcha de cinco leguas por un terreno montañoso, los vieron repentinamente al llegar a un punto elevado a las dos de la tarde a distancia de dos leguas, que marchaban por los lagos de Junín un poco al sur de Reyes. Observado por Canterac que la caballería enemiga era la que, únicamente, se había adelantado, dejando su infantería a dos

leguas de distancia, se llenó de placer por ser esto lo que tanto deseaba. Dando, pues, la orden de que la suya continuase su retirada, por temor de que, si empleaba esta arma le arrebatase el enemigo con su pronta fuga el triunfo que daba por seguro, formó su plan de atacar simultáneamente su derecha, izquierda y centro.

Batalla de Junín.

El General Bolívar mandó al General Miller que doscientos cincuenta hombres de la caballería peruana, flanqueasen la derecha de la línea de los realistas que iban avanzando, pero como éstos se echaron encima al galope, no pudo llevarse a efecto este movimiento y tuvo que conversar sobre su derecha y atacar de frente. La gente que mandaba Miller, junto con él a la derecha de los patriotas, al mando del General Necochea, fueron cargados al mismo tiempo. El choque fué tremendo y su consecuencia natural en las circunstancias que acababan de describirse, fué la derrota total de los patriotas, a excepción de unos cuantos granaderos a caballo de Colombia, a las órdenes del bizarro Mayor Braun, que se abrió paso por los nacionales españoles y un escuadrón peruano que, estando al primer choque un poco a retaguardia, se libertó afortunadamente de la suerte de los demás.

Ya los independientes habían sido arrollados; a pesar de su arrojo y decisión, no habían podido resistir al terrible impulso de la caballería de los realistas; ya éstos empezaban a en-

tonar el himno de la victoria, cuando dos escuadrones enemigos que estaban a retaguardia al mando del Teniente Coronel Suárez, se lanzaron sobre los vencedores que se hallaban, asimismo, en el mayor desorden y confusión, mezclados con los vencidos.

Reunidos éstos con aquella masa de bronce que guardaba una perfecta formación, creyeron de nuevo los diseminados realistas; los acuchillaron horrorosamente; los obligaron a ponerse en pronta retirada y les arrebataron el campo de batalla. Todavía conservaba el Comandante D. Dionisio Marsilla algunos trozos de caballería, ordenadamente formados y esperaba con ellos arrebatarse de los rebeldes su inesperado triunfo; pero el General en Jefe, que deseaba conservar aquella fuerza como centro de reunión de los dispersos, no juzgó por conveniente permitir este rasgo de valentía y firmeza y, tomando a su vez las más activas disposiciones para evitar los malos efectos de aquel contraste, emprendió su retirada, esperando que muy pronto podría rehacerse de él y borrar este primer desaire de sus armas.

La acción duró tres cuartos de hora; el General Necochea recibió, al principio de la acción, siete heridas y fué hecho prisionero; los españoles perdieron 19 oficiales y 345 hombres muertos y 80 prisioneros. Los patriotas tuvieron 3 oficiales y 42 hombres muertos y 8 oficiales y 91 hombres heridos. Durante la acción, no dispararon, de una ni otra parte, ni un solo tiro

y no emplearon más armas que el sable y la lanza. El primer Regimiento de Caballería del Perú, anteriormente Húsares de la Legión, tomó el nombre de Húsares de Junín, en virtud de orden del General Bolívar y en testimonio de su aprobación al valiente comportamiento que tuvo en aquella acción; si esta acción se hubiera ganado por los españoles, habría formado el primer eslabón de la cadena de triunfos; se perdió y la formó de contrastes y reveses.

Aunque los realistas no iban estrechamente perseguidos en su retirada, ni eran seriamente molestados, sin embargo, perdieron mucha gente por la desertión y Canterac llegó a las inmediaciones del Cuzco con menos de cinco mil hombres. El Coronel Otero, uno de los jefes más inteligentes y activos del ejército del Perú, se portó bizarramente en la vanguardia.

Bolívar que, apenas vió la primera dispersión de su caballería en dichos llanos de Junín, se puso, según costumbre, en precipitada fuga hacia su infantería. Creyéndolo todo perdido, recibió a poco tiempo la tan plausible, como inesperada noticia de la victoria. Habiendo dado treinta y seis horas de descanso al ejército, se puso nuevamente en marcha; ocupó el 9 de agosto a Tarma y el 11 a Jauja, el 14 a Huancayo, el 22 a Huanta y el 24 a Huamanga, cuyos puntos eran abandonados por los realistas en su retirada, verificada con tanta precipitación que, al llegar al Cuzco, se hallaron menos de 5.000 hombres, como se ha dicho; cerca de 2.000 ha-

bían desaparecido, en su mayor parte por la deserción.

Cuando supo el Virrey la acción desgraciada de Junín, llamó inmediatamente al General Valdés que, con su división, había adelantado hasta Lava, 300 leguas al sur de Junín y 10 al sur de Potosí, donde había tenido una acción indecisa el 17 de agosto, once días después de la de Junín contra el ultrarrealista General Olañeta, en la cual murió el bizarro Brigadier Ameller, uno de los mejores oficiales al servicio realista.

El Ejército Libertador permaneció, cerca de un mes, en el citado punto de Huamanga; la última división salió de él el 18 de septiembre y el todo hizo alto, nuevamente, en Chualluanca y sus inmediaciones. Los montoneros, a las órdenes del Coronel Carreño, ocupaban Abancay y otros puntos en la orilla izquierda del Apurímac. El dictador reconoció personalmente aquel río y, en la primera semana de octubre, se separó del ejército para ir a Lima, según algunos, con la idea de organizar el Gobierno y acelerar los refuerzos que esperaba de Colombia y, según otros, para que no recayese sobre sí la mengua de una derrota que recelaba.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA



CAPITULO LX

Biografía del General Sucre.

El General Sucre, cuyas gloriosas batallas van a detallarse, nació el 13 de junio de 1793, en Cumaná de Venezuela y murió asesinado en Berruecos, provincia de Pasto, el 4 de junio de 1830, a la edad de 37 años, menos nueve días. Su estatura era menos que regular, su semblante vivo y animado, aunque no hermoso y sus maneras finas y agradables. Fué educado en Caracas, abrazó el servicio militar en 1811 y sirvió con crédito a las órdenes del célebre General Miranda. Después se hizo conocer muy particularmente por su actividad, inteligencia y valor a las órdenes del bizarro General Piar. Desde 1814 hasta 1817, sirvió en el Estado Mayor del Ejército y desplegó el celo y talento que le caracterizaban (1).

(1) Miller, tomo 2º, pág. 59.

El Doctor don José Manuel Loza, en 1846, publicó, en La Paz, la memoria biográfica que se copia:

Sucre (1). ¿Quién es aquel varón
que enlaza los estandartes
de la independencia americana, con la cruz de
la rendición, en las cumbres de Pichincha?
¿Quién el guerrero que combate por la libertad
en una altura tanta, donde jamás los mortales
osaron lidiar? (2). ¿Es acaso algún gigante que
procura escalar los cielos, o es el genio predestinado
para redimir la desventurada posteridad
de los hijos del sol... dignos de mejor ventura?

El ilustre discípulo de los veteranos Miranda y Piar, el primogénito de Bolívar, el heraldo de la victoria y el confidente de la gloria es Sucre; quien allí afianza la emancipación de Colombia, es Sucre el destinado..... ¡Ah! ¡Qué acontecimientos tan grandiosos, qué porvenir tan fecundo en resultados, ni podrá abrazar la historia, ni comprenderlos la inmensidad de los siglos! Tal vez la civilización europea se implantará algún día en el seno virginal de América.....

(1) Antonio José de Sucre, hijo del Vizconde Sucre y de doña Ana María de Alcalá, nació el 13 de junio de 1793, según se ha referido.

(2) Pichincha, monte volcánico situado a 1º, 32" de latitud sur en la República del Ecuador y tiene la elevación de 5.812 varas castellanas sobre el nivel del mar. Sobre su cumbre, existe una cruz que sirvió, a los académicos españoles y franceses, para calcular el verdadero valor de un grado en el Ecuador, en 1736, victoria en que tuvo gran parte la división peruana, comandada por el General D. Andrés Santa Cruz (boliviano).

Cajamarca, prisión y cadalso de Atahualpa; Trujillo que lleva el nombre de la patria del conquistador Pizarro; la ciudad de Rimac, espléndida, amena, graciosa como su cielo, condenada cual bella cautiva de un sultán, a servir por tres centurias de emporio o trofeo a los visires de Castilla; todos estos monumentos de profundo y tierno recuerdo, infunden en el ánimo del guerrero la noble ambición de revindicar tantos ultrajes, desventuras tantas.

Colocado bajo el Ecuador, sobre el Pichincha, arrebatada del mismo cielo sus rayos para aniquilar la tiranía, asaltando desde Ayacucho a Cundorkanki. El mismo día en que La Serna era creado Conde de los Andes, os alzasteis sobre ellos. ¡Oh, Sucre!, cual cóndor, cual águila de triunfo (1).

La Roma de América, el Cuzco y sus colinas inmortales (2), le saludan, como al vengador de los incas. De allí, la gloria le conduce, en sus alas, sobre la cima del Illimani y del Potosí, para fundar un Estado que lleve el nombre de su padre, la Nación boliviana; para or-

(1) Cundurkanki significa "digno del cóndor". El Rey de España expidió el título de Conde de los Andes, en favor del Virrey La Serna, el día 9 de diciembre de 1824.

(2) En una carta escrita por el General O'Leary, en 1825, se dice lo siguiente: "Cuzco me interesa lo infinito. Su historia, sus fábulas, sus ruinas son encantadoras. Esta ciudad puede con razón llamarse la "Roma de América". La inmensa fortaleza, en el lado del norte de la ciudad, es su Capitolio y el Templo del Sol, su Coliseo. Manco Capac fué su Rómulo; Viracocha, su Augusto; Huáscar, su Pompeyo y Atahualpa, su César. Los Pizarro, Almagro, Valdivia y Toledo son los hunos, godos y cristianos que la destruyeron. Tupac Amaru es su Belisario que le dió un día de esperanza; Pumakagua es su Rienzi y su último patriota".

ganizar y dirigirla ¡oh, querido de los pueblos!, deponiendo el casco guerrero por la corona cívica.

Dueño de la fortuna y de la gloria, “no me es deshonoroso, decía (1), confesar mi educación de soldado; no podía dirigir el país por un Gobierno militar, que no es propiamente gobierno, ni podía presentar a los primeros hijos de la revolución, las leyes de la milicia, como bienes que esperasen de la victoria” y convoca la primera Asamblea Deliberante que fije la suerte política del pueblo primogénito de la independencia americana. Así Sucre, más virtuoso y magnánimo que todos los vencedores romanos, desciende del carro triunfal para tributar sus adoraciones a la libertad y a la soberana popular, sus trofeos.

Invocado el “gran soldado de Ayacucho”, para ser el primer gobernante de Bolivia, “ese soldado”, que atribuye sus servicios a los legisladores de Colombia, sus aciertos al Libertador, y sus triunfos al ejército unido; ese soldado, para honrar el aniversario de 25 de mayo y la instalación del primer Congreso Constituyente que funda con sus armas, expide un decreto (2) que parece el germen o el fruto de la más espléndida civilización; amnistía para todos los errores políticos y crímenes atentatorios de la independencia, durante la guerra santa que ella

(1) Palabras del Mensaje presentado a la primera Asamblea Deliberante de Bolivia, en mayo de 1825.

(2) En 25 de mayo de 1825.

inspiró; sanción del principio contra inquisitorial, de que no hay poder humano sobre las conciencias; invitación a todos los hombres de la tierra, para que, mediante la salvaguardia de sus derechos y la especial protección al talento, vengán a rendir su culto a la libertad.

“He observado el principio.... de que en política no hay odio ni amistad, ni otros deberes que llenar, sino la dicha del pueblo que se gobierna.... La Constitución me hace inviolable.... ruego que se me destituya de esta prerrogativa. Si hasta el 18 de abril, se me justifica una sola infracción, delegaré y volveré de Colombia a someterme al fallo de las leyes”. He aquí el símbolo político que profesó, el código moral que impuso a su corazón el primer jefe constitucional de Bolivia.

Sus palabras postreras, en la despedida del mando supremo, han ratificado compromisos que parecían adelantarse a las mismas esperanzas.

“Para alcanzar los bienes de la independencia y de la organización del Estado.... que se me habían confiado, no he hecho gemir a ningún boliviano, ninguna viuda, ningún huérfano solloza por mi causa; he levantado del suplicio una porción de víctimas condenadas por la ley y he señalado mi Gobierno por la clemencia, la tolerancia y la bondad. Acaso se me culpe de que esta condescendencia sea el origen de mis heridas; pero estoy contento de ellas, si mis sucesores, con igual lenidad, acostumbran al pueblo boliviano a conducirse por las leyes,

“ sin que sea necesario que el estrépito de las
“ bayonetas esté perennemente amenazando la
“ vida del hombre y amenazando la libertad. En
“ el retiro de mi vida, veré mis cicatrices y nun-
“ ca me arrepentiré de llevarlas, cuando me re-
“ cuerden que para formar a Bolivia, preferí el
“ imperio de las leyes, a ser el tirano o el ver-
“ dugo que llevara siempre una espada pendien-
“ te sobre la cabeza de los ciudadanos”. ¡Qué
política tan sublime! El Apóstol Mártir de la
Libertad sabía que ésta no podía existir sin la
moral; he aquí por qué no hay virtudes entre los
esclavos.

Después de rogar, por premio a sus servi-
cios, el ser sometido al fallo de las leyes, renun-
ciando su inviolabilidad personal y, cuando el
vencedor era vencido por la revolución, enton-
ces, interpela a la nación entera por este galar-
dón: “El de no destruir la obra de su creación;
“ de conservar, entre todos los peligros, la in-
“ dependencia de la República” (1). ¡Qué re-
compensa! El suplicante anhela immortalizar con
ella el nombre de Bolívar, la obra de su crea-
ción y los esfuerzos heroicos que la prepararon.
Bolivia ha escuchado sus plegarias y esas pa-
labras grabadas sobre el pedestal del busto de
Sucre, constituyen el legado más precioso del
sentimiento nacional que los bolivianos saben
amar y cumplir.

(1) Las palabras insertas en los tres párrafos anteriores,
constan en el Mensaje presentado en agosto de 1828 al Congre-
so Extraordinario.

¡Cuán brillantes memorias arroja esa vida que ha pasado cual relámpago de salud y consuelo! ¡Cuánta sagacidad con Murillo, el sanguinario, para regularizar y conjurar la guerra a muerte! ¡Cuánta generosidad y patriotismo a bordo de la fragata "Proscorpin" y al frente del Callao! ¡Cuánta magnanimidad en Ayacucho Tarquis y con aquel infeliz o ingrato que atentara en Sucre contra su vida!

Aquel día en que presentasteis, en la plaza de La Paz, a Bolívar las legiones vencedoras de Ayacucho; cuando le disteis cuenta de vuestra misión libertadora; cuando le dijisteis: "que el padre y los hijos peregrinantes, desde las riberas del Orinoco, se habían reunido triunfantes en la cuna de la libertad"; cuando callasteis interrumpido por el llanto, o recordando catástrofes, u oprimido por el exceso de la felicidad, o figurándoos, cual si presentes estuvieran los cadalsos y víctimas del año 1809, en ese mismo lugar, ¿fueron aquellas lágrimas de sangre o de fuego, o querían imitar a las que vertió Jesús por la salvación del género humano? (1).

Cuando ese día cedisteis, con generoso y fino desdén al Libertador, la guirnalda de oro con que él mismo coronaría vuestras sienes; cuando aclamado por vencedor respondisteis: "vuestro solo nombre me ha hecho triunfar en Ayacucho", os parecíais ¡qué bello y sublime espectáculo! al Adonis mimado por la gloria, erais, ¡oh Sucre! o la ilusión del poeta, o la poesía del heroísmo.

(1) Acontecimiento del 18 de agosto de 1825 en la ciudad de La Paz.

“Sucre es mi brazo derecho” exclamaba el Libertador. Cuando éste supo el contraste de Berruecos, no pudo sobrevivir por más de seis meses y prefirió morir en Santa Marta, para vivir a la heroica, en forma de busto truncado de sus brazos.

¡Cuán hermosa ha sido la aurora, cuán radiante el sol de su vida, cuán tempestuosa la tarde de sus días! Los ciudadanos del mundo y de la historia por una gran revolución, la sombra de los héroes, sólo visibles por el reflejo de la gloria; los grandes genios que se fueron, ¡ay!, merecen la admiración y el llanto de las naciones.

La muerte de Sucre en Berruecos ha sido un sueño fatal, cual su vida un meteoro de luz benéfica y refulgente. No ha fallecido tal vez, quien debió ser inmortal sobre la tierra agradecida. Quizás desapareció solamente, como Licurgo, para hacer respetar su obra y sus leyes hasta su regreso. Dícese que Rómulo, fundador, fué muerto en el Senado, pero una estrella le representa entre los astros: las almas puras tienen su patria en el cielo. A los pueblos en orfandad, queda el triste y tardío recurso de disputarse la posesión sobre los restos mortales de sus bienhechores. ¡Al boliviano no sonreirá el consuelo, siquiera, de besar la losa que los cubre!

Bajo de un morrión y de una coraza de hierro, había una cabeza que pensaba y un corazón que sentía. El varón destinado para restituir a la independencia el mundo que a Castilla dió

Colón, era un filósofo encarnado en un guerrero; he aquí Sucre.

Sucre, General en jefe del Ejército Libertador. Dos o tres días después de la salida de Bolívar, reunió un Consejo de Guerra el General Sucre en Challaunca, para tratar sobre el plan de operaciones que sería más conveniente adoptar, respecto a que, aun cuando había recibido instrucciones del Libertador para tomar acantonamientos, creía el General en jefe que su situación podría ser muy crítica, si los enemigos avanzaban con fuerzas superiores, lo cual había algunas razones para esperar lo que sucedería. El Consejo se componía de los Generales Sucre, La Mar, Lara y Miller y de sus resultas, aunque se infringían las instrucciones que había recibido el General en jefe de Bolívar, sin embargo, se puso en marcha sobre Mámara para reconocer la orilla derecha del Apurimac, que ocupaban los realistas y asegurarse de la certeza o falsedad del rumor que la división Valdés estaba para llegar al Cuzco desde Potosí; los cuerpos en marcha fueron: batallón Núm. 1º, el Regimiento Húsares de Junín y un escuadrón granaderos a caballo.

El activo Valdés, con su división, llegó al Cuzco en los días 10 y 11 de octubre, a consecuencia de una de aquellas rápidas marchas que le dieron tanta celebridad en el Perú. Para conciliar más estrechamente los ánimos, para asegurar mejor una explícita obediencia, cual se

requería de todos los jefes y para redoblar el entusiasmo con el prestigio de la autoridad superior, dispuso el Virrey ponerse al frente de aquella campaña, como lo había hecho en la muy importante y gloriosa del año anterior.

El ejército realista se formó en tres divisiones de infantería y una de caballería, como manifiesta el estado del frente; este era, pues, el estado del ejército español reunido para abrir la campaña.

El teatro probable de las operaciones debía de ser Huamanga, 85 leguas del Cuzco en la dirección más corta de Lima; el terreno es de los más escabrosos y difíciles del Perú; los caminos, aun el de posta que se llama real, no son más que unas veredas, tan ásperas y penosas, que es necesario echar pie a tierra en muchos parajes, a pesar de ser muy prácticas las bestias empleadas en este objeto. El país se ve atravesado por una multitud de torrentes y por tres ríos considerables que corren, paralelamente, de este a oeste por barrancas sumamente profundas y son el Apurímac, el Abancay y el Pampas. La población se compone, en su totalidad, de indios, excepto las villas de Abancay y de Andahuailas, en las que se encuentran muchos criollos.

EJERCITO NACIONAL

Divisiones

Primera.	{ Primer Batallón de Burgos. Segundo del Primer Regimiento. Batallón de Guías. Batallón de Victoria. }
Monet.	
Segunda.	
Villalobos.	
	{ 1º y 2º Batallón de Gerona. Batallón del 1.er Regimiento. 2º Batallón del Imperial. Batallón de Fernando VII. }
Tercera.	{ Primer Batallón Imperial. Batallón de Cantabria. Batallón del Centro. Batallón de Castro. }
Valdés.	
Ferraz	{ Granaderos de la Guardia. Húsares de Fernando VII. Dragones de la Unión. Escuadrón de San Carlos. Escuadrón de Alabarderos. } Caballería

General en Jefe: El Virrey La Serna.

General de Artillería: Cacho, con 24 piezas.

General Canterac: Jefe del Estado Mayor y Segundo del Virrey.

General Carratalá: Primer Ayudante General.

Fuerza

Infantería	9.500
Caballería	1.500
Total	10.000 (1).

(1) Torr. Tom. 3º, Cap. 22, pág. 479 y 80.
Tom. 2º, pág. 372, vuelta.

**Marcha el Virrey con
el Ejército.**

Los pocos recursos que ofrece esta faja de terreno estaban apurados por la reciente retirada del ejército del General Canterac y por la actual ocupación del de Bolívar. En medio de estas dificultades, a las que tenían que subordinarse las miras y las maniobras del Virrey, hubo de emprender la campaña con el doble objeto de conducir al enemigo por la fuerza de los movimientos a un terreno en el que tuviera mayor facilidad para derrotarlo en una batalla, o para deshacerlo, como en la campaña anterior, o, finalmente, para obligarlo a abandonar el país. Resuelto, pues, a marchar sobre su flanco derecho, pasó ya el citado río de Apurímac cerca de su nacimiento mediante un rodeo de 12 a 14 leguas.

Torrente, a quien seguimos en mucha parte de su relación, dice que, al favor de este movimiento, se hallaron las tropas del Rey, el 29 de octubre en Jaquira, dueños del único camino transversal que conducía a Huamanga. La línea de operaciones de Sucre se vió amenazada desde este momento y el Virrey se halló en disposición de poderlo doblar, como lo efectuó, proporcionándose al mismo tiempo algunas subsistencias de que habría carecido, si hubiera tomado el camino real, ocupado por aquel caudillo. Como éste era el secreto de la campaña y el principio fundamental que iba a dirigirla, habían de resultar, por necesidad, situaciones muy extrañas y complicadas para ambos ejércitos.

El de los realistas continuó su marcha por los altos de Mámara y de Chuquibamba, cubriendo su derecha la vanguardia. Habiendo sabido el General Valdés, en 1º de noviembre, que una partida fuerte enemiga se hallaba en Chuquibambilla, hizo marchar al anochecer al Teniente Coronel D. Julián Olivares con dos compañías de cazadores para reconocer la población y atacarla al amanecer; pero, avisados los enemigos de este movimiento, se retiraron, precipitadamente, entre diez y once de la noche, sin más pérdida que la del Coronel alemán Altaus que fué hecho prisionero, al día siguiente, por una partida de indios acaudillada por el Cura. Se averiguó, entonces, que estas fuerzas, en número de 180 hombres, se habían avanzado, al mando de Miller, con el objeto de observar de cerca los movimientos del ejército español.

Miller había salido en caballos de refresco, hacia Huayllate para informase de si el Virrey seguía aquella dirección, como se había asegurado. No bien había subido dos leguas, cuando al llegar repentinamente a una altura, descubrió todo el ejército realista en marcha para Mámara, pueblo situado en el mismo valle de Oropesa y a distancia de dos leguas. Escasamente, tuvo tiempo Miller para hacer mudar su silla de una mula a un caballo, para evitar caer en las manos de un destacamento de húsares, enviado a perseguirle; perdió dos caballos, sus ponchos y una maleta, artículos de poco valor intrínseco, pero pérdida considerable en tales circunstan-

cias. Miller volvió a Oropesa, tan de prisa, como se lo permitió la senda pendiente por donde bajaba; uno de los caballos de la escolta tropezó y precipitó al jinete en un barranco profundísimo y no se le vió más.

El General Miller continuó su retirada por el lado opuesto del valle de Oropesa y pasó a media legua de Mámara, desde cuyas alturas pudo contar, distintamente, las columnas realistas que estaban acampadas. Habiendo perdido el camino los patriotas, vagaron por medio de barrancos y precipicios hasta las tres de la mañana siguiente, en que, afortunadamente, llegaron a unas cuantas chozas, donde hicieron alto con intención de continuar su marcha al romper el día; pero hombres y caballos estaban tan rendidos de fatiga que, ni unos ni otros, pudieron ponerse en movimiento hasta las 10 de la mañana; media hora después, ocupó el Virrey la choza en que habían descansado los patriotas.

El General Sucre llegó a Sambrana el 7 y el mismo día se retiraron las tropas libertadoras hacia Casinchigua, adonde llegaron el 9 y en cuyo punto estableció el General Sucre su cuartel general. Una división de infantería y toda la caballería se acantonaron con el cuartel general, otra división pasó a Pinchigua y la tercera se estableció en Chalquani, todas a menos de una legua de distancia entre sí.

El Virrey se decidió a flanquear a los patriotas y caer sobre su retaguardia y, cortándoles su comunicación con Lima, obligarles a aban-

donar sus fuertes posiciones. Para lograrlo, tomó el camino de Pampachira y llegó a Huamanga el 16 de noviembre, donde giró para tomar el camino real que dirige al Cuzco. Entretanto, el General Sucre se replegó sobre Andahuailas, donde permaneció unos cuantos días y continuó su marcha hacia Huamanga; por lo tanto, como marchaban los dos ejércitos, por un mismo camino, uno hacia otro, no tardaron en hallarse.

Fué, en esta ocasión, en la que el General de la vanguardia dió mayores pruebas de actividad e inteligencia; cuatro marchas rápidas, emprendidas con la idea de mantener la ilusión que tanto convenía y la completa destrucción de las partidas disidentes que ocupaban a Talaverilla al mando de los Coroneles Carreño y Placencia, la subdivisión de sus fuerzas y el acierto de sus maniobras, persuadieron con efecto al General Sucre de que allí se hallaba todo el ejército español; cuya idea llegó a ofuscarle de tal modo que, aun en el parte de la batalla de Ayacucho, seguía repitiendo éste su error.

Engañado, pues, Sucre, completamente, por el General Valdés y, creyendo seguro y expedito el paso del río, se arrojó a pasarlo en la noche del 30; al llegar la vanguardia española, a la mañana siguiente, a la vista de Bombón, no encontró más que una partida de 50 caballos enemigos, la que se puso, al instante, en precipitada fuga. El Virrey que, para ocultar su permanencia en aquel frente y para que Sucre se atreviese

a cruzar dicho río, se había alejado cinco leguas de él, no pudo ser instruido oportunamente de este movimiento, que nunca se figuró lo hubieran verificado los enemigos de noche y con tanta prontitud y, aunque hizo avanzar sus tropas al momento que recibió los primeros avisos, no pudo llegar a tiempo de impedirles la continuación de su retirada.

Este pequeño descuido de los realistas hizo que se frustrase la combinación más interesante de la campaña; cinco horas que se dejó ganar al enemigo en la citada noche, le salvaron de su completa ruina; todo el ejército independiente debió rendir las armas ese día; el plan había sido sabiamente combinado y su ejecución fué maravillosa, excepto en la parte, al parecer tan insignificante, que acabamos de indicar. Sensible es, por cierto, que la fatalidad del destino hubiese arrebatado, en esta ocasión, de las manos de los realistas una decisiva victoria, la que daban ya por segura. Se salvó, pues, el ejército independiente por tan imprevisto incidente y fué preciso, por lo tanto, concebir nuevos planes y dar otro giro a la campaña.

Todo el ejército real acampó el día 2 de diciembre en Matara, a la vista de los enemigos, menos la vanguardia, la que después de haber caminado, en el mismo día, 11 leguas, quedó todavía a 5 de distancia de los altos de Concepción y, aunque esta división estaba rendida por la citada penosísima marcha, hubo de emprender, en la misma noche, el movimiento que le

prescribió el Virrey y llegó, a las 11 de la mañana siguiente, a las inmediaciones del campo ocupado por los demás cuerpos.

En la tarde del 3 de diciembre, se corrieron los realistas sobre su izquierda, a lo largo de la cresta de la loma, pero, a distancia bastante, para ocultar su línea de la vista de los patriotas. El Comandante Bustamante, enviado a reconocer al enemigo, fué hecho prisionero al llegar a la cumbre de la montaña. El objeto del Virrey era tomar el camino real de retaguardia, lo cual percibió el General Sucre y principió, inmediatamente, su retirada, pero, mientras desfilaba por el valle de Corpaguaico, distante una legua de Matara, fué atacado vigorosamente por la división de Valdés, que, sin ser vista, se había adelantado aquella mañana. El Batallón de Rifles, compuesto de auxiliares de Colombia, mandado por el Coronel Sands, que formaba la retaguardia, fué arrollado y disperso, después de una valerosa resistencia. El Batallón de Vargas se dispersó también, pero el General Miller lo reunió y le hizo proteger a la caballería, cuando ésta atrevasaba el valle de Chonta, por un camino y vado que había descubierto, afortunadamente, examinando la quebrada el día anterior. Habiendo tomado los patriotas el lado del valle, hicieron alto, formaron y rechazaron un batallón realista que intentó pasarlo. El Mayor del Batallón de Rifles, Duchbrug, inglés y uno de los mejores y más incansables oficiales del ejército de Colombia y doscientos patriotas murie-

ron en el combate; su parque de campaña, sus mulas y caballos de repuesto y una de las dos piezas de campaña que les quedaban cayeron en manos del enemigo; la pérdida de los realistas no excedió de treinta hombres. El Coronel Tur, del ejército español, fué ascendido a Brigadier en el campo mismo de batalla, por su bizarro comorte.

A pesar de este serio descalabro, se retiraron los patriotas, a las 11 de la mañana y en el mejor orden posible, a Tambo-Cangallo, tres leguas al norte de Corpaguaico y siete al sur de Huamanga, seguidos siempre por los realistas, pero con gran prudencia.

Se proponía el Virrey ocupar el 6 el pueblo de Quinua y el campo de Ayacucho, a cuyo efecto mandó que la vanguardia tomase rápidamente aquella dirección; pero como, al llegar a media legua de distancia, observase el General Valdés que ya se hallaba ocupado por todo el ejército enemigo, suspendió su marcha, dando aviso de aquel caso imprevisto al Virrey La Serna, quien, subiendo con el General Canterac a la altura que había tomado dicha vanguardia, se convenció de que era inatacable la posición de Quinua por el frente del oeste que miraba hacia Huamanga. Creyendo, sin embargo, que Sucre seguiría, al día siguiente, su retirada sobre Huan-ta, dispuso que el ejército se dirigiese hacia las alturas de Pacaicasa, dejando situada la referida vanguardia de modo que pudiese cubrirla el Comandante.

Las alturas que dominan al pueblo de Quinua estaban ocupadas por indios fieles que tuvieron la osadía de aproximarse hasta media milla del campamento de los patriotas y quitaron a una partida de dragones varias cabezas de ganado. En los quince días anteriores, las bajas del Ejército Libertador ascendían a mil doscientos hombres, de forma que, en Quinua, no llegaba su fuerza total a 6.000 hombres. Habiendo perdido la caballería sus mulas en Corpaguaico, tenía que marchar pie a tierra, llevando del diestro sus caballos y muchos de ellos se habían inutilizado por falta de herraduras.

El campo de Ayacucho es una llanura de 600 toesas de largo y de algo más de 500 de ancho, situada al este de Quinua, pueblo pequeño, a tres leguas al oriente de Huamanga. El terreno está cortado, en ambas extremidades, por dos grandes barrancos. Los enemigos se habían situado, ventajosamente, desde el día 6 de diciembre al oeste de dicho pueblo con el concepto de que las tropas realistas iban a maniobrar por este lado; pero, habiendo advertido el Virrey que aquéllos no continuaban su retirada y que parecían más bien inclinados a batirse en esta posición, se dirigió hacia su retaguardia y se colocó el día 8 en la altura de Condorcanqui. Cambiando, entonces, Sucre su frente, se estableció al este de la citada población de Quinua, en el extremo de la pequeña llanura que lo separaba de la posición de los españoles.

Torrente dice (1) el ejército insurgente se componía de diez batallones, doce escuadrones y una pieza de artillería, con la fuerza disponible de 5.780 hombres, confesada por los enemigos, pero que, según los mejores datos, no bajaba de 7.000, lo que es más presumible atendida la costumbre que, generalmente, se nota en los guerreros de disminuir el número de sus fuerzas para aumentar el mérito del vencimiento.

Aunque los realistas contaban con 9.500 hombres de todas armas, a mediados de octubre, habían sufrido bajas considerables en los cuarenta y siete días de continuos movimientos por los parajes más fragosos y difíciles, en el paso de una multitud de torrentes y ríos y a causa de las privaciones de todo género que habían sufrido y de la deserción propia de aquellas tropas, como también por los muertos y heridos de las acciones de Andahuailas, Matará y otras escaramuzas. Su fuerza efectiva, era, pues, aproximadamente igual a la de los enemigos, es decir, 7 a 8.000 hombres, sin que se observase más superioridad que en la artillería, de la que conservaban en aquel momento 11 piezas.

Los colombianos iban a pelear a largas distancias de sus hogares y se hacía, por lo tanto, doblemente necesaria su íntima unión; las tropas de los realistas eran todas las del país, excepto 500 europeos y cansados de una guerra tan larga y penosa, había crecido en ellas, de tal modo su propensión a desertarse, que lo ve-

(1) Tom. 3º, Cap. 22, pág. 488.

rificaban cuantos individuos podían separarse de sus columnas, cuyo mal no podía corregirse de otro modo que llevándolos encerrados en cuadros formados por los europeos, especialmente de noche. Es, pues, evidente, que la calidad de las tropas independientes, era superior a la de los realistas, si bien éstos tenían, a su favor, el prestigio de sus anteriores victorias y los mayores talentos y pericia de los jefes, como lo confesó el mismo Sucre, manifestando que la ventaja de sus enemigos estaba en los pies, es decir, en el acierto de sus maniobras.

Antes de detallar la decisión de la cuestión, se manifestará la exposición del General español García Camba (1), en que, como actor y testigo en la campaña y batalla de Ayacucho, entre otras cosas, dice: "Las guerrillas inmediatas siguieron ese ejemplo (del Coronel español Rubin de Celis), de espontánea bizarría y el enemigo hasta entonces admirablemente inmóvil, se vió obligado ampear la división Córdoba, que cargó en columnas con firmeza y resolución a los atacantes, los cuales, aunque combatieron con extraordinaria bravura, abrumados por el número, fueron completamente deshechos, quedando entre los muertos los dos jefes del batallón, cuyo resultado tan rápido, como terrible e inesperado, produjo grandísima sensación en el ejército real. El General Sucre era harto entendido para no conocer la importancia de esta ventaja y para dejar de aprovechar la oca-

(1) Mem. para la historia del Perú, págs. 234 a 248, tom. 2º.

sión que le ofrecía la imperdonable temeridad de unos y el feliz resultado de la embestida de la división Córdoba, previno a ésta la continuación de su ataque sobre nuestra izquierda débil y conmovida y empleó parte de su caballería en auxiliar a la división Córdoba, cargando y arrollando nuestras guerrillas, que el valiente Escuadrón de San Carlos sostuvo hasta quedar casi todo en el campo de batalla.

Entonces, el General Canterac creyó conveniente mandar a la división Monet, que estaba intacta, que atravesara el barranco de su frente y condujo, personalmente, a la izquierda de la línea, dos batallones de Gerona que formaban la reserva de mayor importancia, logrando, de este modo, restablecer un tanto el combate, aunque por poco tiempo. Mas, al observar el General Sucre el precipitado avance de la división Monet, dispuso que el resto de la caballería de Colombia y dos batallones de la división Lara, la cargasen a todo trance antes de que acabara de pasar el barranco y a tiempo que la división Córdoba llevaba, por la izquierda, lo mejor de la pelea.

Ansioso el General Canterac y el Virrey de paralizar el brusco ataque de los enemigos, los tres escuadrones (de la guardia) formados, recibieron orden de cargar, desde sus respectivos puestos, lo que, animados por todos sus jefes, ejecutaron con la mayor prontitud y orden y los Lanceros de Colombia los esperaron a pie firme, enristradas sus enormes lanzas. Esta no-

vedad, por segunda vez presentada y sin que hubiese mediado tiempo y lugar bastante para meditarla y contrariarla, detuvo a nuestros soldados delante de sus engreídos adversarios y en medio del fuego de sus infantes y de nuestros dispersos; allí comenzó, sin embargo, un combate encarnizado, aunque desigual, que acabó por dejar en el campo la mayor parte de los jinetes españoles, imposibilitando, del todo, la continuación del descenso de esta caballería.

El escaso Batallón de Fernando VII que había quedado parapetado en la falda de la cordillera sobre el campo de Ayacucho, rompió el fuego desde su posición, signo del más cruel y triste agüero para el General Valdés que, por lo inclinado del punto de su ataque, no podía ver bien lo que pasaba en el resto de la línea, a tiempo, precisamente, que adelantaba con conocida ventaja sobre las tropas de La Mar. Pero, cargada su división con nuevas fuerzas ya victoriosas (Vencedor, Vargas y Húsares de la división Lara), no obstante su acreditada serenidad y la valentía con que, a pesar del mal terreno, se condujeron, a su vez, los Húsares de Fernando VII, todo cedió al destino adverso y, como a la una de la tarde, el resto del ejército real que no había sido muerto, herido o prisionero, huía en todas direcciones.

La confusión y la incertidumbre se retrataban en el semblante de todos y ninguno acertaba a proponer el arbitrio que convendría adoptar en tamañas circunstancias, cuando, al po-

nerse el sol de tan funesto día, se anunció, por retaguardia, un oficial parlamentario, a quien seguía el General La Mar, que pretendía hablar al General Canterac, como lo verificó, asegurando que el General Sucre estaba dispuesto a conceder a los vencidos una capitulación tan amplia, como sus altas facultades permitiesen, a fin de que cesaran del todo las desgracias en el Perú.

Los Generales Canterac y Carratalá, después de conferenciar con el General Sucre, extendieron las bases preliminares de una transacción y las remitieron, seguidamente, a sus compañeros acampados en lo alto de la cordillera. Acordaron, además, que al otro día, 10 de diciembre, temprano, pasaran al campo de Sucre situado en el queblo de Quinoa, D. Jerónimo Valdés y D. Andrés García Camba, como se verificó. Sucre ostentó, ante los nuevos comisionados, mucha franqueza y generosidad; aceptó lisa y llanamente las bases preliminares presentadas con sólo tres restricciones, que puso, de su puño, en el mismo borrador escrito por D. José Carratalá.

El cuerpo de Rubin de Celis, extemporánea y temerariamente lanzado al ataque contra el parecer de su inmediato General, alegando su jefe tener órdenes superiores al efecto, en cuya virtud cedió Villalobos, provocó a la división colombiana Córdoba a tomar la ofensiva y los destruyó con su superioridad, aunque no sin pérdida. Para reparar esta desgracia, se empenó la

división Monet en el paso del barranco de su frente y visto este imprudente avance, el General Sucre prescindió con habilidad, momentáneamente, de su izquierda, para empeñar la infantería y la caballería de Colombia por la derecha y el centro con toda decisión, como que de su éxito dependía su porvenir y esta resuelta arremetida produjo, en los soldados realistas, la más inexplicable sorpresa; batiéronse, no obstante, con una firmeza y una valentía dignas de mejor suerte.

El ejército independiente se componía, en su mayor parte, de soldados colombianos agueridos, que distaban de quinientas a mil leguas de sus hogares; contaba con muchos jefes y oficiales experimentados y con varios extranjeros de nombradía. El General Sucre se condujo, como conocedor de la difícil situación en que se hallaba colocado y es menester confesar que supo sacar con inteligencia el partido que la necesidad aconsejaba, ya que los españoles, olvidando el antiguo proverbio de "al enemigo que huye, puente de plata", se sirvieron de la mayor movilidad de sus tropas para impedirles la continuación de la retirada, aunque con el plausible fin de alcanzarlos y batirlos.

Ejército Realista. Quinua, pueblo indio, está en el extremo occidental del llano de Ayacucho, de forma casi cuadrada, de cerca de una legua de circunsferencia y flanqueado a derecha e izquierda por barrancos pro-

fundos y escabrosos. A retaguardia del llano, o parte occidental, hay una bajada gradual de dos leguas al camino principal de Guamanga o Guanta, el cual corre al pie de una montaña que se eleva, perpendicularmente, y sin salida conocida. El lado oriental del llano lo forma la pendiente, inmensa y escabrosa montaña de Condorkanki, cuyo enorme baluarte, corriendo de norte a sur, domina el campo de Ayacucho; un poco más abajo de su cúspide estaba acampado el ejército realista.

Ejército Patrio.

El Ejército Libertador estaba formado en el llano, a media milla de distancia al frente de los españoles, teniendo a Quinua a retaguardia, los cuerpos en columna cerrada y esperando el ataque de los realistas. Los cuerpos que lo componían se miraban colocados en el estado de enfrente.

Siguiendo la relación de Miller (1), "la posición del Virrey, según este testigo de vista y actor distinguido en aquella batalla, era muy expuesta, pues su infantería que ocupaba el frente o ladera de la montaña de Condorkanki, estaba a menos de tiro de fusil de la montaña. El fuego de dos o tres batallones desplegados en batalla habría obligado a los realistas a abandonar su posición; en la cual aquella noche murió un Teniente Coronel y dos o tres soldados realistas, estando sentados alrededor de las hogueras, por heridas que recibieron de balas per-

(1) Tomo 2º, cap. 25, pág. 173.

didás de la compañía establecida al pie de la montaña.

La expresada noche del 8 fué de un sumo interés y daba lugar a mil contemplaciones; la batalla era inevitable al día siguiente y ella debía decidir de la suerte de la América del Sur; los patriotas sabían que tenían que lidiar con fuerzas dobles y que nada podía salvarles y libertar a su país, sino una victoria completa. Los soldados patriotas podían esperar librar sus vidas, quedando sometidos, pero los Generales y Oficiales patriotas, no tenían otra alternativa de la muerte o la victoria.

A la verdad, es probable que el ejército real excedía en su mayor fuerza, pero también es cierto que, como dicho es, no contenía 500 europeos veteranos y el resto de tropas del país, mientras que los patriotas en Ayacucho reunían una fuerza de veteranos de Caracas, Panamá, Quito, Lima, Chile y Buenos Aires, hombres que se habían batido en Maipo, en Chile; en San Lorenzo, en las orillas del Paraná; en Carabobo, en Venezuela y en Pichincha, al pie del Chimborazo. En medio de aquellos americanos, valientes defensores de la libertad y la independencia de su patria, había extranjeros fieles a la causa, en cuyo obsequio habían perecido tantos otros paisanos suyos. Entre los que sobrevivían a tantos peligros y tantas fatigas, se hallaban hombres que habían combatido en las orillas del Guadiana y del Rhin y que habían presenciado el incendio de Moscú y la capitulación

CUERPOS QUE FORMABAN EL EJERCITO INDEPENDIENTE

Divisiones

Córdoba.	{ Bogotá. Caracas. Voltijeros. Pichincha.	La Mar.	{ Legión Peruana. Batallón N° 1. Batallón N° 2. Batallón N° 3.
Caballería.	{ Húsares de Junín. Granaderos de Colombia.	Reserva.	{ Vargas.
Miller.	{ Húsares de Colombia. Granaderos de Bs. Aires.	Lara.	{ Vencedorés. Rifles.

Artillería mandada por el Comandante La Fuente (al frente) un cañón de a 4.

General Gamarra, Jefe del Estado Mayor.

El Coronel O'Connor, 2º Jefe del Estado Mayor.

Córdoba, a la derecha. Miller, en el centro.

La Mar, a la izquierda. Lara, reserva.

Fuerza general en la batalla 5.780 (1).

(1) Miller, Tomo 2º, Cap. 25, pág. 172.

de París. Tales eran los hombres reunidos en aquel punto, haciendo causa común; americanos o europeos, todos estaban animados del deseo unánime de asegurar la existencia política de un vasto continente; conocían la ventaja y a ese paso las vivas, la alegría y su entusiasmo llenaba de ardor y de consuelo a sus jefes y su corazón se entregaba a esperanzas y presagios halagüenos.

El día 9 amaneció hermosísimo; al principio, el aire era muy fresco y parecía influir en el ánimo de las tropas, pero así que el sol tendió sus rayos por encima de la montaña, los efectos de su fuerza vivificadora se vieron palpablemente; los soldados de uno y otro ejército se restregaban las manos y visiblemente hacían conocer el placer que les causaba y el vigor que recibían.

A las nueve de la mañana, principió a descender de la montaña la división Villalobos; el Virrey se puso a pie a su cabeza y las filas siguieron bajando por el lado escabroso de Condorkanki, oblicuando un poco a su izquierda.

La división Monet, que formaba la derecha realista, principió al mismo tiempo a desfilar directamente al llano. La caballería, llevando sus caballos del diestro, hizo igual movimiento, aunque con mayor dificultad, colocada a intervalos entre la infantería de cada división. A proporción que la tropa iba llegando al llano, formaba en columna; este momento fué de un interés sumo y parecía hasta suspensa la respi-

ración y movimiento de vida, por la ansiedad que producían las dudas y la esperanza que, a la par, se ofrecían a la vista de todos.

Durante esta operación de efecto imponente, el General Sucre pasó a caballo por delante de sus tropas y dirigiendo algunas enfáticas palabras a cada cuerpo, les recordó sus hechos gloriosos y colocándose, en seguida, en un punto céntrico al frente de la línea y con un tono de voz que parecía inspirado, dijo: "De los esfuerzos de hoy, pende la suerte de la América del Sur" y señalando a las columnas enemigas que bajaban, les aseguró: "Otro día de gloria va a vuestra admirable constancia". Este lacónico, pero animado discurso del General en Jefe, produjo un efecto eléctrico y todos contestaron con vivas repetidos, con el mayor entusiasmo.

A este tiempo, más de la mitad de las divisiones realistas habían llegado y formado ya en el campo de batalla; entonces, el General Sucre mandó atacar a la división Córdoba y dos regimientos de caballería. Este bizarro General se desmontó de su caballo, se colocó a unas quince varas al frente de su división, formada en dos columnas paralelas, con la caballería en el claro y, levantando su sombrero con la mano izquierda, dijo: "Adelante, paso de vencedores". Estas palabras, pronunciadas con dignidad y vehemencia, las oyeron perfectamente las columnas, las cuales, inspiradas por la valiente conducta de su jefe, marcharon al ataque en el mejor orden imaginable. Los españoles se mantu-

vieron firmes y llenos de una visible confianza; el Virrey, Monet y Villalobos se veían a la cabeza de las divisiones, presenciando y dirigiendo la formación de sus columnas a proporción que descendían el llano. Al fin, los patriotas llegaron; cruzaron sus bayonetas con sus enemigos, se mezclaron con ellos y, por tres o cuatro minutos, lidiaron al arma blanca y con tal furia de una y otra parte, que estaba indeciso quién ganaría, no la palma del valor que ambos merecían, sino los favores de la fortuna y la victoria del día, cuando cayó la caballería colombiana mandada por el Coronel Silva. Este valiente oficial cayó cubierto de heridas; pero la intrepidez de la embestida fué irresistible; los realistas perdieron terreno, fueron arrojados a las alturas del Condorkanki con gran mortandad y el Virrey fué herido y hecho prisionero. Mientras los realistas iban trepando a las alturas, los patriotas, al pie de ellas, los cazaban a su salvo y muchos de ellos se vieron rodar hasta que algún matorral o barranco los detenía.

El General Miller, que había seguido a la división de Córdoba, viendo el triunfo completo que había obtenido, volvió inmediatamente a reunirse con el regimiento de Húsares de Junín que, afortunadamente, como luego se vió, había dejado de reserva.

Mientras tanto, la división Valdés había principiado, al amanecer, un movimiento de cerca de una legua, bajando por las laderas del norte de la montaña y se colocó sobre la izquier-

da de los patriotas a tiro de fusil y separado por un barranco. En el momento importante del choque que acaba de describirse, rompió un fuego vivísimo, horroroso, con cuatro piezas de campaña y un batallón desplegado en guerrilla; con el cual obligó a retirarse a dos batallones peruanos de la división La Mar. El batallón colombiano Vargas, enviado a sostener la división peruana, empezó también a ceder y dos batallones realistas atravesaron el barranco y avanzaron a paso redoblado, en seguimiento de los patriotas que se retiraban.

En aquel crítico momento, el General Miller resolvió, por sí mismo, cargar a los realistas vencedores, con el regimiento de Húsares de Junín y, cuando iba ya ejecutando aquel movimiento tan oportuno y decisivo, recibió la orden del General Sucre para verificarlo y con el cual obligó a los realistas a replegarse del otro lado del barranco y los siguió a aquel punto apoyado por los granaderos a caballo y por la división La Mar que había logrado reunir nuevamente su General. El valiente Coronel Plaza fué el primero que con su batallón, la Legión, atravesó el barranco para apoyar la caballería. El Comandante Morán, con su batallón Vargas, ejecutó igual movimiento por la derecha de la caballería y estos dos cuerpos y la caballería, apoyándose mutuamente y rivalizando en valor, atacaron con tal resolución que arrollaron a los realistas, se apoderaron de la artillería de Val-

dés, obligaron a retirarse a su caballería y dispersaron su infantería.

Los realistas habían perdido ya la batalla y huían a la montaña, de donde habían bajado aquella mañana con esperanzas de éxito tan diversas. Esta acción memorable no duró más de una hora. Esta relación, aunque merece todo crédito, no parece de más subscribir la del señor Torrente, pues de ambas podrá deducirse la verdad incontrastable de los hechos; bien que el parte del General Sucre al Ministerio de la Guerra hará una aserción más firme de las ocurrencias.

Si bien los realistas, dice Torrente (1), veían con placer la determinación de sus contrarios, no dejaban de estar agitados al considerar que ésta era la ocasión más crítica de su carrera. Fiados, sin embargo, en la superioridad de sus talentos más bien que en la de sus fuerzas, trataban de lanzarse a la pelea con la mayor impavidez y confianza. El ejército de Sucre se distribuyó, en la mañana del 9, en tres divisiones de infantería y una de caballería, cubriendo la derecha del General Córdoba con cuatro batallones y dos escuadrones, situado La Mar a la izquierda con otros tres de los primeros y dos de los segundos y defendiendo Lara el centro con tres batallones, dejando en reserva el grueso de la caballería a las órdenes de Miller.

Algunas compañías de la división La Mar habían ocupado, desde la noche anterior, una casa situada a la orilla del barranco que se pier-

(1) Tom. 3º, Cap. 22, pág. 400.

de en la citada llanura. La infantería realista se hallaba también distribuída en tres columnas casi paralelas; la vanguardia, al mando del General Valdés, ocupaba la derecha con cuatro batallones, dos escuadrones y cuatro piezas; la primera división, al mando del General Monet, con cinco batallones, ocupaba el centro y la segunda, con otros cinco, a las órdenes del General Villalobos, cubría la izquierda. La caballería, mandada por el Brigadier Ferraz, se hallaba a retaguardia de esta última división en campamentos de comodidad.

A las nueve de la mañana, reunió el Virrey en un punto que dominaba perfectamente todo el campo de batalla, a los Generales de división y de brigada y a los Comandantes Generales de artillería e ingenieros. Tenía por objeto esta junta deliberar acerca de la conveniencia y del modo de dar la batalla; se resolvió el primer punto por unanimidad y con satisfacción general. Prescindiendo de que era esta la primera ocasión en que los enemigos hubieran tomado una posición accesible con el designio de pelear, urgían por otra parte las circunstancias, porque al mismo tiempo que Olañeta avanzaba por el sur sobre el Desaguadero, hacía marchar Bolívar, por el norte, dos divisiones de tropas frescas, una de las cuales se hallaba ya, según los últimos avisos, muy cerca del cerro de Pasco.

Si Sucre llegaba a verificar su reunión con dichas tropas, cruzando el río Huarpa que tenía a la distancia de cinco leguas, adquiriría una su-

perioridad decidida y un influjo irresistible. El cansancio de los soldados y de los caballos realistas, por otra parte, la carencia de medios para sostener más tiempo la guerra de movimientos, según ha sido indicado y la ansiedad de todo el ejército, manifestada en los pasquines que días anteriores habían aparecido en las tiendas de los Generales, todo hacía ver la necesidad de provocar el combate más bien que de excusarlo. Todo, pues, justificaba la acertada resolución de fiar la suerte de las armas a una batalla que se presentaba con caracteres los más favorables.

De acuerdo con los mismos jefes, se formó el plan de ataque. La vanguardia debía desalojar a los enemigos que ocupaban la casa de que se ha hecho mención, mientras que la división Monet aproximaba las cabezas de sus columnas sobre el barranco de frente y dos batallones de la división Villalobos, siguiendo la cresta de la barranca de la izquierda, se situaban en escalones a la altura de la línea de cazadores, cubriendo al mismo tiempo su flanco. Los dos batallones, Gerona y Fernando VII, fueron colocados en segunda línea para servir de reserva, dispuestos de modo que pudiesen operar con oportunidad sobre el paraje en que se requiriese su apoyo, o formar un punto de reunión en caso de algún imprevisto contraste. La caballería debía descender al llano, formar la izquierda del ejército y sostener la artillería.

Serían las diez de la mañana, cuando estas diversas columnas emprendieron sus respectivos

movimientos en busca del enemigo. El General Valdés ocupó la casa fuerte, arrollando los tres batallones del Perú que se habían adelantado sobre el barranco para sostener las compañías que defendían dicha casa; y se hallaba, asimismo, empeñado con toda la reserva del ejército enemigo, que Sucre comprometió con la mayor torpeza, cuando por las otras alas tomaba la batalla un carácter muy diferente. El primer batallón del primer regimiento mandado por el Coronel Rubín de Celis que, según las instrucciones que se le habían comunicado, debía tan sólo llamar la atención de la derecha enemiga, se lanzó imprudentemente al llano y, habiendo caído sobre él la división Córdoba, fué batido, deshecho y puesto en total dispersión con la pérdida del mismo Rubín y de su Comandante.

El segundo batallón del Imperial, destinado a sostenerle, participó cobardemente de la derrota de Rubín sin haber, apenas, disparado un tiro. El General Monet que se hallaba, en este momento, al borde del barranco de su frente, arrebatado por un excesivo ardor, en vez de esperar, en tan buena posición, a que la vanguardia completase su movimiento, la caballería acabase de bajar y formar en el llano y la artillería se descargase de las mulas y se situase en los puntos convenidos, creyó, sin duda, que podía reparar el descalabro de la izquierda, con cuyo objeto y con el de sostener el batallón de guías que había sido diseminado en guerrillas, avanzó

de frente antes del tiempo que le había sido prescrito.

Así, pues, sin considerar que tenía sobre sí la división victoriosa Córdoba, apoyada por ocho escuadrones de caballería, emprendió el paso del barranco con una intrepidez prematura; dos de sus batallones habían logrado formar en columna, felizmente, a dicho lado de dicho barranco y el resto de la división continuaba pasándolo, cuando Córdoba, sin dejarle tiempo para desplegarse y habiéndole ya arrollado su batallón de cazadores, lo envolvió con toda su fuerza.

Un choque tan desigual no podía dejar de producir el resultado que efectivamente produjo: al cruzar estos cuerpos sus bayonetas con los batallones enemigos, tuvieron tres jefes muertos, herido su General y una pérdida proporcionada a esta clase de horribles y sangrientos choques; fué preciso ceder finalmente el terreno cubierto de muertos y heridos de ambas partes. Los dos batallones, que no habían entrado en línea, retrocedieron rápidamente al borde opuesto del barranco, pero, alcanzados por los fugitivos y desarreglada su formación de la manera que sucede siempre en semejantes ocasiones, no pudieron desplegar convenientemente, ni hacer la defensa que debía esperarse de la buena posición que ocupaban. Así, pues, esta división, que era la más importante por su número y por el punto que ocupaba en la línea de batalla, fué completamente batida y dispersada sin que bastasen a reunirla las ventajas que

le ofrecía el terreno de la espalda, ni la actividad y energía empleada por el General Monet, aunque herido y por los demás jefes.

En este crítico momento, estaba descendiendo la caballería desde la altura; el Escuadrón San Carlos y la compañía de flanqueadores de la guardia que sostenían las guerrillas, habían sido batidos; y conocida la necesidad de contener, por aquella parte, la caballería enemiga para que no acabase de doblar la izquierda de la división Monet, recibió orden Ferraz de cargar a toda costa a los ocho escuadrones de los independientes que tenía a su frente, con dos de Dragones de la Unión y dos granaderos de la guardia, únicos que habían formado hasta entonces en el llano. El combate fué vivo y sangriento; el primer escuadrón de la guardia, a cuya cabeza se hallaba el Teniente Coronel del mismo D. Domingo Vidart, acreditó, en esta ocasión, su bien conocida bizarría; pero verificado el choque contra fuerzas tan desiguales y bajo el tiro de la infantería Córdoba, que causó mucho daño a dichos escuadrones, se vieron todos ellos precisados a retirarse, precipitadamente, dejando el primero, en particular, tendida la mayor parte de su fuerza en aquel campo de muerte. Al mismo tiempo, perdida la división Monet su posición, se hizo, por lo tanto, general la derrota por toda la izquierda y centro del ejército.

El General Canterac que, por orden del Virrey, había sido puesto a la cabeza de la re-

serva, se arrojó con ella a la llanura, con el objeto de restablecer el orden en las filas y de favorecer la reunión de los cuerpos dispersos, en cuya operación se hallaban al mismo tiempo empeñados los Generales Carratalá, Villalobos y el Virrey en persona, pero los batallones de Gerona que debían protegerla, no eran ya los que habían vencido en Torata y Moquegua. Aquellos soldados habían desaparecido en la sangrienta campaña contra Olañeta; su Coronel Ameller no existía; los cuatro Capitanes de las compañías de preferencia habían sido también puestos fuera de combate; el lugar de tantos veteranos aguerridos estaba ocupado por reclutas tomados a la fuerza dos meses antes y por prisioneros de los últimos combates, de quienes no podía esperarse, razonablemente, ninguno de aquellos esfuerzos que exigía la situación de los negocios. Gerona abandonó, por primera vez en el Perú, al General que lo conducía y, por primera vez, también fué deshecho sin haberse batido. Ciento noventa y seis hombres del Batallón de Fernando VII, resto de los 700 con que este cuerpo había salido del Cuzco, hicieron, desde la última línea de reserva, una muy débil e insignificante resistencia.

Frustrados todos los esfuerzos de los Generales y jefes realistas, herido el Virrey y hecho prisionero al tiempo de retirarse a la posición que ocupaba el citado Batallón Fernando VII, eran ya los enemigos dueños del campo a la una del día, excepto su izquierda, en la que seguía

batiéndose gloriosamente la división Valdés, ignorando la suerte de las demás tropas, cuando se vió envuelto por la mayor parte de las contrarias, libres ya de otras atenciones y obligado a formar martillo para contener el furioso empuje. Fué entonces, cuando conoció que la batalla se había terminado de un modo funesto; su situación no le permitía retirarse, porque tenía comprometida, casi en cuadros, toda su tropa, ni podía proponerse otro objeto en tan desesperada crisis, sino el de entretener al ejército enemigo el tiempo posible para dar lugar a que se reuniese nlos dispersos.

Llegó, finalmente, la hora de la desgracia; fué enteramente arrollada esta bizarra división; Valdés se entregó a todos los excesos del dolor y de la desesperación; se le vió buscar con ansia la muerte por todas partes, considerando la vida como un peso insoportable después de aquella derrota. Algunos de sus jefes y oficiales se la salvaron, sin embargo, arrancándole de aquel teatro de sangre al favor de la confusión que reinaba en él; y así llegó a reunirse, en las alturas de la retaguardia, con unos 200 hombres de caballería que acompañaban al General Cantorac y con cuantos dispersos de la izquierda y centro habían podido ser recogidos por el extraordinario arrojo de algunos jefes y oficiales.

Los esfuerzos de éstos fueron, sin embargo, generalmente ineficaces; el Capitán Salas fué muerto por los mismos soldados que había tratado de reunir; el Brigadier Somocursio y otros

estuvieron expuestos a sufrir la misma suerte. No deberá parecer extraña esta conducta de parte de aquellas tropas, formadas de los prisioneros de las anteriores batallas o de indios o cholos arrancados de sus hogares; trataban los primeros de volver a sus filas y los segundos, de regresar al seno de sus familias. Sólo el prestigio de la victoria y el mágico ascendiente del nombre español, pudieron conservarlos en la obediencia de los realistas, en medio de su mayor predisposición a secundar la causa de la independencia. Si se hubiera ganado la Batalla de Ayacucho, habrían sido los más ardientes sostenedores del partido español; se perdió y todos ellos abandonaron a sus respetables jefes.

El parte siguiente da el conocimiento más seguro de la memorable Batalla de Ayacucho.

Parte oficial de la jornada de Ayacucho (1). Ejército Unido Libertador. Cuartel General en Ayacucho, a 11 de diciembre de 1824. "Al Señor Ministro de Guerra. Señor Ministro: Las tres divisiones del ejército quedaron, desde el 14 al 19 de noviembre, situadas en Talavera, San Jerónimo y Andahuailas, mientras los enemigos continuaban sus movimientos sobre nuestra derecha. Por la noche del 18, supe que el mayor número de los cuerpos enemigos se dirigían a Huamanga y dispuse que el ejército marchase para buscarlos. El 19, mientras partidas se batieron

(1) Impreso en Lima, para la historia del Perú en 1850.

en el puente de Pampas, con un cuerpo enemigo y el 20, al llegar a Uripa, se divisaron tropas españolas en las alturas de Bombón. Una compañía de húsares de Colombia y la primera de Rifles, con el señor Coronel Silva, se destinaron a reconocer estas fuerzas que, constando de tres compañías de cazadores, fueron desalojadas y obligadas a repasar el río de Pampas, donde se encontró a todo el ejército real, que había cortado perfecta y completamente nuestras comunicaciones, situándose a la espalda.

Siendo difícil pasar el río, e imposible forzar las posiciones enemigas, nuestro ejército quedó en Uripa y los españoles en Concepción, estando a la vista. El 21, 22 y 23 el encuentro de las descubiertas nos fué siempre ventajoso. El 24 los enemigos levantaron su campo en marcha hacia Vilcashuaman y nuestro ejército vino a situarse sobre las alturas del Bombón hasta el 30 que, sabiéndose que los enemigos venían por la noche a la derecha de Pampas Uchubambas a flanquear nuestras posiciones, me trasladé a la izquierda del río para cubrir nuestra retaguardia.

Los españoles, al sentir este movimiento, repasaron rápidamente la izquierda del Pampas; pero nuestros cuerpos acababan de llegar a Matará en la mañana del 2, cuando el ejército español se avistó sobre las alturas. Aunque nuestra posición era mala, presentamos la batalla, pero fué excusada por los enemigos, situándose en unas breñas, no sólo inatacables, sino inacce-

sibles. El 3 el enemigo hizo un movimiento, indicando el combate y se le presentó la batalla, pero, dirigiéndose sobre las inmensas alturas de la derecha, amenazaba tomar nuestra retaguardia. Antes había sido indiferente al ejército dejar al enemigo nuestra espalda; pero la posición de Matará, después de ser mala, carecía de recursos y era, por tanto, necesario seguir la retirada a Tambo Cangallo. Nuestra marcha se rompió, muy oportunamente, para salvar la difícil quebrada de Corpaguaico antes que llegase el cuerpo del ejército enemigo; mas éste había adelantado, desde muy de mañana y encubiertamente, cinco batallones y cuatro escuadrones a ponerse en este paso impenetrable. Nuestra infantería de vanguardia, con el señor General Córdoba y la del centro, con el señor General La Mar, habían pasado la quebrada, cuando esta fuerza enemiga cayó bruscamente sobre los batallones Vargas, Vencedor y Rifles, que cubrían la retaguardia con el señor General Lara; pero los dos primeros pudieron cargarse a la derecha, sirviéndose de sus armas para abrirse paso y Rifles, en una posición tan desventajosa, tuvo que sufrir los fuegos de la artillería y el choque de todas las fuerzas; mas, desplegando la serenidad e intrepidez que ha distinguido siempre a este cuerpo, pudo salvarse. Nuestra caballería, bajo el señor General Miller, pasó por Chonta protegida por los fuegos de Vargas, aunque siempre muy molestada por la infantería enemiga. Este desgraciado encuentro costó

al Ejército Libertador más de 300 hombres, todo nuestro parque que fué enteramente perdido y una de nuestras dos piezas de artillería, pero él es el que ha valido al Perú su libertad.

El 4 los enemigos, engreídos de su ventaja, destacaron cinco batallones y seis escuadrones por las alturas de la izquierda a descabezar la quebrada, mostrando querer combatir; la barranca de la quebrada de Compaguaico permitía una fuerte defensa, pero el ejército deseaba, a cualquier riesgo, aventurar la batalla. Abandonándoles la barranca, me situé en medio de la gran llanura de Tambo Cangallo. Los españoles, al subir la barranca, marcharon velozmente a los cerros enormes de nuestra derecha, evitando todo encuentro y esta operación fué un testimonio evidente de que ellos querían maniobrar y no combatir. Este sistema era el único que yo temía, porque los españoles se servían de él con ventaja, conociendo que el valor de sus tropas estaba en los pies, mientras el de las nuestras se hallaba en el corazón.

Creí, pues, necesario obrar sobre esta persuasión y, en la noche del 4, marchó el ejército al pueblo de Guaichao, pasando la quebrada de Acoero y cambiando así nuestra dirección. El 5, en la tarde, se continuó la marcha a Aco Vinchos y los enemigos a Tambillo, hallándonos siempre a la vista. El 6 estuvimos en el pueblo de Quinua; los españoles, por una fuerte marcha a la izquierda, se colocaron a nuestra espalda en las formidables alturas de Pacaisaca; ellos

siguieron el 7 por la impenetrable quebrada de Huamanguillo y, al día siguiente, a los elevados cerros de nuestra derecha, mientras nosotros estábamos en reposo. El 8, en la tarde, quedaron situados en las alturas del Cundurcunca a tiro de cañón de nuestro campo; algunas guerrillas que bajaron se batieron esa tarde y la artillería cesó sus fuegos.

La aurora del día 9 vió estos dos ejércitos disponerse para decidir los destinos de una Nación. Nuestra línea formaba un ángulo, la derecha, compuesta de los batallones Bogotá, Voltigeros, Pichincha y Caracas, al mando del señor General Córdoba; la izquierda de los batallones 1º, 2º, 3º y Legión Peruana, bajo el ilustrísimo señor General La Mar; el centro los granaderos y húsares de Colombia con el señor General Miller; y en reserva, los batallones Rifles, Vencedor y Vargas al mando del señor General Lara. Al reconocer los cuerpos, recordando a cada uno sus triunfos, sus glorias, su honor y patria, los vivas al Libertador y a la República resonaban por todas partes. Jamás el entusiasmo se mostró con más orgullo en la frente de los guerreros. Los españoles, a su vez, dominando perfectamente la pequeña llanura de Ayacucho y con fuerzas casi dobles, creían cierta su victoria. Nuestra posición, aunque dominada, tenía seguros sus flancos por unas barrancas y por su frente, no podía obrar la caballería enemiga de un modo uniforme y completo. La mayor parte de la mañana fué empleada sólo con fuego de

artillería y de los cazadores; a las diez del día, los enemigos situaban al pie de la altura cinco piezas de batalla, arreglando también sus masas al tiempo que estaba yo revisando la línea de nuestros tiradores. Di a éstos la orden de forzar la posición, en que colocaban la artillería y fué ya la señal del combate.

Los españoles bajaron, velozmente, sus columnas, pasando, a las quebradas de nuestra izquierda, los batallones Cantabria, Centro Castro, 1º Imperial y dos escuadrones de húsares, con una batería de seis piezas, forzando demasiadamente su ataque por esa parte. Sobre el centro, formaron los batallones Burgos, Victoria, Guías y 2º del primer regimiento, apoyando la izquierda de éste con los tres escuadrones de la unión: el de San Carlos, los cuatro de los granaderos de la guardia y las cinco piezas de artillería ya situadas y, en la altura de nuestra izquierda, los batallones 1º y 2º de Gerona, 2º Imperial, 1º del primer regimiento, el de Hermandinos y el escuadrón de alabarderos del Virrey.

Observando que aun las masas del centro no estaban en orden y que el ataque de la izquierda se hallaba demasiado comprometido, mandé al señor General Córdoba que lo cargase rápidamente con sus columnas, protegido por la caballería del señor General Miller, reforzando, a un tiempo, al señor General La Mar con el batallón Vencedor y, sucesivamente, con Vargas. Rifles quedaba en reserva para rehacer el com-

bate, donde fuera menester y el señor General Lara recorría sus cuerpos en todas partes. Nuestra masa de la derecha marchó, arma a discreción, hasta cien pasos de las columnas enemigas, en que, cargadas por ocho escuadrones españoles, rompieron el fuego; rechazarlos y romperlos, con nuestra soberbia caballería, fué un momento. La infantería continuó inalterablemente su carga y todo plegó a su frente.

Entretanto los enemigos, penetrando por nuestra izquierda, amenazaban la derecha del señor General La Mar y se interponían entre éste y el señor General Córdoba con dos batallones en masa; pero, llegando en oportunidad Vargas al frente y, ejecutando bizarramente los húsares de Junín la orden de cargar por los flancos de estos batallones, quedaron disueltos. Vencedor y los batallones 1º, 2º y 3º y Legión Peruana marcharon audazmente sobre los otros cuerpos de la derecha enemiga que, reuniéndose tras las barrancas, presentaban nuevas resistencias, pero, reunidas las fuerzas de nuestra izquierda y precipitadas a la carga, la derrota fué completa y absoluta.

El señor General Córdoba trepó, con sus cuerpos, la formidable altura de Cundurcunca, donde se tomó prisionero al Virrey La Serna; el señor General La Mar salvaba, en la persecución, las difíciles quebradas de su flanco y el señor General Lara, marchando por el centro, aseguraba el suceso. Los cuerpos del señor General Córdoba, fatigados del ataque, tuvieron la

orden de retirarse y fué sucedido por el señor General Lara, que debía reunirse en la persecución al señor General La Mar en los altos de Tambo. Nuestros despojos eran ya más de mil prisioneros, entre ellos, 60 jefes y oficiales; 14 piezas de artillería, 2.500 fusiles, muchos otros artículos de guerra y perseguidos y cortados los enemigos en todas direcciones; cuando el General Canterac, Comandante en jefe del ejército español, acompañado del General La Mar, se me presentó a pedir una capitulación. Aunque la posición del enemigo podía reducirlo a una entrega discrecional, creí digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los rendidos que vencieron 14 años en el Perú y la estipulación fué ajustada sobre el campo de batalla en los términos que verá V. E. por el tratado adjunto; por él, se han entregado todos los restos del ejército español, todo el territorio del Perú ocupado por sus armas, todas las guarniciones, los parques, almacenes militares y la plaza del Callao con sus existencias.

Se hallan, por consecuencia, en este momento, en poder del Ejército Libertador, los Tenientes Generales La Serna y Canterac; los Mariscales Valdés, Carratalá, Monet y Villalobos; los Generales de Brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Sormocurcio, Cacho, Atero, Landazcuri, Vigil, Pardo y Tur, con 16 Coroneles, 68 Tenientes Coroneles, 484 mayores y oficiales; más de 2.000 prisioneros de tropa; inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municio-

nes y cuantos elementos militares poseían; 1.800 cadáveres y 700 heridos, han sido, en la batalla de Ayacucho, las víctimas de la obstinación y de la temeridad españolas. Nuestra pérdida es de 370 muertos y 609 heridos. Entre los primeros, el Mayor Ducburi, de Rifles; el Capitán Urquiola, de húsares de Colombia; los Tenientes Oliva, de granaderos de Colombia, Colmenares y Ramírez, de Rifles; Bonilla, de Bogotá; Sevilla, de Vencedor y Prieto y Ramonet, de Pichincha; entre los segundos, el bravo Coronel Silva, de húsares de Colombia, que recibió tres lanzazos, cargando con extraordinaria audacia a la cabeza de su regimiento; el Coronel Luque que, al frente del batallón Vencedor, entró a las filas españolas; el Comandante León, del batallón Caracas que, con su cuerpo, marchó sobre una batería enemiga; el Comandante Blanco, del 2º húsares de Junín que se distinguió, particularmente; el señor Coronel Leal, contuso que, a la cabeza de Pichincha, no sólo resistió las columnas de la caballería enemiga, sino que las cargó con su cuerpo; el Mayor Torres, de Voltigeros y Mayor Sornosa, de Bogotá, cuyos batallones, conducidos por sus Comandantes Guas (1) y Galindo, trabajaron con extraordinaria audacia; los Capitanes Giménez, Coquis, Dorrongo, Brown, Gil, Córdoba y Ureña; los Tenientes infantes Silva, Suárez, Valdivieso, Otórola, French; los Subtenientes Galindo, Chabur, Rodríguez, Malave, Geral, Pérez, Calles, Marqui-

(1) Así apareec en el texto.

na y Paredes, de la 2ª división de Colombia; los Capitanes Landaeta, Troyano, Alcalá, Dorron-soro, Granados y Miró; los Tenientes Pazaja y Ariscum y el Subteniente Sabino, de la 1ª división, de Colombia; los Tenientes Otárola, Suárez, Ornas, Posada, Miranda y Montoya; los Subtenientes Isa y Alvarado, de la división del Perú; los Tenientes Coroneles Castilla y Gerardino y Tenientes Moreno, Piedrahita del E. M. Estos oficiales son muy dignos de una distinción singular.

El batallón Vargas, conducido por su denodado Comandante Morán, ha trabajado bizarramente; la Legión Peruana, con su Coronel Plaza, sostuvo con gallardía su reputación; los batallones 2º y 3º del Perú, con sus Comandantes González y Benavides, mantuvieron firmes sus puestos contra bruscos ataques; los Cazadores del Número 1º, se singularizaron en la pelea mientras el cuerpo estaba en reserva. Los Húsares de Junín, conducidos por su Comandante Suárez, recordaron su nombre para brillar con su valor especial; los granaderos de Colombia destrozaron, en una carga, el famoso regimiento de la guardia del Virrey. El batallón Rifles no entró en combate; escogido para reparar cualquiera desgracia, recorría los lugares más urgentes y su Coronel Sánde, los invitaba a vengar la traición con que fué atacado en Corpaguaico. Todos los cuerpos, en fin, han llenado su deber cuanto podía desearse.

Con satisfacción, cumplo el agradable deber de recomendar a la consideración del Libertador, a la gratitud del Perú y al respeto de todos los valientes de la tierra, la serenidad, con que el señor General La Mar, ha rechazado todos los ataques a su flanco y aprovechado el instante de decidir la derrota; la bravura con que el señor General Córdoba condujo sus cuerpos y desbarató, en un momento, el centro y la izquierda enemiga; la infatigable actividad con que el señor General Lara atendía con su reserva a todas partes y la vigilancia y oportunidad del señor General Miller para las cargas de la caballería.

Como el ejército todo ha combatido con una resolución igual al peso de los intereses que tenía a su cargo, es difícil hacer una relación de los que más han brillado, pero he prevenido al señor General Gamarra, jefe de E. M. I., que pase a V. S., originales, las noticias enviadas por los cuerpos. Ninguna recomendación es bastante para significar el mérito de estos bravos.

Según los estados tomados al enemigo, su fuerza disponible, en esta jornada, era de 9.310 hombres, mientras el Ejército Libertador formaba 5.780. Los españoles no han sabido qué admirar más, si la intrepidez de nuestras tropas en la batalla, o la sangre fría, la constancia, el orden y el entusiasmo en la retirada, desde las inmediaciones del Cuzco hasta Huamanga, al frente siempre del enemigo, corriendo una ex-

tensión de 80 leguas y presentando frecuentes combates.

La campaña del Perú está terminada; su independencia y la paz de la América se han firmado en este campo de batalla. El ejército unido cree que sus tropas, en la victoria de Ayacucho, sean una oferta digna de la aceptación del Libertador de Colombia. Dios guarde a V. S. *Antonio José de Sucre.*

Número de combatientes

Colombianos	4.500
Peruanos	1.200
Argentinos	80
<hr/>	
Son	5.780

Muertos

Colombianos, jefes y oficiales 9

Heridos

Peruanos, jefes y oficiales 10

Colombianos, idem, idem 40 (1)

Alcalá (2), en la defensa a las imputaciones contra Sucre en esta batalla, expresa en consecuencia: "El amigo más apasionado del General La Mar no podía hacer un elogio más

(1) Miller, tomo 2º, págs. 177 y 178.

(2) Impreso en Lima, en 1850, mem. para la hist.

distinguido de su comportamiento y me consta que el sagaz General Sucre tenía interés y empeño en realzar las cualidades de su compatriota el General La Mar, aparte de su mérito personal, por atención a la escarapela peruana que investía, convencido que más tarde este jefe sería llamado a figurar en el Perú". Sucre era algo mezquino para aplaudir a sus compatriotas que llevaban su propia cucarda; pues habla, sencillamente, del comportamiento del gallardo General Córdoba en Ayacucho, quien, según el General Miller, "mereció la admiración general en ese día"; no porque Sucre aplaudiera menos que otro la conducta de Córdoba, a quien quería en extremo, sino porque era avaro, en sus elogios, para los que cumplían con los deberes de su puesto.

Nadie, en Lima, ignora el pasaje del año de 1827, sucedido en Palacio en la inauguración del General La Mar en la Presidencia constitucional de la República. D. Manuel Lorenzo Vidaurre, Presidente, entonces, de la Corte Suprema, al arengar a S. E., dejóse llevar por ese vehemente ardor, tan característico en Vidaurre, como le fuera su genial inconstancia y le saludó como vencedor de Ayacucho. El, ciertamente modesto La Mar, se enardeció a su vez y, al contestar, dijo poco más o menos: "Yo no soy el vencedor de Ayacucho; este título pertenece al gran Mariscal don Antonio José de Sucre, cuyas órdenes me cupo la honra de cumplir en esa gloriosa batalla. El General Sucre es el verda-

dero vencedor de Ayacucho". Este lenguaje es propio de un valiente, de un hombre de honor.

No siendo mi objeto otro que el de defender la reputación del gran Mariscal de Ayacucho, sin intentar, por esto, desfigurar la que en justicia, pueda corresponder en la historia a los demás próceres de nuestra independencia, omito entrar en comparaciones que no son del caso. Si alguien de aquéllos que no conocieron personalmente a los ilustres La Mar y Sucre, quisiera comparar las capacidades militares y cívicas respectivas de estos célebres colombianos, puede consultar los documentos históricos consignados en la vida pública del Libertador en el tomo 16, referentes a la campaña de Torquí, en 1829, contra Colombia, en que Sucre figuró, en clase de General en jefe del ejército colombiano, vencedor en esa campaña y La Mar, como General en jefe del ejército peruano.

La conducta política y militar del General Sucre se halla bien comprobada a la faz del mundo; a más, corroboradas bajo las beneméritas firmas de los Generales D. Agustín Lersundi, D. Manuel Ignacio Vivanco, D. Juan Crisóstomo Torrico, D. José María Raigada, D. Manuel Aparicio, Gran Mariscal D. Miguel San Román, los Coroneles D. Juan Espinoza y D. Baltasar Cavaredo, contemporáneos en aquellas jornadas.

El General Sucre mereció y ha recibido los mayores elogios por la gloriosa y decisiva batalla de Ayacucho; pero, quizás no es menos acree-

dor a ellos por las generosas y políticas condiciones que concedió a los vencidos; y aun merece mucho mayor aplauso por la rapidez con que supo aprovecharse de la victoria, a pesar de los obstáculos, al parecer invencibles, que se ofrecían a la vista. Tan discreta y decisiva conducta impidió que los realistas fugitivos se reuniesen e imposibilitó que fuesen a reforzar al ultrarrealista General Olañeta. Indudablemente, la marcha y persecución que hizo el General Sucre contra los realistas, fué maestra y decisiva y salvó, con ella, al Perú de los efectos futuros de una guerra desoladora que, indebidamente, se prolongó después de la batalla de Junín, por haber dejado a Canterac que se reuniese en el Cuzco a Valdés (1).

Hablando Baralt y Díaz en su "Historia de Venezuela" (2) de la batalla de Ayacucho, dicen: "Manifestó Sucre, entonces, que era digno de los favores de la fortuna, sellando su espléndido triunfo con la heroica generosidad de un valiente". En circunstancias en que, según la expresión de un escritor español, "podía considerarse, como una gracia, cuanto les fuera otorgado por su orgulloso enemigo". Concedió, a los restos del ejército vencido, una hermosísima capitulación de que ofrece la historia pocos ejemplos.

Para comprobar ahora los esfuerzos de los generales y jefes realistas en esta batalla, el

(1) Miller, tomo 2º, págs. 179-221.

(2) Tomo 2º, pág. 121.

escritor se aproxima a referir algunas exposiciones del señor Torrente (1), que clasifican aquellos méritos y servicios a pesar de la desgracia y que no es justo dejar pendiente tantos juicios, como formó la América y la Europa de este contraste.

“Esta importante batalla, en la que se selló la emancipación del Perú, ha sido objeto de la más viva controversia y ha empeñado, por algún tiempo, la atención de la Europa entera. Se ha pretendido dar un carácter de criminalidad a los jefes españoles que la mandaron, por la sola razón de que la opisión pública no estaba preparada para recibir de un golpe tan terrible suceso. Un ejército tan brillante, como el que habían sabido formar los generales españoles, tan orgulloso y temible por sus repetidas victorias; unos jefes tan inteligentes y esforzados que habían destruído todas las fuerzas colombianas del Perú, Chile, Buenos Aires y aun las primeras expediciones de Colombia ¿podía creerse que, en un solo aciago día, perdieran el fruto de tantos sacrificios y el lustre de tantas hazañas?

¿Podía esperarse que el Perú fuese arrebatado de sus manos en el momento en que parecía estar asegurado sobre bases las más firmes e indestructibles? Nadie, por cierto, creyó este fatal y brusco desenlace, pero nosotros, que acabamos de recorrer las fases revolucionarias de

(1) En su tomo 3º, cap. 22.

los demás Estados de América, no nos admiramos de que así haya sucedido.

La plaza de Montevideo se rindió, en 1814, a los independientes, cuando los 4.000 o 5.000 veteranos que la defendían y, cuando una brillante escuadra, superior a la enemiga, daban, si no la esperanza de la victoria, a lo menos la de salvar a aquellas fuerzas y la de emprender importantes operaciones en combinación con los ejércitos del Alto Perú.

El reino de Chile se perdió en 1818, cuando más esperanzas había de que la derrota de los enemigos en Cancha Rayada había de restablecer sólidamente la autoridad real, en cuyo auxilio estaba caminando una respetable expedición salida de la Península, con la que se habría acabado de dar el último golpe de exterminio al genio de la rebelión.

El reino de Santa Fe se perdió, asimismo, en el momento en que había menos elementos para producir este funesto resultado.

El reino de México pasó al poder de los rebeldes, precisamente, cuando había llegado a adquirir el dominio del Rey tal pujanza, que las conductas de la plata caminaban, sin escolta, en todas direcciones, menos por la parte de Tierra Caliente.

Bolívar adquirió el dominio de las provincias de Venezuela en la batalla de Carabobo que fué, seguramente, la que empenó con menos probabilidades de la victoria.

El reino de Quito vió desaparecer, como por encanto, en la batalla de Pichincha, el Gobierno español, cuando se creía, por el contrario, que los agresores maniobraban para hallar su salvación en los brazos de Bolívar sobre Pasto, más bien que para exponerse a los azares de un combate que se presentaba con todos los caracteres de serles funesto.

Se perdió el ejército de Morales, en Maracaibo, en el momento en que más esperanzas se habían concebido de que este digno jefe pudiese triunfar de todos los esfuerzos de los republicanos.

¿Cómo es, pues, que la opinión se ha pronunciado de un modo tan violento, cuando lo que se ha visto en la batalla de Ayacucho, es una repetición de lo que se ha practicado anteriormente en otros puntos con muy poca diferencia en las causas y en los efectos? El terrible cargo que pesa sobre todo escritor me obliga a ser justo e imparcial. Nuestra pluma no sigue el impulso de partidos que no conocemos, ni rinde vasallaje al temor que está bien distante de nuestro ánimo, ni es tributaria al favor, al parentesco o la amistad, ni otra clase de relaciones que ligan a veces la voluntad del hombre más recto y justificado, pues que ni las hemos tenido ni las tenemos, sino de mera cortesanía con los sujetos interesados en estos sucesos. Nuestra opinión es, pues, hija de nuestro convencimiento, formada por el profundo estudio que hemos

hecho de estas materias y sostenida por los dictados del honor y de la virtud.

Miller, en la noche, fué a visitar al Virrey prisionero La Serna (1), que había sido colocado en una de las mejores de las miserables habitaciones de Quinua. Cuando Miller entró, halló al Virrey sentado en un banco y recostado contra la pared de barro de la choza. Un corto reflejo de la llama de una pequeña lámpara de barro, esparcía luz únicamente para que pudiesen percibirse sus facciones, a las cuales, en parte, hacían sombra sus venerables canas, teñidas aun, en algunas partes, con sangre de la herida que había recibido. Su persona alta y, en todos tiempos noble, parecía, en aquel momento, aun más respetable e interesante. La actitud, la situación y la escena, todo reunido, era precisamente lo que un pintor histórico habría escogido para representar la dignidad de perdidas grandezas. Reflexionando en las vicisitudes de la fortuna, puede fácilmente imaginarse con qué sentimientos se iría adelantando Miller hacia el hombre que, pocas horas antes, ejercía el poder real. El Virrey fué el primero que habló y alargándole la mano, dijo: "General, todos conocemos a Ud. perfectamente y siempre le hemos considerado, como un amigo personal, sin embargo de las inquietudes que nos ha causado y del estado de alarma en que tantas veces nos ha tenido. A pesar de mis desgracias, tengo mucho

(1) Tomo 2º, pág. 182.

gusto en ver a Ud.". El Virrey, en seguida, le manifestó que habían puesto un centinela dentro de su mismo cuarto, según presumía, por equivocación y que, en la confusión y atropellamiento natural del día, no habían curado aún su herida. El General Miller mandó salir inmediatamente al centinela y envió por un cirujano. Cuando le habían curado ya la herida, al ofrecerle Miller sus servicios, le dijo que lo único con que podía brindarle era con un poco de té que, por casualidad, tenía en su cantina y único tal vez que habría en el ejército. Debilitado por la pérdida de sangre, el Virrey pareció revivir a la sola mención de aquella bebida y dijo: "Esa es, a la verdad, la única cosa que podría tomar ahora. Una sola taza me reanimaría y me preservará de empeorar y de un desvanecimiento". Cuando trajeron el té, lo tomó con ansia y le fué quizás más agradable este oportuno auxilio, que ninguna otra atención a favor de cuantas recibió en su vida. El Virrey manifestó a Miller su reconocimiento del modo más expresivo, el cual tuvo un particular gusto al haber podido prestar aquel pequeño servicio a prisionero tan distinguido. Miller sabía, desde mucho antes, que el Virrey había dicho que, en el caso de hacerle prisionero, le trataría como hermano y le daría los medios necesarios para regresar a su país, única condición que le impondría, pero condición que Miller no habría aceptado ciertamente, a menos que no hubiese sido acompañada del permiso de volver a servir en el ejército peruano.

En la mañana del 10, vió el General Miller venir hacia su casa, en compañía del General Sucre, a un oficial español; éste que era de pequeña estatura, delgado y un poco inclinado hacia adelante, traía un sombrero de ala ancha, de pelo de vicuña, una levita basta, cenicienta y unos botines altos, de pelo. Cuando llegó más inmediato, sus penetrantes ojos chispeaban y animaban un rostro tostado por la inclemencia del tiempo, pero sumamente interesante y, antes que Sucre tuviese tiempo de presentarlo, corrió al frente algunos pasos y abrazó a Miller diciéndole: “Conozco quién es Ud. Yo soy Valdés. Ud. y yo debemos ser amigos”. Entonces, volviéndose a Sucre, añadió: “Este señor Miller nos ha tenido muchas veces sobre las armas, sin dejarnos descansar y andando arriba y abajo. Dicen que yo soy activo, pero él parecía brujo, tan pronto aquí como allá y en todas partes, sin que nunca pudiésemos conocer sus intenciones, saber su número, o qué hacía, hasta que nos había pegado algún chasco”.

El General Valdés nació en Asturias, el año 1786, como está indicado. Fué educado para seguir la carrera de la toga, pero, a la invasión de los franceses en la Península, tomó las armas y era, en 1810, Teniente en el ejército del General Cuesta. El año siguiente fué ascendido a Capitán y nombrado Edecán del General Ballesteros. Aconsejó a este General y se supo escribió la exposición que hizo a la Regencia, oponiéndose al nombramiento del Generalísimo

Lord Wellington. Este paso le dió popularidad con muchas personas, pero le atrajo el desagrado del Gobierno y acompañó a Ballesteros a su separación del mando. En 1813, fué empleado Valdés, nuevamente y sirvió con distinción. Al regreso de Fernando a España, se retiró a la provincia de su nacimiento y, en 1815, acompañó al General La Serna al Perú, en clase de jefe de E. M. Su genio militar y actividad lo manifiesta el relato mismo de esta historia y su desinterés era tal que no debe pasarse en silencio. En la última época, jamás quiso recibir su paga y, cuando necesitaba dinero, acudía al amigo más inmediato que podía atender sus necesidades del momento. En una ocasión, cuando se hallaba en el sur, envió a pedir, a un comerciante de Arequipa, trescientos duros; el comerciante le envió quinientos, pero como Valdés no necesitaba más de los que había pedido, volvió el resto con el portador. Era tan descuidado en su persona que sus amigos tenían, generalmente, que mandarle a hacer la ropa, para que pudiese mudarse o reemplazar la que estaba ya absolutamente inútil. El vestido que llevaba, en la mañana referida, se lo habían regalado sus soldados el año anterior. Nunca, en su mesa, se servían otros manjares más de sus raciones; dormía sobre uno o dos ponchos, al aire libre, a la cabeza de su división, cuando iba de marcha y, por esa razón, los soldados decían de él: "En campaña el tío siempre está en casa".

Como hombre público, era considerado Valdés como violento, precipitado, despótico y descortés; era temido de los oficiales, pero idolatrado por la tropa. Valdés era un hombre de genio muy superior y tenía un nervio tal, que le habría hecho digno compañero de Carlos XII o de Suwarrow; después fué segundo cabo de la provincia de Aragón, General en jefe del Ejército Cristiano y Capitán General de La Habana.

La batalla de Ayacucho se perdió contra las esperanzas, aun de los vencedores y contra la creencia general de los pueblos de América y de Europa. Sus causas naturales, prescindiendo de la escisión de Olañeta que fué el principal origen e, independientemente, de la acción de Junín, sin cuya desgracia habría sido muy diferente la suerte de los realistas, fueron las siguientes:

1º— El temerario arrojó del Coronel Rubín de Celis, el cual comprometió los movimientos de la división Monet, hasta el punto de hallar este valiente jefe su destrucción a la otra parte del barranco que tenía a su frente, en vez de los honores del triunfo con que la fortuna debiera haber pagado tan ardiente celo y atrevido impulso.

2º— El abandono que hizo la reserva de la ventajosa posición en que estaba situada, con cuyo no bien calculado movimiento, quedó el ejército sin un punto de apoyo para reunirse.

3º— El precipitado ataque de la caballería realista, por los motivos expresados, sin haberse

podido formar más que cuatro escuadrones contra duplicadas fuerzas de los contrarios.

4º— La desacertada y tardía aproximación de la artillería a un campo que ya estaba teñido con las manchas de la desgracia, por cuya razón fué tomada, en su mayor parte, antes de haberse descargado de las mulas.

5º— La mala calidad de las tropas, por lo que no fué posible corregir aquellos errores, ni reunir las de nuevo después de haber sido batidas.

He aquí las verdaderas causas de la pérdida de la batalla de Ayacucho; no se perdió, pues, por falta de decisión y de celo por la causa que se defendía y, sí, por exceso de ardor, de confianza y de arrojo. Rubín de Celis murió, como un temerario, a la cabeza de su batallón; el General Monet fué herido al frente de su división, haciendo prodigios de valor; el General Canterac se comprometió personalmente con la reserva, llevado de su extraordinario ardor para remediar el desorden introducido en la división del centro; a Carratalá y Villalobos se les vió constantemente en los parajes de mayor riesgo; los Brigadieres Ferraz, Bedoya y García Camba, a la cabeza de la caballería, hicieron terribles, pero infructuosos esfuerzos contra fuerzas duplicadas; los de igual clase, Pardo, Otero y Cacho, se condujeron con el honor que les era propio, aunque no pudieron desplegar todos los recursos de su ingenio; el general y jefes de la vanguardia se batieron desesperadamente y, con tanto acierto, que si no ocurren las faltas indi-

cadass por el centro, habría sido decisivo su triunfo, habiéndose distinguido, muy particularmente, el Comandante D. Antonio Azpiroz que supo, en esta ocasión, conservar el pomposo título de primer soldado de la división, que había obtenido en la Guerra de la Independencia de la Península; el Virrey, finalmente, cargado de años y de servicios y, entusiasmado al ver el peligro de su ejército, se metió como un granadero en medio de las tropas contrarias, por las que fué hecho prisionero después de haber recibido sus heridas.

La anterior relación y contenido de ocurrencias que produjo la batalla de Ayacucho, se hallan aseguradas por Torrente, Miller, Estado Mayor del Ejército Realista, partes oficiales y memorias redactadas por uno y otro partido; de todo, resulta que los generales y jefes españoles desplegaron, en esta desgraciada batalla, cuanta energía, actividad y valor caben en militares esforzados y pundonorosos; les persiguió la dura suerte del destino y fueron completamente derrotados. Pudiendo contener, únicamente, 200 a 300 caballos de los dispersos, todos los demás habían huído perseguidos vivamente, en todas direcciones, por los vencedores orgullosos. En esta crítica situación y replegados los generales y jefes con bastante número de oficiales y la posición que había escogido el General en jefe Canterac, llegó un ayudante de La Mar, ofreciéndoles una generosa capitulación.

Este fué el momento terrible, más doloroso para aquellos generales y jefes: rendir las armas que con tanto lustre habían manejado hasta entonces y verse precisados a implorar del vencedor honrosas condiciones que hicieran menos sensibles su desastre, son verdaderamente, sacrificios los más costosos que pudieran imponerse a militares engreídos con la fortuna. Su posición era, sin embargo, tan triste y deplorable, que podía considerarse, como una gracia, cuanto les fuera otorgado por el orgulloso enemigo. Persuadidos, pues, de que todo esfuerzo que se hiciese en tan desastrosa crisis, había de empeorar notablemente su posición individual, sin que resultase provecho alguno a las demás tropas, ni a los pueblos, se acordó, en junta de jefes, que se procediese a la capitulación.

Habiendo pasado, con este motivo, al campo patriota los Generales Cànèrac y Carratalá, extendieron, de acuerdo con el General Sucre, las condiciones de ella, que fueron transmitidas a la una de la mañana a los jefes realistas. Después de haberlas éstos examinado detenidamente y de haber hecho las observaciones necesarias, las devolvieron a las seis de la mañana y, a las dos de la tarde, se firmó definitivamente dicha capitulación, que tantas cuestiones ha suscitado en el mundo político.

La garantía de propiedades y personas; la obligación por parte de los independientes, de costear el pasaje a todo individuo del ejército español que quisiera regresar a la Península; la

de permitir que todo buque de guerra o mercante pudiera proveerse de víveres, en cualquiera de los puntos de la costa y regresar libremente a Europa; la conservación de honores y distinciones, según el rango de los rendidos; la aquiescencia a considerar como peruanos, a todos los que habían seguido el partido del Rey y de admitirlos, en sus filas, con los mismos grados, si querían incorporarse a ellas; la tolerancia absoluta de opiniones y hechos anteriores; el suministro de algunas sumas, para pagar los atrasos y para sostener a los capitulados hasta que se verificase su salida del territorio, fueron las ventajas obtenidas por los realistas en medio de su forzada posición.

El Virrey La Serna y varios generales, jefes y oficiales capitulados se dirigieron, inmediatamente, a la costa y principiaron a embarcarse para la Península en los primeros días del mes de enero de 1825 y, sucesivamente, lo practicaron los demás.

**Expediente de
Gamarra.**

No queriendo el General Sucre perder un momento en aprovechar las ventajas que le ofrecía la victoria de Ayacucho, mandó salir, para el Cuzco, el 12 de diciembre, al General Gamarra con un batallón peruano y el 16 le siguió el General Miller. En esta ciudad, que se hallaba a cargo del General Alvarez, sabida la noticia de la capitulación de Ayacucho, Tristán, a quien invitaron los jefes militares, de acuerdo con la Real Audiencia, para que se pusiese a la cabeza del

Virreinato, desamparando a Arequipa para tomar las medidas de actividad y energía que se requerían en tan críticos momentos, oficiando al tiempo, a los Generales Olañeta y Maroto. Comandante General el primero, de las provincias del Alto Perú y el segundo de la de Puno, para que, dejando a un lado toda clase de discordia privada, trabajasen, con la mejor armonía, por remediar, en lo posible, los males que debía producir la citada derrota de Ayacucho. Iguales avisos se dieron a los respectivos Intendentes y al Comandante General de las fuerzas navales de S. M. en el Pacífico y, finalmente, adoptó dicha junta, bajo la dirección del fiel y celoso Presidente Alvarez, cuantas medidas de precaución y vigilancia estuvieron a su alcance, cuyas determinaciones desaparecieron, como el humo, regresando Alvarez y Maroto a España, uniéndose otra vez el General Tristán a los independientes, pues a nada dió lugar la rapidez con que Gamarra entró el día 24 del mismo diciembre, en el Cuzco, con las tropas de vanguardia; el General en jefe, Sucre, lo verificó a continuación con todo el resto del ejército, entre mil fiestas y regocijos, que siguieron a tan plausibles acontecimientos, con cuyo motivo dieron muchos convites para complimentar a los patriotas. A los bailes, asistieron muchas señoras que eran adictas al partido realista, a las cuales acompañaban sus maridos o hermanos que habían ocupado empleos civiles o militares bajo el Gobierno del Rey. Entre los militares, había

varios generales y otros oficiales que habían capitulado después de la Batalla de Ayacucho.

El General Alvarez era natural de Buenos Aires; en conformidad a la capitulación, se rindió con él la guarnición del Cuzco, compuesta de 1.000 hombres. Tristán, que vergonzosamente quebrantó su palabra en 1813, se rindió en Arequipa al Coronel Otero, enviado desde Huamanga a aquella ciudad, de cuyo departamento fué entonces nombrado Prefecto, D. Tadeo Gárate, Gobernador de Puno, en quien fijaba sus esperanzas Tristán, huyó para evitar que el populacho lo hiciera mil pedazos. Los confinados, por los españoles, en la isla de Chuquito, en el lago de Titicaca tuvieron noticia de la victoria de Ayacucho; se sublevaron y forzaron la guarnición realista y el General Alvarado que estaba preso en la villa de Puno, se puso a su cabeza y tomó posesión del país hacia la parte sur, hasta el Puente de los Incas.

A fines, pues, del año 1824, no tenían los independientes más obstáculos, en su nueva carrera de triunfos, que los defensores del Callao y las tropas de Olañeta; de éstas y de aquéllas se tratará en el próximo capítulo, finalizando éste.

Depuesto, terminó La Serna su carrera de Virrey, siendo de notar que fué el único de su clase que haya sellado con su sangre su fidelidad en el campo de batalla y el único que dejase su puesto con un atraso de cerca de 200.000 pesos, procedente de sus sueldos.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA



CAPITULO LXI

**Año 1825. Monte-
agudo.** Antes de seguir los sucesos históricos sobre el General Olañeta y de los castillos del Callao, bajo el inmediato mando del Brigadier Rodil, se dará una noticia de la desastrosa muerte del famoso Ministro Monteagudo, antípoda de todo español europeo, a quienes causó tantos daños y con otras disposiciones de aquel Gobierno.

Asesinato de Monteagudo. Usurpando el puñal el lugar de la ley, fué asesinado, en Lima, el 28 de enero, el desdichado D. Bernardo Monteagudo, argentino, que tan eminentes e infernales servicios había prestado a la causa de la independencia americana, con sus elocuentes y vigorosos escritos en Buenos Aires y en Chile, durante la campaña del Perú y en los destinos públicos que sirvió. Exaltado demócrata en el principio de su carrera, como lo

testifica el "Mártir o Libre", modificó luego sus opiniones, a medida que los desórdenes crecientes de la revolución disiparon muchas de sus ilusiones, en términos que, en los últimos años de su vida, fué partidario decidido de la monarquía constitucional. Encargado del Ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores en el Perú, cuando el General San Martín pasó a Guayaquil, en principios de 1822, a tener una entrevista con Bolívar, la exaltación que produjeron en Lima algunos actos violentos de Monteagudo, ocasionó su separación del Ministerio, siendo su expulsión a petición del pueblo que clamaba por su cabeza y, en seguida, se promulgó un decreto de proscripción contra él. Después de haber vagado por Centro América y por el Ecuador, en donde publicó un escrito en defensa de sus principios políticos, regresó al Perú bajo los auspicios de San Martín, a quien debió tantas consideraciones y distinciones, que ellas y sus procedimientos rigurosos excitaron a alguno de sus rivales, no sin razón, al asesinato de este odioso americano, perpetrado por un negro, quien, después de haber levantado en su declaración un falso testimonio a los respetables e inocentes Moreira y Colmenares, imputándoles la excitación al delito, reveló a San Martín, a condición que le perdonara la vida, el nombre del sujeto que le había inducido a cometer aquel crimen (1), tanto tiempo envuelto en el velo del misterio. El negro fué salvo y despachado a Pana-

(1) Bolívar.

má; la espada de la ley no cayó sobre la cabeza del culpado.

A principios de este año, según va anotado en el capítulo anterior, habían quedado tan sólo las tropas del General Olañeta y los defensores del Callao, sosteniendo la real divisa.

General Olañeta.

Rehusando aún entrar en negociaciones con los patriotas, el General ultrarrealista Olañeta que, con cerca de 4.000 hombres, ocupaba las provincias del Alto Perú, le escribió el General Sucre el 1º de enero, noticiándole la batalla y capitulación de Ayacucho y la intención que tenían los patriotas de adelantar hacia aquel punto. Al mismo tiempo, le informó que el General Bolívar quería que las tropas al mando del General Olañeta, fuesen consideradas como formando parte del Ejército Libertador y que los que hubiesen rendido servicios al Perú, por su última oposición a la autoridad de La Serna, serían pródiga y liberalmente recompensados; pero, aspirando Olañeta a la dignidad de Virrey y, contando con la cordial asistencia de Tristán y de Gárate, se negó a toda clase de proposiciones.

Este general, cuya conducta fué sobradamente censurable por sus discordias con las tropas de La Serna, sus émulos, en este momento, lo presentan bajo otro carácter todavía más reprensible. Torrente (1) asegura haber visto la

(1) Torr. 3º, cap. 23, pág. 510.

correspondencia de Olañeta con los caudillos Bolívar, Sucre y Arenales, en poder del General D. José Ramón Rodil y cuya correspondencia se vió publicada en dos periódicos de Lima, añadiendo que el General argentino Alvarado aseguró en Arequipa, en mayo de este mismo año, al Mariscal de Campo D. Antonio Alvarez, de haber tenido una secreta conferencia con Olañeta, en el puerto de Iquique, a principios de 1823, en la que manifestó su resolución de separarse de la obediencia al Virrey y de constituirse en el mando independiente a la primera ocasión favorable que se le presentase. Sin embargo, estos datos que menoscaban la opinión de aquel general tan brillante, formada en su larga carrera anterior, e ilustrada de tantos hechos e importantes sacrificios a favor del Soberano legítimo, parece no deberlo calificar de infiel; ni que jamás hubiese merecido tal dictado; su trágica muerte recibida en el campo del honor, defendiendo los reales derechos, como su ofrecimiento al Virrey para cooperar a su lado, cuando lo vió empeñado con las tropas de Bolívar o llamar la atención de aquel enemigo por la provincia de Arequipa, son hechos que separan la memoria de condenar a un guerrero tan esforzado que había dado las más seguras, repetidas pruebas de fidelidad y decisión; así parece inclinar el juicio hacia sus mismos confidentes y amigos con el de ensalzarse sobre la ruina de este malogrado general, tratando de deprimirlo y denigrarlo.

Es cierto el valor de las acriminaciones de sus contrarios con las citadas cartas que llevan su misma firma, hacen insólito argumento; pero, no es difícil, suplantasen, ofuscasen un jefe poco cursado en la intriga para que, a ciencia cierta, en los documentos que se presentan como desleales, si se le supo persuadir había de progresar la causa que sostenía y triunfar las arterias contrarias por medio de un engaño abonado por la conveniencia política.

Olañeta jamás pudo faltar a sus deberes, ni estaba en sus principios, ni en su carácter, ni en su misma utilidad. Fueron, sí, desleales, muchos de los que, por desgracia, tuvo a su lado en la última campaña; lo fué su sobrino y secretario, D. Casimiro Olañeta; lo fué su Auditor de Guerra, el Doctor Usin; lo fué su Capellán, Doctor Rodríguez y lo fueron otros varios que abusaron de su candor y de sus virtudes. Ellos fueron los que le indujeron a emanciparse de la autoridad del Virrey; fueron ellos los que le excitaron a sostener, con furor, la guerra civil que ya hemos descrito y fueron ellos, finalmente, los que entablaron una vergonzosa y criminal correspondencia con Bolívar y Sucre, en 1824 y principios de 1825, sorprendiéndole o haciéndole ver con sus intrigantes manejos, dorados con la idea del mejor servicio del Rey, la conveniencia de firmar los despachos falsos del Virrey con que lo alucinaron.

La inocencia de Olañeta fué puesta en claro con su trágico fin; la maldad de sus confi-

dentés está bien consignada en la alta representación que ejercieron, desde el momento, entre los independientes y en la deferencia y consideración que merecieron desde el instante en que fué sacrificada la víctima que debía servir en andamio para su elevación; para formar un juicio exacto sobre la terminación de la guerra en el Perú, volveremos a tomar el hilo de los sucesos.

Las primeras comunicaciones que recibió en Cochabamba el expresado General Olañeta (según Torrente) sobre los desastres del Perú, procedieron del Presidente del Cuzco, D. Antonio María Alvarez y, sucesivamente, del Virrey, nuevamente nombrado, D. Pío Tristán; ambos generales le prometían reunírsele con todas las tropas que tenían a sus órdenes, avisándole, en particular, éste último, hallarse almacenados en Arequipa una gran cantidad de fusiles, muchos sables y pistolas y, en tesorería, algunos fondos; noticias sumamente lisonjeras para Olañeta, especialmente la del armamento, del que escaseaba, al paso que le sobraba gente a quien confiarlo.

Después de haber mandado a su primer Ayudante de Campo, el Teniente Coronel Mayor D. Angel Hevia, que se adelantase hacia el Desaguadero con todas las fuerzas que se hallaban en Potosí y Chichas y que siguiesen igual dirección las demás tropas de Cochabamba, con particular encargo al Coronel D. José María Valdés, que se hallaba más avanzado, de penetrar con su batallón y un escuadrón hasta la

ciudad de Puno, a ponerse en comunicación con Tristán, pasó, en persona, a la ciudad de La Paz a levantar nuevos cuerpos para sostener esta campaña.

Cuando el citado Valdés, llamado por otro nombre Barbarrucho, llegó a las cercanías de Puno, se hallaba aquella ciudad en poder de los facciosos, a consecuencia de la sublevación que ya hemos indicado; mas, reconociéndose éstos con fuerzas muy inferiores, dejaron el paso libre a dicha columna de Olañeta. Las primeras disposiciones que tomó Valdés en Puno, fueron las de enviar a Arequipa a su Capellán, el P. Fray Archondo, para combinar los planes de mutua defensa con el nuevo Virrey Tristán. pero, como en aquellos mismos días hubiera ocurrido la sumisión de éste y de las demás tropas que estaban libres de la influencia enemiga, quedó desconcertada toda operación por aquella parte.

Reducido ya Olañeta al triste estado de no poder contar sino con los recursos del Alto Perú y sabedor, a este tiempo, de que las tropas que había mandado salir de Cochabamba, en dirección del Desaguadero, se habían sublevado por la seducción de Araya, Comandante de los Dragones americanos y que, en vez de obedecer sus órdenes, se preparaban para atacarle en el camino de Oruro, llamó con urgencia, en su auxilio, al leal y esforzado Valdés. Apenas llegó este jefe a reunirse a Olañeta, emprendieron ambos su marcha hacia Potosí, por haber tenido no-

ticia de que el General independiente Arenales, se había movido, desde Salta, en dirección de Chichas y que Sucre habían entrado con su ejército en Oruro.

Cuando Olañeta llegó a dicha ciudad de Potosí, supo que el Comandante López se había sublevado en La Paz con el escuadrón de su mando y se le dió a entender, asimismo, que el Brigadier Aguilera se había dejado llevar del espíritu de insurrección en Valle Grande. Ansioso por desbaratar los proyectos de estos nuevos e inesperados enemigos, destacó contra ellos al bizarro Valdés, con parte de su división que ya, a este tiempo, llegaba escasamente a 2.500 hombres y se quedó él con el resto, guarneciendo la expresada ciudad de Potosí.

Penetrado de la crítica posición de los negocios, reunió los jefes y les hizo presente la falta de medios para sostener la guerra y la imposibilidad de resistir al orgulloso enemigo, diariamente reforzado con sus mismos soldados. Sin embargo, de tan apurada situación, se resolvió a pluralidad de votos a retirarse de la provincia de Chichas y sepultarse con las reliquias antes que capitular con los disidentes; mas pronto se vió la perfidia de algunos que, en dicha junta, se habían pronunciado de un modo tan contrario a sus ideas y operaciones ulteriores.

Como, al día siguiente, hubiera tenido el desgraciado Olañeta, noticia de la entrada en Tupiza del caudillo Urdiminea con un escuadrón

de la división de Arenales, envió un batallón y otro escuadrón con su primer Ayudante Hevia, en cuya combinación, si hubiera obrado el Coronel Medinaceli, que mandaba un escuadrón y dos batallones en Cotagaita, podían haber sido destruidos, fácilmente, dicho Urdiminea y el mismo Arenales; mas, al llegar Hevia a las inmediaciones de dicho punto de Catagaita, supo la defección de Medinaceli, cuyo inesperado acontecimiento le decidió a permanecer en Tumusla, observando los movimientos del enemigo hasta que llegasen nuevas órdenes del general. Este valiente guerrero se reunió con Hevia en Vitiche, adonde le había mandado replegar y se dirigió apresuradamente contra Medinaceli que venía sobre él.

Resuelto ya a no sobrevivir al dolor de que estaba poseído su corazón, al ver irremediablemente perdida la noble causa que tantos afanes le había costado, por traición de los mismos jefes americanos y de sus mayores confidentes, a quienes había tenido la funesta política de colmar de beneficios, confiándoles los mandos más importantes, sin embargo costarle la propensión de muchos de ellos a la independencia, empenó una viva acción en dicho punto de Tumusla, en la que la deserción de otra parte de sus soldados y un tiro de fusil acertado por ellos mismos, cortó en 1º de abril de 1825 los preciosos días de este malogrado español, quedando el enemigo dueño de todas aquellas provincias, pues que Valdés se vió asimismo precisado a capitular.

En medio de los defectos atribuidos al General Olañeta, resplandecen virtudes poco comunes y relevantes servicios que le han hecho acreedor a que su memoria sea respetada. Uno de sus más grandes errores fué, en nuestro concepto, la poca acertada dirección que dió a esta última campaña. Si desde Cochabamba y aun desde Potosí, se hubiera dirigido a Chuquisaca para replegarse, sucesivamente, sobre Valle Grande y Santa Cruz de la Sierra, habría podido sostener la guerra por mucho tiempo y haber dado lugar a que de la Península hubieran llegado nuevos refuerzos y aun, en último apuro, habría podido salvar las reliquias de su ejército en las provincias de Matogrosso, pero, encerrado entre los fuegos de Sucre y de las provincias de Buenos Aires y vendido alevosamente por sus mismos soldados, fué víctima de su confianza y de su falta de cálculo. Así condujo la guerra del Perú y así se eclipsaron los brillantes triunfos conseguidos por la lealtad de tanto benemérito guerrero, siendo la discordia causa principal de este fatal desenlace.

Sucre en marcha. Habiendo dejado descansar sus tropas quince días el General Sucre en el Cuzco y habiéndose vestido, como la premura del tiempo permitía, resolvió destruir sin tardanza los pocos enemigos del país que restaban. En consecuencia, la división del Perú continuó su marcha sobre Puno la tercera semana de enero; la caballería y di-

visión colombiana al mando de Córdoba, siguió el mismo movimiento pocos días después y la división de Lara permaneció unas cuantas semanas en el Cuzco y después marchó a Arequipa. El General Sucre entró en Puno el 1º de febrero y, poco después, supo que las guarniciones realistas de Cochabamba, Chuquisaca y Santa Cruz de la Sierra, se habían declarado por los patriotas. También supo que el inconsable Coronel Lanza que, durante casi toda la lucha se conservó dueño de los valles de Yungas, había entrado en la ciudad de La Paz.

**El General La Mar
pasó a Guayaquil.**

El General La Mar obtuvo licencia para ir a Guayaquil y es doloroso tener que añadir que salió del Perú sin alcanzar para los oficiales peruanos que habían servido a sus órdenes durante la campaña, los ascensos a que tantos de ellos eran acreedores y los cuales se les habían ofrecido en largas y casi diarias arengas antes de la batalla de Ayacucho. Este descuido fué tanto más sensible, cuanto una promoción, muy general y bien entendida, se verificó en el ejército colombiano. Era, pues, un deber sagrado del general que mandaba las tropas peruanas, no sólo haber reclamado los ascensos que correspondían a sus súbditos, sino haber insistido enérgicamente en tan justa reclamación y, si rehusaban acordarla, hacer ver al público que había desempeñado sus obligaciones; sus promesas a sus soldados habían sido no menos pródigas, pero no fueron mejor

cumplidas. Ninguna consideración o deferencia o la autoridad colombiana debió haberle hecho desistir de sus reclamaciones, ni promesas vagas y contingentes debieron detener sus pasos y sus gestiones.

Generales Gamarra y Miller. El General Gamarra fué nombrado Prefecto y Comandante general del departamento del Cuzco. La división del Perú, continuó su marcha para Potosí y la de Córdoba siguió a La Paz. El General Miller fué nombrado Prefecto y Comandante general del departamento de Puno, adonde llegó el 4 de febrero (1).

Bolívar. - Efemérides. Este general se separó del ejército dos meses antes de la batalla de Ayacucho, estableciendo su residencia en Chancay.

En 16 de febrero se reunió el Congreso del Perú y el General Bolívar se desprendió de la dictadura; mas, exigiendo su continuación en el mando supremo, lo recibió a las repetidas instancias de la representación nacional.

El 29 de marzo, el General Sucre entró en la ciudad de Potosí, evacuada el día antes por Olañeta, general nacional.

En 28 de mayo, Bolívar encargado del Gobierno del Perú, ordenó que no se permitiese, por motivo alguno, enajenar los bienes de los

(1) Miller, Tomo 2º, cap. 27, pág. 207.

religiosos regulares, sea por venta real, por enfiteusis o por cualquier otro motivo, bajo de ciertas penas y multas, a fin de que fuesen ilusorias las disposiciones del Congreso del Perú para cerrar los noviciados.

En 20 de julio decretó Bolívar, en Brubamba, la apertura de tres caminos de rueda, en lugar de los de herradura que tienen comunicación a las ciudades de Arequipa, Cuzco y Puno. Este decreto, como algunos otros, calculados para beneficiar al país, se cree no fueron llevados a ejecución.

En 6 de agosto, la Asamblea Legislativa del Alto Perú, compuesta de los representantes de sus cuatro provincias, declaró que éstas constituían un Estado independiente.

El 13 de agosto, Bolívar (su Presidente), obrando en consecuencia del tratado de paz, derrotó, en las escarpadas breñas de Yanacochas, al General D. Agustín Gamarra, habiendo sido el tratado el día 11 y, por decreto de la Asamblea General del Alto Perú, en Chuquisaca, para que el Estado se denominase, en adelante, República de Bolivia y su capital, la ciudad de Sucre.

El General Santa Cruz, después de haber invadido el Perú con las tropas bolivianas, en consecuencia al tratado de 15 de junio del mismo año, celebrado con el General Orbegoso, Presidente provisorio de aquel Estado, decretó el 17 de agosto, que el ejército unido no haría la guerra, sino con arreglo a los principios adop-

tados por las naciones cultas, tratando bien a los pueblos y respetando a los vencidos. Se excluyeron, de esta protección, el General Salaverry y sus jefes, hasta el grado de Coronel, inclusive también sus gaceteros. Se declaró, al General Salaverry, fuera de la ley, ofreciendo 10.000 pesos en dinero al que entregase su persona o su cabeza y que, además, sería benemérito a la patria. El artículo 5º de dicho decreto disponía que los que, en el término de 40 días, se sometieran al Gobierno legal del país, quedarían bajo la protección del ejército unido y bajo la garantía del Presidente de Bolivia. El General Salaverry, después de la derrota que sufrió en el Alto de Luna, se entregó voluntariamente, bajo la garantía de un general del ejército de Santa Cruz y fué fusilado. También corrieron la misma suerte varios jefes y oficiales del ejército de Salaverry y otros fueron desterrados.


Bolívar hizo su entrada pública, en La Paz, el 18 de agosto, cuna de la regeneración hispano-americana. Coronado por un sacerdote, con un laurel de oro tachonado de brillantes, se lo quitó, prontamente. Bolívar y honró con él las sienes del General Sucre, diciendo: "No es a mí, señores, a quien es debida la corona de la victoria, sino al General que dió la victoria al Perú, en el campo de Ayacucho".

En 6 de octubre, el Consejo del Gobierno del Perú decretó el establecimiento, en Lima, de un Panóptico, o casa de corrección.

Sienlo D. Andrés Santa Cruz Presidente del Consejo del Gobierno del Perú, dictó el 17 de diciembre un reglamento sobre la libertad de imprenta, el cual fué revocado el 20 de junio del siguiente año, restableciendo la ley dictada por el Congreso, en 12 de noviembre de 1823.

El Consejo del Gobierno del Perú decretó el 24 de diciembre el establecimiento de la Sociedad Peruana de las Damas, a la que deberían pertenecer todas las personas del bello sexo que se hubiesen distinguido por sus virtudes cívicas y decidida adhesión a la causa de los libres, con la prerrogativa de llevar una medalla con el busto del Libertador. Aquella institución debía tener, por principal objeto, el perfeccionar el establecimiento público de educación y beneficencia en favor del sexo de las gracias.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILENA



CAPITULO LXII

Chiloé.

Desde un principio, correspondió siempre al Virreinato del Perú, de quien recibía los situados para las tropas y demás auxilios para el sostén de la provincia. La descripción topográfica de este archipiélago se halla, en mi *Historia* (manuscrita, en 1835), de la *Revolución e Independencia de Chile* (1). En ella, se formó a principios de 1813, por el Brigadier Pareja y por orden del Virrey Abascal, la primera expedición de 2.000 hombres que atacó victoriosamente a Chile y, desde entonces, empezaron los apuros y desgracias de 40.000 almas que componían el número de sus habitantes; éstos, una tercera parte de indios civilizados, exentos del servicio de armas.

Quintanilla, que tomó posesión de aquel Gobierno a fines de 1817, desplegó tanta actividad y energía en la defensa de esta provincia, que

(1) Se encuentra publicada en esta misma colección.

pudo sostener la autoridad real hasta enero de 1826, a fuerza de privaciones y sacrificios.

Cochrane.

Cochrane, en 1820, después de la toma de Valdivia, se dirigió contra Chiloé, con la halagüeña esperanza de posesionarse de la provincia, por una sorpresa. El 18 de febrero hizo su desembarco sin oposición en la espaciosa playa de la corona.

Quintanilla mandó reforzar la guarnición del principal castillo de Agui y dió órdenes, asimismo, para que el resto de las tropas que quedaban en la plaza se dispusiesen a pasar a socorrerlos, navegando un punto de tres millas que divide a Agui de San Carlos.

Ataque.

El inglés Miller, a la cabeza de menos de 300 hombres, atacó a Agui con la mayor bizarría; pero lo elevado de la fortificación y la serenidad y firmeza de sus defensores hicieron retrocer a los expedicionarios, quienes, temerosos por haber malogrado su intentada sorpresa, emprendieron su retirada, dejando 40 muertos en el campo de batalla y, llevando una porción considerable de heridos, entre ellos, el mismo Miller, de bastante gravedad.

Dueños los independientes del continente, de Chiloé, hasta el río Maullín y, dominando el Pacífico, se propusieron hostilizar a Chiloé por todos los medios posibles. Al sitio constante por

la parte de Osorno, siguieron los bloqueos periódicos con buques de guerra, apostados por ambas bocas de las islas para cortar el comercio y la comunicación con el Perú, de donde dependía su subsistencia. Aunque estos bloqueos no databan más que en las estaciones de primavera y verano, seguía del mismo modo la incomunicación, porque, en las dos restantes del año, soplan tan fuertes vientos y temporales que alejan las embarcaciones de aquellos parajes, si bien esta circunstancia constituye la mayor seguridad del pueblo, al que sólo pueden penetrar los muy prácticos de él.

Chiloé pudo embarazar la expedición de Freire y la del Perú a las órdenes del General Pinto.

Es indudable que, si el Gobierno de Chile hubiese contado con recursos, se habría esforzado, conociendo los felices resultados consiguientes a la adquisición de la plaza de Valdivia, reuniendo a los restos de las tropas peninsulares que emigraron en la invasión de Cochrane, con un aumento de 400 bayonetas, podría haberse atacado aquella plaza que, únicamente, mantenía una guarnición de 300 hombres escasos y que, en aquellas circunstancias, después de la sorpresa que intentó Cochrane sobre Chiloé, no había, por entonces, recelos contra esta plaza; a la inversa, dispuesta Valdivia en la mayoría, a ponerse bajo el pabellón español, como se indica a fines del año 1824 (1).

(1) Historia de Chile, por el mismo autor.

Esta operación, probablemente, facilitaba la comunicación con el Comandante de las fuerzas, de las fronteras de Concepción, proveyéndose del armamento tomado por Benavides, haberse provisto con respecto a lo que faltase de municiones, artillería y otros artículos en Valdivia, cuyos almacenes se hallaban bien provistos; armando buques de guerra, con las presas de Chiloé y los bergantines tomados por Benavides; poniendo expedita la comunicación por el territorio de los indios hasta Arauco. De esta operación, era infalible que los buques independientes habían sido perseguidos y paralizadas las disposiciones de los chilenos, que ya no tenían marina. Las costas del Perú con el ejército nacional, siendo francas aquéllas, sus resultados, indefectiblemente, habrían sido favorables, evitando también, por este medio, la expedición freirina sobre Chiloé. Es preciso convencerse que un genio arrojado, emprendedor, podría haber contribuído mucho en favor de la Nación y del Rey, pero, también es cierto, no deben recordar los nacionales aquellos momentos perdidos.

**Expedición c o n t r a
Chiloé.**

No teniendo efecto la expedición conciliadora al Perú, con todo el éxito que se prometían los independientes, se halló, repentinamente, el Director con un número de tropas y algunos buques de guerra sin destino. Con este motivo, resolvió hacer otra expedición marítima a Chiloé, con objeto de poner aquella provincia bajo el Gobier-

no chileno para unirlo a la causa de la independencia, pues era el único punto de asilo a los nacionales realistas en estos mares y, resuelto el proyecto, se determinó a marchar él mismo para dirigir la acción sobre el archipiélago; sin embargo de ser tiempo avanzado, dió, a este efecto, las órdenes necesarias, formando una fuerza de 3.000 hombres veteranos que puso al mando del mayor General D. Luis Cruz.

El Coronel Pereira fué nombrado para mandar el batallón de la guardia de honor. El Coronel Thompson el número 1º y los Coroneles Beauchef y Rondizzoni, los batallones número 7 y 8 con agregación del escuadrón de la escolta dictatorial, que se dirigió, por tierra, desde Valdivia a Osorno y Carelmapu. Esta fuerza se embarcó, con el General Freire, en nueve buques, de los cuales cinco eran de guerra, dando la vela desde la isla de Quiriquina, provincia de Concepción para su destino, a fines de marzo de este año.

Antes de la salida de la escuadra, habían acordado el plan de operaciones en una junta de guerra y, en ella, se dispuso: que, si de los nueve buques, llegasen seis reunidos a la entrada de San Carlos de Chiloé, si tuviesen viento regular para entrar al surgidero, lo verificasen directamente con la bandera española hasta fondear, pasando para esto por la inmediación del castillo de Agui, que cubre la entrada del fondeadero de Bucacura, porque sabían que el Gobernador Quintanilla no podía sostener las tro-

pas que guarnecíán aquellos castillos por lo riguroso del invierno y la escasez del erario y, en el mes de marzo, en Chiloé son copiosas las lluvias, como lo son casi todo el año.

Afortunadamente, a la llegada al puerto designado, eran reunidos ocho buques que, favorecidos de un viento en popa, entraban a toda vela a las aguas de la fragata de guerra la Lautaro, que conducía al General Freire.

El señor Miller, en sus memorias (1), dice: "Que una expedición, compuesta de 3 a 4.000 hombres, dió la vela desde Talcahuano para Chiloé, pero el sitio del desembarco fué elegido con poco discernimiento; hubo una cierta falta de resolución en el plan y se malogró por esa causa".

Aunque los castillos (sigue el instruído), tiraron algunos cañonazos de la costa del norte, no alcanzando las balas a los buques, correspondían éstos sus vivas al estruendo del cañón. Mas, en medio de estos favorables y prósperos sucesos, al acercarse a la fortaleza de Agui la "Lautaro", se vió, con asombro de las demás embarcaciones, cambiar el rumbo inclinándose hacia los canales del interior. No concebían los demás jefes esta maniobra, contra lo resuelto en la junta de guerra, en la que se había acordado que entrásen rectamente todos los buques al fondeadero del castillo de Bárcacura, por lo que se creyeron algunos oficiales que el General en jefe les había ocultado su plan. Sin embargo de

(1) Tomo 2º, cap. 32, pág. 329.

ignorar el motivo de aquella mudanza, siguieron todas las embarcaciones a su capitana y fueron a fondear a las playas de Puguñum, en donde las grandes corrientes obligaron a varar a la corbeta Volter, aunque se salvó la tropa y tripulación y no hubo, por entonces, otra desgracia.

Si, efectivamente, se hubiese seguido el plan acordado en la isla de la Quiriquina, se habría logrado el buen éxito de la empresa, pues no era la situación de Quintanilla, ni había fuerzas, en aquellas circunstancias, para haber resistido a 3.000 hombres veteranos en el puerto de San Carlos. El punto de Puguñum es muy desfavorable para fondearse; no tiene resguardo alguno; el norte le bate furiosamente y las corrientes son nueve millas; por ello, es que se dirigieron los buques al antiguo puerto de Chacao, que les fué fácil tomarlo por la pequeña defensa que presta y escasa guarnición que lo sostenía.

A pesar que se desea excusar nuestro nombre en los sucesos de esta historia, el empleo y lugar, en el ejército realista, no permite evadirme de ello, principalmente, en la batalla de Muopalli, de la que se va a hablar, en seguida, pues, habiendo tenido el mando en jefe de la división que atacó, es imprescindible por las operaciones consiguientes; bien que, para evidenciar la verdad, se anotará una u otro documento justificativo de varios que existen, a fin de evitar ser difuso, en relación de hechos propios.

Disposiciones.

Como el Gobierno de Chiloé hubiese tenido noticia antelada de esta expedición, nos fué prevenido, desde el mes de febrero, para el acuartelamiento de tres compañías de granaderos y tres de cazadores, de los cívicos de la provincia, que fueron puestos en la ciudad de Castro a las órdenes del Coronel D. José Hurtado, para su cabal instrucción, siendo ésta incesante por la dedicación y buena disposición de su jefe, constituido únicamente al desempeño de este encargo, poniéndose en aptitud de haber obrado posteriormente con tanta utilidad del servicio. De estas seis compañías, se formó una división a las órdenes del mismo Hurtado, con una compañía de caballería cívica de la isla de Quinchao y un cañón de campaña, única presa que podía conducirse a hombros por aquellas ásperas montañas, por su corto calibre.

Al propio tiempo, se mandaron presentar en Castro, 100 naturales para conducir las municiones a hombros, por no admitir aquellos escabrosos caminos y montuosos campos, carros, ni cabalgaduras. A estos 100 hombres, se les repartieron sus bastones de madera maciza y pesada y se les puso el nombre de Compañía de Volteadores, que debían entrar en acción, viendo desfallecido al contrario. La caballería, únicamente, se le pudo habilitar, a unos con espada y otros con pistolas y algunas lanzas, pues se carecía de tercerolas con el completo del demás armamento propio para esta tropa.

El Gobernador prometió que, en caso de atacar, o ser atacada esta división, sería auxiliada inmediatamente con el batallón veterano de la guarnición, para cuyo efecto, en su caso, se apostaría en Tautauco y que la compañía de cazadores de aquel cuerpo daría la orden para que se pasase a ocupar el punto de la entrada al camino de Dalcahue, al de dirección de Castro a San Carlos, con encargo a su capitán para que se incorporase a la división chilota, inmediatamente, que se le diese la orden para ello.

- Recibida el 28 de marzo en la noche, la noticia del Gobierno de la llegada del ejército chileno al puerto de Chacao y que se dirigía al de Dalcahue, una división, a desembarcar en aquellas playas, inmediatamente, se dispuso la marcha para el amanecer del siguiente día 29, dejando en el interior al Coronel D. Ramón Vargas, con orden preventiva de reunión de sus batallones en Castro.

Marcha.

Al romper el día, marcharon las tropas, llegando a Dalcahue antes de anochecido, donde acampó aquella noche. El 30 en la mañana, se descubrió la fragata "Ceres", transporte convoyado de la corbeta de guerra "Chacabuco", con el rumbo al mismo Dalcahue.

En este momento, se previno al Comandante de dos lanchas cañoneras, D. José Garrao (español europeo que había sido pilotín de un buque de guerra español), batiese los buques in-

dependientes, cuanto se lo permitiesen sus maniobras. Llegados los buques al fondeadero de Dalcahue, se mandó una partida de 200 fusileros a las órdenes del Coronel Hurtado, para que estorbase cuanto le fuese posible el desembarco.

En esta disposición, la "Chacabuco" presentó su costado a tierra y sus lanchas equipadas de tropa desembarcaban, sin que las lanchas chilotas hubiesen podido hacer nada de provecho. Puesto en tierra un grueso número de tropas, avisó Hurtado no podía contener el desembarco que proseguía rápidamente, con cuyo motivo se le mandó replegar a la división.

Mocopulli.

No estimando propio aquel punto para emprender acción, no obstante la gruesa, espesa y tenaz lluvia y considerables fangales del camino, se puso en marcha la división a posesionarse de un lugar llamado Mocopulli, situación ventajosa para batirse contra fuerzas tan superiores por ser montuoso al este. Una laguna de consideración al oeste, la salida de un camino estrecho por la falda de un cerro, al de Castro para la plaza de San Carlos, siendo entre la laguna y el camino (único paso) de una estrechura, casi desfiladero, la marcha de la división chilena, era de sur a norte.

Batalla.

El 1º de abril se mandó reunir a la división (acampada ya en Mocopulli), la compañía de cazado-

res veteranos que se hallaba a corta distancia, a vanguardia, se pusieron, en marcha, para ocultarse y subir a los árboles más elevados, vigías que avisasen, con tiempo, si descubrían la división chilena y, a las nueve de aquella noche, del 30 de marzo, por un espía de dos que quedaron en Dalcahue, se supo que la división independiente se ponía en marcha, quedando en la duda si era para Castro, teniendo en ese caso que contramarchar a marcha forzada, desfavorable este movimiento, por lo que se esperó al segundo espía para determinar.

A las 8 de la mañana, llegó el segundo espía, avisando que era la dirección a Mocopulli. En este instante, el Coronel D. José Hurtado emboscó su tropa enfrente del camino y la laguna que se componía: compañía cazadores veteranos, de 106 hombres; 1^a granaderos cívicos de 90 plazas y 2^a de 95 que hacían la fuerza de 291 bayonetas. La 3^a granaderos cívicos, de 96 fusiles, fué colocada a la defensa de un sendero extraviado a la derecha. Una de cazadores, al sostén y cuidado de las municiones y las dos restantes de reserva. La caballería cubría el flanco izquierdo, pues el derecho estaba cubierto por el inaccesible monte de la loma. El cañoncito se emboscó en el propio camino, con carga doble de metralla menuda.

Emboscada y dispuesta, de este modo, la división chilota, se previno un profundo silencio que fué observado rigurosamente y que ninguno rompiese el fuego hasta la voz preventiva para

ello. A las 11 de la mañana, un vigía del árbol más elevado de aquella terrible montaña avistó la división disidente en dos columnas; a las 12, estuvo a tiro de fusil, pero, con tanta confianza por la retirada de Dalcahue, que, divertidos con su música militar, sin partidas de descubiertas y con cubrellaves los fusiles y todo en un orden de satisfacción antimilitar. La división chilota, sin ser vista, ni sentida, por la orden que se dió al Coronel Hurtado, rompió el fuego, que se ejecutó a la voz de este esforzado jefe, con una descarga general de fusilería y el cañón, desperdiciándose tan pocas balas que, hallándose las columnas chilenas en el mismo desfiladero de la laguna y el cerro, no pudiendo maniobrar de pronto, como requería el caso, desorganizadas por la sorpresa, sufrieron (antes de usar de sus fuegos) otra segunda descarga, con una mortandad, en la primera, como de 130 hombres y, en la segunda, se disminuyó casi otro igual número. Rehechos y formados en batalla, en la posición de descanso, al lado opuesto de la laguna, se conocía le restaba una fuerza como de 600 hombres poco menos, el tiro de fusil no alcanzaba a la posición que habían tomado; se mandó subir el cañón al plan de la colina y, batiéndoles a bala rasa, se observaba algún desorden en sus filas.

Para la prosecución, salieron algunos tiradores de la emboscada y, a esta maniobra, se emprendió un ataque por una y otra parte, sostenido por el fuego, a discreción.

En estos momentos, un tiroeto por la derecha, arriba de la loma, obligó a mandar al Coronel D. Lorenzo Cárdenas, con una Compañía de granaderos cívicos al reconocimiento; mas se vió, con admiración, era la Compañía de granaderos veteranos, con su Capitán D. Pedro Téllez que, por la espalda de los emboscados, dirigía sus fuegos por mitades. Esta compañía acababa de llegar de San Carlos, pero su Capitán no se presentó, ni dió parte de su incorporación al jefe de la división y, sin tomar órdenes, principió arbitrariamente sus descargas, separándose antes de la conclusión del ataque, sin dar parte de su retirada.

El fuego graneado siguió sin intermisión y el cañón hasta después de anochecido. Concluída la batalla, se mandó reunir la división para ulteriores operaciones y se halló una baja de más de 200 hombres que habían estado fuera del ataque; pues, persuadidos por el Teniente peninsular, de la compañía de cazadores veteranos, D. Cesáreo Ayala, ser perdida la acción con el resto de su compañía y 180 cívicos, fugó con ellos, por los montes, a la ciudad de Castro; así es que la obscuridad de la noche obligó, por la falta de estos 200 fugados, a clavar el cañoncito que se dejó en la altura, retirándose la división chilota al destacamento de Putalcura, a muy pequeña distancia del campo de batalla, dejando en Mocopulli emboscada una partida de caballería de observación,

Las tropas se hallaban fatigadas, sin comer ni descansar en todo el día y no se sabía si la independiente podría recibir refuerzos. Ellos, a pesar de la mortandad que tuvieron, por una mala disposición, resistieron y se batieron con bastante valor, temeridad y porfía; tenían los excelentes prácticos del país. D. Manuel Mata, natural de Chiloé y oficial del ejército real, pasado al independiente y D. Matías Godomar, coquimbano, casado en Chiloé y piloto que fué de los buques de guerra españoles; de modo que todo contribuyó a tomar, en aquella noche, el campamento citado; también era la determinación reunir la limitada fuerza de la división chilota, al batallón veterano, prometido por el Gobierno para caso urgente.

Es preciso decir que, en la marcha, se halló en un barranco al Capitán de las milicias, D. José Antonio Cárdenas, con treinta cajones de municiones de fusil que, de orden del Gobierno, las custodiaba en aquel punto. Hizo presente no tener cómo conducir las, ni se le podía auxiliar en aquellas circunstancias y como podría ser que la división chilena reforzada, tratase de seguir la marcha, es le repartieron a las tropas de la división y a los indios todas las que pudieron llevar en las cartucheras y bolsillos y el resto fué preciso botarlo al agua, en un estero inmediato.

Para la reunión al batallón veterano, se prosiguió la marcha y, a pequeña distancia de la salida del campamento, llegó un parte: que la división batida se había retirado para Dalcahue

la misma noche de la batalla, dejando en el campo un crecido número de cadáveres, heridos, armamentos, equipajes, una porción de charqui y otras menudencias. En este estado, se presentó el Gobernador y, por su orden y una junta de guerra, contramarcharon los chilotes al campamento de Putemún, dos leguas de la ciudad de Castro al norte.

Como el *Hispano Americano* dice: "Que aunque Quintanilla dió las más enérgicas órdenes para que el Coronel Ballesteros, jefe de las milicias, se opusiera al desembarco de 800 hombres escogidos, que se presentaron a verificarlo, no tuvo cumplimiento esta disposición, porque dichas milicias no se hallaban en estado de hacer una vigorosa defensa, ni aquel jefe tenía una gran confianza en ellas. Al retirarse por la senda que sale al camino de Castro, por delante del enemigo, se encontraron con la compañía de cazadores veteranos, con cuyo auxilio se atrevieron a esperar. Reforzados a la misma sazón, por la compañía de granaderos del mismo batallón veterano, desplegaron nuevo tesón y firmeza".

Para acreditar la verdad de los hechos, se ha protestado (más siendo personales) justificarlos con documentos calificativos en toda forma y, como para rebatir la falsedad con que han informado al autor de "El Hispano", se hace preciso describir las operaciones de ese memorable ataque, que redimió a Chiloé de sucumbir entonces, a las armas de la patria, por ello es que jamás hubo tal desconfianza de la milicia (que es

una tremenda impostura) pues, a la menor idea, de no poder sostener la acción con ella, se habría evitado el mando, conociendo el jefe el empeño a que se comprometía.

Es, del mismo modo, incierta la retirada que se supone delante del enemigo por la senda que sale al camino de Castro, ni menos, en esa retirada, el encuentro con la compañía de cazadores veteranos, con cuyo auxilio, dice "El Hispano": "Se atrevieron a esperar". Queda anotado: que, acampada la división chilota en Mocopulli, se dió la orden para que se incorporasen los cazadores veteranos, que se hallaban a vanguardia a corta distancia, es decir, a inmediaciones del camino de Castro a San Carlos, adonde no llegó la división chilota hasta después del ataque; luego no hubo tal retirada, entonces, ni menos el atrevimiento de atacar por la presencia de éstos, cuando la división se acampó antes de su incorporación en Mocopulli, con el único objeto de esperar y rechazar la división chilena.

Capitán Téllez.

De la de granaderos veteranos, se ha referido, entró, en el campo de batalla, en circunstancias de más de una hora de estarse batiendo la división chilota; que esta compañía se retiró arbitrariamente antes de la conclusión; luego, mal pudieron desplegar los milicianos nuevo tesón y firmeza por este auxilio. Tanto más que, emboscadas las milicias, no distinguieron ni vieron a tal compañía de granaderos veteranos que es-

taba en la altura y ellas a media falda, entre el inmenso monte.

Es sensible que, por simples informes de hombres apasionados y de poco fundamento, a pesar del carácter de representación por sus empleos, estampase el señor Torrente bajo la prensa unos hechos tan fabulosos en todas sus partes, transmitiéndolos a la posteridad. ¿Cuántas equivocaciones de esta clase podrían repararse, si algún otro aficionado a la pluma, de los que militaron en América, tuviese la curiosidad de registrar "El Hispano" con imparcialidad? Mucho tendría que enmendar su autor para liquidar la verdad de los hechos en general.

Capitán Garay.

El Capitán de cazadores veteranos, D. Manuel Antonio Garay, a la hora (poco más) del ataque, se retiró cargado de sus soldados, por herido, para la plaza de San Carlos; pero el 4 de abril, tres días después de la batalla, se presentó sin novedad, con una caminata a pie de dos leguas, en el campamento de Putemún, en su batallón. El Teniente Ayala, cuando se separó su Capitán Garay, fué cuando, no solamente verificó su fuga a Castro con 20 cazadores, sino también le siguieron 180 cívicos que mantenían el ataque; de suerte que, persuadido el jefe de la división que se sostenía con 291 bayonetas y 90 más, de una compañía de cazadores milicianos que, durante la acción, se mandó auxiliasen la división con la separación dicha, se mantuvo esta con-

tienda por parte de los chilotes con 181 fusiles, pues la de granaderos cívicos que cubría (como queda dicho), un camino excusado de la derecha, no tuvo para qué huir de sus fuegos.

Putemún.

Acampados en Putemún el día 2, se tuvo noticia: Que la división chilena se había hecho a la vela de Dalcahue, a reunirse con su ejército en Chacao. "El Hispano", afirma: "Que, después de la batalla, de Beauchef permanecía en Dalcahue y en la inmediata isla de San Rafael, esperando ser reforzado para nuevas operaciones". La batalla de Mocopulli concluyó al anochecer del 1º de abril; en esta noche, se retiró Beauchef a Dalcahue y, el siguiente día 2, se tuvo la noticia de su embarque a Chacao, con que: ¿qué tiempo pudo permanecer en San Rafael? Las pocas horas en que se vió no era perseguido.

El 3, a las 12 del día, se incorporaron en el campamento de Putemún, los 200 hombres fugados del campo de Mocopulli, conducidos por el Coronel D. Ramón Vargas y tanto éstos como el Teniente Ayala fueron perdonados por el Gobierno; el día 4 se presentó, en el campamento, el batallón veterano con su Comandante D. Saturnino García. El Gobernador se retiró a la plaza de San Carlos el 7 y, en seguida, a su retaguardia, al mismo destino, el batallón veterano.

Se recogió el cañoncito, armamentos y heridos del campo de batalla, formando un hospital en Castro, en el convento de San Francisco, donde fueron asistidos, en el mejor modo posible, tanto los chilotos como los independientes. Los cadáveres, por la multitud, se quemaron y los despojos quedaron al arbitrio de los vencedores y de los volteadores.

El 15 avisó el Gobierno que estaba todo concluído, pues la expedición, con el General Freire, dió la vela para Valparaíso, quedando libre la provincia y enarbolada, en toda su extensión, la bandera española.

Carta del Gobernador.

“15 de abril de 1824. Señor D. José Ballesteros.

Amigo: Todo ha concluído. Se van fuera de la corona; trabajemos en la felicidad de estas gentes y correspondamos a la fidelidad con que se han comportado. No hay tiempo para más. Su yo, *Quintanilla*. P. D. Voy a remitir tropas a Carelmapu, para picar a los que van por el camino de Valdivia. Vengan piraguas con víveres luego, que todo es escaso. Vale”. (1).

En esta virtud, pasó la división chilota a la ciudad de Castro y, depositando el armamento en la sala de armas, se despidieron las tropas a sus casas. Los muertos, por parte de Chiloé, fueron 30 y 96 heridos. El independiente atacó con

BIBLIOTECA NACIONAL

(1) Aunque estos hechos sucedieron en 1824 y aquí se anotan en 1825, ha sido por no dividir la relación de estos acontecimientos.

800 bayonetas de los batallones números 7 y 8 y granaderos de la Escolta Directorial, con el nombre Núm. 1°. En su retirada, reembarcó, después de la batalla, 300, la mayor parte heridos; por ello, es que su pérdida, en el campo de Mocopulli fué, entre muertos, heridos, prisioneros y pasados, la de 500 hombres.

Impugnación.

“El Chileno Instruído”, dice: “Que el valeroso Comandante (habla de Beauchef), había saltado en tierra con los batallones números 7 y 8 y el escuadrón de la escolta. Con esta corta fuerza, derrotó y desalojó otra de mil hombres del enemigo, que repentinamente salió de la montaña de Mocopulli, para sorprenderle y atacarle y, aunque el combate fué furioso y sangriento y duró cerca de cuatro horas, considerable pérdida por ambas partes, al fin triunfó del enemigo y se reembarcó para unirse al cuerpo de su ejército y recibir nuevas órdenes de su general.

Se impugna esta referencia con las demostraciones siguientes: Si el Coronel Beauchef, con su división, tenía orden de posesionarse del camino de Castro a San Carlos para impedir la comunicación y auxilios a aquella plaza, reuniéndose después a su ejército en San Carlos, para donde debía marchar el General Freire, al mismo tiempo, con el ejército patrio. ¿Por qué habiendo salido Beauchef victorioso, se reembarcó en Dalcahue y no prosiguió su marcha al camino de Castro? Si desalojó y triunfó, ¿por qué

esa precipitada retirada hasta incorporarse a su ejército? Que salieron a atacarlo y sorprenderlo más de 1.000 hombres. La falsedad de esta exposición está grabada y se probará más con los documentos que se citen.

Impugnación.

“El Hispano” en su historia: “Se traslucieron muy pronto las ideas principales de los invasores que eran tomar la plaza de San Carlos y, para conseguirlo, cortaron con sus embarcaciones toda comunicación y los víveres que diariamente eran conducidos a dicha plaza”. Así es, pero, de todas suertes, durante el sitio, aunque quedase expedita la navegación a San Carlos, no habrían podido marchar esos víveres por entonces. La orden preventiva a todo el interior de la provincia y a todas las islas, en el momento de invasión, eran: que a tres cañonazos pausados, en la ciudad de Castro, debían ponerse en defensa, sin que individuo alguno pudiese moverse fuera del partido a que correspondía y que las milicias concurriesen a formarse en las plazas de cada departamento, a las órdenes de sus respectivos jefes, a quienes estaban comunicadas reservadamente las instrucciones; que reuniesen todas las piraguas y embarcaciones menores en el puerto principal de cada isla, entendiéndose Quinchao, Quenac y Lemui; que todos los grandes lanares y comestibles se reuniesen en un punto fijo y que, si el castillo de Tauco tiraba dos cañonazos, se embarcasen inmediatamente

las tropas, en seguida, la población, ganados y comestibles, trasladándose todo a la isla grande; por consiguiente, hecha la señal a las 8 de la noche del 28 de marzo, día de la llegada del ejército chileno a Chacao, ya no podía salir ninguna embarcación para San Carlos, de ninguno de los puntos del interior, sin expresiva orden para ello, como se verificó.

Es preciso desimpresionarse sobre sostener la plaza de San Carlos, en un caso de esa naturaleza. Chiloé, por su calidad, no permite caballería y artillería, únicamente de a 4, pues, no pudiendo rodar, ni cargar en cabalgaduras, no queda otro refugio para su conducción que es a hombros o parihuelas. La isla grande, desde Bellavista hasta el confín al sur, es lo interesante y lo que debe defenderse; Quenac, Quinchao y Lemui deben de desalojarse y más en el supuesto que Chiloé no permite batallas campales. La guerra debe ser asaltos y emboscadas; una pequeña fuerza debilitará y destruirá otra extranjera, por considerable que sea a proporción. Sostenida la isla grande de esta suerte, impidiendo los víveres del interior, ni San Carlos, ni los castillos pueden permanecer en poder de los invasores por dilatado tiempo.

La defensa de San Carlos es imprescindible con todo tesón y actividad; pero, no por perderse el puerto y los castillos, se crea es precisa y ya sin recurso la rendición de la provincia que presta tanta defensa. Cuanta quieran darle sus naturales, comprendiéndose en unión Calbuco y

Caremapu, que puede muy bien hacer impasable el Maullín para estorbar los auxilios de Osorno y Valdivia. Los indios son a propósito para la conducción de artillería, municiones y víveres.

Resta ahora, únicamente, cimentar lo que se expuso anteriormente con documentos justificativos, según se ha prometido.

Documentos.

Entre los varios que existen, pueden citarse: el del Coronel D. Ramón Vargas, sobre los fugados y su incorporación en el campamento de Putemún, con otras exposiciones del caso. Dice: "Que la junta celebrada en Tantauco, cuando se presentó el Gobierno, la decisión de contramarchar a Putemún, fué causa del oficio que dirigió al jefe de la división, noticiándole se le habían presentado en Castro, en la noche del día de la batalla, más de 200 fusileros, cazadores y granaderos milicianos, incluso 20 cazadores veteranos con su Teniente D. Cesáreo Ayala, quien daba por perdida la acción. Informe dado en Castro, 1º de agosto de 1824".

Documento.

El del Coronel D. José Hurtado, referente a la tropa miliciiana que entró en acción: "La fuerza disponible de la división chilena que atacó en Mocopulli, como Comandante de ella, Primera de granaderos de milicias, de 90 hombres, Segunda de 25 y cazadores veteranos 106, que to-

do hace la fuerza de 291 plazas. Fueron las que, emboscadas, rompieron el fuego hasta la conclusión, siendo necesario decir que, no obstante el auxilio de los veteranos, se debió, en su completo, la victoria a las dos compañías granaderas de milicias y cazadores veteranos. Informe dado en el cuartel y campamento de Putemún, en 4 de abril de 1824.

El del ilustre Ayuntamiento de la provincia de Chiloé, que abraza generalmente todo lo expuesto.

Documento.

Es constante el feliz éxito de Mocopulli, contra fuerzas tan superiores. Es igualmente cierto que, a esta batalla, es debida la conservación, seguridad y tranquilidad de la provincia, pues, de sus resultas, fué la total evacuación por el ejército de Chile. Firmada y sellada, por ocho capitulares y autorizada en Castro, 10 de abril de 1824.

Sin especificar 23 declaraciones juradas y ratificadas de 23 oficiales y certificaciones de los comandantes militares, de los departamentos de la provincia y de otros sujetos de idoneidad, verdad y religión acreditada que coinciden, en todo, con el certificado de la Municipalidad, que se han extractado los principales por no dilatarse en este particular.

Una declaración del sargento prisionero Iñiguez, sobre la expedición del General Freire y su fuerza.

Documento.

La expedición del General Freire, desde Chacabuco, destacó 900 hombres de armas, para posesionarse del camino de Castro a San Carlos, pero que desembarcaron en Dalcabue; 780 de chispa atacaron en Mocopulli; los batallones números 7 y 8 y una compañía de granaderos del número 1º al mando del Coronel Beauchef. Declaración jurada en Castro, 4 de mayo de 1824.

La del Piloto prisionero D. Tomás Salinas, sobre la fuerza desembarcada y la que se reembarcó después de la acción.

Documento.

Los destinados fueron 900 hombres de chispa, con el fin de tomar el camino de Castro a San Carlos; que ignora el número que desembarcó en Dalcabue, pero que notó, después de la acción, haberse reembarcado en dicho Dalcabue como 300 y casi la mayor parte heridos. Declaración jurada en Castro, en 10 de mayo de 1824.

Preparativos de la 1ª y 2ª expedición.

Empeñado el Supremo Director de Chile, en posesionarse de la provincia de Chiloé para agregarla al pueblo chileno, no desmayó por el mal suceso de la expedición del antecedente año, por lo que, habiendo regresado a la capital, comenzó a providenciar y a dar disposiciones para otra campaña que deseaba abrir al año siguiente o a fines de éste, por ser el tiempo más oportuno

para las operaciones que debían practicarse en la consecución del plan meditado.

Por segunda vez, se hace indispensable, con respecto al escritor de esta historia, hablar otra vez de sus hechos, pero será tan ligeramente que se persuade no ser molesto. El autor del "Hispano", sobre los acaecimientos de Chiloé en este año, dice: "En 6 de febrero, llegaron a aquel puerto, el transporte "Trinidad" y la goleta "Real Felipe", procedentes de Quilca, puerto del Perú, con el último residuo de oficiales y tropas de la sublevación del Callao a favor del Rey; con este motivo y las funestas noticias que éstos impartieron en Chiloé el día 7 del mismo, se amotinaron las tropas en el puerto de San Carlos, arrebatando al Comandante general, Quintanilla, a su segundo Coronel D. Saturnino García y otros varios; pero, verificada una contrarrevolución al siguiente día, fueron vueltos en triunfo a sus respectivos mandos. De los seductores, fué fusilado uno de ellos, saliendo la goleta "Real Felipe" a ponerse en correspondencia con el General Olañeta, a quien se suponía dueño del Perú.

Revolución.

La revolución de Chiloé, en 1825, tuvo muy diferente principio, ni las tropas podían disponerse por los autores de la rebelión, para ser la llegada de esos oficiales del Perú el 6 y la conspiración el 7, por las fatales noticias del Perú.

Este movimiento, consultado anticipadamente el día 6, fué por otras circunstancias y tuvo efecto a las dos de la mañana del 7 de febrero, noche temeraria a todo aquel vecindario.

Esa mañana, asociado el que escribe esta historia al Coronel D. José Hurtado, 2º Comandante del batallón veterano, que no había tenido parte en la revolución, despojados, voluntariamente, de nuestros uniformes, como a las 11 del día, conferenciando ambos en la playa sobre la reposición de la autoridad real y, en caso de no poder verificarla, nuestro embarque al Janeiro, para de allí pasar a la Península. Hurtado, que tenía ascendiente en el batallón sublevado, a cuya cabeza se hallaba el Capitán D. Manuel Velásquez, trató el primero de inspirar en el ánimo de la tropa los sentimientos justos, a sostener la autoridad, fuimos llamados a una junta que se había formado en la casa del Gobierno por el citado Pérez, Capitán del propio cuerpo, cabeza de la revolución, habiendo sido preciso presentarnos en ella.

Componían la junta, el predicho Pérez, su 2º Velásquez, la oficialidad, corporaciones y tres religiosos. A nuestro ingreso, manifestó Pérez: "Que el Gobernador Quintanilla, por la pérdida del Perú, trataba fugarse con una notable cantidad de dinero, habiendo tenido una comunicación secreta con el Gobierno de Valdivia, que estaba por Chile y que estos motivos le habían obligado a aquel movimiento y a su prisión, en un buque próximo a dar la vela al Janeiro".

El que escribe hizo presente: no tenía acción, voz ni voto en aquella junta, por reconocerla ilegal y revolucionaria. Por una voz general de la concurrencia, se aseguró ser la junta o reunión en servicio del Rey y, por unánime consentimiento, se me confió el interino mando, mas sin poder determinar cosa alguna por existir sublevadas las tropas, con su intruso Comandante Velásquez. Así es que, asegurando Pérez su exposición sobre las causas expuestas, para la expulsión, de Quintanilla, con sus inmediatos D. Saturnino García y D. Tomás Pla, Comandante de artillería y Ministro de Real Hacienda, D. Antonio Moreno, le convencí en contrario y Hurtado sobre la nulidad de la correspondencia supuesta con el Gobierno de Valdivia.

En seguida, Hurtado varió el modo de pensar de la tropa que estaba sobre las armas y se determinó la libertad del Gobernador y demás presos que se hallaban a bordo, con una barra de grillos.

Repuestos en sus empleos, a pesar de la reclamación de la junta para la remisión al Janeiro, del Comandante D. Saturnino García que no tuvo efecto, pues previne no reconocía autoridad competente en el Gobierno interino para la separación de aquel jefe que, si tenían que exponer sobre la comportación, lo manifestasen al Gobierno legítimo, quien, bajo las reglas prescritas en la ordenanza, determinaría lo más conveniente. Tampoco se aceptó la asociación que pidieron de Hurtado y el que escribe, para las

determinaciones gubernativas, ni menos Quintanilla podía convenirse a esa sujeción, sin mérito ni causa para ello.

Se les protestó la seguridad de sus vidas y respecto a sus personas a los amotinados y entre salvas de artillería de los castillos, arbolada en ellos la bandera española, con repique general de campanas, puestos en libertad, por mí, los presos, se recibieron en playa al Gobernador y demás, con aclamaciones de vivas al Rey y vivas el Gobierno legítimo, concluyendo esta reposición con *Tedéum* en la Matriz, en acción de gracias al Hacedor Universal.

Para comprobante de lo expuesto, se extractan dos certificados del Reverendo Barrutia y Teniente Coronel D. Juan Manuel Ulloa, sin autorización (según ordenanza) por las circunstancias del tiempo.

Documento.

El certificado del R. P.

M. A. Fr. José Barrutia, entre otras cosas, en el artículo 2º, dice:

“Entabló V. S. con él (hablando de Pérez) unos tratados solamente compatibles con tan críticas y peligrosas circunstancias, pero necesarias para la consecución del fin, pues el segundo autor de conmoción, D. Manuel Velásquez, permaneció obstinado, contando como Comandante de las armas, con el batallón veterano. Ordenó V. S. se hiciese notoria al batallón la providencia adoptada que se verificó con asistencia mía y de los Capitanes Teniente Coronel D. Juan

Manuel Ulloa y D. José Ayala, se logró la reconciliación de las tropas y destinó V. S. a Ulloa a bordo, con orden de conducir los presos a tierra, donde fueron recibidos con demostraciones de júbilo y ternura. Santiago de Chile, 13 de agosto de 1827. Fr. José Barrutia. Señor Coronel D. José Ballesteros”.

Documento.

Del Teniente Coronel
Capitán D. Juan Manuel
Ulloa. Se extracta lo esencial en el artículo 3º.

Reunidos los convocados en esta junta y, faltando el señor Coronel Ballesteros, se le hizo llamar, en el acto de presentarse: Que, en aquella junta, no tenía voz ni voto, pues la reconocía ilegítima y revolucionaria; se le contestó: Que era por el Rey y como más caracterizado pasó a presidirla. Se formó un acta, se leyó a las tropas, pasando el que subscribe por orden del señor Coronel a bordo de la balandra para conducir a tierra al señor Comandante general y demás jefes que se hallaban presos (y al dar la vela en aquel buque) y fueron recibidos por un numeroso pueblo, con todas las demostraciones del mayor júbilo, quedando, por las disposiciones del señor Coronel, restablecida la autoridad legítima (siguen otras exposiciones anexas y concluye). Es cuanto tengo que exponer bajo la integridad y honor con que debo expresarme. Santiago de Chile, agosto 17 de 1827. Juan Manuel Ulloa. Señor Coronel Subinspector D. José Ballesteros.

D. Jerónimo Pérez y Velásquez fueron remitidos a Chile y regresaron después con la expedición del General Freire, en clase de prácticos y el oficial que se fusiló a los cuatro meses después de este acontecimiento, D. N. Ojeda, fué por espía remitido a Chiloé por el Gobierno chileno y no por parte en la conspiración, como expone el autor del "Hispano": Que es de persuadirse que de satisfecho por lo relacionado, de la inverosimilitud con que especifica lo último y la suspensión en que deja el desenlace de la revolución y sucesos para la reposición de la autoridad.

El destino o separación de Pérez y Velásquez a Chile fué una providencia mal calculada del Gobierno, pues sirvieron para activar la última expedición del General Freire con todos los conocimientos y con prácticos tan sobresalientes, decididos, por el sistema independiente. Estos, en ese entonces y, después del servicio que prestaron, nada adelantaron, hasta que, posteriormente, Velásquez obtuvo la comandancia militar de Castro, finalizando sus días en un destierro, por partidario del General Freire, cuando desde Lima, (porque tendría sus fines para ello), intentó tomar a Chiloé, contra el Gobierno del General Prieto, que gobernaba actualmente la República; y Pérez, aunque preso, fué puesto en libertad y ascendido a Sargento Mayor de aquella plaza en 1839.

No hacemos, en esta historia, una relación circunstanciada de los sucesos de Chiloé, en el

espacio de nueve años, por hallarse ya referidos, con bastante extensión, en mi "Historia (manuscrita) de la Revolución e Independencia de Chile", así es que, únicamente, se detallarán en ésta, aquellos acontecimientos más extraordinarios que formaron o dieron éxito a su defensa.

El Gobierno trata de capitulación.

El Gobernador Quintanilla estaba resuelto a capitular y, para el efecto, escribió al escritor a la ciudad de Castro, donde se hallaba encargado de la subinspección general de las tropas y Comandancia P. y M. del interior de la provincia y, en el mismo orden, ofició a los demás partidos o cabeceras del archipiélago.

Documento.

"Señor D. José Balles-
teros. San Carlos, 27 de octubre de 1825. Amigo: Por el adjunto, verá Ud. el melancólico aspecto de las cosas; vienen los chilenos con una fuerza de más de 3.000 hombres. Yo calculo que la provincia no quiera entrar en defensa, porque las noticias de auxilios de la Península no dan una certeza de que se efectúen y aun cuando se realizasen, ya sería tarde y después que sucumbiésemos a la defensa. Para hacer defensa, se necesitan fondos, entusiasmo y decisión y nada hay, según mi concepto. Reúna Ud. la oficialidad con brevedad, agite al Calbido y que se decidan prontamente si se defienden o se capitula. Disuada Ud. a todo el que piense en independencia, sin sujeción a

Chile, de esta provincia. La expedición está costeada y no retrocederán de combatirnos y así no hay más que una capitulación ventajosa y luego; o si no, que se resuelvan a poner, a disposición de este Gobierno, sus intereses, sus personas y sus compañías y que firmen su decisión. Es de Ud. su afecto, *Quintanilla*.

Documento.

Un sello. Gobierno de
Chiloé.

Por una balandra que ha fondeado ayer tarde procedente de Valparaíso, he sabido se está aprontando en Chile una expedición de tropas contra esta provincia, la cual debe salir de Valparaíso muy pronto, de cuya noticia estoy bastante cierto y no me cabe la menor duda. Para el acierto de mis operaciones, convoqué, inmediatamente, a una junta de guerra de jefes y comandantes de compañías de la guarnición y, por unanimidad, fueron de parecer: que se consultase el voto de los jefes, oficiales y demás corporaciones de la provincia, para decidir si se ha de hacer o no una vigorosa defensa, o si se debe capitular. En consecuencia de esto, haga V. S. que, inmediatamente, se reúnan los jefes y oficiales de ese batallón y, manifestándoles esta noticia por el contenido de este oficio, les pedirá su parecer decisivo, de si conviene y están prontos a defender la provincia con sus compañías y concurrir, con sus bienes, para los gastos de la guerra, (pues que el erario se halla exhausto y con sólo 10.000 ó 12.000 pesos en aguar-

diente y otros efectos de muy poca estimación), o si deberá capitular, con el general de la expedición, antes de llegar a este puerto. Aunque falte uno que otro oficial, por hallarse ausentes o enfermos, no importa, ni es del caso, pues lo que se exige es la brevedad en la reunión de los oficiales y decisión que constará por una acta a continuación de este oficio, la cual firmarán y con lo que de ella resulte, inmediatamente y sin pérdida de tiempo, se pondrá V. S. en esta plaza, trayéndose dicho documento para que en junta de guerra, con los demás jefes y oficiales de la guarnición y corporaciones, se determine lo conveniente; y así es que el día 5 del próximo noviembre, debe estar V. S. en esta plaza y presentarse a este Gobierno (1), sobre cuya brevedad y para el día prefijado, le hago a V. S. el encargo más severo. Dios V. San Carlos, 27 de octubre de 1825. *Antonio de Quintanilla*. Señor Coronel D. José Ballesteros.

Documento.

Un sello. Subinspección de las tropas cívicas de Chiloé. Cuartel de Castro, 28 de octubre de 1825.

El Ayudante Mayor del detalle dará la respectiva orden al jefe y oficiales del batallón de la guarnición de Castro para que, se presenten en esta subinspección y Comandancia, mañana a las 12 del día. Ballesteros. Se dió la orden en

(1) Se le previno después la residencia en Castro, para su defensa.

la tarde del día de hoy, 28 de octubre de 1825.
José Miralles.

Acta

Cuartel de Castro, capital de la provincia de Chiloé,

a 29 días del mes de octubre de 1825.

En consecuencia del oficio anterior del Gobierno y, en su contestación, se reunieron en esta mañana, en la casa habitación del señor Coronel de ejército, Comandante de la Plana Mayor de la provincia, P. y M. de la ciudad y partido de Castro, encargado generalmente del interior de la provincia o archipiélago y subinspector general de las tropas cívicas de Chiloé, D. José Ballesteros. Los señores jefes y oficiales del batallón de Castro, a los que, habiéndoles leído el oficio de la Comandancia General, e instruido de su contenido, como referente al actual estado de la provincia y, en lo principal, sus determinaciones firmadas y suscritas, fueron decididas por la capitulación; que la dejan a disposición del Gobierno, siendo ventajosa a la provincia. Coronel *José Ramón Vargas*. Oficiales: *Justo Vargas*.— *Antonio Cárdenas*.— *Francisco Alvarez*.— *Fernando Cárdenas*.— *Patricio Andrade*.— *José Díaz*.— *José Garay*.— *José Antonio Cárdenas*.— *José Oyarzún*.— *Benito Garay*.— *Patricio Díaz*.— *Juan Ignacio Gómez*.— *Manuel Díaz*.— *Pedro Miranda*.— *Pedro Bórquez*.— *José María Pérez*.— *Pedro Gallardo*.— *Luis Cárdenas*.— *Silverio García*.— *Tomás Gallardo*.

Decreto.

Pase esta acta al señor Gobernador de la provincia, con oficio de estilo, a cuyo efecto el Ayudante Mayor del detalle, Capitán de ejército D. José Miralles, mandará con ella un cabo veterano de su satisfacción. Cuartel de Castro, 22 de octubre de 1825. *José Ballesteros. Juan Gómez, Secretario.*

Se cumplió la anterior orden, como se previene. Cuartel de Castro, octubre 30 de 1825. José Miralles.

El autor del "Hispano" no se refiere, ni expone esta circunstancia y únicamente dice, hablando de Quintanilla: "Este, sin embargo, del mismo modo que toda la guarnición (1), permanecía en la firme resolución de sostener el dominio del Rey, hasta que hubiera agotado los últimos recursos. Las intimidaciones hechas por los disidentes en 1825, no hicieron mella alguna en sus indomables pechos".

Por lo que se manifiesta, es probable que, a pesar de esa decisión, pensó en capitular y, ciertamente, profundizada la materia, era el verdadero partido que debía haber seguido. No residía, en esa época, más autoridad real en esta América; el Gobernador no tenía de donde esperar el más mínimo auxilio. Los recursos de la provincia eran insignificantes. No podía absolutamente sostenerse. Sus fuerzas eran muy limitadas. En lo interior, se habría hecho fuerte,

(1) El acta de 31 de octubre de 1825 denota lo contrario, como se verá.

pero sin armas, a su vez, se habría rendido. Parece, pues, que bajo estos datos y, no habiendo intención de sostenerse, una capitulación en regla, en estas circunstancias, era dictada por las leyes divinas y humanas y aun premiada, como una retirada honrosa, pues se evitaba el sacrificio de una provincia, ciudad, territorio o departamento, sin dejar a la inconstancia del tiempo, una multitud de defensores que, de otro modo, habrían sido útiles y favorables a su Nación.

Nadie mejor que el autor de esta obra se halla informado de estos sucesos y, cuando el honor está comprometido, el deber de hablar es una consecuencia de la facultad de saber; hemos recibido de las fuerzas de las cosas la misión de escribir esta página de nuestra historia y es preciso llenarla según el conocimiento que concibe, con libertad, con soltura y con aquella imparcialidad y culto independiente y puro a la verdad, sin el cual no hay historia.

Los jefes, oficiales, tropas y, aun el Cabildo de Chiloé, no se hallaban emancipados del Gobierno; la obediencia estaba firme y sólo esperaban órdenes de la autoridad, para cumplirlas; los intereses eran de poca consideración y, en toda duda, un Diputado de cada departamento habría decidido la cuestión de capitulación o defensa en menos de 24 horas. Los últimos acontecimientos de Chiloé manifestarán la evidencia de lo que se habla.

El Gobierno de Chiloé varia del plan de capitulación.

El 4 de noviembre de este año, arribó a Chiloé el oficial comisionado por el mismo Gobierno al Janeiro, a tomar conocimiento y noticias de España, con otros encargos. Al saludarse este oficial, el 4 de noviembre con el Gobernador, dió unas falsas noticias de la Península y de una grande esperanza, según se extendieron por el mismo Gobierno, que acordó la resolución de quemar pólvora para la defensa de la provincia, olvidando, por entonces, la capitulación acordada, haciendo entender al pueblo que la expedición peninsular, destinada a Méjico, era para la América meridional.

Se formó una junta en la que se propusieron estas noticias y pidió el Gobierno a la Comandancia de Castro, las compañías de granaderos y cazadores cívicos, bastimentados por quince días, con el complemento de su armamento y municiones. Del mismo modo y sin armas, la compañía de caballería de Quinchao, pues se hallaba decidida a la defensa; su objeto era sostenerse en San Carlos y recurrir allí el ejército.

Documento.

7 de noviembre de 1825.

Señor D. José Ballesteros. Estimado amigo: Hoy acaba de llegar Adriasola. Andan locos los hombres de contentos, en virtud de la noticia que éste ha traído (1) y ya estamos en el caso de hacer el último

(1) De expedición peninsular.

esfuerzo; devuelvo el acta. La junta de guerra en el 15 (1); no hay más tiempo. Su invariable affmo. amigo. *Quintanilla*.

P. D. Imparta Ud. órdenes a la milicia de listos y prontos a la reunión y los cazadores, granaderos y caballería que, desde luego, vengan con 15 ó 20 días de víveres a tomar las armas a Castro, donde esperarán la orden para venir a San Carlos, pues el ataque es aquí sin falta. Vale.

EJERCITO

Infantería	Plazas Totales
Batallón veterano	650
3ª Compañía de granaderos milicianos....	293
3ª Compañía de cazadores milicianos.....	289
	1.213

Caballería	
Escuadrón de Maullín, con 68 fusiles.....	200
Compañía de Quinchao	200
	280

Artillería	Plazas Totales
Una Compañía veterana.....	90
Una Compañía miliciiana.....	100
	190

Total general	1.702
---------------------	-------

(1) No tuvo efecto la junta.

El "Hispano" asegura 2.400 hombres; pero, disponibles de fusil, debía ser la misma fuerza de la infantería y los 68 Dragones, que hacían el número de 1.300, pues los demás eran armados con lanzas y sables.

Esta fuerza, con muy poca diferencia, fué la que pudo presentar Quintanilla contra 3.000 bayonetas, veteranos instruídos en la táctica militar y aguerridos en el puerto de San Carlos, el más fatal punto por su localidad, carencia de víveres y otros recursos por la defensiva. Así resultó lo que debía esperarse y era consiguiénte, como se verá en el año siguiente.

El 24 de noviembre se presentó, cruzando a la boca de San Carlos, la fragata de guerra chilena, "Chacabuco" y, en las oraciones, echó un bote al agua con bandera parlamentaria, que llegó al muelle a las 5 de la mañana. Se le mandó hacer alto y, a su bordo, conducía a D. Manuel Velásquez (el de la conspiración, como se ha indicado), a quien se le intimó por el Gobierno que, si tomaba tierra en algún punto de la provincia, con carácter de parlamentario, o sin él, sería fusilado inmediatamente. Se le regresó a bordo de su buque, con un bote de la plaza, con prevención al Comandante de la fragata "que no se admitían parlamentarios de aquella clase", con lo que dió la vela para Valparaíso.

A los pocos días, se remitieron a la plaza de San Carlos, por la Comandancia de Castro, cuantas pistolas había en aquellos almacenes, para las guarniciones de las lanchas cañoneras

y el 3 de diciembre, asegura el Gobierno a la expresada Comandancia "que aquel domingo pasó una revista general a la división de San Carlos, maniobrando en línea y que la tropa se hallaba regularmente instruída, pero que, no habiendo cómo sostener esta fuerza, no sabía qué determinar y que la escuadrilla de lanchas estaba lista y con buenos Comandantes, en estado de poder hacer alguna cosa favorable".

Documento.

Señor D. José Ballesteros.—Diciembre 6 de 1825.

Estimado amigo: Artículo 4º. El domingo tuve revista general a la división y se maniobró en línea; se halla regular a fuerza de trabajo, en organización e instrucción. Se ha conseguido hacer que parezca algo, pero lo esencial falta; no hay medio cómo sostener tanta hambre, como va a verse dentro de poco. La escuadrilla de lanchas está lista y la de Lemuy quedará mañana corriente. Tienen buenos Comandantes y puede hacerse algo, aunque la fragata "Isabel", enemiga, manda fuerza. No hay tiempo para más. Su affmo. *Quintanilla*.

Las lanchas que especifica el Gobierno, en su anterior carta, fueron promovidas sus construcciones por el autor de esta historia en la Comandancia de Castro, atendiendo a la gran necesidad que había para el servicio marítimo de las costas y defensa de los puertos que constituyen la provincia. Para la fabricación de seis,

se destinó a cada partido la construcción de una de ellas.

Milicias de Castro. Dos de 14 varas quilla, para el calibre de a 12 a proa y de 8 a popa y la 2^a de 8 a proa y de 4 a popa.

Quinchao. Una de 13 varas quilla, con uno de 8 giratorio a proa y otro de 3 a popa.

Chonchi. Una de 12 varas quilla y, en la artillería, igual a la de Quinchao.

Lemuy y Quenac. Igual en todo a la de Chonchi.

De éstas se plantificaron y concluyeron las cinco, pues Lemuy, Quenac y Chonchi fué preciso se uniesen a la construcción de una. El trabajo, de cortes de madera y su fábrica, fué gratis por las milicias con sus propias herramientas; siendo, únicamente, por cuenta del erario, la brea, el alquitrán, jarcia y velamen, incluso el fierro; todas finalizadas en dos meses, fueron remitidas a la plaza de San Carlos, a disposición del Gobierno, con cargamento de víveres.

Promueve el Gobernador una junta para determinar su residencia en Castro de San Carlos.

No pareciéndole conveniente, a Quintanilla, su permanencia en San Carlos, si resultaba expedición contra Chiloé (como se decía), propuso en una junta de guerra: "Si convenía a la

mayor seguridad de la provincia su existencia en San Carlos, o en Castro de Chiloé", donde existían todas las poblaciones e islas principales, tropas milicianas, recursos, víveres, sala de armas y otros infinitos arbitrios para sostener la guerra:

Para esto, hizo presente a la junta:

Primero.— Si los independientes, bajo los conocimientos que pudieran prestar Pérez y Velásquez, tomaban a San Carlos, que no cuenta con 300 hombres de tropa y que tal vez, por falta de entusiasmo, los defensores se dirigiesen contra la autoridad, jefes y el saqueo, no siendo presos los jefes, era el único arbitrio replegarse a Castro, resultando de esta operación, no poder hacer una capitulación, cual podría verificarse hallándose allí el Gobierno anticipadamente.

Segundo.— Si llegase un buque de España, con noticias de no realizarse la expedición peninsular, para esta América, era muy de temer que algún revoltoso se echase sobre las armas y, consiguiendo la prisión de los jefes, se perdiese la provincia, lo que no podría suceder, hallándose la autoridad en Castro.

"Señor D. José Ballesteros.— Agosto 15 de 1825.— Estimado amigo: Dije a Ud. que puede fuese a ésa muy pronto, con el objeto de establecer en ésa mi residencia, pero se ha entorpecido. Hace tres días se reunieron los jefes y oficiales en la clase de capitanes y se tocó el pun-

to, si convendría el que el establecimiento de la primera autoridad fuese en Castro; esto motivó una gran discusión y debates sin haberse podido coordinar todos los pareceres; así hubo en favor de la proposición y en contra y se decidió por votación, nueve votos a que no y siete a que sí; por esto, se puso acta que residiese aquí. Yo bien conozco que este asunto no es para tratado en junta, pues que yo puedo residir en el punto que quiera de la provincia, como responsable. Pero, como le habían de dar mil interpretaciones, si me iba sin reunirlos, ya porque juzgarían que era comodidad particular, ya por miedo. No quiese aclarar mi parecer y, sí, sólo expuse los casos siguientes: "Si los enemigos hacen una pequeña expedición, fiados en las facilidades que Velásquez y D. Fermín Pérez le hayan dado, a que sea sólo de 500 hombres, se tomen esta plaza que no cuenta 300 y quizás, por falta de entusiasmo, no se les tira un tiro y los defensores se dirigen contra los jefes y el saqueo, entonces, escapando bien vamos más que de prisa por Caicumeo; de aquí resulta que no se hace un tratado, cual se podría hacer, si no me hallase en Castro, anticipadamente, al frente de la provincia. Segundo caso: Si llega un buque que nos trae noticia que no viene expedición de España, es muy de temer que un revoltoso se eche las armas y, amarrándonos, consiga lo que no le sería fácil si estuviese en Castro y así se forma la balanza para las determinaciones que convengan. Otras muchas razones expuse,

pero, aunque fueron oídas, no las quisieron entender algunos de ellos y la cosa ha quedado así. Haga Ud. juicio de todo y avíseme su parecer. De Ud. afmo.—*Quintanilla.*

El Gobierno debió haber excusado esta junta, pues era árbitro a situarse dentro de la provincia (y más en aquellas circunstancias), en el punto que hubiese hallado por conveniente y si, desde un principio, hubiese aceptado este plan (con intención de una verdadera defensa), es preciso convenirse, que 6 mil hombres de armas no habían sido suficientes para la rendición de Chiloé, supuesta la localidad, la imposibilidad de poder maniobrar, francamente, la caballería y artillería, sus inaccesibles montañas, intransitables pasos, donde toaoo son emboscadoas, nesfiladeros, cortaduras, alturas, barrancos, pésimos caminos, continuas lluvias, altas mareas e inmensos fangales, islas y canales, teniendo, por todas partes, retiradas ventajosas para cansar, entretener y estropear a los más esforzados soldados, disminuyendo y disipando las fuerzas contrarias con un entorpecimiento total de operaciones que serían su ruina.

**Parlamentario de
Valdivia.**

El 16 de octubre llegó, de Valdivia a Chiloé, un parlamentario con pliego, intimando rendición, con las mismas propuestas que hizo el Director, cuando la arribada de la "Chacabuco": "Que los funcionarios públicos y militares quedarían en sus empleos y, para el efecto, acompañaba un

oficio del Gobierno de Chile al de Valdivia, autorizándole para que repitiese dicha oferta que pudiera haber sido admisible, únicamente, para los del país". A este enviado, se le detuvo en Maullín y allí se le contestó.

Carta del Gobierno.

"Señor D. José Ballesteros.—San Carlos, octubre 17 de 1825.—Estimado amigo: Ayer he tenido correspondencia de Valdivia, por un parlamentario que existe en Maullín. El objeto de la cantinella de que Chiloé se entregue a Chile, ofreciendo el Gobierno de Valdivia, en caso de acceder, que se cumplirá la oferta que hizo el Director, cuando vino la "Chacabuco", que fué el que los funcionarios públicos, políticos y militares quedarían en sus empleos y, para el efecto, me adjunta un oficio que escribe el Gobierno de Chile a Valdivia, autorizándole para que repita dicha propuesta. En consecuencia, reuní la junta de guerra y he contestado que, debiendo reunirse los diputados de la provincia en el mes de enero, próximo, entonces, si no hubiesen noticias, hasta aquella fecha, de España, que prometan una cierta esperanza, determinaría la providencia que convenga con el parecer de la provincia y que, si ésta fuese la de incorporarse a Chile, será necesario que, para aquella fecha, esté él bastamente autorizado, con poderes amplios para ajustar y ratificar el tratado, pues el que tienen es muy limitado y no extensivo a entrar a tratar

sobre los intereses generales de la provincia, que es el punto principal. Esta contestación no es acre, ni negativa de su propuesta, con la cual, al mismo tiempo que se combinan todas las cosas, quedan y quedamos conformes. Es de Ud. su amigo afectísimo y servidor. *Antonio Quintanilla*".

Las propuestas e invitaciones del Gobierno de Chile eran, precisamente, consecuencia de tres cartas que, por disposición del Gobierno de Chiloé, se habían escrito a particulares de Chile, con objeto se suspendiese la expedición y entrar en unos tratados que fuesen ventajosos a la provincia y sus defensores, pues éste era el principal contenido de dichas correspondencias, en el supuesto de que Quintanilla deseaba una capitulación para evitar la efusión de sangre y el comprometimiento del archipiélago que, según la predisposición del Supremo Director, la habría conseguido con más ventajas que las que obtuvo el General español Canterac en la suya de diciembre de 1824, en el Perú, después de la Batalla de Ayacucho, con la sola fuerza de 200 a 300 de caballería de los dispersos reunidos.

Diremos que las cartas fueron escritas y remitidas: una, por D. Juan José Vives, existente en Valparaíso; otra, por el Teniente Coronel D. Francisco del Río que falleció en Concepción y otra, por D. José Hurtado, residente en esta capital de Santiago; ésta última fué impresa en los papeles públicos de Chile.



CAPITULO LXIII

**Tercera expedición de
Chile sobre Chiloé.
Año de 1826.**

En el año anterior, hemos dicho que, empenado el Director Freire en la toma de la provincia y plaza de Chiloé, principió a dar sus providencias para otra campaña que debía verificarse a fines de 1825; en efecto y, llegado el tiempo oportuno para esta expedición, zarpó de Valparaíso, con parte de su ejército, en 28 de noviembre del referido año, con dirección a Valdivia, que era el punto de reunión de los demás buques que debían salir de Talcahuano y, aunque todos estuvieron reunidos en aquel puerto el 18 de diciembre, no fué posible dar la vela hasta el 2 de enero de este año presente, a causa de un furioso temporal que duró más de 8 días consecutivos.

Aunque la distancia de Valdivia a Chiloé es, únicamente, de 40 leguas marítimas y 65 por tierra, la falta de viento impidió la entrada en el

puerto y el día 9 se vió obligado el convoy a dar fondo en la ensenada del inglés, después de posesionarse de la corona que, anteriormente, tenía dos cañoncitos y era entonces un punto avanzado.

Desembarcado el ejército en la playa de Justis, determinó el General que el Coronel Aldunate (1) con dos compañías del número 6 y 40 hombres del número 8, fuese, por tierra, a tomar la batería de Balcacura que, con dos piezas de artillería de a 24 y 12, era la única defensa a la marina, por lo que fué tomada, sin embarazo, ni resistencia. A retaguardia de la división de Aldunate, para sostenerlo, marchaba, en seguida, el batallón número 1º, al mando del Comandante Godoy; pero, antes que se reuniesen estas dos fuerzas, había logrado su fácil empresa.

Entretanto se practicaba esta operación por tierra, había dispuesto el General Freire que los buques de guerra "Independencia", "Chacabuco", "Aguiles" y "Galvarino", hiciesen su entrada en el puerto de San Carlos y fondeasen al frente de Balcacura, para que el ejército, protegido de sus fuegos, desembarcase en la punta de Lechagua.

Fué ejecutada esta operación en la mañana del 11 del citado enero, bajo las órdenes del Almirante Blanco Cicerón, que pudo verificarla, pues, a los pocos tiros de cañón del Castillo de

(1) Hoy, General de Brigada y Ministro de Guerra y Marina que tantos servicios prestó en la independencia del Perú.

Agui, se desmontaron los cañones, se rompieron las cureñas, se deshicieron las esplanadas y todas fueron averías de consideración y las seis lanchas cañoneras chilotas, fueron a ponerse bajo los fuegos de la batería de San Carlos.

El señor Miller, en sus memorias (1), dice: "Una segunda expedición de cerca de 4.000 hombres, a las órdenes del General Freire, se reunió en Valdivia y dió la vela el 2 de enero de 1826, convoyada por los buques de guerra la "O'Higgins", el "Lautaro", la corbeta "Independencia", el "Galvarino", la "Chacabuco" y el "Águiles". El 8 verificaron su desembarco. Un batallón se colocó de observación del Castillo de Agui, mientras que el Coronel Aldunate, con una respetable fuerza, pasó a tomar el Castillo de Balcacura. El Gobernador Quintanilla, con más de 3.000 hombres (2), tomó una fuerte posición en una altura, sobre el lado sudeste de la bahía, cubierta su izquierda por un bosque inmediato e impenetrable y su derecha por la costa, sostenida de tres lanchas cañoneras que fueron apresadas por los botes de la escuadra y sueltos, inmediatamente, contra los realistas. De este modo, su posición quedaba enfilada y se retiraron; entonces, avanzó el General Freire, ocurriendo varias escaramusas, pues, en toda la contienda, desde su principio, no tuvo un ataque

(1) Tomo 2º, Cap. 32, págs. 329 y 330.

(2) Eran conocidos los pocos del sistema republicano, pues no puede negarse que Chiloé fué el centro de la fidelidad y constancia al Rey. Esta opinión era pública a la faz del mundo.

que manifestase la defensa; todo fué dirigido a perder terreno y flanquear la posesión de San Carlos. La retirada, en orden, a Castro, hubiera producido mejores resultados.

Seguiremos la historia. Entretanto, desembarcaba el ejército sin oposición a la derecha del estero de Capabulemu; Freire propuso rendimiento a Quintanilla, cuya contestación negativa obligó al General Freire a poner en marcha su ejército, dirigiéndose a San Carlos por el mismo camino de la playa, que el día antes había llevado el Coronel Aldunate, ordenando su marcha al amanecer del día 13.

La invitación del General Freire se copia en seguida para la mejor inteligencia.

Invitación.

Señor Gobernador Intendente de la provincia de Chiloé. Cuartel General en marcha, enero 11 de 1826.

Encargado, por la República de Chile, del mando del ejército destinado a libertar este archipiélago, he creído faltaría a los deberes que me impone la humanidad, si no hiciese a V, S, antes una indicación saludable, bastante a evitar los horrores de la guerra, como las funestas consecuencias que resultarían de una lid, en que todas las ventajas se presentan por mi parte, prescindiendo, por ahora, de las favorables predisposiciones que ofrece, desde luego, la disciplina del ejército, su entusiasmo, recursos y los gérmenes que encuentra la opinión dentro del

mismo Chiloé (1) para asegurar, de un modo positivo, el éxito de esta empresa. Debo también hacer observar a V. S. que, desde el momento que desapareció para la América la dependencia que la ligaba con su antigua metrópoli, entró en el interés de Chile unir esta fracción de su territorio a la gran familia chilena, porque así lo exigía la unidad de principios que había adoptado su seguridad, su localidad y otros motivos de conveniencia general. Si estas consideraciones valen tanto para V. S. como es el interés que ha manifestado por la felicidad de estos pueblos, hoy creo se halla en el caso de dar la mejor prueba de aquellos sentimientos, economizando la sangre de estos infelices habitantes que, seguramente, serían víctimas de una obstinada resistencia. De lo contrario, V. S. debe considerarse, desde este momento, expuesto a todos los resultados de esta contienda. Tengo el honor de ofrecer a V. S. los sentimientos de respeto y consideración con que soy, etc.— *Ramón Freire.*

Contestación.

Quedo impuesto del oficio de hoy que me dirige V. E. No hay razón que me pueda obligar en dejar de cumplir con mis deberes, para con el Rey. Las tropas y habitantes de esta provincia (que como yo) desean el momento de hacer ver, por tercera vez, al ejército de Chile, que sus es-

(1) La impugnación que hace el "Instruído" sobre la fuerza y posición de Quintanilla, responderá igualmente a este autor.

fuerzos para subyugarlos, son vanos (1) y así excuse V. E. amenazas que mira muy lejos (2) que pueda cumplir. Dios V. Cuartel General de San Carlos de Chiloé, enero 11 de 1826.—*Antonio de Quintanilla*. Señor General del Ejército de Chile.

La vanguardia mandada por Aldunate se componía de dos columnas: la primera de dos compañías de cazadores de los batallones números 4 y 6, a cargo del Mayor Azagra y otras dos de granaderos del 1º y 4º, a las órdenes del Mayor Young. La segunda columna se componía de los cazadores del 1º y 7º, mandados por el Mayor Masuri y los granaderos del 6 y 8 bajo la conducta del Mayor Tupir.

A cien pasos de la vanguardia, seguía la primera división, compuesta de los batallones 4 y 8, a las órdenes de sus jefes, el Coronel Beauchef y, en seguida, la segunda, compuesta de los batallones 1 y 7, al mando del Coronel Rondizzoni y la retaguardia, del 6 y escuadrón de guías, a las órdenes del Comandante Riquelme; dos piezas de artillería de a 4, mandadas por el Capitán Martínez, marchaban entre las dos columnas de vanguardia y otras dos a la cabeza de la primera división por el Mayor Amunátegui.

(1) En general, no deseaban la guerra, conocían la desigualdad de fuerzas, y con todo, hubieran hecho el último esfuerzo, pero conocieron la apariencia y todo lo abandonaron viéndose sin jefes.

(2) Jamás estuvieron más cerca.

En esta forma, marchó el ejército patrio y tomó posesión de la línea de cuadros a las seis y media de la tarde, sin hallar obstáculo que le embarazase. Entretanto marchaba el ejército, había hecho su entrada el mismo día 13 la fragata "María Isabel", con cargamento de víveres y fondeado en Punta Arenas, sin recibir daño alguno.

El "Hispano", dice: "Hallándose situada la división realista, formando una línea en las alturas de Poquillihue, apoyada su derecha a la batería y la izquierda a un monte o bosque impenetrable y, siendo la playa de doscientas varas de ancho, los enemigos podían correrse sin ser ofendidos y emprender un ataque sobre la línea; que se situaron 4 lanchas para impedirlo con 300 infantes y se construyeron parapetos en todo el frente".

Hemos advertido ya la fuerza de Quintanilla para la defensiva; en este supuesto, diremos que el cuerpo del ejército de Quintanilla para batirse, era el armado (pues lo demás era insignificante) y, en este caso, como el anterior, fué una temeridad entrar en acción en un punto, como el de San Carlos.

De la batería de Poquillihue, no se recuerdan tales fosos o atrincheramientos, ni otros oficiales que se hallaron en ese supuesto ataque, conservan semejante memoria, pues el único que cubría la línea realista era el mismo castillo y cuatro cañones en el monte, ni semejantes de-

fensas podrían haber sido útiles en aquella localidad o situación, cuando tenían los buques que, a un esfuerzo, la habrían batido.

Tampoco estaba la tropa emboscada, como supone el "Chileno Instruído", ni Poquillihue hizo fuego entonces y, sí, únicamente, las lanchas que no las guarnecíán los 300 hombres que anuncia el "Hispano". La playa, por la parte que indica, es de más angostura y el plano geográfico de Chiloé bien lo manifiesta. El poco fuego que hubo, en seguida, fué de los mismos cañoncitos de la división.

Conociendo el vigilante General Freire el perjuicio que le ocasionaban las lanchas para sus operaciones sobre las playas, el día 14, a las dos de la mañana, mandó 14 botes (y no 22 como dice el "Hispano") de la escuadra, al mando del Capitán Bell, que las abandonaron por hallarse éstas con 4 marineros y un escaso número de indios, en tal extremo, que unos y otros se botaron al agua; pues es efectivo que, al tener la guarnición los 300 infantes, hubiesen hecho alguna defensa, resultando algunos muertos o heridos; o esto debió ser así, o, probablemente, los 300 fusileros o sus oficiales demasiado tímidos; luego no hubo semejante guarnición, entonces, a bordo de las lanchas que estaban abandonadas, pues esa guarnición, justamente, en esos momentos, estaba en tierra y, cuando ocurrieron, ya estaban tomadas. En esta circunstancia tiró tres o cuatro cañonazos al castillo de Poquillihue a los botes apresadores, pero sin fruto alguno.

El "Independiente" que, para coronar sus ideas, le estuvo tan favorable el apresamiento de las lanchas, las tripuló en el momento y, guarnecidas, sirvieron para atacar a los chilotos que formaban su línea inmóvil, en la playa de Poquillihue.

A las cuatro y media de la mañana, levantó su campo el ejército chileno y principió a desfilarse sobre la derecha por un camino estrecho y montuoso para evitar los fuegos de Poquillihue, que debía atacar en ese caso y de los situados a la ribera del monte que flanqueaban los fuegos de la playa; y la reserva y piezas de artillería se pusieron a media falda del campamento, cubriendo la entrada del desfiladero.

En esta disposición y al frente de los chilotos, hizo descanso el chileno, formando en pabellones, en distancia de 300 o más toesas uno de otro, de modo que se conocía no tenían por qué apresurarse.

Las lanchas prisioneras se aproximaron a la playa, batieron a la infantería chilota que, sin tener a quien hacer fuego, a pie firme, sufrieron el rigor del tiro de cañón de las lanchas, hasta que, exasperados por esta inacción y haberle llevado una mano una bala al oficial Olivares y muerto un soldado, levantó la voz el batallón veterano "que sufría daños sin tener con quién pelear".

En estos instantes, llegó el Gobernador y el Comandante del batallón D. Saturnino García, previniendo al 2º Comandante D. José Hur-

tado, que se retirase al camino de San Carlos, a Castro, con las tropas. Abandonaron a Poquillihue, poco menos que dispersas, a Bellavista, dejando en el monte los cuatro cañones. Quintanilla tomó la dirección de dicho camino a vanguardia y a su inmediación, como su 2º el Comandante García que, por seguir las huellas de aquél, con seguridad, se vió obligado a abandonar su batallón.

A las seis y media de la tarde del mismo día, mediante el movimiento de los realistas, tomó posesión el ejército de la pampa de Yancas, que estaba abandonada, como toda la playa, pues su extensión no permitía, con tan reducida fuerza, a guarnecerla. Desde este punto, el "Independiente" pudo reconocer la fuerza chilota.

"El Chileno Instruido" dice: "Que, en este lugar, sería el número de los chillotes más de dos mil hombres y que se hallaban concentradas sus fuerzas en las alturas de Poquillihue, algunas partidas emboscadas, atrincheradas a media falda de la colina y que el General Blanco mandó cuatro lanchas para batir a los que se hallaban emboscados".

Es una exageración. Ya se ha referido que el ataque de estas lanchas fué el que obligó a la retirada de las tropas chilotas, que no estuvieron emboscadas, ni los dos mil hombres que se suponen, ni los tres mil que dice Miller, pues la infantería que era la que allí se hallaba formada, escasamente, tenía los 1.300 fusileros; de éstos,

582 eran milicianos, si se advierte que 650 eran batallón veterano y 68 dragones veteranos.

Situado el ejército chilote, como 900 toesas distantes de los altos de Bellavista, la izquierda apoyada a un bosque impenetrable y el terreno del frente estrecho y pendiente, cubierto de estacada gruesa de los caseríos inmediatos, se trató allí hacer alguna defensa. La caballería del Comandante Isla se hallaba en el bajo, extendiéndose hasta las colinas de Pudeto, dejando un flanco que ofrecía un pequeño acceso a las columnas del ejército chileno. Pero, perseguido Isla por un fuerte tiroteo del "Independiente", se replegó a la infantería, posesionándose los chilenos de la plaza de San Carlos y demás inmediaciones de esta población, sin recelo alguno.

El General chileno Borgoño, que observaba las disposiciones de los chilotes, se aprovechó de la oportunidad que le proporcionaba el flanco descubierto y marchó, con la columna de granaderos y la primera división, a ocupar los altos de Pudeto, para caer después sobre la derecha.

Entretanto, la columna de cazadores había desplegado en guerrillas; dos compañías entretenían el centro y la izquierda de los realistas; luego que dichas columnas (que usaron poco del fuego) encumbraron las alturas, el Mayor Maruri hizo desplegar sus reservas y, en pocos momentos, cubrió de fuego todo el frente de la línea chilota, cargando con ardor los cazadores chilenos. La resistencia más fuerte, de un principio, fué de cañón a cañón y de los accidentes

del terreno; el ataque esforzado de estos cazadores, combinado con el movimiento de la izquierda obligó a los chilotes a abandonar esta posición, con pérdida de la artillería, tomando el último alto de Bellavista, entrada del camino de Caicumeo, dirección de San Carlos a Castro.

No hay duda que esta posición defendida era la más ventajosa por dominar todas las colinas inmediatas, pero, como desde la retirada de Poquillihue, todas las operaciones siguieron sin oposición formal, ni casi hubo ninguna, siendo todo escaramuzas (como dice Miller), a pesar de la superioridad de este punto, en el cual ya no existía el Gobernador ni el Comandante García que, con algunos oficiales y tropas, se habían adelantado a Tantauco, distancia regular, con objeto de reunir allí los dispersos.

Así es que, a las seis de la tarde, de aquel día, coronó el chileno los altos de Bellavista con la columna de cazadores, granaderos y 1^a división, constituyendo a los chilotes a una retirada desordenada y atropellada, sin jefes, por medio de aquellas montañas hasta la ciudad de Castro, donde, con indecibles demostraciones de exasperación, entraron estos prófugos, sin subordinación, tirando el armamento en la plaza, maldiciendo los instantes y gritando públicamente, con furor, "que los habían entregado". Se trató de la reunión que fué moralmente imposible, manteniéndose una compañía armada que fué preciso sosegarla hasta quitarle las armas para evitar atentados funestos, que querían ejecutar

contra los mismos jefes realistas. La Comandancia de Castro expiró en este momento.

A un cálculo avanzado, los muertos de parte de Chiloé no llegaron a 16 y difícilmente pudo tenerlos el "Independiente", cuando no hubo acción alguna empeñada.

El "Hispano" y "Chileno Instruido" dicen: "Se presentaron al ejército chileno: el 1º: "una porción de oficiales y tropa" y el 2º: "los jefes de batallón, 21 oficiales y 260 soldados". Por lo que respecta a los dos jefes de batallón, padece equivocación, pues de los dos jefes del único batallón de la guarnición, el primer Comandante García, marchó con Quintanilla, los oficiales y tropa pasados; no es extraño, pues, no habiéndoles quedado ya otro refugio, en aquellos últimos momentos, en los que, no pudiendo tomar el camino de Caicumeo por atender a los deberes de su obligación, hallándose el chileno en la misma embocadura angosta del citado camino, debían temer, queriendo forzar el paso, ser baleados o prisioneros con ignominia y así es que ese pequeño resto que quedó, a retaguardia, no se habría visto en ese caso, si desamparando sus deberes y obligaciones, hubiesen dejado sus filas, tomando con tiempo alguna delantera para Castro, siguiendo las pisadas de los que, con tanta antelación, supieron precaverse del peligro.

El 15 de enero se hallaba el Gobernador en Putalcura a sujetar la dispersión o retirada desordenada, haciendo allí una junta de guerra en

la que todos fueron de parecer se capitulase, enviando, para ello, un parlamentario al General Freire.

Documento.

El Gobernador de Chiloé al General Freire.

“No obstante de haber efectuado la retirada que tenía premeditada anteriormente (1) al interior de esta provincia (2) con muy poca pérdida del ejército de mi mando (3) la tarde de ayer. Deseoso de evitar los males de la guerra a estos provincianos, me hallo dispuesto a celebrar un convenio con V. E. que, teniendo por base la incorporación de esta provincia al Estado de Chile, proporcionando al ejército de mi mando y habitantes de esta provincia aquellas ventajas a que las hace acreedoras su ejemplar constancia e inmarchitable honor. Si V. E., guiado de los mismos sanos principios, acepta esta proposición, considero necesario celebrar un armisticio por el término de tres días y, para el efecto, desde luego, va autorizado por mí el Comandante de tropas ligeras, D. Manuel Antonio Garay (4) que entregará en manos de V. E. esta mi comunicación. Dios V. Cuartel General de Tantauco, 15 de enero de 1826.—*Antonio de Quintanilla*”.

(1) Verdad incontrastable y en el orden sucedido.

(2) No pasó de Tantauco con las tropas que se dirigieron, diseminadas por sí, a la ciudad de Castro; por consiguiente, restaba mucho al interior de la provincia.

(3) Verdad. No hubo mérito para ello.

(4) Era Capitán del batallón veterano y esta Comandancia fué bautizada en este día.

El 16 se persuadía Quintanilla que, si los independientes sabían la determinación de la tropa y su retirada escandalosa, pedirían una rendición a discreción; mas él tenía pensado no perder momento para marchar adelante a fin de asegurar su persona.

Carta del Gobierno al autor. "Putalcura, 16 de enero de 1826.

Mi amigo Ballesteros: Ya ve Ud. lo que pasa (1) y sentiré llegue a noticias del enemigo que entonces pedirá una rendición a discreción (2), mas yo no perderé momento y por eso, lejos de ir para atrás iré para adelante. Espero a Garay y saldrán luego García y Pérez, para tratar. De Ud. afecto amigo. *Quintanilla*".

En este día se esperaba al enviado, Capitán D. Manuel Antonio Garay, con intención que a la llegada de éste, salieran luego a tratar el Comandante García y el Alcalde D. Antonio Pérez.

El 17 llegó Garay con la noticia de que todo estaba conseguido, escribiéndole, particularmente, Freire a Quintanilla, con ofrecimientos y servicios, hasta el extremo en que quisiese ocuparlo, habiéndose celebrado un armisticio por cuatro días, marchando Pérez y García a celebrar los tratados a San Antonio, pasando Quintanilla, al siguiente día, a Tantauco a la ratifi-

(1) La dispersión de las tropas a Castro.

(2) Desde el momento que el General Freire reconoció la fuerza chilota y sus operaciones, pudo haber exigido esa rendición; acaso no lo hizo por un acto generoso y humano.

de su mando, lo cual, después de confiados sus poderes a dichos comisionados, han cumplido subscribiendo los artículos del tenor siguiente:

1º— La provincia Archipiélago de Chiloé, con el territorio que abraza y se halla en poder del ejército real, será incorporado a la República de Chile, como parte integrante de ella y sus habitantes gozarán de la igualdad de derechos como ciudadanos chilenos.

2º— Serán entregados a disposición del General en Jefe del Ejército Expedicionario de Chile, todo el armamento, municiones y banderas, como también las baterías y pertrechos que se hallan en los almacenes del archipiélago pertenecientes al ejército real.

3º— Para llevar a efecto la entrega del armamento, municiones y banderas, con lo demás que se expresa en el artículo antecedente, el General en Jefe del Ejército Real ordenará que sean conducidos por los mismos individuos a los almacenes de Castro y puestos bajo la custodia de dos comisionados, quienes verificarán la entrega con las debidas formalidades a los que nombrare el General en Jefe del Ejército Expedicionario.

4º— Todos los jefes, oficiales y tropa, que componen el ejército real, quedarán libres para dirigirse y fijar su destino en donde les acomode, sujetándose a las leyes del país los que quisiesen radicarse en él.

5º— Aquellos jefes y oficiales que quisiesen salir del archipiélago, en virtud de la liber-

tad concedida por el anterior, deberán verificarlo en el término de dos meses, contados desde la fecha de la ratificación de este tratado, pudiendo conservar el uso de su uniforme, espadas y sirvientes durante dicho término y no más.

6º— Los equipajes, propiedades y demás bienes, así muebles como raíces de todos los individuos del ejército real, serán inviolablemente respetados.

7º— Lo serán igualmente los bienes y propiedades de todos los vecinos y habitantes que se hallen actualmente en la provincia.

8º— Será de cuenta del Gobierno de Chile el transportar a cualquiera de sus puntos o puertos, a todos los jefes, oficiales, empleados y tropa del ejército real que lo solicitasen, con sus familias y equipajes, según el rango y clase de cada uno, siempre que lo verificasen en el término de un mes.

9º— Serán, inmediatamente, puestos en libertad todos los prisioneros hechos por ambos ejércitos y gozarán del beneficio de esta capitulación.

10º— Se echarán en olvido y correrá un velo a la conducta que, por razón de opiniones políticas, se haya observado hasta el presente por todos y cada uno de los comprendidos en este tratado.

11º— Los empleados, corporaciones políticas y eclesiásticas, los jefes y oficiales de los cuerpos de milicias de esta provincia, quedarán en posesión de sus empleos que actualmente obtie-

nen, si quisiesen continuar en ellos, como reúnan a juicio del Gobierno, la virtud y aptitudes necesarias para desempeñarlos.

12º— La guarnición o tropas de continuo servicio que existan, en adelante, en esta provincia, serán mantenidos a expensa de la República de Chile.

13º— Todas las dudas que ocurran sobre la inteligencia del presente tratado, serán interpretadas a favor del ejército real.

Cuyos artículos, para la ratificación de las partes contratantes, firmaron dichos señores comisionados, en el puente de San Antonio, a 18 de enero de 1826.— *José Francisco Gana. Pedro Palazuelos Astaburuaga. Saturnino García. Antonio Pérez.*

Ratificación

Cuartel General de San Carlos, enero 19 de 1826.

Apruebo y ratifico los artículos de la capitulación presente. Freire. Domingo Frutos, Ayudante Secretario interino. (Es copia).— *Quintanilla* (1).

Fueron consumados los nueve años que dice el "Hispano", de una guerra activa y penosa. Los nueve años de continuas privaciones y duros padecimientos. Los nueve años de miserias, calamidades y afanes. Y, por último, los nueve años en que fijaban los defensores de Chiloé, la esperanza para su existencia.

(1) Los documentos, cartas o correspondencia que se hallan anotados, aunque hayan sido confidenciales, se ha visto el autor comprometido a estamparlas por creerlas necesarias, para fe o seguridad de lo expuesto.

CAPITULO LXIV

Rendición de la plaza del Callao.

Después de la Batalla de Ayacucho quedó Rodil reducido a los únicos recursos encerrados en la fortaleza, cuya guarnición, a principios de este año, se hallaba reducida a los incompletos batallones del infante y Arequipa, mandados, según se ha dicho, por sus Tenientes Coroneles D. Luis Labraque y D. Pedro Aznar con el total de 1.000 plazas, además de un escuadrón de artillería volante con 80 caballos, de que era segundo Comandante el hijo del Marqués de Valle Umbroso D. Pedro Zavala y unos 200 artilleros a las órdenes de Duro. El jefe de Estado Mayor, Alais, mandaba la columna que, compuesta de las compañías de cazadores y del citado escuadrón volante, cubría de día el forraje y se replegaba de noche a la trinchera.

El Brigadier Rodil, a pesar de haber sido bloqueado por mar y tierra por el incansable Ge-

neral D. Bartolomé Salom, mientras el Almirante Guise lo hacía por mar, atacó la plaza Salom con más de 3.000 hombres, la mitad de ellos colombianos llegados al Perú después de la Batalla de Ayacucho. Durante este dilatado sitio, sufrieron infinito las tropas patriotas de calenturas y tercianas, de las cuales murieron centenares.

Los sitiados sufrieron mucho más de resultas de una calentura contagiosa que se propagó y mató varios miles de hombres, consecuencia necesaria de la escasez de provisiones que experimentaban; mas Rodil, haciendo la más bizarra y obstinada resistencia, contuvo varias tentativas de la guarnición para sublevarse y resistió el bombardeo de la escuadra peruana, manteniéndose, sin auxilio alguno, por espacio de cerca de trece meses, siendo éste el punto en que arrió la bandera española, a los cinco días de haberla arriado en el sur la provincia de Chiloé; al fin, molestando Rodil, fuertemente, por estos fuegos, estrechado por todas partes y con viveza; reducida su guarnición al último apuro, sin esperanza alguna de socorro y, no ofreciéndose, a su vista, más que cadáveres y esqueletos ambulantes que indicaban los desastres consiguientes a un sitio tan largo y penoso, se prestó a oír los dictados de la humanidad y resolvió sacrificar en obsequio aquella parte de gloria que adulaba todavía su noble ambición.

Se convenció, pues, de que bastante sangre había corrido para probar su firmeza de ánimo

y su acrisolada fidelidad y de que era ya tiempo de recibir los parlamentarios y de tratar con ellos acerca de ajustar una capitulación tan honrosa, cual merecían sus inmensos sacrificios y su inimitable decisión. El día 11 de enero de 1826 principiaron las negociaciones preliminares de este acto solemne que se firmó el 23 y el ensangrentado estandarte que Pizarro había plantado 300 años antes, cayó en el polvo y se trozó del todo, para siempre, la obediencia que sujetaba diez y siete millones de americanos a la monarquía española. Pero no sucedió esto, sino dando el carácter español la última y más enérgica prueba de su valor y constancia. El General Rodil quiso ser el último representante de la España en Sudamérica; desdeñó las capitulaciones de Ayacucho, que también le correspondían; vió desaparecer el ejército del Virrey; vió fugar la escuadra española al mando del Capitán Gruzeta y vió sucumbir los últimos restos de las fuerzas de tierra que sostenía, en Bolivia, el General Olañeta y, sin embargo, este oficial no desesperó.

Sólo, en la plaza del Callao y a la cabeza de mil y tantos hombres, resistió trece meses a la fuerza de los patriotas que lo rodeaban por mar y tierra; luchó con el escorbuto, el hambre y las sublevaciones y se mantuvo firme e impasible en medio de un vasto cementerio. Desde el mes de mayo, ya no se daba ración en la plaza, sino a los empleados en servicio y esta consistía en carne de caballos, mulas, perros y gatos y

hasta de ratones y, cuando estos despreciables víveres llegaron también a escasear, sucumbieron del rigor del hambre y de la peste escorbútica, más de 400 personas, desapareciendo, entre ellas, familias enteras de las más distinguidas, como la de Bedoya y Torre Tagle.

Pero, a pesar de los horrores que lo rodeaban, el General Rodil continuó defendiéndose de los asaltos de las tropas de tierra, al mando del bravo General Salom y del cañón de la escuadra americana, hasta que, reducido a la última extremidad por el hambre, resolvió aceptar la honrosa capitulación que se le ofreció y que merecía, sin duda, por su heroica constancia. Cuando se rindió el Callao, sólo contaba esta plaza 400 defensores y aun éstos, en tan lastimoso estado, que apenas podían tenerse en pie; sus víveres alcanzaban escasamente para cuatro días; la población se componía de unos pocos espectros, restos horribles del hambre y de la epidemia. Así se despidió la España de la América.

Capitulación.

Amnistía general y sin excepción por servicios y opiniones anteriores; la traslación a la Península, por cuenta de los disidentes, de cuantos oficiales y empleados quisieran verificarlo; la de los soldados peninsulares hasta el Janeiro; el libre embarque de equipajes y efectos de los rendidos sobre un transporte inglés y la garantía de sus personas por el comandante de la fragata "Bristol"; la obligación, por parte de los inde-

pendientes, de depositar en dicha fragata el dinero correspondiente al pasaje de todos los individuos que tuvieran derecho a él; el goce de todos los honores de la guerra; la entrega de libres pasaportes a todo americano que quisiera retirarse a sus hogares; la conservación de propiedades a toda clase de personas; la concesión de seis meses de tiempo para que todo realista pudiera vender sus bienes y exportar su producto, libremente; la obligación de cuidar de los heridos y enfermos de la guarnición y de hacerlos partícipes de los beneficios expresados, luego que se hubieran restablecido; la facultad de que el Gobernador llevase, a la Península, las banderas de los cuerpos del Infante y Arequipa, así como los papeles reservados y protocolos de las presas hechas por los realistas en aquel tiempo; un perdón absoluto a todos los individuos del ejército sitiador que se habían pasado a la plaza; éstas y otras condiciones ventajosas sellaron la gloria del General Rodil y le hicieron acreedor, del mismo modo que a los individuos que sufrieron con tanta constancia estos horribles padecimientos, de los mayores elogios, no sólo de su patria, sino de la Europa entera.

Miller dice (1): "No puede negarse que los generales españoles merecen gran crédito por el talento y perseverancia con que prolongaron una lucha tan sangrienta y difícil por años enteros, después que la Madre Patria cesó de suminis-

(1) Tomo 2º, cap. 27, pág. 221.

trarle toda clase de auxilios. A pesar de que podamos diferir en cuanto a los principios que defendían, en honor a la verdad, debe decirse que, como soldados bizarros, pelearon valerosamente hasta el último momento y son acreedores con justicia a los mayores encomios”.

En el mismo día de la capitulación, se embarcaron Rodil y los oficiales que se hallaron en estado de verificarlo; otros que estaban, a esta sazón, casi moribundos y, entre ellos, el famoso Coronel D. Isidro Alaix que, con constante valor, prestó últimamente tan importantes servicios en la defensa de esta plaza; todos recibieron generosos auxilios para su curación y salieron sucesivamente para la Península.

Así terminó este famoso sitio que admite pocos ejemplos de comparación, ya se considere la parte de la decisión de los defensores o su firmeza, sufrimiento, constancia, entereza, tesón, valor y desprecio de la muerte. La desesperada defensa de Puerto Cabello en 1814 y la de San Fernando de Apure y Angostura, en 1817 son los únicos casos que pueden competir en el presente, si bien fueron inferiores en mérito e importancia.

Conclusión.

El mérito de los generales (1), jefes y oficiales de uno y otro hemisferio que sostuvieron la Guerra de la Independencia en la América Española,

(1) García Camba.

jamás podrá explicarse, ni conocerse bien. Sin pagas, sin vestuarios, sin calzados, ni tiendas de campaña, en temperamentos tan rígidos y desiguales, sin botiquines y facultativos, triunfaron las más veces, donde los enemigos se atrevieron a darle frente; faltos de armamentos de toda clase y sin recursos para proporcionarlos, tenían que buscar este necesario auxilio en las filas enemigas. Dígalo el ejército nacional del Perú que, desde la victoria de Ica, puede asegurarse que el ejército enemigo le servía más bien de depósito al ejército nacional que de rivales de su gloria; en aquellas filas, se proveían de hombres, de fusiles, de sables, de cañones y de cureñas en estado de útil servicio, de municiones y de imprenta. He aquí, en compendio, cuanto trabajó aquel ejército y si la conducta cobarde y pérfida de los jefes de las fragatas de guerra "Prueba" y "Venganza" y de la corbeta "Alejandro", no hubiese proporcionado al independiente esos buques, habría sido más que probable, en aquella época, la no existencia de los revolucionarios que jamás abandonaron la empresa de hacer odioso el nombre español; bastaba haber nacido en la Península, o ser partidario del sistema de la Nación, para ser perseguido y sacrificado.

No nos apartaremos en conocer los desastres que causaron algunos españoles a los revolucionarios contra la suerte de la Nación y del Soberano, catástrofes que algún día, patentizados, harán estremecer a la humanidad entera. Así como recuerda la memoria los días aciagos

que causaron los disidentes en la Guaira, Caracas, Margarita, Cartagena, La Paz, Punta de San Luis y la de Bolívar, últimamente en Quito y Pasto, memoria que arrancará lágrimas a todas las generaciones venideras. Bolívar dijo: "Desaparezca la infame Pasto del catálogo de los pueblos" y desapareció en medio de mil crueldades que repugnarán las fieras por su fidelidad. Asesinatos, robos, desquicio de todo principio social, desórdenes, abatimiento de las gentes de distinción, elevación de los hombres viciosos e inmoralidad sin ejemplo han sido los fundamentos de la Guerra de la Independencia y que la hicieron enteramente singular por su naturaleza.

En Europa, no es posible que hubieran tenido un conocimiento de ella, o una idea que hiciese justicia exacta de los que se verificaron por sostener los derechos de la Nación, ni es posible presentarla cabal, por más que en ello se empeeñe la imaginación más feliz para haberla sostenido, como se sostuvo, hasta el fin desgraciado, sin auxilios de la Madre Patria y agotados los recursos de subsistencias en los países y, luchando contra millones de habitantes, contra el torrente de los pueblos incivilizados, fáciles a ser alucinados por la sagacidad. Hemos visto una cadena de sucesos, los más singulares. Véase la conducta de un O'Donoju en Méjico y del Comisionado Abreu en el Perú. El español americano, ilustrado que, habitando la Península, procuró disfrazar la Guerra de la Independencia de América y su carácter horroroso, debió haberse tenido

por agente de la revolución. El español europeo que, bajo la máscara de una filantropía mal entendida, a fin de paralizar las disposiciones del Gobierno, cuyo objeto era la pacificación de América, debió haberse tenido por enemigo. La América pudo haberse pacificado con las armas, pero unida siempre a una política útil, franca y generosa, sistema que tanto ha honrado a los pocos jefes que, en aquel entonces, guardaron esta conducta.

No se crea que la pacificación era obra que excedía al poder del hombre; de nada servían, en las circunstancias de la revolución general, manifestos, ni proclamas del Congreso, ni del Rey, ni comisionados pacificadores, porque el americano llamaba a estos medios de reconciliación, recursos impotentes y los miraba con el más alto desprecio y ridiculizando a la Nación en ellos. La paz debe ofrecerse, cuando la guerra esté en más actitud; este medio es el más seguro, porque hará evidentemente conocer al contrario, la sinceridad del ofrecimiento.

Con fuerzas marítimas, asamblea de oficiales, cabos y sargentos, que hubiesen servido de base a los cuerpos del país y socorros de armas en aquellos principios, la guerra habría terminado. El Virrey del Perú, Abascal, con bastante conocimiento, nada más pedía al Rey para sostener el Imperio de los Incas, que eran armas; baste para cimentar lo dicho, un Chiloé y Pasto, modelos de la fidelidad la más acendrada. Si los jefes en todos los destinos, hubiesen abundado

en sentimientos españoles y hubieran preferido la muerte antes de traicionar o ceder ignominiosamente a otro partido, la revolución pudo haber progresado, pero no con tanta rapidez. ¿Qué cargos sufrieron los jefes que, por sus desaciertos y debilidades, perdieron cobardemente provincias y reinos en la España Americana? Un Estado, donde los delitos quedan impunes, no puede, en manera alguna, subsistir y menos en grandes extensiones.

Los americanos españoles hacía tiempo trabajaban por persuadir a los pueblos que la España, ni quería ni podía hacer la guerra a la América y que las Cortes, con el Rey, reconocerían, de un momento a otro, la independencia; así ha sucedido pero, si la opinión general de los habitantes hubiese sido entonces de separarse de la España, es menester confesar que la guerra habría terminado en aquel primer tiempo; lejos de este dictamen estaba, por lo común, el verdadero modo de pensar de los españoles americanos, que los ejércitos contendientes, se componían de americanos patriotas y americanos realistas, sin mezclarse fuerzas españolas. Cuando se vulgarizaba que las Cortes y el Rey, se disponían a reconocer la independencia de América, no faltó un hijo de ella que expusiese: ¿Quién ha dicho al Congreso y al Gobierno que pueden disponer así de nuestra existencia política? ¿Han llevado poderes nuestros representantes para separarnos de la monarquía española? ¿Quién tiene sobre nosotros el derecho de

hacer que seamos españoles hoy y no lo seamos mañana? La fuerza solamente. Si los disidentes triunfan, seremos esclavos de sus bayonetas, como ha sucedido en innumerables partes y pueblos de la tierra, cuando han sido vencidos. La fuerza de las armas es una razón poderosa para hacernos cambiar de leyes, de pertenencia y aun de religión, sin consultar nuestra voluntad; para nuestro Gobierno, su principal interés es prestarnos toda la tuición que esté en sus posibilidades y que nosotros necesitamos”.

En fin, Chiloé, defendiéndose nueve años de sus enemigos por sí sola. Pasto, oponiendo sus indefensos y leales pechos a todo el poder de Bolívar. Lima, celebrando dentro de sus muros, con entusiasmo español, las prosperidades del ejército nacional. Los iquiños y arequipeños, enajenados éstos últimos al verse destituidos a la consideración de españoles; su Municipalidad, con heroico ánimo, desde los balcones de la Sala Capitular, presenta al pueblo el retrato del Monarca; en lo más fuerte de la batalla, en la misma plaza mayor, sin saber aun por quién sería la victoria, Potosí, Iscuchaca y Tarma, venciendo a sus enemigos con valor digno de la Nación. Y el noble y heroico Perú, triunfando, especialmente, en tiempo del Virrey Abascal, de las Repúblicas que habían pretendido mancillar su gloria por conservarse fiel a sus juramentos; son las bases que, por punto general, pueden ofrecerse para discutir con acierto la independencia. Si cupiera, en lo posible, al desatender estas

consideraciones que deben electrizar al español más apático, entonces... ¡Españoles! Aunque, con desgracia, vuestros compatriotas todo lo han sacrificado en la guerra de la independencia de la América española, por conservar este nombre. Vuestra gratitud debe ser igual, transmitiéndola a vuestras generaciones para que perpetúen la memoria de aquellos formidables sacrificios (1).

Adición al capítulo.

Tan pronto, como se tuvo noticia, en la Península, del fatal desenlace de Ayacucho y divulgada, aunque inciertamente, la voz de la muerte del General Olañeta en Tumasla, trató el Rey de enviar al Alto Perú un comisionado con amplias facultades para obrar de acuerdo con Olañeta, si aun se hallaba a la cabeza de las tropas y, en caso de fallecimiento, nombrar un jefe que las mandase; organizar los ramos de administración y desplegar los últimos recursos para sostener la autoridad real, en tanto se preparaban auxilios para remediar las desgracias anteriores.

Esta honrosa comisión recayó en el americano Dr. D. Mariano de la Torre y Vera que se hallaba, accidentalmente, en Madrid, Obispo auxiliar de Charcas y comisionado regio para los fines indicados. En Lima, tuvimos el placer de conocerlo y visitar con frecuencia su casa; hijo del Coronel D. Cesáreo de la Torre, natural

(1) García Camba.

de Canarias y cuya familia, aunque no en la opulencia, merecía el aprecio general de todo el señorío de Lima.

Desde Río de Janeiro, abrió sus negociaciones con el Emperador del Brasil, entabló activas comunicaciones con oficiales y vecinos de Santa Cruz de la Sierra y de la provincia de Chiquitos que se habían refugiado a las de Matogroso y Cuyava. Envió comisionados al interior de las provincias españolas, para preparar la opinión a favor del Rey y asegurar un feliz resultado de toda tentativa que se hiciese por alguna fuerza armada exterior, pues que la interior había sucumbido, completamente, desde la muerte de Olañeta. Desde Janeiro, se dirigió a Montevideo, donde, convencido de que no entraba, por entonces, en las miras del Gobierno español el dirigir expediciones armadas sobre el Pacífico, se regresó a España.

Torrente finaliza este año con las exposiciones siguientes: "Los republicanos agitaban, en el entretanto, las intrigas que son propias de su loca ambición y de la volubilidad de su carácter. Habiéndose reunido en Lima, a principios de 1826, un nuevo Congreso General, se suscitaron empeñadas desavenencias y discordias, movidas por los partidarios de Bolívar, que temían fuera despojado su ídolo del limitado poder que se le había conferido. Disuelta aquella asamblea, por medio de un tumulto, se reunieron, clandestinamente, 50 de sus individuos más exaltados; asumieron la plenipotencia más soberana e hicieron

la aparente demostración de suplicar a Bolívar conservara la dictadura que formaba todo el objeto de sus ansias. El partido de oposición a este intruso llegó a persuadirse de que trataba, con efecto, de establecer una Constitución con tendencia monárquica.

Habiendo salido dicho Bolívar a este tiempo y, en el mes de julio, para Guayaquil, fueron arrestados en una noche, de acuerdo y por impulso del mismo, los oficiales bonaerenses, chilenos y algunos de los peruanos, entre ellos, el General Necochea que no inspiraban confianza al partido del titulado libertador y se tomaron en las provincias otras medidas de rigor, pretextando una quimérica conspiración contra su vida.

Aprovehándose los bolivaristas del terror que había sobrecogido los ánimos de los peruanos, se comunicaron órdenes a los prefectos para que nombrasen electores adictos o venales y se apuraron todos los medios de la seducción y de la intriga para llevar adelante sus favoritos planes. Los mismos electores de Lima se vieron precisados a ceder a las amenazas de los satélites colombianos y, de este modo, fué proclamada en 9 de diciembre de 1826 la Constitución denominada de Bolivia y jurada por la mayor parte de las autoridades.

Desconcertados los republicanos con este golpe y alarmados con las bases de dicha Constitución y, especialmente, con el nombramiento de Presidente perpetuo, conferido a Bolívar por

los electores parroquiales y, con la otorgada facultad de poder elegir su sucesor; temiendo que aquéllos fuesen los pasos preliminares para que este ambicioso plantease sobre ellos su apetejada monarquía, influyeron para hacer estallar la conspiración que, secretamente, habían fraguado 75 oficiales de la misma división colombiana que se hallaban de guarnición en Lima, de cuyas resultas fueron arrestados en la noche del 26 de enero de 1827, los Generales Lara y Pando, muchos coroneles, jefes y oficiales, reconocidos por adictos a aquel terrible revolucionario y fué nombrado Bustamante para el mando de las armas.

Los limeños manifestaron, con públicos testimonios, su alegría de verse libres del pernicioso influjo del Libertador; los principales de ellos se reunieron en Cabildo y representaron al Gobierno, pidiendo que anulase la Constitución del Alto Perú, como impuesta por la violencia y que se convocase un Congreso compuesto de legítimos representantes. El Gran Mariscal Santa Cruz expidió la convocatoria para el 1º de mayo; los dos Ministros, D. José Pando y D. Tomás Heras, marcados por bolivaristas, fueron depuestos y reemplazados, el primero por D. Manuel Vidaurre y el segundo, por el General Salazar.

Pasada la primera efervescencia, se suscitó nuevamente la desconfianza entre colombianos y peruanos y se descubrió una general tendencia de los primeros a la contrarrevolución que habría estallado, seguramente, si Bustamante no

la hubiera cortado con oportunidad. Para contener los malos efectos que debía producir la insubordinación de estas tropas, se determinó embarcarlas para Guayaquil, lo que se verificó en el mes de marzo, bajo el cañón de los fuertes del Callao y con todos los preparativos capaces de imponer respeto a aquellos sediciosos.

Respiró Lima con la salida de los auxiliares; el Almirante Guise, que había sido proscrito por Bolívar, fué reintegrado en su sueldo y honores; todos los esfuerzos de los enemigos fueron rechazados y pudo el pueblo dedicarse a hacer menos bulliciosamente sus elecciones para el nuevo Congreso. Reunido éste en junio, señaló el principio de sus secciones con anular la Constitución de Bolivia. Santa Cruz reunió la presidencia, de la que fué investido el General La Mar.

Los mayores talentos, instrucción y virtudes adquiridas por este jefe, en las filas españolas, en las que había llegado a ser condecorado con la faja de Mariscal de Campo, hicieron concebir las más altas esperanzas de buena administración. El Cónsul de Colombia, Armero, fué expulsado de Lima por sospechas de conspirar contra el Estado. El General Sucre, que había sido colocado por Bolívar a la cabeza de la Presidencia de Bolivia, había hecho algunas tentativas para restablecer en el país el influjo de su protector, pero sin fruto alguno; las enormes contribuciones con que agobiaba a los habitantes del Alto Perú, su autoridad absoluta y genio

despótico, le habían hecho tan odioso para con el pueblo y aun para con sus tropas que sólo, mandando pasar por las armas a algunos de sus mejores oficiales, pudo parar el golpe asestado contra su vida, por una bien concertada conjuración.

Seguían, pues, los peruanos minando el edificio boliviano, cuando estallaron en Chuquisaca, el 16 de abril de 1828; alborotos subversivos de la mayor trascendencia; corrió Sucre a sofocarlos y, aunque logró un triunfo momentáneo, fué con una grave herida que recibió en el brazo y con la sensible pérdida del antiguo partidario Lanza, que había llegado a merecer toda su confianza, por cuya causa renunció el mando en D. Juan Urdininea, su Ministro de la Guerra.

Caminaba, en el entretanto, contra dicha ciudad de Chuquisaca, el General peruano Gamarra, para realizar su deseado plan de reunir aquella República a la del Perú; entró en La Paz sin la menor oposición; se dirigió Urdininea contra él; ambos ejércitos se acechaban, pero, desconfiando el de Bolivia de sus propias fuerzas, abrió negociaciones con el contrario y firmaron ambos jefes en 6 de julio, los preliminares de la paz en Pequizar, conviniéndose en retirarse hasta que se hubiera convocado una nueva asamblea general para el 1º de agosto, a fin de recibir la dimisión de Sucre, nombrar un Gobierno provisional y revisar la Constitución. En consecuencia, abandonó aquel país el titulado Gran Mariscal de Ayacucho y, pasando por el

Callao, sin que se le permitiese saltar a tierra, siguió su viaje para Guayaquil.

Encrespados los negocios entre los colombianos y peruanos, se publicó la guerra en la capital de estos últimos en el día 6 de agosto; se formó en Piura un campo de 7.000 hombres, cuyo mando fué a tomar el mismo Presidente La Mar, con ánimo de romper las hostilidades contra Bolívar. Se pasaron, sin embargo, algunos meses sin llegar a las manos, hasta que, depuesto violentamente del mando el citado La Mar, con grande exposición de su vida por el General Gamarra, varió completamente el sistema de aquel Gobierno; se abrieron nuevas negociaciones con la República de Colombia y se agitó, por último, la paz entre ambas; pero muy pronto se suscitaron nuevas discordias por La Fuente y por otros jefes peruanos, quienes debieron tener la misma suerte que los de otros países de la América revolucionada, que es la de estar perpetuamente en lucha unos con otros, elevándose, alternativamente, al poder sobre su ruina recíproca y llenando de luto y miseria los países que han tenido la desgracia de separarse del paternal y legítimo Gobierno de S. M. (1).

Efemérides.

Desde el presente año a
1841.

En 4 de septiembre del presente, salió Bolívar de Lima, dejando al Congreso el supremo mando.

(1) Tomo 3º, cap. 23, pág. 530 a 536.

1827

El 4 de junio se pronunció, por todas partes, la desafección a la Constitución de Bolivia; puso el Congreso en vigor la de 1823 y fué nombrado Presidente de la República el General La Mar.

1828

El 30 de marzo, un gran terremoto causó en Lima la destrucción de muchas casas y la muerte de 1.080 individuos.

El 16 de abril tuvo lugar, en Chuquisaca, la revolución que arrancó del Gobierno de Bolivia al General Sucre. El héroe de Ayacucho se consideraba seguro del pueblo que lo había puesto a su cabeza y no tenía ni guardia, ni bayonetas por esta confianza. Una miserable banda de músicos, encabezada por Mateo Berdeja, trastornó el orden público y se apoderó de la persona del noble Presidente. Pero, aunque expulsado del país tan prontamente, volvió tranquilamente a su patria, después de haber dado a Bolivia, por tres años, un Gobierno justo y tan liberal como era posible en aquella época y llevando solamente, por testimonio de sus servicios, un brazo roto en el día de su deposición. Los cómplices expiaron después sus crímenes, como se expresará más adelante.

Sucre, cuando se encaminó a su patria, tocó de paso en el Callao, para ofrecer al Gobierno de Lima su mediación particular, en el arreglo de las diferencias que daban origen a la guerra con Colombia, por la siguiente nota:

“A bordo de la fragata “Proscorpín”, a la vela sobre el puerto del Callao, a 10 de septiembre de 1828.

Al Excmo. señor Presidente de la República Peruana.

Excmo. señor:

Los negociadores del Gobierno boliviano ofrecieron de mi parte, al General del ejército del Perú que, en mi bajada del puerto de la Mar a Guayaquil, tocaría en éste, con-el objeto de ofrecer mis buenos oficios, en cuanto tendieran a transigir las diferencias del Gobierno peruano con el de Colombia. Aunque los acontecimientos en aquel país variaron de tal modo, que pudiera considerarme exonerado de mi compromiso, he creído útil cumplirlo, oponiendo a los rencores personales un acto generoso y, llenando mi palabra, he llegado aquí, desechando las ocasiones que tuve en Cobija y Arica para marchar directamente a Guayaquil.

Ignorando el estado presente de las cosas, entre Colombia y el Perú, no acierto a decir, si mi paso será de algún provecho, o si en las opiniones se juzgará bien o mal. En mi posición única, me toca mostrar con él mis deseos particulares por la paz entre los pueblos de América, convencido de que la guerra trae siempre consigo males públicos, especialmente en nuestros desolados países.

Mi falta de conocimiento del estado actual de las relaciones entre Colombia y el Perú, me deja ignorante de si los intereses o el honor de

alguno de los dos pueblos hacen imprescindible la guerra. Sin acriminar los derechos o los deberes en que alguno esté para llevarla a cabo, habiéndoseme acusado de que soy yo una de las causas o el agente de un rompimiento, debo individualmente, hasta por mi reputación, desmentir esta calumnia, añadiendo al paso que doy, mi conducta hacia el Perú, desde principios de 1827, que es suficiente comprobante de mi anhelo, porque la paz no fuera turbada.

Si el Gobierno peruano acepta mis oficios para una reconciliación con Colombia, recibiré con gusto cualquiera comisión en favor del reposo de esta República y puede dirigirme, a bordo, sus instrucciones que prometo desempeñar honradamente. Si al contrario, mi oferta fuese inoportuna, porque se crea tarde, o porque el honor y el interés de una de estas naciones exija o importase luego la guerra, habré siquiera deshecho aquella calumnia y puéstome a cubierto ante la América, de toda responsabilidad por los males que alguna de ellas sufra; especialmente, cubriré mi conducta ulterior en que me coloquen las circunstancias, para que en ningún caso se juzgue que mis procederes son guiados por resentimientos personales, por enconos o venganzas a que de todo corazón renuncio, cuando se trata del bien público y que, por justos que sean, los pospongo a la dicha de los pueblos, a quienes siempre he consagrado mis constantes servicios. ¡Ojalá que no sea yo vengado, ni por los sucesos, ni por la lucha de pretensiones entre los

mismos que me han ofendido, para que los pueblos no sean las víctimas!

Habiendo pensado no bajar a tierra y recibir, a bordo, la contestación y el despacho de V. E., ruego que sea pronto, porque, si el estado de mi salud permite cualquier sacrificio para la causa general también reclama mi pronta llegada a Quito para completar mi curación. Es por esto que, si el Gobierno peruano halla inútiles o inoportunos mis oficios pacíficos, se dignará, en retribución a la buena fe y sinceridad con que he venido a ofrecerlos a la República, proporcionar un pequeño buque que, de mi cuenta, me conduzca a Guayaquil, siguiendo viaje hoy mismo, si es posible.

Dios guarde a V. E. Por S. E. el Gran Mariscal de Ayacucho, el Edecán. *José Escolástico Andrade*".

Recibida con frialdad y aun con desdén esta oferta generosa, abandonó Sucre las costas peruanas y llegó a Guayaquil el 12 de septiembre, después de seis años de ausencia, por resultado de los cuales, quedó libre el Perú, constituida Bolivia y terminada la Guerra de la Independencia Americana (1).

1829

En 8 de junio, el General Gamarra hace, en Piura, una revolución para deponer al Presidente de la República del Perú, General D. José La

(1) "Historia de Venezuela", por Baralt y Díaz, págs. 250 y 251.

Mar, Director de la guerra de Colombia y este magistrado es deportado a Centro América, donde falleció más tarde.

1830

En 15 de junio, los Plenipotenciarios del Perú y del Presidente de Bolivia firman, en la ciudad de La Paz, un tratado, en virtud del cual la última de estas dos Repúblicas interviene en los negocios de la primera y se inicia una nueva negociación política del Perú y el Presidente provisorio del Perú, ratificó en Arequipa el 24 de junio el tratado, con el Presidente de Bolivia, en el año de 1835.

1835

En 13 de agosto, el Presidente de Bolivia, obrando en consecuencia del tratado de La Paz, derrotó, en las escarpadas breñas de Yanacocha, al General Agustín Gamarra.

1836

En 7 de febrero, triunfó el General Santa Cruz, Presidente de Bolivia, del General Salaverry, jefe supremo del Perú en Socabaya, después de una acción muy reñida.

1838

En 6 de julio, se abrió, en el Perú, la campaña de la restauración que terminó con la Batalla de Yungay. En 30 del mismo mes, el Presidente del Estado Nor-Peruano y el General Coman-

dante de la primera división efectuaron, en Lima, una revolución, desconociendo la autoridad del Protector de la Confederación Perú-Boliviana y, declarando al Nor-Perú separado de ésta. En 22 de agosto, no habiendo podido llegar a entenderse el Presidente del Estado Nor-Peruano y el General en jefe del ejército restaurador, D. Manuel Bulnes dió un combate, a las puertas de Lima, en el que quedaron vencedores los chilenos y, de sus resultas, fué ocupada por éstos la capital del Perú. En 10 de noviembre, evacuada Lima por los chilenos, uno o dos días después, el General Santa Cruz entró en la capital y fué recibido con aclamaciones y con el mayor entusiasmo por la población. El 17 del mismo mes, fué firmado, en el pueblo de Paucarpata, provincia de Arequipa, un tratado de paz entre los prenipotenciarios de Chile y la Confederación Perú-Boliviana, que se calculó pondría término a la desavenencia entre los dos Gobiernos y que pudo haber llenado su objeto, si el Director de la Confederación hubiese tomado, como era debido, alguna medida de precaución.

1839

En 20 de enero, no habiendo convenido el Gobierno chileno con el tratado de Paucarpata y mediado otras disensiones, se dió la batalla en Yungay o Ancachs, una de las más decisivas que se han dado en América. Su resultado fué echar por tierra, inmediatamente, la Confedera-

ción Perú-Boliviana y bajar de su protectorado al General Santa Cruz. Murieron, en esta batalla que comenzó a las 10 de la mañana y terminó a las cuatro de la tarde, 2.054 individuos de las tropas de Santa Cruz; entre ellos, 3 generales, 9 coroneles y 154 oficiales más. Por parte de los chilenos, 215 hombres, entre ellos, un general, 2 jefes y 11 oficiales. Pero, tomando en cuenta toda la campaña, el ejército chileno dejó sepultados en el Perú, los huesos de 100 oficiales y 2.200 soldados. Inútil es agregar más detalles sobre un suceso tan reciente como éste y cuyos recuerdos están consignados, de un modo indeleble, en cien lugares de los fastos americanos.

Hoy sólo conviene preguntar: ¿De qué suerte repondrá el Perú a Chile aquella baja? ¿Qué dirá la posteridad de la Batalla de Yungay? Dirá que la Batalla de Yungay y la expedición chilena sobre el Perú es una de las empresas más atrevidas que se han realizado en América; que fué concebida y promovida por el atrevido genio del Ministro Portales y hábil y valientemente ejecutada por el General D. Manuel Bulnes, hoy Presidente de la República de Chile.

No hay duda, pero llorará la sangre americana que se derramó en ella... Mas ¿quién puede calcular los cambios y transformaciones que sufrirán los pueblos en cuanto a sus mutuas relaciones y en cuanto a los principios políticos que hoy rigen? Sólo la posteridad decidirá, con

acierto, si la Batalla de Yungay fué un sacrificio estéril, o un digno holocausto a la libertad.

1841

En 10 de junio, hallándose, en la ciudad de Cochabamba, el Presidente legal de Bolivia, D. José Miguel Velasco, amotinado el batallón número 5 que era el cuerpo que le merecía más confianza, encabezado por el Comandante Gandarillas, en combinación con el mismo Edecán del Gobierno D. Gregorio Guzmán Goitia y, apoderándose de la persona del Presidente, lo mandaron escoltado a las fronteras de la República Argentina; proclamaron, en seguida, de Presidente de Bolivia a D. Andrés Santa Cruz y, por ausencia de él, tomó las riendas del Gobierno D. Mariano Enrique Calvo, que era el Vicepresidente nombrado. Esta revolución no produjo más fruto que el desorden que reinó en aquel país, durante 90 días del nuevo Gobierno; las matanzas de Potosí y Cochabamba y la mal aconsejada y funesta intervención del General Gamarra, Presidente del Perú.

Extracto general de la derrota del General Tristán.

De resultas de la derrota de Tristán, en Ica, fué destinado el General de los Andes, D. Enrique Martínez, por San Martín, Presidente de Trujillo. Cuando regresó a Lima San Martín, de su entrevista con Bolívar, se halló que habían hecho una revolución, apoyada por el ejército a las órdenes de Alvarado, de

cuyas resultas reunió el Congreso y se separó de la escena.

Se estaba preparando una expedición para intermedios, la que salió a las órdenes de Alvarado y, al partir, fué nombrado el General Martínez, jefe de E. M. del ejército de los Andes, que se embarcó hasta Arica, en donde encontró el cuartel general, hallándose la vanguardia en Tacna. Martínez supo, a su llegada, que en aquel ejército había una espantosa anarquía, promovida por el General Correa y el Coronel Miller, de cuyas resultas, Correa estaba en la vanguardia y a Miller se le había mandado a la costa abajo, con unas compañías de su cuerpo.

El General Alvarado y el jefe del Estado Mayor, General Coronel D. Manuel Antonio Pinto (hoy General de Brigada) de Chile, eran contraídos por esos dos jefes y por los demás, de un modo insubordinado y escandaloso, pues habían levantado el estandarte de la anarquía. El General Alvarado, después de haber tenido con Martínez y Pinto varias conferencias, creyó oportuno que Martínez pasase a tomar el mando de la vanguardia, para la moralización de sus fuerzas. Efectivamente, marchó con dos batallones, llegando, precisamente, en el momento en que la vanguardia iba a ser atacada por el General Valdés; mas la aparición de una nueva fuerza hizo retirarse a Valdés por la gran quebrada de Canderabe. Las fuerzas que conducía Martínez habían hecho, en la noche, una jornada de más de tres leguas por un arenal muerto

y después había sido preciso hacer una nueva jornada de más de tres leguas, por cuya razón, no se pudo perseguir a Valdés y, por otra parte, tuvo Martínez órdenes terminantes de no comprometer una acción, sino en el último caso. Por todo ello, fué preciso hiciese alto para que descansara la fuerza que había llegado ese día; sucedió esto al ponerse el sol.

Al siguiente día, Martínez replegó la fuerza sobre Tacna, según se le había prevenido y empezó, desde entonces, a trabajar para aquietar al General Correa que era el alma de la discordia; la obstinación de este general fué extremada por el empeño de que se nombrase jefe de Estado Mayor General a Martínez y a él del E. M. del Ejército de los Andes que era el destino de Martínez. Este hizo cuantos esfuerzos fueron dables para reducirlo a la razón, pero, lejos de sacar ventaja alguna, continuaba más empeñoso. Al siguiente día, llegó el General Alvarado con el resto de las fuerzas y advertido que eran perdidos, si continuaban sobre los nacionales, pues, establecida la anarquía, no podían dejar de ser derrotados; que importaba replegarse sobre el puerto, reembarcarse y bajar hasta Ica, a inmediaciones de Lima, en donde podría tomarse otra clase de medidas para establecer la moral y la disciplina que estaban perdidas. El General Alvarado creyó era conveniente retrogradar y el resultado correspondió a lo que había calculado.

En consecuencia, marcharon sobre Moquegua y el General Valdés se retiró de aquel pueblo.

Al siguiente día, continuaron la marcha y, después de haber andado más de dos leguas, por una quebrada malísima y por desfiladeros, siempre alcanzó la vanguardia a las fuerzas nacionales. Como el camino todo era de posiciones, Valdés escalonó su fuerza, retirándose, perseguido del enemigo; pero se previno al General Correa que su esencial objeto debía ser entretener al nacional, hasta que, reunido todo el ejército, se le pudiese atacar, mandándole, para que le sostuviese, el batallón 4 de Chile, a las órdenes del Coronel Sánchez, a quien se le previno que ocupase una fuerte posición, para apoyar, en caso necesario, la retirada de la vanguardia (1) y que, por pretexto alguno, comprometiese su fuerza.

Valdés siguió retirándose y el Coronel Sánchez se había adelantado cerca de la cuesta de Torata, cuando llegó el General Canterac con 4.000 hombres (2); bajó precipitadamente la cuesta y los cuerpos enemigos ya citados, que habían faltado a su deber, fueron arrollados, pudiendo salvar por el auxilio del Batallón 11, destinado a ocupar un morro dominante, por donde Valdés los perseguía. Sánchez hizo montar dos piezas, con lo que contuvo a Valdés, encon-

(1) Estas operaciones están relacionadas con respecto al ejército nacional; se desenlazan ahora las del enemigo y unos y otros harán el más cabal conocimiento.

(2) "Gaceta del Comercio", de La Plata.

trando el enemigo ese apoyo. Esto sucedía, habiéndose ya puesto el sol. En esta jornada, perdió el disidente 250 hombres de tropas y 22 oficiales. A las 7 de la noche se hizo una reunión de jefes y ya por la pérdida que habían sufrido, como por el esfuerzo que había recibido el General Valdés, se acordó la retirada. La emprendieron al momento, en circunstancias de haberse agotado las municiones y los repuestos se hallaban en el puerto de Sama; así, fueron varios de parecer aproximarse cerca de los buques de transporte, para estar dispuestos a efectuar cualquiera operación y, en todo caso, embarcarse y regresar a Lima, por el único punto que podría proporcionar lo que necesitaban.

La operación se dejó para el día siguiente y en ese apareció Canterac, sin que pudiesen continuar la meditada retirada. Se halló, pues, Alavarado en el forzado caso de batirse, aunque con alguna desventaja. La infantería mandó se formase en columnas cerradas, con orden de echar sólo algunas guerrillas y mantenerse firme, hasta que, habiendo Canterac descendido al valle, donde se hallaban, se le cargase a la bayoneta. A la izquierda de la infantería, colocaron en una altura que era la que cubría el camino real, el Batallón número 11 y la artillería, con cuya posición quedaba dominado el valle, en donde estaba formada la caballería nacional. El flanco derecho del enemigo estaba cubierto por una gran serranía y, al frente de su línea, había también una colina suave, en cuyo intermedio,

hasta la posición que ocupaban se extendía un pequeño valle libre de obstáculos.

El General Canterac hizo descender toda su infantería por el frente del enemigo y conservó su caballería, amagando el camino. Uno de sus batallones se adelantó de su línea en los momentos en que el General Martínez corría la suya.

El General Alvarado, en estas circunstancias, mandó a la caballería cargase al batallón adelantado. Efectivamente, el Coronel D. Eugenio Necochea, que mandaba el regimiento de granaderos, única fuerza de la caballería, dió la carga, pero antes de llegar a los nacionales, fué herido este jefe y el regimiento retrogradó. Canterac bajó con toda la fuerza y, faltando las municiones a las guerrillas enemigas, fueron arrolladas y los cuerpos puestos a la carga; no pudieron conseguir ningún resultado y, por consiguiente, se pronunció la derrota. En ella, perdió el enemigo la mayor parte de la infantería y toda la artillería, salvando la caballería.

La fuerza enemiga, en este último suceso, constaba de 2.500 hombres, entre éstos, 300 caballos; finalizada esta batalla, Alvarado con su ejército se puso en retirada, llegando en la madrugada del siguiente día a Sama y, en los buques que había, se embarcaron las fuerzas salvadas. En un solo buque, iba la caballería a las órdenes del Coronel Lavalle, por estar herido el jefe principal del cuerpo.

Este buque se hizo a la vela por disposición del Coronel Lavalle, después que el Coronel Daza, del modo más descompuesto, a instancias de otros jefes, se arrojó a llenar de insultos al general en jefe. Este creyó conveniente marchase el General Martínez con los restos a Arica, para ocupar a Ica, mientras él, en una goleta, seguía para Iquique, en donde había una fuerza a bordo en observación de aquel punto. Los buques, en que navegan los restos del ejército, llegaron a Arica y allí se supo que el que conducía a los granaderos a caballo había varado, de modo que fué preciso saltasen éstos en tierra para atravesar a pie y sin recursos un gran espacio de arena, en donde corrieron el riesgo de perecer de la sed; los salvos se encaminaban a Lima, llegando a aquella ciudad muy pronto, sin otra ocurrencia con el General Martínez.

La capital se hallaba en una gran agitación y con deseo, en todas las clases, de un cambio de administración. El General Arenales, general en jefe de la capital de Lima, no quería conocer la necesidad de dejar aquel mando, a pesar de haberle hecho presente que todo el ejército del Perú, estaba decidido a obrar, si se resistía, para lo que contaban ya con todos los jefes y oficiales; mas altercaba que la Asamblea resolviese, así fué que, luego de sabida su resolución, se le separó el ejército y la Asamblea nombró a Riva Agüero por Presidente.

Los restos de la división de los Andes estaban en la Magdalena y el General Martínez

hacía repetidas gestiones de lo que necesitaba para las fuerzas. El Ministerio de la Guerra, que lo servía entonces el General argentino Guido, con el Gobierno compuesto del General La Mar, Conde Vista Florida y D. Felipe Antonio Alvarado, expidió un decreto en que decía a Martínez: "Que habiendo dejado de existir el Gobierno general de la República Argentina, el Ejército de los Andes no era el que se nombraba y que debía mudar su escarapela". Martínez contestó: "Que aun cuando el Gobierno de la República Argentina había desaparecido, existía la Nación y, por lo tanto, el ejército le pertenecía, pues el Gobierno del Perú por el paso que había dado, le hacía concebir que para nada los necesitaba y sí pedía que, de los 400.000 pesos que se adeudaban a aquel ejército, se le diese lo preciso para fletar buques y prepararlos para regresar a la República Argentina". Dada esta contestación, reunió a los jefes y oficiales a quienes manifestó lo ocurrido, indicándoles que, para evitar conflictos en adelante, se les negaba lo que pedían; creía oportuno extender una acta, por la cual se pusiesen bajo las órdenes del Gobierno de Buenos Aires, ínterin no se crease el gobierno general. Todos asintieron a su propuesta y, en consecuencia, se mandó, al Gobierno de Buenos Aires, la precipitada acta que fué bien acogida.

Unos días después fué mandado el Gobierno, como se ha indicado antes y, poco después, se recibió aviso de que Canterac con su ejército

había cruzado la cordillera y se dirigía a Lima. El General Martínez, invitado por el Gobierno, suspendió por entonces su solicitud, para ayudar al Perú a completar su libertad. Canterac ocupó Lima y el ejército, mandado por el General Sucre, se retiró al Callao, adonde marchó el General Martínez con las fuerzas. Canterac dejó a Lima y el General Sucre creó un Gobierno provisorio en la capital, porque la Asamblea y el Gobierno, al retirarse a Trujillo, le habían dado bastante autorización para ello. Al mismo tiempo, llegó a la capital la Asamblea que estaba en Trujillo y disgustados los representantes con Riva Agüero, lo depusieron y nombraron, al Marqués de Torre Tagle, Presidente de la República; poco tiempo después, arribó el General Bolívar y fué creado Jefe Supremo Militar. Bolívar despachó al General Sucre con una fuerte expedición para que obrase de acuerdo con el General Santa Cruz que operaba por el Alto Perú y después tuvo que salir para el territorio de Santa Cruz, con el objeto de someter al General La Fuente, partidario de Riva Agüero que se había hecho también Supremo Jefe.

El General San Martín, aunque nombrado nuevamente general en jefe del ejército de la capital, sometido al Presidente Torre Tagle, empezó de nuevo sus peticiones y las apuraba más y más, por cuanto hacía tiempo que sabía que el General Correa, por medio de los jefes y oficiales, trabajaba para que se le destituyera

del destino, bajo el pretexto que nada pedía para el ejército.

La guarnición del Callao se relevaba cada mes, tocaba en turno, a las fuerzas del Ejército de los Andes, hacer aquel servicio y marcharon. El General Martínez no marchó por ser general en jefe del resto de las fuerzas peruanas y colombianas. La revolución de jefes y oficiales continuaba, siendo el pretexto pedir lo que necesitaban y sus haberes vencidos, a términos que ya estaba hecha una petición y, al siguiente día, debían habérsela presentado a Martínez para que dejase el mando del Ejército de los Andes; pero la tropa que había participado de las maniobras que se ejecutaban, se adelantó y prendió a los jefes y oficiales, haciendo ella misma la revolución con igual solicitud al principio, como lo manifestaron los sublevados; empero, después pusieron en libertad a los oficiales prisioneros; formaron con ellos causa común y se unieron a los nacionales realistas. Es preciso hacer aquí una indicación que importa sobremanera. El Presidente Torre Tagle, por medio de su Ministro de Guerra Berindoaga, se había puesto en comunicación con el Virrey y Canterac y estaba tejiendo, como se vió después; siendo fuera de duda que, a más de hostilizar la fuerza de los Andes, no daba nada de lo que pedían y, por medio de sus agentes, atizaba la discordia.

Una hora después de hecha la sublevación en el Callao, se trasladó a aquel punto el General Martínez y los de igual clase, Necochea, Gui-

dó, Correa y Alzaga que se hallaban en Lima, comisionados por Buenos Aires, llegando todos hasta el frente de la fortaleza. Al momento, abrieron comunicación con los sublevados y Martínez mandó al General Correa y Coronel D. Félix Ilazábal para oír sus peticiones, resuelto a hacer cualquier sacrificio por salvar el honor del ejército. Ellos lo recibieron bien, pero, cuando por segunda vez fué el Coronel Olazábal, ya los oficiales prisioneros españoles estaban en libertad y todo lo cruzaban; así fué que quedó cerrado el camino para poder arribar a su término. Desde este momento, enarbolado, en el Real Felipe, el pabellón español, estos fueron los sucesos que se han relacionado con el triunfo del Callao en 1824 hasta su rendición, en 1826.

Fin de esta historia.

No faltarán algunos re-

Nota.

sentidos de no representar

en este drama histórico el papel importante a que se creen acreedores, aunque esta objeción pueda ser fundada, mas, como el principal empeño del escritor, es más bien dirigido a los hechos que a la persona, no será extraño haya habido alguna omisión; sin embargo, se ha tratado de revistar, con prolijidad, todos los partes y recomendaciones de los generales y jefes que militaron en esta campaña, con el sentimiento de no haber hallado recomendado el mérito de ninguno de los jefes y oficiales chilenos contraído por los relevantes servicios que prestaron en aquel ejército y, únicamente, se hallan altamen-

te recomendados los argentinos y extranjeros; así como se nota, desde un principio, que el Director O'Higgins, a la salida de la expedición de Valparaíso, del año de 1820, hubiese condecorado con grados, empleos y otras distinciones a aquéllos sin tener presente a ninguno de sus compatriotas.

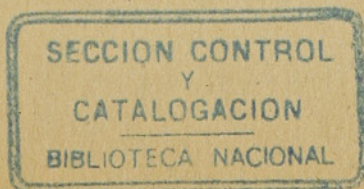
Otra nota.

Aunque en la descripción del Perú, Capítulo XXXI, se ofrece dar un conocimiento topográfico del Perú y Bolivia, lo hallamos últimamente inútil, en la suposición de abundar, en las librerías, tantos y de tan diferentes autores antiguos y modernos.

J. R. B.

1º de marzo de 1851.

FIN DE LA HISTORIA



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

INDICE GENERAL

DE LA

HISTORIA DE LA REVOLUCION Y

GUERRA DE LA

INDEPENDENCIA DEL PERU

POR

Don JOSE RODRIGUEZ BALLESTEROS

TOMOS I, II Y III

TOMO I.

	<u>Págs.</u>
Introducción de Guillermo Feliú Cruz.....	V
Prospecto	1
CAPITULO I.....	17
" II.....	57
" III.....	77
" IV.....	105
" V.....	137
" VI.....	187
" VII.....	223
" VIII.....	251
" IX.....	297
" X.....	305
" XI.....	323
" XII.....	333
" XIII.....	337
" XIV.....	431
" XV.....	461
" XVI.....	469

		<u>Págs.</u>
CAPITULO	XVII.....	489
"	XVIII.....	503
"	XIX.....	515
"	XX.....	533
"	XXI.....	549
"	XXII.....	559
"	XXIII.....	571
"	XXIV.....	591
"	XXV.....	607
"	XXVI.....	637
"	XXVII.....	655
"	XXVIII.....	665
"	XXIX.....	671
"	XXX.....	739

TOMO II

		<u>Págs.</u>
CAPITULO	XXXI.....	9
"	XXXII.....	23
"	XXXIII.....	33
"	XXXIV.....	37
"	XXXV.....	47
"	XXXVI.....	61
"	XXXVII.....	113
"	XXXVIII.....	137
"	XXXIX.....	169
"	XL.....	207
"	XLI.....	223
"	XLII.....	231
"	XLIII.....	235
"	XLIV.....	247
"	XLIV (α).....	295
"	XLV.....	341

TOMO III

	<u>Págs.</u>
CAPITULO XLVI.....	11
" XLVII.....	35
" XLVIII.....	51
" XLIX.....	85
" L.....	97
" LI.....	105
" LII.....	121
" LIII.....	147
" LIV.....	155
" LV.....	179
" LVI.....	195
" LVII.....	217
" LVIII.....	223
" LIX.....	261
" LX.....	269
" LXI.....	339
" LXII.....	355
" LXIII.....	403
" LXIV.....	423
INDICE	461

FIN DE LA OBRA.

¡LAUS DEO!

SECC. CHILENA

